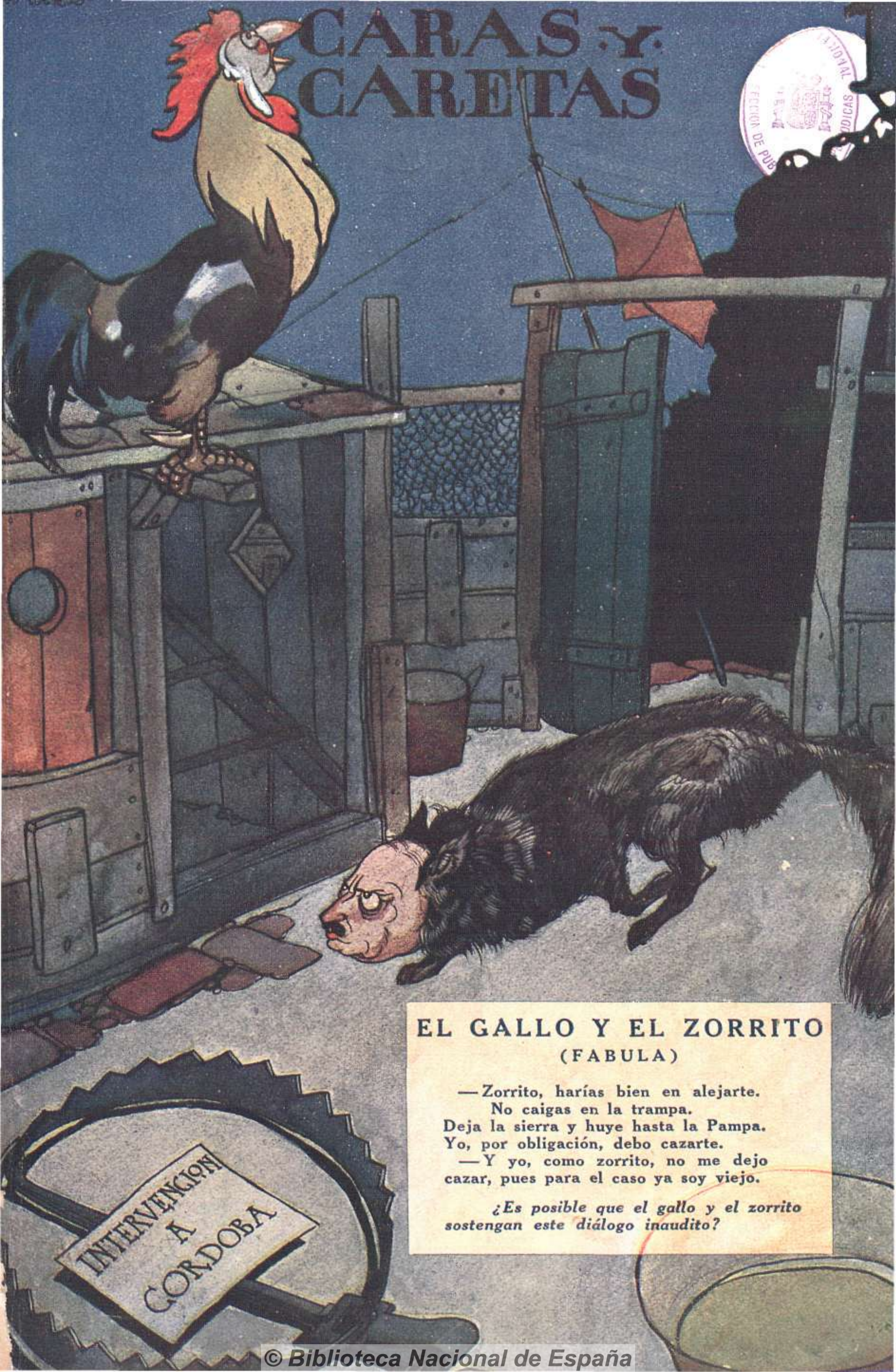

CARAS Y CARETAS
INTERVENCIÓN A CÓRDOBA
EL GALLO Y EL ZORRITO
(FABULA)
—Zorrito, harías bien en alejarte.
No caigas en la trampa.
Deja la sierra y huye hasta la Pampa.
Yo, por obligación, debo cazarte.
—Y yo, como zorrito, no me dejo
cazar, pues para el caso ya soy viejo.
¿Es posible que el gallo y el zorrito
sostengan este diálogo inaudito?

Número Extraordinario de Navidad

CONMEMORATIVO DEL 25° ANIVERSARIO DE "CARAS Y CARETAS"

APARECERÁ EL 20 DE DICIEMBRE

Carátula tallada en madera representando al inventor de la imprenta, Gutenberg, por **Luna Simón.** (Citocromía).
Segunda carátula. Los fundadores de CARAS Y CARETAS: Bartolito Mitre, José S. Alvarez, Manuel Mayol y Eustaquio Pellicer, sobre cuero repujado. (Citocromía).
Hace 25 años. La primera circular de CARAS Y CARETAS, anunciando su aparición, a 2 colores.
Para CARAS Y CARETAS. Autógrafo del presidente de la república, doctor Marcelo T. de Alvear, a 2 colores.
Los Centauros. Notable nota fotográfica de la tradición gaucha; 7 páginas a 2 colores, firmada por el **Viejo Quilques.**
Para CARAS Y CARETAS. Autógrafo del presidente del Uruguay, ingeniero Serrato.
Al Compás de la Quena. La raza milenaria de los Incas. 3 páginas fotográficas, firmada por **Ollantay.**
El volante en manos blancas.
La prensa metropolitana, doble página en la que aparecen todos los diarios de la Capital y sus actuales directores.
Sirio ofrece su primer dibujo a CARAS Y CARETAS.
Las Razas. «América para la Humanidad», doble página con los distintos tipos representativos de las nacionalidades que coadyuban al progreso nacional.
La vuelta al mundo en aeroplano por el mayor Zanni.
Para CARAS Y CARETAS. Autógrafo del presidente del Brasil, doctor [illegible] Bernardes.
La Moda en la Mujer. Ayer y Hoy. Documentación fotográfica.
La calle Florida hace 22 años y en la época actual.
Los colaboradores artísticos, fotografías.
Para CARAS Y CARETAS. Autógrafo del presidente de Chile, doctor Arturo Alessandri.
La evolución artística de Alonso.
Señora Regina Pacini de Alvear, notable primicia fotográfica de Vargas Machuca, obtenida especialmente en la residencia de Belgrano. Firma el texto de esta nota la señorita Mercedes Moreno.
Eduardo Alvarez y sus monos.
Los colaboradores literarios, doble página gráfica.
La Argentina pacifista, a 2 colores.
El paraguas misterioso y sus colaboradores, a 2 colores.
El capataz de Campo, óleo de Jorge Bermúdez, reproducción. (Citocromía).
San Francisco (La Paz). Aguafuerte de Guido, a 2 colores.
Reproducción en tricomía, doble página y en miniatura de 32 carátulas de las más comentadas, que firman: **Alonso, Alvarez, Cao, Fiedrich, Giménez, Mayol, Málaga Grenet, Sirio y Zavattaro.**

COLABORACIONES LITERARIAS

El rengo, por **V. Ruiz de Galarreta,** cuento al que se le adjudicó el primer premio del gran concurso literario de CARAS Y CARETAS, a 5 colores. Romancero. Gaya Ciencia, por **Leopoldo Lugones,** a 5 colores. Mensaje de un poeta desaparecido, por **Joaquín Castellanos,** a 2 colores. Hablemos de matrimoniar, por **Ricardo Monner Sans,** a 5 colores. Aldea española, por **Fernández Moreno,** a 5 colores. La última carga, por **Santiago Maciel,** a 5 colores. Villancico, por **Delfina Bunge de Gálvez,** a 2 colores. Esperanza de Noche Buena, por **Adolfo Lanús,** a 2 colores. La rosa del amor absoluto, por **Fernán Félix de Amador,** a 5 colores. Bien amañado, por **E. Richard Lavalle,** a 2 colores. El paño escarlata, por **Ricardo Gutiérrez,** a 5 colores. Los fantoches, por **Arturo Lagorio,** a 2 colores. Estancias, por **Alfredo Bufano,** a 5 colores. Conejitos de la India, por **F. Defilippis Novoa,** a 5 colores. Niñez lejana, por **Arturo Vázquez Cey,** a 5 colores. Manos muertas, por **David Peña.** Bajo el alba inmóvil, por **Arturo Capdevila.** Bodas de plata de CARAS Y CARETAS, por **Manuel Mayol.** Rosas, por **Margarita Abella Caprile.** El Mocho, por **Roberto J. Payró.** Distinciones, por **Delfina Molina y Vedia de Bastianini.** Recuerdos de un viaje, por **Manuel Gálvez.** Era en el paraíso, por **Monteiro Lobato.** Fiebre, por **Ernesto Mario Barreda.** Amarrete entre los indianos vascos, por **Francisco Grandmontagne.** 25 años de ripios, por **Luis García.** Crepúsculo, por **Eugenio Díaz Romero.** Lolita la declamadora, por **José Gabriel.** Historia de un balcón, por **Eduardo del Saz.** La última vez, por **Guillermo Estrella.** El preso, por **Ramón Gómez de la Serna.** Agua mansa y agua brava, por **César Carrizo.** Mi padre, por **Rodolfo Fausto Rodríguez.** Coca, por **Ventura García Calderón.** Conversaciones, por **Héctor Olivera Lavié.** Flor de hablar, por **Miguel de Unamuno.** El quitupí, por **Ciro Torres López.** La pieza, por **Héctor Pedro Blomberg.** Secreto revelado, por **José María Salaverría.** Nació en Belén, por **B. González Arrili.**

COLABORACION ARTISTICA

Firmada por: Mayol, Alvarez, Sirio, Peláez, Guido, Fortuny, Thibon de Libian, Larco, Macaya, Besares, Requena Escalada, Bonomi, Maggioni y Simón.

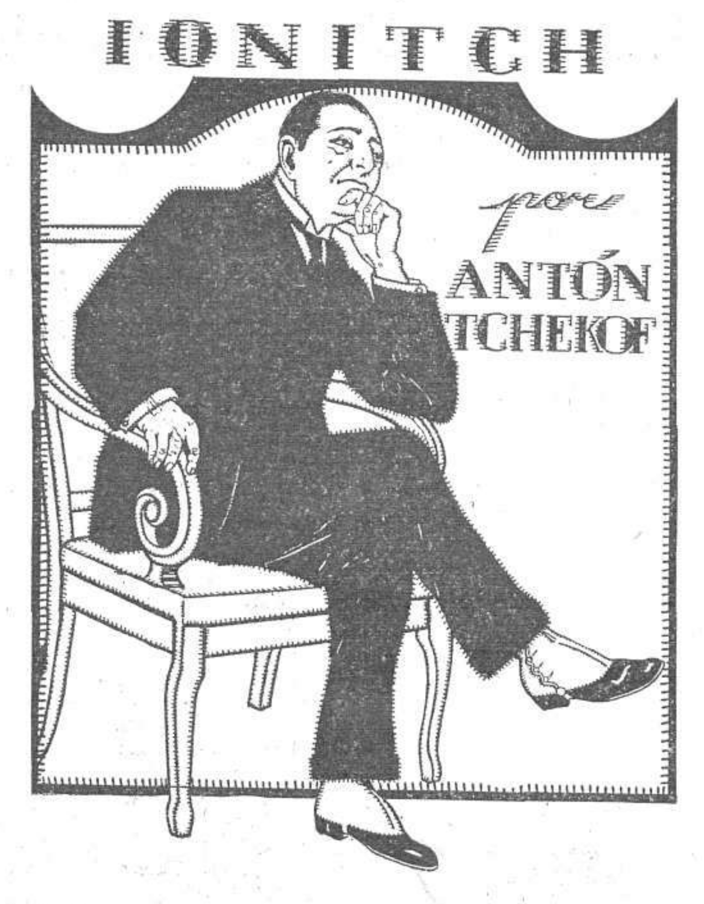
DEL VIEJO AL NUEVO MUNDO

Interesante recordación fotográfica de las personalidades más ilustres en la ciencia, la literatura, las artes y el teatro que han visitado el país desde que se fundó CARAS Y CARETAS. Acompañará a estos retratos una serie de valiosos autógrafos.

RESUMEN DEL SUMARIO:

19 páginas a **5 colores.**
30 » a **2 colores.**
32 » fotográficas.
83 » literarias y poéticas.

IONITCH



Cuando en S., capital de la provincia de su nombre, los extranjeros se quejaban de la uniformidad de la vida, los habitantes, como para disculparse, decían que al contrario, en S. se pasaba muy bien, que había una biblioteca, un teatro, un club, que se daban bailes y, en fin, que había familias inteligentes, interesantes, agradables, con las cuales se podía tener relaciones.

Y se indicaba a la familia Turkin como la más cultivada y la más llena de talentos.

Esa familia vivía en la calle principal, cerca de la gobernación, en casa propia. Iván Petrovitch Yorkin, un moreno buen mozo que usaba patillas, organizaba espectáculos de aficionados con fines de beneficencia. El mismo representaba los papeles de generales viejos y tosía entonces muy graciosamente. Sabía muchas anécdotas, charadas, refranes. Le gustaba bromear y decir chistes, y su manera era tal, que no se sabía si bromeaba o hablaba en serio.

Su mujer, Vera, flaca y amable, con lentes, escribía novelas y cuentos o los leía gustosa a sus invitados.

La hija, Catalina, joven casadera, tocaba el piano.

En una palabra, todos los miembros de la familia tenían talento.

Los Turkin recibían afablemente y mostraban gustosos sus talentos a sus invitados, con la mayor sencillez. En su vasta casa de piedra, el espacio no faltaba, y en el verano hacía fresco. La mitad de las ventanas caían sobre un viejo jardín umbroso, en donde las ruiseñores cantaban en primavera. Cuando había visitas, se oía en la cocina mucho ruido, se sentía olor de cebolla frita, y eso presagiaba una cena abundante y sabrosa.

Al doctor Demetrio Starsef, que acababa de ser nombrado de la municipalidad, se había instalado en Dialej, a diez verstas de S.; se le dijo que, a título de intelectual, debía entrar en relaciones con la familia Turkin. Un día, en invierno, le presentaron en la calle a Iván; hablaron del tiempo, del teatro, del cólera, y la conversación concluyó con una invitación.

En la primavera siguiente, el día de la Ascensión, después de la consulta, el doctor fué a la ciudad para distraerse y comprar algunas cosas. Fué a pie (porque entonces no tenía caballos propios) sin apresurarse, y entonando constantemente: Cuando yo no había bebido todavía las lágrimas en la copa de la vida...

En la ciudad, comió, paseó, y después, sin saber porqué, se acordó de la invitación de Iván Turkin. Resolvió ir a ver qué clase de gente eran los Turkin.

— Buenas tardes,... adelante — le dijo Iván — saliéndole al encuentro y muy contento por tener una visita tan agradable. Voy a presentarle a mi fiel esposa Vera.

Le he dicho — siguió diciendo mientras presentaba el doctor a su mujer, — que no tiene el menor derecho romano para quedarse en su hospital y que es necesario que dedique sus ocios a la sociedad. ¿Verdad, alma mía?

— Siéntese usted — dijo Vera, — haciendo lugar a su lado a la visita; puede usted hacerme la corte. Mi marido es celoso, es un Otelo; pero trataremos de que no lo note.

— ¡Ah! Palomita — exclamó Iván tiernamente, y besó a su esposa en la frente... Ha venido muy a punto, doctor, porque mi fiel esposa ha escrito una gran novela y la leerá hoy en alta voz.

— Iván — dijo Vera a su marido, — *dites que l'on nous donne du the.*

Fué Starsef presentado a Catalina, joven de diez y ocho años, muy parecida a su madre, como ella flaca y amable. Conservaba todavía una expresión infantil y tenía un talle fino, delicado, una garganta de virgen, bella y sana, que hacía pensar en la primavera, la verdadera primavera. Después tomaron te con dulces, miel, bombones y bizcochos muy ricos que se deshacían en la boca. Al caer la tarde, empezaron a llegar amigos y conocidos. Se sentaron todos en el salón con caras muy serias y Vera leyó su novela. Comenzó así:

— «La nieve seguía cayendo...»

Las ventanas estaban abiertas, se oía en la cocina ruido de cacerolas, el olor de cebolla frita empezaba a esparcirse... En los sillones viejos y profundos se estaba bien; las bujías parpadeaban dulcemente en la obscuridad del salón.

En esa tarde de verano, cuando las voces y risas llegaban de la calle y, afuera había olor de lilas, era difícil comprender cómo la nieve seguía cayendo y cómo el sol poniente alumbraba con sus

rayos fríos la llanura cubierta de nieve y a un hombre que iba solitario por el camino.

Vera leyó la historia de una joven y bella condesa que, instalaba en su casa, en el campo, escuelas, hospicios, bibliotecas y se enamoraba de un pintor que acertaba a pasar por allí. Leía cosas que jamás ocurren en la vida y, sin embargo, era agradable de escuchar. Se estaba cómodo y pasaban por la cabeza ideas tan buenas y tan tranquilas que nadie quería levantarse.

— No está del todo mal — murmuró Iván dulcemente.

Uno de los invitados, cuyo pensamiento le había llevado muy lejos, dijo con voz apenas perceptible:

— Sí... en efecto...

Pasó una hora, pasaron dos... En el jardín municipal tocaba una banda y cantaba un coro. Cuando Vera cerró su cuaderno, se calló cinco minutos y escuchó la *lutchinuchca* que cantaba el coro. Y esa dulce canción popular decía lo que no había en la novela y lo hay en la vida.

—¿Publica usted sus obras en alguna Revista? — preguntó Starsef a Vera.

— No; no las publico en ninguna parte. Las escribo y las meto en el cajón de un armario: ¿para qué publicar? Tenemos fortuna.

Y todos suspiraron, no se sabe porqué.

— Ahora, tú, Kotik — dijo Iván a su hija, — tócanos alguna cosa.

Se levantó la tapa del piano, se abrieron los cuadernos de música ya preparados. Catalina se sentó y aplicó ambas manos sobre el teclado, después volvió a aplicarlas con todas sus fuerzas, y siguió, siguió... Dejaba caer las manos en el mismo sitio con testarudez y parecía que no cesaría hasta que hubiese metido todas las teclas dentro del piano. Los hombros y el seno saltaban. El salón se llenaba de truenos; todo, todo tronaba, el parquet, el techo, los muebles... Catalina tocaba un pasaje difícil, interesante por su dificultad misma, largo, uniforme, y Starsef, escuchando, se imaginaba piedras que rodaban de una alta montaña, rodaban, rodaban, y quería que dejasen de rodar.

Al mismo tiempo Catalina, encarnada por el esfuerzo, enérgica, con un rizo caído sobre la frente, le gustaba mucho. Después de un invierno pasado en Dialej, en medio de enfermos y de campesinos, estar en un salón, mirar esa joven elegante y aparentemente pura, oir esos ruidos sonoros, fastidiosos y, sin embargo, apetecidos, era para él tan agradable, tan nuevo...



Se levantó la tapa del piano, se abrieron los cuadernos de música ya preparados. Catalina se sentó y aplicó ambas manos sobre el teclado.

— Está bien, Kotik — dijo Iván, — con las lágrimas en los ojos, cuando su hija hubo concluído y se levantó. Has tocado hoy como nunca.

Todos la rodearon, la felicitaron, se asombraron, asegurando que desde hacía tiempo no había música semejante. Y ella escuchaba silenciosa, sonriendo apenas, y en toda su persona se leía el triunfo.

¡Muy bien! ¡Perfectamente!

— Muy bien—dijo también Starsef, cediendo al entusiasmo general. — ¿Dónde ha estudiado usted música? — preguntó a la joven, ¿en el Conservatorio?

— No; pero me estoy preparando para entrar. Hasta ahora he estudiado en casa, con la señora Zavlovski.

—¿Ha estado usted en el Liceo?

— ¡Oh!, no — respondió por la joven su madre. — Tomamos en casa profesores del Liceo o del Instituto. Habría podido tener malos ejemplos en el Liceo. Mientras una muchacha crece no debe estar sino bajo la influencia de su madre.

— Sin embargo, mamá, iré al Conservatorio — dijo Catalina.

— No, Kotik — aseguró su madre; — Kotik no dará pena a su papá ni a su mamá.

— Sí, iré, iré —insistió Catalina — entre rebelde y risueña.

Y con el piececillo golpeó el parquet.

En la comida, fué Iván quien mostró sus talentos. No riendo sino con los ojos, contó anécdotas, propuso enigmas picarescos, que resolvía, y no cesaba de hablar con su lenguaje extraordinario, adquirido mediante largas preparaciones para hacer el ingenioso y que, evidentemente, se había transformado en hábito.

Pero eso no fué todo. Cuando los invitados, contentos y satisfechos, se agruparon en la antesala en busca de sus sobretodos y de sus bastones, se agitaba en medio de ellos Pavluchka, o, como se le llamaba familiarmente, Pava, muchacho de catorce años, pelón, de mejillas llenas.

— Vamos, Pava, representa — le dijo Iván.

Pava tomó una actitud trágica, levantó las manos al cielo y pronunció con voz sombría estas palabras.

— «Muere, desgraciada».

Y todos se echaron a reir.

— Es divertido — pensó Starsef al salir de la casa.

Entró en un restaurante para tomar cerveza y luego regresó a pie a su casa, en Dialej.

Caminaba entonando sin cesar: *Tu voz es para mí acariciadora y tierna...*

Andadas las diez verstas, no sintió al acostarse fatiga alguna; al contrario, le parecía que habría andado todavía unas veinte verstas más con gusto.

— No ha estado del todo mal — pensó mientras se quedaba dormido. Y se rió.

II

STARSEF quiso varias veces volver a casa de Turkin; pero tenía mucho quehacer en el hospital y no hubo modo de que tuviese un momento libre. Pasó así más de un año trabajando, sólo, hasta que un día le llevaron de la ciudad un sobre azul pálido.

Vera Turkin sufría hacía tiempo de jaquecas; pero cuando a Kotik le dió por asustarla todos los días diciéndole que tenía que ir al Conservatorio, los ataques se hicieron más frecuentes. Todos los médicos de la ciudad desfilaron por casa de los Turkin; y al médico de la municipalidad rural de Dialej le llegó también el turno.

Vera le escribía una carta patética, invitándole a ir a aliviar sus males. Starsef fué y desde ese día empezó a ir a menudo, muy a menudo, a casa de los Turkin.

Había, en efecto, aliviado un poco a Vera, que decía a sus invitados que era un médico extraordinario, asombroso; pero Starsef no iba a casa de los Turkin por las jaquecas de Vera.

Es un día de fiesta. Catalina ha concluído sus largos y fatigosos estudios de piano.

En seguida todos se han quedado largo rato en el comedor, tomando te. Iván ha contado algo picaresco. Pero han llamado; ha sido necesario ir a la antesala a recibir a la visita; Starsef, aprovechando un minuto de confusión, dice a media voz y muy agitado a Catalina:

— En nombre de Dios, se lo suplico, no me torture más: vamos al jardín.

Catalina alzó los hombros, como vacilante, no comprendiendo lo que quería de ella; sin embargo, se levantó y salió.

— Toca usted el piano dos o tres horas — dijo Starsef siguiéndola, — luego se queda con su mamá y no hay manera de hablarle. Concédame, se lo suplico, aunque no sea más que un cuarto de hora.

El otoño se acercaba. El viejo jardín estaba apacible, triste; hojas obscuras alfombraban las avenidas. La noche empezaba temprano.

— Toda una semana no la he visto; si supiera usted cómo he sufrido — siguió Starsef. — Sentémonos, escúcheme.

Tenían en el jardín un sitio predilecto, un banco bajo un alerce; sentáronse en ese banco.

— ¿Qué desea usted? — preguntó Catalina, en tono seco, glacial...

— Toda una semana sin verla... Hace tiempo que no oigo su voz... Tengo sed de su voz, hable...

Su frescura, la expresión cándida de sus ojos y de sus mejillas, le encantaban. Aun en el modo como el vestido le iba, veía algo de extraordinariamente bonito, de conmovedor por su gracia sencilla e ingenua. Y a pesar de esa ingenuidad le parecía muy inteligente y más desarrollada que otras a su edad. Podía hablar con ella de literatura, de arte, de lo que quisiese. Podía quejarse de la vida, bien que a veces, durante una conversación seria, ella se echaba a reir sin motivo o huía corriendo a la casa. Como casi todas las muchachas de S., leía mucho y a Starsef le gustaba mucho que leyese y cada vez que la veía le preguntaba, lleno de emoción, lo que había leído. Y la oía contárselo encantado.



Tengo necesidad de hablarle, es necesario que le explique... Quédese cinco minutos, se lo suplico...

— ¿Qué ha leído en esta semana que no nos hemos visto? — le preguntó una vez más. — Hable, se lo ruego.

— He leído Pisemski.

— ¿Qué cosa?

— *Mil Lams* — respondió Kotik.—Y qué divertidos los nombres de Pisemski. Se llamaba Alejo Teofulacto.

— ¿A dónde va usted? — preguntó en seguida Starsef, espantado, al ver que se levantaba y se dirigia a la casa. — Tengo necesidad de hablarle, es necesario que le explique... Quédese cinco minutos, se lo suplico...

Catalina se detuvo como para decir algo; después, le metió zurdamente un papelito en la mano y corrió hacia la casa. Y una vez en el salón volvió a tocar el piano.

«Esta noche a las once — leyó Starsef — esté usted en el cementerio, cerca del monumento Demetti».

— Esto no tiene sentido común — pensó Starsef volviendo en sí. — ¿Qué tiene que ver el cementerio en todo esto?

Era claro: Kotik se divertía. ¿A quién, en efecto, se le habría ocurrido la idea de dar una cita en el cementerio, tan lejos de la ciudad, de noche, cuando es tan fácil verse en la calle o en el jardín municipal? Y a él, médico municipal, hombre serio, instruído, no le quedaba bien eso de suspirar, recibir cartitas, encontrarse en el cementerio, hacer zonzeras de qué hasta los colegiales se ríen.

¿A dónde le llevaría esa novela? ¿Qué dirían sus colegas cuando lo supiesen?

Así pensaba Starsef dando vueltas en torno de

las mesas; pero a las diez y media se resolvió de repente a ir al cementerio.

Tenía ya por entonces dos caballos propios y un cochero con chaleco de terciopelo llamado Panteleimón. La luna brillaba. El tiempo estaba bueno, hacía calor, pero calor como el que hace al principiar el otoño. En los suburbios, cerca del matadero, los perros ladraban. Starsef dejó sus caballos a la salida de la ciudad, en una calleja, y se dirigió a pie al cementerio.

— Cada cual tiene sus cosas — pensaba. — Kotik también tiene las suyas. ¿Quién sabe? ¿Acaso no se esté divirtiendo y venga?

Y se entregó a esa débil y vana esperanza, que le embriagaba.

Caminó una media versta a través de los campos. El cementerio se perfilaba como una faja negra, a modo de bosque o gran jardín. La pared de piedra, después la puerta, aparecieron... Al claror de la luna se podía leer en la puerta: « *Vendrá la hora en que...* » Starsef entró por la pequeña puerta y lo primero que vió fueron cruces blancas y monumentos a cada lado de la amplia avenida, y sus sombras negras, así como las de los cipreses. Más lejos, en torno suyo, vió blanco y negro y los árboles dormidos inclinaban sus ramas sobre blanco. Parecía que estuviese más claro allí que en los campos. Como patas, las hojas de los alerces se destacaban netamente en la arena amarilla de las avenidas, y las inscripciones de los monumentos eran legibles. En los primeros momentos, Starsef se sintió emocionado por lo que veía por primera vez en su vida y que probablemente no tendría otra ocasión de ver: un mundo en que la luz de la Luna era tan dulcee, tan bella, que parecía que nacía allí mismo; un mundo en que no había vida de ninguna clase y en el cual en cada ciprés sombrío, en cada tumba, se sentía un misterio prometedor de una vida dulce, bella, eterna. De las piedras de las tumbas, de las flores marchitas, con el olor de las hojas de otoño, se exhalaban el perdón, la tristeza, el reposo...

Ningún ruido. En una paz profunda, las estrellas miran de lo alto del cielo, y los pasos de Starsef resuenan pesadamente. No fué sino cuando el reloj de la iglesia más cercana empezó a dar las horas y se imaginó muerto, enterrado allí para la eternidad, que le pareció que alguien le miraba, y durante un minuto, que eso era el reposo y la paz, si no la profunda tristeza de la nada. Una desesperación lo ahogaba..

He aquí el monumento de los Demetti, en forma de capilla, con un ángel encima... En otros tiempos había ido a S., en jira, una compañía de ópera italiana. Una de las cantantes murió, la enterraron allí y le erigieron ese monumento. Nadie se acordaba ya de ella, pero la lámpara, encima de la entrada, reflejaba la luz de la luna y parecía arder.

Nadie... ¿Quién, pues, podría ir al cementerio a media noche?

Pero Starsef esperaba y la luz de la Luna parecía enardecer su pasión. Esperaba y se imaginaba besos y abrazos. Permaneció sentado media hora cerca del monumento; luego caminó por las avenidas laterales, con el sombrero en la mano, esperando, y pensando que en esas tumbas habría tantas mujeres y jóvenes que habían sido hermosas, encantadoras, que habían amado, que se habían abrasado de pasión... ¡Cómo, en suma, la madre naturaleza se burla del hombre y cuán penoso es reconocerlo!

Starsef pensaba así y al mismo tiempo quería decir a gritos que estaba esperando, que quería amor a toda costa. A su vista, ya no eran trozos de mármol los que lucían su blancura, sino cuerpos magníficos; veía formas que se escondían púdicamente tras de los árboles, tenía calor y se sentía fatigado.

Y lo mismo que suele pasar en el teatro, la luna desapareció detrás de las nubes. Repentinamente, todo se obscureció en torno suyo. Apenas pudo encontrar la puerta del cementerio.

Vagó durante una media hora hasta que al fin se dirigió a buscar la callejuela en donde había dejado sus caballos.

— Estoy fatigado — le dijo a Pantaleimón, — apenas me sostengo en mis piernas.

Y sentándose con delicia en la calesa, pensó·

— ¡Ah! Si pudiera no engordar.

III

Al día siguiente por la tarde fué a casa de los Turkin a hacer su petición matrimonial; pero tuvo que esperar porque el peluquero estaba peinando a Catalina, que iba a un baile en el Círculo.

Tuvo que esperar largo rato en el comedor y tomar te. Iván Turkin, viendo que su visitante estaba pensativo y se aburría, sacó del bolsillo del chaleco y leyó una carta chistosa de un mayordomo alemán, que al dar cuenta de los trabajos de la propiedad rural de los Turkin ponía unas palabras en vez de otras.

— Sin duda, darán a su hija una buena dote — pensaba Starsef, oyendo distraídamente.

Después de una noche de insomnio se sentía aniquilado, como si le hubiesen dado a beber un licor dulce y soporífero. Sentía un malestar vago; pero también una alegría moderada, al paso que su espíritu que había permanecido frío y discurridor repetía:

— ¡Detente, mientras todavía es tiempo! ¿Es esa la mujer que necesitas? ¡Es mimada, caprichosa, duerme hasta las doce y tú eres el hijo de un cantor de la iglesia, un médico municipal!

— ¡Bah! ¿Qué importa eso? Me caso no más.

— Si te casas con ella — replicaba el rincón razonador de su cabeza, — sus padres te obligarían a dejar la aldea y vivir en la ciudad.

— ¿Y qué? Viviré en la ciudad si es necesario. La dotarán bien, pondremos casa.

Al fin Catalina apareció en traje de baile, escotada, bonita, toda claridad, y Starsef la admiró. Se sintió tan encantado que no pudo decir una palabra. La miraba solamente y se reía.

Catalina empezó a despedirse, y él, que no tenía ya porqué quedarse, se levantó diciendo que tenía que ir a ver a un enfermo.

— No hay más que hablar — asintió Iván. — Lleve a Kotik en su coche y la deja en el Círculo.

Llovía menudo, estaba muy obscuro y si no hubiera sido por la enronquecida voz de Panteleimón no habría podido saber en dónde estaba el coche.

Cuando estuvieron el uno al lado del otro, Starsef dijo:

— Anoche estuve en el cementerio. Es poco caritativo, poco noble de su parte...

— ¿Estuvo usted en el cementerio?...

— Sí, y la esperé hasta las dos. He sufrido mucho...

— Y bien, sufra, si no entiende las bromas.

Catalina, contenta por haber jugado esa mala pasada a un enamorado, y por sentirse tan amada, se echó a reir; pero de pronto lanzó un grito de susto porque, en ese momento, los caballos dieron un salto hacia atrás y la calesa estuvo a punto de volcarse. Starsef rodeó con el brazo el talle de Catalina para protegerla, y no pudiendo contenerse la besó en los labios, en la barba, y la abrazó más fuerte.

— Basta — dijo secamente la joven.

Un instante después ya no estaba en la calesa y Starsef volvía rápidamente a Dialej; pero para regresar en seguida. Con un frac prestado y una corbata blanca que se le subía por detrás y quería abandonar al cuello postizo, se encontró a media noche sentado en el salón del Círculo y diciendo lleno de ardor a Catalina:

— ¡Qué poco saben los que no han amado nunca! Me parece que nadie todavía ha descrito exactamente el amor. Apenas si se puede describir ese sentimiento tierno, jubiloso y atormentador. El que lo ha sentido, siquiera una vez, no logra expresarlo con palabras.

Pero ¿a qué descripciones y preámbulos? ¿A qué elocuencia superflua? Mi amor no tiene límites... ¡Se lo ruego, se lo suplico — dijo por fin, — sea usted mi mujer!

— Demetrio Ionitch. — Contestó Catalina con un aire muy serio, después de haber reflexionado. — Demetrio Ionitch. Estoy muy agradecida al honor que me hace, le estimo, pero...

— Demetrio Ionicht — contestó Catalina con un aire muy serio, después de haber reflexionado. — Demetrio Ionitch. Estoy muy agradecida al honor que me hace, le estimo, pero... — se levantó y continuó de pie, — pero, discúlpeme, no puedo ser su mujer. Hablemos seriamente, Demetrio Ionitch. Usted sabe que amo el arte más que todo en el mundo; amo locamente, adoro la música, le he consagrado toda mi vida. Quiero ser artista, quiero la gloria, el éxito, la libertad. ¿Y usted quiere que siga viviendo en esta ciudad, que continúe esta vida inútil y frívola que se me ha hecho imposible? ¿Casarme? No, gracias. El hombre debe tender a un objetivo más elevado, brillante; la vida de familia me ataría para siempre. Demetrio Ionitch... Usted es bueno, noble, inteligente, es usted mejor que todos los demás — asomaron las lágrimas a los ojos de Catalina. — Simpatizo con usted con toda mi alma; pero... Usted comprende...

Y para no llorar, se dió vuelta y salió del salón.

El corazón de Starsef cesó de latir con inquietud. Una vez fuera del Círculo, se quitó la corbata almidonada y respiró a pleno pecho. Tenía un poco de vergüenza y su amor propio estaba herido: no había esperado un rechazo. No podía creer que todos sus sueños, su angustia y sus esperanzas le hubiesen llevado a un fin tan tonto, al desenlace de una petipieza en un teatro de aficionados... Y se compadecía de su sentimiento, de su amor; lo compadecía tanto que se habría puesto a llorar, pensaba, o bien habría dado con todas sus fuerzas un paraguazo en la espalda a Panteiemión. Durante tres días, todo se le caía de las manos. No comió, no durmió; pero cuando oyó decir que Catalina Turkin había partido para Moscú, para entrar en el Conservatorio, se calmó y empezó a vivir como antes.

Después, recordando a veces cómo había errado por el cementerio, cómo había buscado un frac por toda la ciudad, se desperezaba y decía:

— Después de todo, ¡cuántas arias!

IV

PASARON cuatro años.

Starsef tenía en la ciudad mucha clientela. Todas las mañana iba rápidamente a Dialej, a su consulta, y después visitaba a sus enfermos de la ciudad. No tenía ya su calesa con dos caballos, tenía una troika con cascabeles y regresaba a su casa tarde por la noche.

Había engordado, había echado cuerpo, y no le gustaba andar a pie porque se sofocaba. Pantalemión había engordado también. Y más aumentaba a lo ancho, más tristemente se quejaba, y se lamentaba de su amarga suerte; tanto trajín lo extenuaba.

Starsef iba a muchas casas y se encontraba con muchas gentes; pero no tenía intimidad con nadie. Las personas de la ciudad, por sus palabras, por sus opiniones sobre la vida y hasta por su aspecto le disgustaban. En realidad de verdad, los habitantes de S. no hacían absolutamente nada, no se interesaban por nada y no se sabía de qué hablar con ellos. Y Starsef, evitando las conversaciones, no hacía sino comer fiambres y jugar a las cartas. No iba al teatro ni a los conciertos; pero todas las noches jugaba tres horas, encantado. A veces ganaba hasta sesenta rublos en una noche, y cuando tenía algunos centenares, los depositaba en su cuenta, en la Sociedad del Crédito Mutuo.

En esos cuatro años, después de la ida de Catalina a Moscú, Starsef no había ido sino dos veces a casa de los Turkin, a pedido de Vera, afligida siempre por sus jaquecas.

Todos los veranos Catalina venía a visitar a sus padres; pero ocurrió que sólo una vez la vió Starsef.

Pero habían transcurrido cuatro años. Una mañana templada y serena llegó una carta al hospital. Vera Turkin escribía a Demetrio Ionitch que deseaba mucho verle, pues sufría mucho, y agregaba que ese día era su cumpleaños.

Al pie de la carta Starsef leyó: «Me asocio a la petición de mamá. — C.»

Starsef reflexionó y en la noche fué a casa de los Turkin.

Amablemente recibido por Iván, pasó a ver a Vera. Vera, ya muy vieja, con los cabellos blancos, le estrechó la mano, suspiró con aire amanerado y dijo:

— Doctor, usted no quiere hacerme la corte; no viene usted jamás; soy ya para usted una vieja. Pero está aquí ahora una joven persona que acaba de llegar. Quizás ella sea más feliz.

¿Y Kotik?...

Se había adelgazado y estaba pálida; se había puesto más bonita y más esbelta; y no era ya Kotik sino Catalina Ivanovna. No tenía ya la frescura de antaño ni la cándida expresión infantil. En sus miradas, en sus maneras había algo nuevo, algo de inseguro, de molesto, como si en la casa de sus padres no se sintiese en su casa.

— ¡Cuántos años, cuántos inviernos han pasado! — dijo tendiendo la mano a Starsef.

Se adivinaba que el corazón le latía violentamente. Mirando al doctor con curiosidad, continuó:

— ¡Cómo ha engordado usted! Tiene usted la cara quemada, es más hombre; pero, en suma, ha cambiado usted poco.



Leyó la carta, reflexionó, y dijo a Pava: — Dígale que no puedo ir hoy porque estoy muy ocupado; iré dentro de tres días.

Catalina le gustaba todavía a Starsef; le gustaba mucho; pero, o bien a él le faltaba ahora algo, o ella tenía algo de más. No habría podido decir precisamente lo que era; pero algo le impedía sentir como antes. La palidez de Catalina, su nuevo aspecto, su débil sonrisa, su voz, no le agradaban ya, y algunos momentos después, su traje, el sillón en que se había sentado, algo de antes, del momento en que estuvo a punto de casarse con ella, le disgustaban también. Recordó su amor, sus ensueños, las esperanzas que le agitaban cuatro años antes, y se sintió molesto.

Tomaron te y comieron una torta. Después Vera leyó su nueva novela. Leía cosas que no ocurren jamás en la vida y Starsef miraba su bella cabeza blanca esperando que concluyese. «Las personas sin talento, — pensaba — no son las que no saben escribir novelas, sino las que las escriben y no saben esconderlas».

— No está del todo mal — comentó Iván Turkin.

Después Catalina tocó ruidosamente el piano y cuando concluyó hubo agradecimientos y éxtasis.

— De todos modos, estuvo bien que no me casase con ella — pensó Starsef.

Ella le miraba y esperaba, según parecía, que la invitase a ir al jardín; pero él seguía callado.

— Si conversásemos un poco — dijo Catalina acercándose a Starsef —. ¿Cómo va su vida? ¿Qué hace usted? Todos estos días he pensado en usted; quise escribirle, quise ir yo misma a verle a Dialej, pero me arrepentí. ¡Sólo Dios sabe cómo se portaría usted conmigo! Y hoy le esperaba con tanta inquietud... En nombre de Dios, vamos al jardín...

Fueron al jardín y se sentaron en el banco, bajo el viejo alerce, como cuatro años antes. Estaba obscuro.

— Bueno — dijo Catalina. — ¿Cómo le va?

— Así, así — respondió Starsef

Y no pudo encontrar nada más que decir.

Se callaron.

— Estoy emocionada — agregó Catalina, cubriéndose la cara con las manos; — pero no se preocupe usted. ¡Me encuentro tan bien en la casa!, ¡soy tan feliz porque vuelvo a verlos a todos, y no puedo acostumbrarme! ¡Cuántos recuerdos! Me parecía que podríamos conversar sin descanso hasta mañana por la mañana.

Starsef veía cerca de él, la cara, los ojos brillantes de Catalina; en la obscuridad le parecía más joven que en el salón. Era como si su expresión infantil hubiese reaparecido. Ella le miraba, en efecto, con una curiosidad cándida; le miraba como si quisiese ver mejor y conocer mejor a ese hombre que en otro tiempo habíala amado tan ardientemente, con tanta ternura y tanta desgracia. Sus miradas le agradecían ese amor. Y Starsef recordó de repente todo lo que había pasado, en sus menores detalles, cómo había esperado en el cementerio, cómo había regresado extenuado a su casa al amanecer, y de pronto sintió la angustia y el dolor del pasado. En su alma le pareció como que volvía a arder una llamita.

— Recuerde la noche que la acompañé al Círculo — dijo. — Llovía, una noche obscura.

La llamita ardió con más fuerza en su corazón; quiso hablar, quejarse de la vida...

— ¡Ah! — agregó suspirando. — ¿Me pregunta usted cómo vivo? ¿Cómo vivimos acá? ¡Pero, si no vivimos! Envejecemos, engordamos, nos derrumbamos. Un día y una noche son veinticuatro horas que han pasado. La vida corre eterna, sombría, sin ideas... En el día, ganar dinero; por la noche, al Círculo. Sociedad de jugadores, de alco-

holistas, de truhanes que no puedo sufrir. ¿Qué hay de bueno en todo eso?

— Pero tiene usted el trabajo, que es un fin noble. Le gusta tanto hablar de su hospital... Entonces, a mí no me interesaba nada; me creía una gran pianista, siendo que todas las señoritas tocan el piano y yo tocaba como todo el mundo. No había en mí nada de particular; soy pianista como mamá es escritora, y naturalmente entonces no le comprendía a usted. Pero, después, en Moscú, he pensado frecuentemente en usted. No pensaba sino en usted. ¡Qué felicidad ser médico municipal — siguió diciendo Catalina con entusiasmo, — aliviar a los enfermos, ayudar al pueblo! ¡Qué felicidad!... Cuando pensaba en usted en Moscú, me parecía tan eminente, tan ideal...

Starsef pensó en los billetes que con tanto gusto sacaba por la noche del bolsillo, y la llamita se extinguió en su corazón.

Se levantó para volver al salón. Ella le tomó del brazo.

— Usted es el mejor de los hombres que he conocido — dijo Catalina. — Nos veremos, conversaremos, ¿verdad? Prométamelo... No soy pianista, no tengo ilusiones sobre mí misma y no tocaré más delante de usted.

Cuando estuvieron en el salón y Starsef vió la cara y los ojos tristes, agradecidos y escrutadores de Catalina, fijos en él, se sintió inquieto y volvió a pensar: «¡Qué bien estuvo que no me casase con ella!»

Una vez fuera de la casa, al subir al coche, al mirar la casa y el jardín que un tiempo le habían sido tan queridos, recordó de golpe las novelas de Vera, la manera tumultuosa que Kotik tenía de tocar el piano, los chistes de Iván Turkin, y se preguntó lo que deberían ser las demás gentes de la ciudad, cuando las que tenían más talento eran tan desprovistas de carácter.

Tres días después, Pava, no ya adolescente, sino hecho todo un joven, le llevó una carta de Catalina:

«No viene usted a vernos. ¿Por qué? Temo que haya cambiado usted respecto de nosotros; lo temo y me asusto sólo de pensarlo. Tranquilíceme y venga a decirme que todo está bien. Tengo necesidad de conversar con usted. — Suya C. T.»

Leyó la carta, reflexionó y dijo a Pava:

— Dígale que no puedo ir hoy porque estoy muy ocupado; iré dentro de tres días.

Pero pasaron tres días, pasó una semana, y no iba. Un día, pasando por delante de la casa de los Turkin, pensó que de todos modos debía ir siquiera una vez; lo pensó, pero no entró.

Y nunca más volvió a casa de los Turkin.

V

Pasaron algunos años más. Starsef está más corpulento aún, más gordo. Respira trabajosamente y camina con la cabeza echada atrás. Cuando, repleto y congestionado, pasa en su troika con cascabeles, y Panteleimon, repleto y congestionado también, carnuda la nuca, sentado en el pescante, los brazos extendidos hacia adelante como si fuesen de madera, grita a los transeuntes: ¡Tome su derecha!, el cuadro es imponente. Parece que no es un hombre el que pasa, sino un dios pagano. El doctor asiste en la ciudad a una clientela enorme y no tiene tiempo ni para respirar. Tiene ya varias casas en la ciudad y una propiedad rural, y quiere comprar una casa más. Cuando en la Sociedad de Crédito Mutuo se habla de una casa que se vende, el doctor se dirige a ella, y la visita detalladamente, sin preocuparse de los habitantes, atropellándolo todo.

Tiene mucho trabajo; pero no deja su puesto de médico municipal. La avaricia lo domina, quiere estar aquí y allá. En Dialej le llaman sencillamente Ionitch. «¿A dónde va Ionitch?», o «¿No será bueno llamar a Ionitch en consulta?

Como tiene la garganta infiltrada de grasa, le ha cambiado la voz, que se ha hecho aflautada. Su carácter también ha cambiado. El doctor se ha vuelto rudo, irritable. En las consultas, se irrita con facilidad, golpea impaciente el parquet con el bastón y grita, con su desagradable voz:

— Conteste únicamente lo que le pregunto. ¡No hable demás!

Es soltero, vive tristemente, nada le interesa.

Desde que llegó a Dialej, el amor a Catalina ha sido su única alegría y será probablemente la última. Todas las noches, en el Círculo, juega, después se sienta solo a una mesa grande y cena. Le sirven Laffitte número 17 y todos — el mayordomo del Círculo, el cocinero y los mozos — hacen lo posible por tenerle contento. Si no, ¡Dios nos libre! se irritaría y golpearía el parquet con el bastón.

Mientras cena, se mezcla de vez en cuando en las conversaciones de los demás:

— ¿De qué están hablando?

Y cuando por casualidad, en una de las mesas cercanas a la suya se habla de los Turkin, pregunta:

— ¿De qué Turkin están hablando? ¿Del padre de la señorita que toca el piano?

Es todo lo que se puede decir respecto a esa familia.

¿Y los Turkin? Iván Turkin no ha envejecido, no ha cambiado. Como antes, cuenta anécdotas y hace chistes. Vera lee, como antes, sus novelas a sus visitas con cordial sencillez, y Kotik toca el piano todos los días durante cuatro horas. Visiblemente ha envejecido, y a veces está enferma. Todos los otoños va a Crimea con su madre.

Y cuando en la estación el tren que las lleva empieza a moverse, Iván Turkin se enjuga las lágrimas y grita:

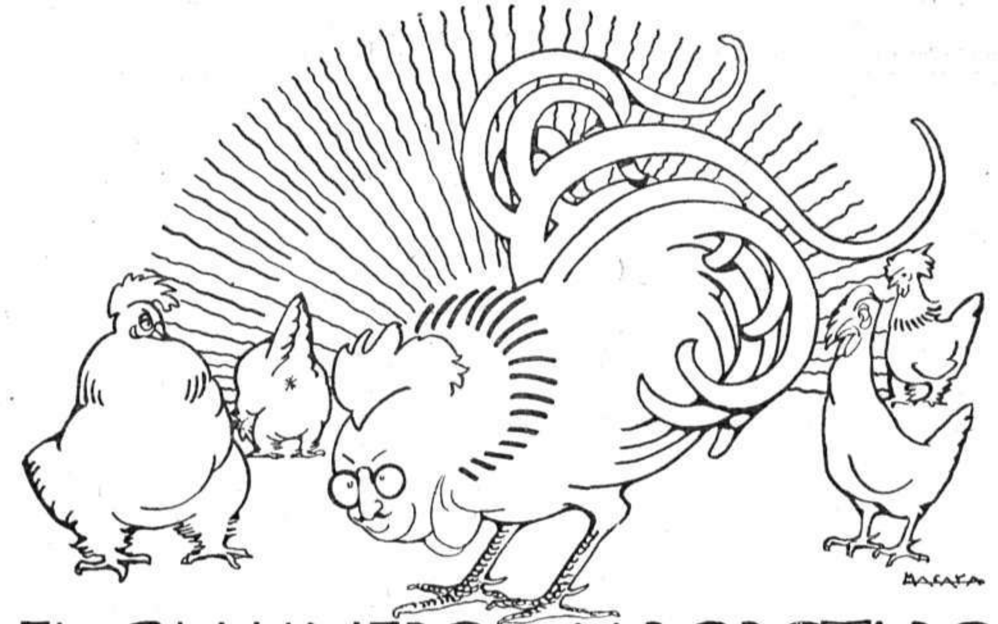
— Adiós, adiós...

Y agita el pañuelo.



ILUSTRACIONES DE BESARES

FIN



EL GALLINERO ALBOROTADO

— ¿Gallo con espolones?
— Gallo de condiciones.
— Gallo ministerial.
— Gallo excelente.
— Gallo del Interior.
— Gallo prudente.
— Sobre Gallo hay diversas opiniones.
— Algunos le censuran, indigestos.
— Y otros le aplauden.
— Comentemos estos
Refranes que diçen las viejas tras el fuego.

* * *

— Le habían postergado.
— Le habían alabado en demasía.
— Nunca dió resultado.
— No sabía cantar.
— O no quería.
— Es un volátil demasiado escénico.
— Yo afirmo que es un gallo neurasténico.
Daca el gallo e toma el gallo, fincan las plumas en la mano.

* * *

— Algunos pretendían la cartera
y no la han conseguido.
— ¡Bueno fuera!
— Y eso que se han movido.
— ¡Y de qué modo!
— ¡Y eso que han recorrido el mundo todo!
La mujer e la gallina, por andar se pierden ayna.

* * *

— Figura entre los gallos más correctos,
Aunque tiene defectos.
— Con defectos y todo, es admirable.
— Sostengo que es un Gallo insuperable.
Biva la gallina con su pepita.

* * *

— De su triunfo testigos,
los que fueron ayer sus enemigos
le rodean ahora
y, el que menos, sostiene que le adora.
— ¿Y qué le pedirán?
— Ya lo sabremos.
— Y él ¿qué les querrá dar?
— Ya lo veremos.
Los pollos de Marta piden pan e les dan agua.

* * *

— ¿Crecerá?
— ¡Qué locura!
¿Acaso es tan pequeña su estatura?
— El, de su ministerio,
va a hacer un verdadero magisterio.
Será una gran figura.
Grano a grano, finche la gallina el papo.

* * *

— Es rey y no vasallo.
¡Nadie le alzará el gallo!
— Pero es muy bondadoso
— Y es un hombre de peso.
— Y jamás se ha mostrado receloso.
— Estará, a pesar de eso,
Erguydo, como gallo en cortijo.

* * *

— Me han contado que el Otro está que trina.
— ¿No siente usted olor a chamusquina?
— Contra su voluntad le han elegido.
Y, pensando en Alvear, el triste vice,
con voz que, más que voz, es un gemido
de esta manera dice:
Quien solo come su gallo, solo ensilla su caballo.

* * *

— Gallo estará con miedo.
— ¡Qué macana!
Gallo va a hacer lo que le dé la gana.
Obrará con prudencia;
pero hoy, de igual manera que mañana,
no admitirá ninguna impertinencia.
— Eso es. Conservará su independencia.
Cada gallo en su muladar.

* * *

— Los que son simplemente monaguillos
de ciertos comités, y los caudillos
que le quieren muy poco,
defendiendo sus propios intereses,
suelen decir, con entusiasmo loco:
— Este Gallo no dura ni dos meses.
Folgat, gallinas, que muerto es el gallo.

* * *

— Y se dice también que, Dios mediante,
el ministro flamante,
serio, culto y sensato
hará un lindo papel en adelante
y que será el futuro candidato
cuando llegue el instante.
Mete el gallo en tu muladar, e saldrá heredero.

DIBUJO DE MACAYA

LUIS GARCIA

Confraternidad Ibero Americana



Grupo de delegados a la Conferencia Internacional del Trabajo que con tanto éxito se celebró en Ginebra, y en la cual desempeñaron un brillante papel los delegados de los diversos países iberoamericanos.

EL PRIMER HIERRO QUE EL HOMBRE UTILIZÓ

El hombre primitivo se sirvió del hierro meteórico para hacer sus armas e instrumentos.

Además, los antiguos cortaban el hierro meteórico de la misma manera que cortaban trozos de cobre nativo en las orillas del Lago Superior, aunque con más dificultad.

Todos los idiomas antiguos llaman al hierro «metal del cielo», y quizá la palabra metal venga del verbo griego metallao, buscar diligentemente cosas, pues era el hierro la cosa codiciada que diligentemente buscaban los hombres de la antigüedad.

Parece ser que las caídas de aerolitos eran más frecuentes en tiempos remotos que en la actualidad, y cuando el hombre primitivo usó el hierro por primera vez, ya llevaba miles de años utilizando el cobre con el cual hacían alfileres, punzones y otros objetos, como los esquimales hacen con las pequeñas esquirlas del hierro. Las masas más voluminosas las utilizaban para hacer hachas, azuelas y otros útiles.

Para terminar, diremos que el hombre primitivo, antes del año 1200 a. J. C., usaba el hierro con más o menos profusión, hierro que obtenía de los meteoritos de los cambios físicos producidos en los yacimientos de mineral de hierro por el rayo, por el fuego de una selva o por agentes volcánicos, y finalmente del hierro nativo que encontraba.

Nuevos Bachilleres



Bachilleres egresados del Colegio Nacional Central, del curso 1923. 1.ª fila, sentados, de izquierda a derecha: Adolfo Glückmann, Julio Gastón Nogues, Alberto Balarino, M. Agustín Argibay, Juan Carlos Ojan, Roberto Mattaldi. 2.ª fila, sentados: Samuel Hobermann, Raúl Bueno, José María Fernández Rey, Domingo Napolitano, doctor Aníbal Moliné, doctor Juan Nielsen (vicerector), doctor Carlos Gutiérrez Larreta, Julio César Altabás, José Juan Molinari, Alejandro Vázquez, Julio Maceira. 3.ª fila, parados: Rodolfo Nelli, Juan José Noris, Esteban J. Cúneo, Carlos Pedro Mattaldi, Pablo Sperlazzo Argüello, Mario S. Peluffo, Antonio Alberto Villanueva, José Antonio Urquiza, Edgardo Goldaracena, Miguel F. Méndez, Helvecio Gerosa (celador).

SIEMPRE ES POSIBLE EL DORMIR

De todas partes viene la queja de los que sufren de insomnio, y esto no pasa solamente con cientos de personas, sino que con docenas de cientos que continúan protestando de su inhabilidad de dormir. Téngase en cuenta que sus consejeros, los médicos, les aseguran fielmente que en realidad no hay razón válida para que el sueño los deje tan crónicamente. Innumerables y variadísimos medios de ganar las dulces horas del sueño se han empleado: se han acostado temprano o lo han hecho tarde en la noche. Han tratado de llegar al paraíso de los sueños por la vía de la lectura. Sin embargo, y a pesar de todo este esfuerzo, los albores de un nuevo día los coge otra vez despiertos. ¿Qué harán?

El sueño es una función normal y automática que forma parte de las prácticas diarias del organismo individual; por consiguiente no necesita atención especial. Las veces que se trata de dar esta atención, ordinariamente la mente se pone en un estado de alistamiento que es difícil de ser distraído; lo cual es causa de que la condición de relajamiento del sistema nervioso que es indispensable para el sueño esté totalmente ausente, de donde resulta el insomnio.

El no ocuparnos mentalmente del sueño es permitir los beneficios del dormir. — H. ADDINGTON BRUCE.

GRANDES ALMACENES
TIENDA **SAN JUAN**

PARA PASCUA

CANASTOS y CAJONES



"AGUINALDO"

con golosinas tradicionales y bebidas finas genuinas.

VENTA ESPECIAL de Turrones y Mazapanes.



CAJON MODELO "TIENDA SAN JUAN"

CONTENIDO:

1 Botella vino Jerez fino de M. Pico (Pto. Santa María).
1 Botella vino Moscatel dulce «Manuel Pico».
1 Botella Sidra champagne. «El Gaitero».
1 Caja turrón de Alicante.
1 Caja turrón Jijona, extra fino.
1 Caja peladillas y piñones.
1 Caja almendras garapiñadas.
1 Caja mazapán «Toledo».
1 Caja galletitas «Jacob y Cía.».
1 paquete de frutas secas surtidas.
1 frasco con caramelos de frutas surtidos «T. S. J.».

a $ 26.50

Este cajón para la provincia de Buenos Aires, tendrá un recargo de $ 1.25, por motivo del impuesto a las bebidas que lo integran. El importe del estampillado deberá ser pagado antes del envío.



"CANASTOS IDEAL"

CONTENIDO:

1 Caja con «Marrón Glace» a la vainilla «Faugier & Cía», Privas, Francia.
1 Caja con bombones de turrón «T. S. J.».
1 Caja con turrón «Alicante», calidad extra fina.
1 Caja con turrón «Jijona».
1 Caja con peladillas y piñones, calidad extra fina.
1 Caja con almendras garapiñadas.
1 Caja con mazapán «Toledo».
1 Caja con caramelos de frutas surtidos «T. S. J.».

a $ 15.—

UN REGALO DE GRAN OPORTUNIDAD Y ESTIMACION PARA

PASCUA

Precioso canasto forma trébol, vistosamente preparado, con golosinas y bebidas finas, de tradicional consumo.

CONTENIDO:

1 Botella vino Espumante «Margherita».
1 Botella vino «Nobreza» Ramos Pintos. (Oporto).
1 Botella vino «Jerez Fino» Manuel Pico. (Puerto Santa María, España).
1 Botella vino «Moscatel» (dulce) M. Pico. (Puerto Santa María).
1 Frasco caramelos de frutas, surtidos, «T. S. J.».
1 Frasco frutas en almíbar, surtidas, «Noel & Cía.».
1 Caja turrón «Alicante» extra fino.
1 Caja turrón «Jijona», extra fino.
1 Caja peladillas «Alcoy», extra finas.
1 Caja piñones «Castilla», extra finos.
1 Caja almendras «Garapiñadas», finas.
1 Caja mazapán «Toledo».
1 Caja torta «Paradiso».
1 Caja frutas abrillantadas.

a $ 37.50

Debido al impuesto a las bebidas en la provincia de Buenos Aires, este canasto, tendrá un recargo de $ 2.50; importe que debe abonarse antes de ser enviado a la misma.

El envío de este canasto, se hace en un cajón igual al dibujo, a fin de no alterar en lo más mínimo su vistosa presentación.



TURRONES LEGITIMOS DE ALICANTE Y JIJONA (España) importados directamente por nuestros almacenes.

CALIDAD EXTRA IMPERIAL

Caja de 1 kilo......... $ 4.80
Caja de ½ kilo......... » 2.40
Peladillas legítimas de «Alcoy», extra superiores, el kilo $ 5.50

PRODUCCION NACIONAL:

TURRONES, calidad extra fina. Alicante, Jijona, Avellana, Yema, Nieve, Frutas, Guirlache y Cádiz.

Caja de 1 kilo......... $ 2.90
Caja de ½ kilo......... » 1.45

MAZAPAN "TOLEDO"

Calidad extra fina.

Cajas de ½, 1, 2 y 3 kilos, el kilo pesos.................... 2.90
Peladillas, Garrapiñadas y Piñones, extra finos, a elegir, el kilo, pesos.................... 2.90



PAN DULCE a la MILANESA y GENOVESA

De elaboración higiénica y diaria, con materias primas seleccionadas.
Panes de 1, 1 ½, 2, 2 ½ y 3 kilos, el kilo, a..$ **2.50**

GRANDES ALMACENES
TIENDA **SAN JUAN**
CIBRIÁN Hnos (S.A.) Victoria, Alsina y Piedras Buenos Aires

VIDA DE CUARTEL

POR

LUIS L. BRANCO

En el cuerpo de caballería donde prestábamos servicio, la vida se nos iba volviendo muy ingrata al cabo del octavo mes. Acabábamos de regresar de una campaña al sur de la provincia de Buenos Aires, realizada con ánimo ligero en espera de un licenciamiento inmediato. Pero nada... El suspirado término se postergaba indefinidamente.

Entre mis compañeros distinguíase por su alegre indisciplina cierto entrerriano estudiante del profesorado, un muchacho excelente. Era alto, ligeramente moreno, de ojos grandes y nobles, de nariz notablemente enérgica. El poco feliz uniforme de soldado amenguaba apenas su natural elegancia. Se preciaba, y no sin razón, de buen jinete. Nos hicimos amigos. Cierta analogía en nuestros caracteres, nuestra profunda incompatibilidad con la psicología cuartelera y nuestra aversión de anarquismo romántico hacia el ejército, favorecieron sin duda aquella amistad.

La común inicial de nuestros apellidos aproximaba nuestros nombres en la lista, circunstancia por la cual, casi siempre, veníamos a cumplir juntos nuestras obligaciones: servicio de guardia, de imaginaria, de fajina, y, cosa harto frecuente, preciso es decirlo, nuestros castigos.

Así nació y se afirmó esa amistad de compañeros de armas. Era un pequeño consuelo hallarnos razón mutuamente. Coincidíamos en pensar que lo más triste de semejante vida no estaba en el ejercicio duro o en la ruda labor, sino en eso que se llamaba la disciplina, y en la mecanización de toda espontaneidad individual que era su corolario, y en esa coartación increíble de toda libertad.

—Vida de brutos... Que no haya tiempo ni para leer un diario.

—Lo peor, amigo, es que no le dejan a uno un rato de soledad. Vivir día y noche en este arrebañamiento infame.

—No, che; hay algo peor... ¿Y los discursos del jefe? —bromeaba yo, un poco en serio.

En efecto, habíamos concluído por cobrar un cómico horror a las arengas del comandante, que las propinaba con cualquier pretexto.

En el curso de los días, Méndez y yo llegamos a hacernos algunas confidencias. Yo le comuniqué mi heroica decisión de viajar a Europa cuanto antes y en cualquier forma, aunque fuese sin dinero; sabiéndolo un buen d'annunziano, solía repetirle el lema famoso:

Navigare é necessario;
no é necessario vivere.

El, según hubo de confiarme, tenía una novia. Ella y él, sendos hijos de dos familias amigas, noviaban desde niños. Alberto Méndez no dejaba translucir habitualmente sus sentimientos íntimos, pero hablando de su prometida, una ligera ternura le empañaba la voz. Recuerdo la impresión que creí advertir en él un día que descuidadamente le manifesté el prejuicio mío de que los novios de infancia nunca llegaban a esposos...

A través de las escasas palabras de Méndez, adivinábase una joven digna del profundo amor que él debía tenerle.

Transcurrió el año por fin. Al entrar el mes décimotercero, la clase del año siguiente empezó a incorporarse. Nosotros esperábamos el licenciamiento de un momento a otro.

Un pequeño incidente con un sargento me valió a mí el último calabozo. Trece días... Llevaba cumplidos nueve, creo, cuando un viernes por la mañana, lo recuerdo bien, Méndez fué a darme la gloriosa noticia:

—¡Compañero, el lunes nos sueltan! ¡Usted también sale!

Nos saludamos a través de la reja. La proximidad de recobrar su libertad, y sobre todo, de ver otra vez a su novia, volvía loco de alegría al buen muchacho. Cierto que yo no lo estaba menos.

Y fué al otro día mismo cuando el soldado encargado de traer la comida a los presos, trajo también la deplorable nueva:

—A Méndez, el del segundo escuadrón, casi lo ha muerto un caballo.

—Eh, bárbaro... ¿Golpe?

—No, pata la... En la caballeriza... Le ha hecho pedazos toda la cara. Está en la enfermería. Lo van a llevar al Hospital Militar.

Recibir una coz mientras se limpiaba la caballeriza era cosa frecuente; pero nunca como esta vez, según supe, con tan mala suerte.

Así que hube dejado definitivamente el uniforme, fuí a ver a Méndez al hospital, llevándole una carta que me habían encargado en el cuartel. Era de la novia sin duda. Estaba seguro que eso lo entristecería más, y hasta tenía ganas de no entregársela.

Conforme a lo que me habían dicho, el enfermo se hallaba muy mejorado. Ah, pero qué secreta impresión de lástima y casi de horror me produjo su rostro terriblemente desfigurado. Un ojo, la nariz, el labio superior, cicatrizaban ya, pero quedarían lacrados para siempre. Tenía tres o cuatro dientes menos.

No se reconocía fácilmente al hermoso muchacho de antes. Pensé en la novia, ay, y sobre todo pensé en él.

Le entregué la carta. Mientras leía, traté de dominar mi emoción. Primero le dije mi grata sorpresa de encontrarlo ya tan aliviado, hablándole después de cualquier cosa, con verbosidad que traté de hacer natural y casi alegre.

El contestaba apenas, con algún gesto vago, y, a veces, con una sonrisa como de velada ironía.

Parecía leer la carta casi sin interés. Cuando hubo terminado me la alargó muy despacio, indicándome el último párrafo. La novia se despedía en él tiernamente, encareciéndole el regocijo que tendría en «verlo prontito, más fuerte y más *buen mozo* que antes...»

Miré de nuevo a mi amigo: dos grandes lágrimas brotaban muy despacio de sus ojos entrecerrados.



EL PROYECTOR CINEMATOGRAFICO MAS PERFECTO y SIMPLE

FUNCIONA CON CUALQUIER LUZ ELECTRICA, Y DONDE NO LA HAY, CON UNA SIMPLE BATERIA

TIENE UN VASTO REPERTORIO EN TODOS LOS GENEROS

Precio: $ 125.— m/n

GRATIS SE ENVIAN CATALOGOS **GRATIS**

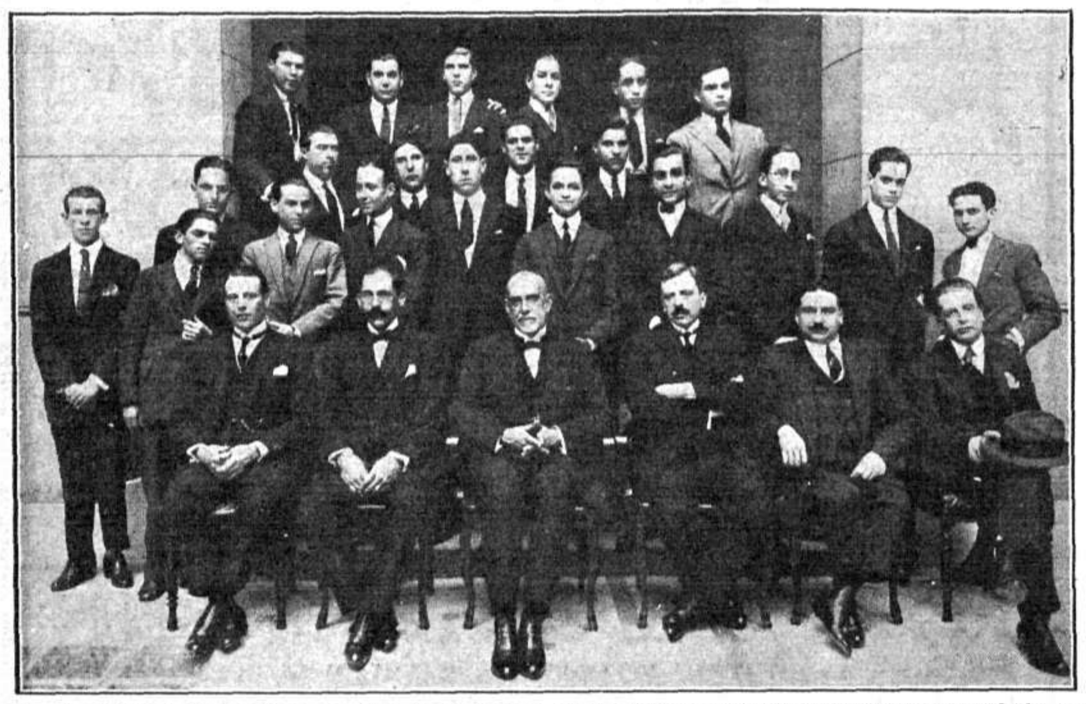
UNICO CONCESIONARIO:

MAX GLUCKSMANN

CALLAO y Bmé. MITRE — FLORIDA y LAVALLE — BUENOS AIRES

CORDOBA, 1048 ROSARIO — 18 DE JULIO, 966 MONTEVIDEO — AHUMADA, 91 SANTIAGO, CHILE — APARTADO, 1478 LIMA, PERU

Nuevos Bachilleres

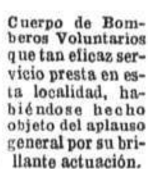


El rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, doctor Tomás R. Cullen, y algunos profesores de ese establecimiento rodeados por los alumnos últimamente egresados.

De Avellaneda



Grupo de sargentos y cabos del cuerpo de Bomberos Voluntarios que fueron ascendidos y que obtuvieron los premios instituídos por esa Sociedad.



Cuerpo de Bomberos Voluntarios que tan eficaz servicio presta en esta localidad, habiéndose hecho objeto del aplauso general por su brillante actuación.

EL AMBIENTE

PRIMAVERA Y OTOÑO



A la vera del arroyo, que es como decir en el mejor de los mundos, caminábamos don Tadeo y yo, escopetas al hombro, en tren de caza. Era don Tadeo hombre que antes de los treinta años había guardado el diploma universitario para consagrarse al laboreo del campo de su herencia, y que entrado en los sesenta, firme como un roble, ofrecía el caso del perfecto hombre feliz, o más bien dicho, del poseedor de la suma de bienestar que es posible en la tierra, rey de magníficos ganados, dueño de mieses opimas y jefe de garrida prole, en medio de sencillas gentes que le rodeaban de consideraciones y afectos. También de él pudo decirse un día que, a pesar de la ciencia que le habían metido en la cabeza, valía para cosas útiles en la vida. Era yo en cambio un pobre mozalbete, estudiante libre que miraba la Facultad como a una cumbre, a la sazón en trances de reponer mi organismo un tanto desquiciado en un invierno de metrópoli. La tarde era propicia lo mismo a la introspección que a la confidencia; y así fué que, mientras creía ver corriendo por allí a Diana en forma de Mireya, iniciamos la conversación con un tema tan baladí al parecer como serio en el fondo.

Hablamos de las estaciones. Yo, como muchacho, y más aún, como aficionado a las bellas letras, me hallé en mis canchas y hablé de la primavera como de una princesa evanescente de esas con que sueñan los poetas de ritmo vaporoso. Ahora sólo puedo recordar que rematé mi discurso recitando el monólogo con que en plena Buenos Aires había saludado a la primavera anterior.

Yo no cuento el año como los demás. Para mí el año comienza con septiembre. Septiembre es mes de resurrección. Septiembre es pórtico de entrada. Septiembre es pórtico que une dos ciudades: la ciudad de la muerte y la ciudad de la vida; allá queda lo yerto, lo árido, lo que deshojó los árboles y asoló la campiña y saturó de niebla la atmósfera y puso su nota triste en los hogares, en los nidos y en la carita tierna de las caravanas infantiles que llenan la calle rumbo de la escuela, — y ahora viene el tiempo en que el suelo se entapiza de verde y el cielo viste de azul, en tanto que los aires se pueblan de palomas y la laguna se esmalta de cisnes, y los almendros y los jazmines y los lirios descorren sus tules blancos para celebrar sus nupcias con el sol. Sólo la minúscula porción de los adinerados se ha adormecido cómoda entre sus cortinajes y estufas... ¡Allá ellos con su Dios aparte! Los demás, aquellos que por circunscribirse a los términos de las leyes divinas atraviesan el erial a la manera que los ganados y los pájaros, esos han ganado el reino de los cielos. Y el reino de los cielos es la primavera con sus exquisitas feminidades. Y cuando la naturaleza toda despierta de su sueño nemeroso, ¡cómo el espíritu distiende sus alas a la par que el organismo sus músculos! Ya no encuentro en el bosque de Palermo Margaritas Gautier, de esas que, bien embozadas dentro del carruaje, van paseando su alma para aliviarla de su tortura de tedio. Hoy es un deseo general de vivir, de vivir para todo, para el trabajo y para el amor. ¡Y qué bien se ama en primavera! Hoy he ido al ropero, lo abrí, tiré esto y aquello, y de allá del fondo, como del fondo de la caja de Pandora, saltó un paquete. Este paquete era de ropa blanca; es la fina ropa blanca que un aroma sutil e insinuante envuelve como el son remoto de una sinfonía de Beethoven... Es la ropa de una mujer. Esa mujer se halla lejos. Durante el invierno el mar ha estado de por medio entre ella y yo. La carta de ha quince días me anunció su venida. Ya debe estar en camino; así me lo dicen los presagios de septiembre. Pero yo no soy egoísta. Deseo que para todos los que sueñan y los que sólo viven, es decir, también para los amurados contra la prosa de la realidad, sin



Paquita, en su primera salida al campo. — Y dime, mamá: ¿cuáles son las plantas que dan las almendras saladas?



ENTRE INTELECTUALES

Primera invitada. — ¿Quién es aquél del centro del grupo?

Segunda invitada. — ¡Ah! Es la persona más interesante de la fiesta. Figúrate que imita divinamente a un perro que ladra...

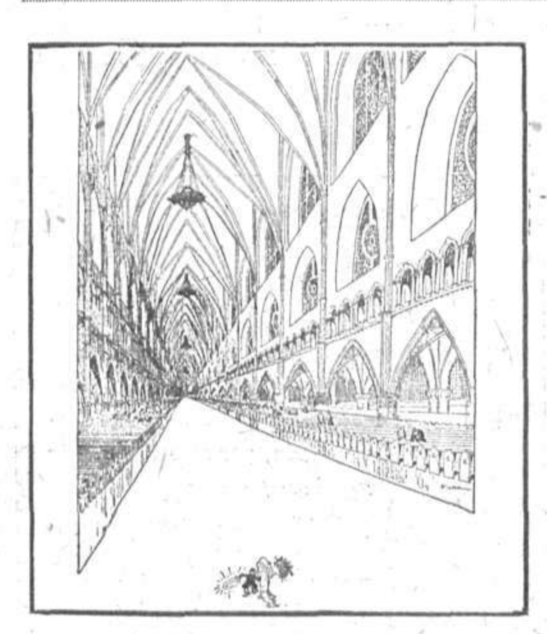
lontananza, sin mirador hacia el país de la ilusión, deseo que para todos la primavera traiga un mensaje, un fragmento de felicidad, un retazo de azul que ponga en sus corazones una chispa y promueva renovados y grandes anhelos, como un principio dinámico elementos de ascensiones.

Cuando puse fin a mi discurso subrayando, creo, el consabido «he dicho», miré a don Tadeo con aire de triunfo, afirmándome muy orondo en el fusil. Don Tadeo, varón sin ditirambos, pero bien educado, tuvo en ese momento alguna amable frase para mí. Pero, apenas sonriente, y una vez guardados en el morral los verdes cartuchos como si renunciara por el momento a disparar su rica arma, así diésemos con una bandada de perdices, me sostuvo que la estación que hace las delicias de la comarca es el otoño.

— Alguna vez yo — comenzó diciendo — he andado en coloquios con la naturaleza, esta generosa madre a quien todas las gratitudes sean dadas, y entonces he dedicado mi paginita al otoño. Todos cantan a la primavera; pues yo he querido cantar al otoño, que es un privilegio de nuestros campos. Si quien, por haber hallado que a la existencia del ser animado corresponden períodos símiles del tiempo, sostuvo que hay analogías entre abril y mayo y la época de decadencia del hombre, desde mi punto de vista tal aserto se trueca en error. Estamos, precisamente, en otoño, y ya lo ves: ni anda el zonda enrareciendo la atmósfera y el sur que domina no corta las carnes como en junio y julio. El aire, todo inmerso en el valle como en una caja de violoncelo, es una enorme vibración musical. Por aquí la fuente serrana, por allá los panales de miel silvestre; ora un pájaro que canta su égloga en lo más tupido de la fronda, ora un torrente que desciende salmodiando sus himnos no aprendidos; la pastora que sobre tal ribazo, entre el rebaño, balbuce sus endechas montaraces para algún hermoso rey David con el cual sueña encontrarse por la tarde, abrevando también sus ovejas; la gota de rocío que el amanecer halla temblando sobre los agrestes yuyos; el sauce que acaricia con su cabellera la faz del agua que va por su canal a irrigar los labrantíos; el potro que corta relinchando la vasta extensión de los pasturajes; el arado que va silenciosamente roturando la tierra virgen que ha de ser entregada en el invierno próximo a la bendición de la primera siembra; las parvas de pasto empinándose vecinas a los alambrados; los graneros repletos con la variedad de exquisitos frutos en plena madurez; la vendimia en su apogeo; los ganados gordos; los corazones alegres, son otros tantos instrumentos de la orquesta que llena con sus armonías este paraíso, de uno a otro confín. Así, pues, si la primavera es la estación de las flores que saludáis alborozados allá en el Plata, aquí, donde por lo menos hay tanta patria, el otoño es la estación de las mieses; si aquella es pórtico de entrada, ésta es acervo de realidades; si la tierra sonríe entonces, la tierra nos provee ahora. La primavera es clarinada de anunciación, exacto; pero el otoño es reposo triunfal. Y otoño es, por sobre todo, sinónimo de éxito en agricultura. ¡La ciudad!... ¡Cuánta estrechez, cuánto polvo, cuánta falacia! ¡Y cómo en ella el hombre se hace simulador, se hace rencoroso, se hace sórdido! Goethe, Ibsen, Tolstoy... muchos fueron, sin duda, los motivos que os determinaron a amar el campo donde se llena de dulcedumbre el alma, donde hay honrada compensación para el trabajo y donde cuajan todos los optimismos.

Yo estaba maravillado, sopesando las razones que a aquel centauro, que era él mismo, con sus sesenta años bajo los pies, una confirmación de sus palabras, inducían a hablar de tal modo. No sólo estaba convencido de la verdad de lo que acababa de oir, sino que así se lo expresé allí mismo a don Tadeo. Desde entonces sé lo que es el otoño en el valle.

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ



El novio. — ...y el día que nos casemos...



El. — Los críticos dicen que es un cuadro "muy lamido".
Ella. — ¡[illegible]! Es por el perro...



HOMENAJE A LA MEMORIA DEL DOCTOR NICOLAS AVELLANEDA. — Vista del palco oficial ocupado por las autoridades locales, miembros de la familia del doctor Avellaneda, delegados de instituciones culturales y representantes de la prensa, escuchando los discursos.

REQUIESCAT

Anda con ligero paso, que ella está cerca, muy cerca, bajo la nieve.

Habla en voz queda que ella puede oir crecer las margaritas.

Toda su bella cabellera dorada ha tomado el tinte de la herrumbre; ella que era joven y encantadora, ahora no es más que polvo.

Semejante al lirio, blanco, como la nieve, apenas sabía que era mujer ¡tan dulcemente había creído!

Las tablas del ataúd y una pesada losa oprimen su pecho. Y ahora sólo yo me torturo el corazón: porque ella reposa para siempre.

¡Silencio! ¡Silencio! No podría ella oir la lira ni el soneto: toda mi vida yace aquí sepultada. Amontonemos tierra sobre ella.

OSCAR WILDE.

PENSAMIENTOS

La experiencia es la sola profecía de los sabios. — *Lamartine.*

Nada tan fácil como hacer daño; nada tan difícil como sufrir sin quejarse. — *Wórcester.*

De Wilde


Grupo de niñas y niños que tomaron parte en la fiesta escolar organizada por la Asociación Cooperadora de la Escuela N.° 58, celebrando la llegada de las vacaciones.

LA NUBE

Tendido sobre la hierba, con la cabeza vuelta hacia el cielo, en pereza deliciosa, no dormía aún, pero soñaba con los ojos medio cerrados.

Fumaba, y lo que consumía mi pipa, no era ni tabaco de Francia ni tabaco de Oriente.

No, lo que yo había puesto en ella eran mis recuerdos y mis esperanzas, los besos de ayer, y los besos de mañana, todos mis ensueños, aquellos que no se realizaron, y aquellos que quizás se realizarán: toda mi alma, en fin, llena de quimeras...

Y salía de la pipa un humo que subía, que se elevaba, se esparcía, se evaporaba y se convertía en nada.

Yo me decía: *¡He aquí, pues, en lo que vienen a parar mis sueños!*

Después, melancólicamente, descorazonado, me dormí.

Cuando volví a abrir los párpados, el cielo radiante por el glorioso mediodía, brillaba triunfalmente. Las nubes en el claro azul se elevaban rojizas y doradas. Una de ellas, menos magnífica, más suave, un poco sonrosada, un poco pálida, y muy ligera, atrajo sobre todas, mi mirada.

Ella subía despacio, pero resuelta. Yo la seguí con los ojos y con el pensamiento en su ascensión hacia las glorias paradisiacas del sol. Y yo la amaba, la amaba, porque comprendía, sabía que esa nubecita estaba formada por el humo de mi pipa, en donde yo había puesto mis recuerdos y mis esperanzas, mis sueños y mi alma toda.

CATULLE MENDES.

El Tiempo resbala insensiblemente



sobre la suavidad del cutis de las personas cuidadosas que se lavan siempre con Jabón

HENO
DE
PRAVIA

Sus excelentes propiedades higiénicas hacen que la piel se conserve siempre lozana, tersa y fragante.

JABÓN
HENO DE PRAVIA

Muy espumoso e intensamente perfumado.

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS DE AMÉRICA

REPRESENTANTE GENERAL PARA ARGENTINA Y URUGUAY:
JORGE E. CHADWICK
ESMERALDA, 132
BUENOS AIRES

Gal

Demostración



El Sr. Juan Lasalle rodeado por los empleados y obreros de Correos y Telégrafos, sección Talleres, que lo hicieron objeto de una demostración de aprecio, con motivo de acogerse a los beneficios de la jubilación.

LO QUE VA DE AYER A HOY

El desarrollo ferroviario de la República Argentina es bien notable, y de más está decir cuánto ha influído el riel en nuestro programa y en el acrecimiento de nuestra riqueza madre.

Aquellas 24.000 varas del decano de nuestros ferrocarriles, se han convertido hoy en 3.000 kilómetros de vía para la sola línea del F. C. Oeste, y en 37.679 kilómetros para el servicio de todo el país, siendo el F. C. del Sud dueño de 6.352 kilómetros de vía.

El movimiento de pasajeros en las principales estaciones terminales de la ciudad de Buenos Aires, alcanzaba durante el pasado año a las cifras siguientes:

		Porcentaje
Ferrocarril del Sud. Plaza Constitución	22.699.086	47 %
Ferrocarril C. A. Retiro	13.109.407	28 %
Ferrocarril O. de B. A. Once de Septiembre	8.595.977	18 %
		Porcentaje
Ferrocarril P. Retiro	2.913.366	6 %
Compañía Gral. Prov. de Buenos Aires. Vélez Sársfield	439.715	0.6 %
Ferrocarril Córdoba. Retiro	289.455	0.4 %
Ferrocarril de B. Aires. Lacroze	133.528	0.3 %
Total	48.180.534	100 %

OMAR KHAYYAM

Hay en el claro cielo de Persia
Una sonrisa de eternidad:
Los dromedarios de Samarcanda
¿Aun no llegaron, Omar Khayyam?

Vi levantarse nubes de polvo
En el camino de Naishapur:
Vienen los odres llenos de vino
Bajo la suave cúpula azul.



¿A qué la gloria de los visires?
Nuestra alma el viento se llevará;
Llena las copas hasta los bordes:
Bebamos juntos, Omar Khayyam.

Entre las rosas del jardín persa
Teje las tiendas de la verdad:
Vino de ensueños y eternidades
Corre en las copas del Rubaiyát.

¿A qué la gloria de los sultanes?
Dame los cantos del viejo Hafiz,
Los cantaremos bajo la luna...
¡Mahoma tenga piedad de mí!

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

BALADA DE LA LOCA FORTUNA

Con el sol, el mar, el viento y la luna,
voy a amasar una loca fortuna...

Con el sol haré monedas de oro
(al reverso manchas, al anverso luz)
para jugarlas a cara y a cruz.

Cerraré en botellas el agua del mar,
con lindos marbetes y expresivas notas,
y he de venderla con un cuentagotas
a todo el que quiera llorar.

Robador del viento, domaré sus giros,
y en las noches calladas y quietas,
para los amantes venderé suspiros
y bellas canciones para los poetas...

En cuanto a la luna,
la guardo, por una
sabia precaución,
en la caja fuerte de mi corazón...

Con el sol, la luna, el viento y el mar,
¡qué loca fortuna voy a improvisar!...

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

BOSTEZOS

El tedio ata mis manos
y bosteza en mi alma;
tengo un letal cansancio
de no haber hecho nada.

¿Para qué urdo estos versos
con mi alma gastada,
con gastados vocablos
que ya no expresan nada?

¿Por qué vivo esta vida
vana, triste, pesada,
pasando por el tiempo
sin que me pase nada?



¿Para qué las mujeres,
para qué las palabras,
para qué el afanarse,
para qué?... ¡Para nada!

Estiro bien los miembros
y abro boca tamaña...
¿Qué hacer, qué hacer, Dios mío?
¿Y para qué hacer nada?...

PABLO SUERO

De Lanús



Núcleo de caracterizados representantes de las colectividades española e italiana que concurrieron a la fiesta realizada por iniciativa del Agente Consular de Italia, señor B. Falabella, celebrando la estrecha amistad de ambos países.

NO TE PONGAS ANTE MI VENTANA...

No te pongas ante mi ventana con esos ojos hambrientos de mi secreto, que no es más que una piedrecilla brillante de dolor, que la pasión ha salpicado de color de sangre.

Has traído tus dos manos llenas de regalos para echarlos ante mí en el polvo, y temo, si acepto, crearme una deuda que nunca podré pagar aunque perdiese todo lo que tengo.

No te pongas ante mi ventana con tu juventud y tus flores, que avergüenzas mi vida miserable.

Por todas partes se oye este grito: ¿Dónde está el hombre que ha de salvarnos? ¡Aquí hace falta un hombre! Pues bien, a este hombre no hay que buscarlo muy lejos, porque está muy cerca. ¡Este hombre es usted, soy yo, es cada uno de nosotros!... ¿Cómo debe hacer cada uno de nosotros para constituírse en un hombre? Nada es más difícil, si no sabe uno quererlo; pero nada es más fácil si se quiere. — ALEJANDRO DUMAS.

Todo deber humano se reduce a lo siguiente: A aprender lo que debe pensarse, y después a pensarlo.

Es fácil comprar el trabajo de un hombre; pero hay que cultivar su buena voluntad.

Cuanto menos pidas a la vida, tanto más te ofrecerá ésta.

EL RECORD MUNDIAL (de economía)

en el consumo de nafta le corresponde al Automóvil



habiendo recorrido con Un Litro de nafta, 14 kilómetros y 400 mts.

Coche de Turismo



$ 2900 s/w. Bs. As.

Reune las comodidades y posee la calidad de un coche de precio elevado.

Motor 4 cilindros, suave y silencioso. Tres velocidades, arranque eléctrico, velocímetro, luz en el tablero etc., etc. Comodidad para cinco pasajeros, carrocería de sólida construcción—elegante y cómoda—cuatro puertas.

SOLICITENOS UNA DEMOSTRACION, VISITE NUESTROS SALONES DE VENTAS O PIDANOS CATALOGO ILUSTRADO

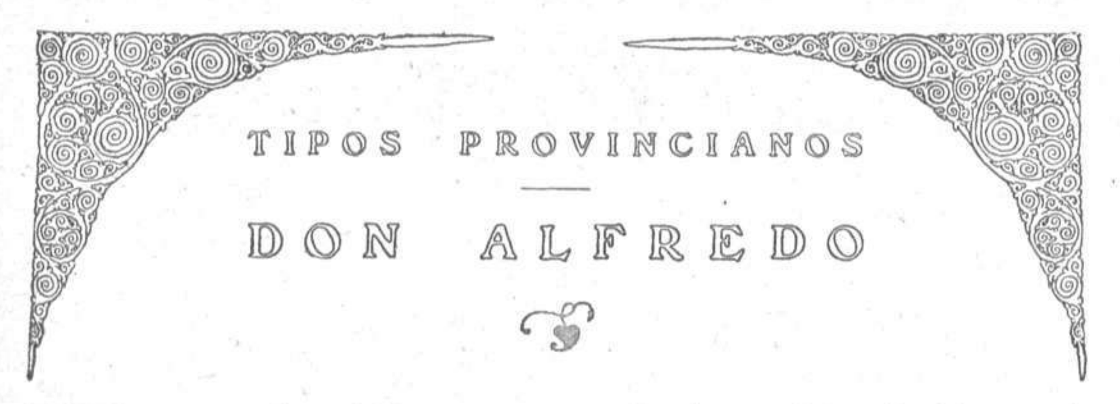
DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS



Bme MITRE 1215 BUENOS AIRES

Hay algunas Agencias disponibles para personas activas.

Gray Motor Corporation



TIPOS PROVINCIANOS

DON ALFREDO

NA mosca verde se obstina en posarse en el ojo que lagrimea con gruesas gotas brillantes. Las gotas corren y se insumen entre los hierros del freno. El ojo pestañea y la mosca, después de dar un rodeo por las orejas, vuelve. Una tira de sol colgada de las ramas se escurre sobre el pescuezo, amarilleando el pelo. Un escarabajo se atreve hasta muy cerca de la herradura, y la pata del caballo, impaciente, golpea el suelo. La mosca se va y el escarabajo retrocede hasta unos terrones erizados de pasto. Del belfo sale una cuerda que va a atarse al tronco de un árbol.

Un pájaro con las alas llenas de luz pasa chillando por el aire, suave como un pétalo, y se posa en el alero del rancho que destaca su techo blanquecino más allá del descampado.

Unas voces fuertes se levantan a través de las quinchas. El pájaro vuela, describe unas curvas y se hunde como una piedra en las matas espinosas del cercado.

—Muchacho...

—Voy, patrón.

Al costado de un mortero comienza a desenredarse un paisanito.

—Cipriano... Mirá por el callejón si viene la gente.

Cipriano termina de levantarse y camina por los pastos arrastrando las alpargatas. Con una mano en visera y la otra en los riñones, grita:

—El coche, patrón.

Cuatro hombres salen del rancho.

El coche se detiene.

El caballo atado al árbol mira a los recién llegados balanceando la cola. La mosca se entretiene sobre una algarroba caída y el muchacho ahuyenta al pájaro con un grito.

—¿Cuántos? — pregunta a través de unos grandes bigotes manchados de nicotina un hombre vestido con brin blanco y sombrero de paja.

—Estamos cuatro — dice uno del rancho mirando al pecho de los otros.

—¿Nada más?

—Ya sabe, don Alfredo, que los muchachos no son muy activos para estos asuntos. Pero no deben demorar. Mira al sol y continúa: Han de venir bastantes.

Don Alfredo desciende del coche y tras él se descuelgan un gordo metido en un traje a cuadros y un flaco cubierto con un sombrero de corcho.

—Cuidado, doctor — dice don Alfredo al gordo; — el estribo está algo flojo. Y le ayuda a poner su pesadez en los pastitos.

—Por mí no se moleste — dice el flaco cayendo en flexión y agitando las mangas grises.

—Ah, usted siempre ágil, Pancracio.

En la delantera del coche hay varios canastos y cajas que poco a poco entran al rancho en brazos de los cuatro.

Don Alfredo y sus amigos sacan unos cigarros de chala y entre humaredas cortajeadas por el sol se dirigen hacia los árboles.

—¿A quién pertenecen estos campos? — pregunta el gordo.

—Son de Ramírez, ese gaucho que nos habló a la llegada.

—¿Lindos, no?

—Regulares. Tienen mucha leña. Se puede sacar algunos pesos. Abunda el pasto para el ganado.

—¿Hay hacienda?

—Unas cuatrocientas cabezas; pero están flacos los animales.

El del sombrero de corcho da una chupada a su cigarro. El caballejo de la mosca tuerce la pupila lacrimosa. Los dos se miran en silencio.

—¿Qué tal el paisanaje, don Alfredo?

—Doscientas libretas, amigo. Alcanzan para una mesa electoral.

—¿Conseguiremos juntarlas?

—Bah ¿quién lo duda? — exclama don Alfredo dándose un manotón en la cara por un mosquito. Vamos a constituír el comité de «Las Lagartijas» por nuestra cuenta y en las elecciones de marzo nos arreglaremos perfectamente.

—Es usted muy ducho en estas cosas — asegura el flaco palpándose una clavícula.

—Así, así... llevo treinta años de lucha...

—Y firme con las banderas partidarias ¿no?

—Ah, con toda fidelidad.

—¿Cuántas banderas, don Alfredo?

—Cuatro, cinco... según... Ríe un poco moviendo los bigotes manchados de nicotina.

El escarabajo menea sus antenas por encima de un marlo y mira receloso la herradura que le impide recoger su pelotilla. Unas gotas de sol se le escurren por los élitros de cobre.

Por el callejón retozan los lagartos y en la linde del bosque se hincha una nube de polvo.

Han transcurrido algunos instantes. El puesto «Las Lagartijas» en la mañana amarilla y tibia está lleno de murmullos. Sentados en largas tablas y en banquitos de madera, algunos, y otros en los yuyos blandos, muchos hombres hablan y ríen aprestándose a comer un sabroso asado. La carne chisporrotea sobre las brasas, mortecinas a la claridad del día, y un vapor apetitoso ondula bajo las ramas.





—Arrímense, muchachos...

Cada cual desenvaina su cuchillo y corta un trozo de asado, apartándose luego.

—Cipriano...

—Voy, patrón.

—Dile a Ramírez que destape las damajuanas, nomás.

—Bueno.

Un chorro morado burbujea en los jarros de lata.

Don Alfredo y sus amigos, sentados bajo el corredor del rancho, trinchan unos pollos fiambre, y en copas de cristal beben vino y cerveza que sacan de botellas con etiquetas pintadas.

—Hay animación en la gente—dice mordiendo una pata de pollo el doctor.

—Ahá...—asiente el flaco hincando el diente en una rabadilla.

—No hay como yo para conquistar simpatías políticas, amigo. Cuando me dispongo, hasta los más duros se ablandan. Vean a aquel mozo—dice don Alfredo señalando con el tenedor a un moreno de pelos espinosos y ancha cicatriz en la mejilla. Ese era de los otros ayer nomás. Ya lo ven.

—Sí, ya lo vemos—dicen los amigos dirigiendo la vista hacia los árboles. El moreno está muy atareado distribuyendo sus atenciones entre un gran trozo de carne y el jarro de vino.

Los campesinos con bombachas holgadas y chambergos caídos sobre la nuca van y vienen aplastando los yuyos bajo las alpargatas encintadas de azul. Algunos para acortar el camino pasan debajo de los caballos o saltan sobre algunos bebedores que están echados en el suelo con el jarro en la mano.

De pronto un muchacho delgaducho, pelo negro y ojos brillantes, exclama:

—A mí nadie me pisa el rastro ¿eh? Yo soy más hombre que cualquiera ¿sabe? Yo soy hombre, amigo...

—Guarde el cuchillo, don—dice desde el suelo nn viejo con la barba enmarañada.—Se puede hincar.

—¿Qué estás hablando, roña? ¡A qué te hinco! Y avanza tambaleando.

Varios se apresuran a sujetar al mozo que forcejea diciendo que va a matar a alguno.

—Ya estás borracho—dice Ramírez.—Te dije que no tomaras más.

Don Alfredo se aproxima al grupo.

—¿Quién hace barullo aquí?—grita con un látigo en la mano.

—Yo soy hombre, amigo—barbota el promotor.

—A ver, donde está ese guapo...

El látigo se envuelve en las espaldas, en los brazos, en las piernas del mozo. Don Alfredo le flagela con fuerza.

—Tomá, para que aprendas a ser gaucho bravo... Tomá.

—Peguemé... usted es dueño... peguemé... Pero no hay cuidado...

Una gota grande cae en la pupila del caballo hasta el suelo. Un poco de sol acuña una moneda en la cabeza de la silla. El mozo doblado bajo los latigazos se aleja hasta el montecito cercano.

Apaciguado el alboroto, don Alfredo vuelve al rancho y se sienta ante un plato lleno de fruta.

—Es hora de empezar el acto—dice mordiendo una sanguínea manzana.

—Habrá que dar la orden—balbuce entre dos hipos el de las mangas grises.

—Ramírez, reuna la gente nomás.

o o

Muchas caras tostadas con ojos brillantes miran hacia una mesita en la que se ha colocado algunos papeles.

—Señores...—ha dicho el doctor y luego en los oídos de los campesinos quedan vibrando algunas palabras: «gobierno», «lucha», «política», «presidente».

Después habla el flaco...

—Señores... Y en los oídos no vibra ninguna palabra.

Don Alfredo, adoptando una postura adecuada a un caudillo de su talla, con los ojos serios, mira los papeles de la mesita y la cara del orador. Cuando éste pronuncia su nombre entre un párrafo elogioso, se lleva la mano a la cabeza como en saludo y luego escupe a un lado.

Algún oyente se apoya en las piernas vacilantes y golpea las manos cuando ve que otros aplauden.

Don Alfredo levanta una mano y luego la otra. Echa atrás la cabeza, baja las manos y no dice palabra.

En los árboles revolotean los pájaros. Las cigarras balanceándose al extremo de las ramas empujan ruidosamente sus fuelles. Las horas de la siesta danzan sudorosas bajo los saetazos del sol.

El doctor escribe algo y comienzan a pasar cerca de la mesita los paisanos, uno por uno. Algunos toman la pluma y hacen firmas. Otros dicen un nombre y se alejan. Terminado esto don Alfredo dice:

—Váyanse nomás y prepárense para la lucha. Si queda algo de vino tomen sin recelo. Y dirigiéndose al flaco: Hay que ser generoso con estas gentes ¿no?

—Sí, don Alfredo—apoya el doctor.—Pero... ¿nos vamos ya?

El flaco tira unos pequeños puntapiés y abre muy grande la boca:

—Debemos irnos—dice.

Media hora después la gente se ha ido de «Las Lagartijas». El caballo llorón, montado por el viejo de la barba enmarañada, se aleja paso a paso seguido por la mosca.

Don Alfredo, los amigos, los canastos y los papeles, metidos en el coche, se pierden a lo lejos.

El escarabajo se afana con su pelotilla al otro lado del camino.

GREGORIO GUZMAN SAAVEDRA



De Bahía Blanca



Concurrentes al banquete de confraternidad Italo-Española realizado en el Hotel D'Italia.



Aspecto del salón de la sociedad «Italia Unita» durante la kermesse realizada a beneficio de las escuelas e instituciones italianas.

AL AZAR, ¡¡NO!!

Adquiera Vd. su traje en una casa como la nuestra que tiene una tradición y un renombre bien cimentado por largos años de concienzuda labor. Adquiera Vd. su traje en nuestra casa pues cada prenda es un modelo de elegancia y perfección. Elíjalo:

Trajes hechos de media estación o verano, en casimires de óptima calidad, corte perfecto y sólida hechura .... $	**35.—**
Trajes hechos, modelo de un botón, muy elegante, sólidamente confeccionados en muy buenos casimires extranjeros .... $	**55.—**
Trajes hechos de media estación o verano, en casimires extranjeros de alta calidad, gran variedad en tonos y dibujos .... $	**75.—**
Trajes cazadora con pantalón o con breche, confeccionados en la mejor gabardina .... $	**45.—**
N. B. — **Trajes a medida**, en los mejores casimires extranjeros de última moda, a $ 130.— y .... $	**110.—**

Pídanos usted un



Crédito a 10 meses.

De San Isidro

Alumnas del colegio N.º 2 que participaron en el hermoso festival organizado por la directora de ese establecimiento, señora Sara Márquez de Vázquez Saavedra.



Nélida Zárate, que fué muy aplaudida por sus felices interpretaciones.

La prestigiosa educacionista, señora Sara Márquez de Saavedra, rodeada por un núcleo de profesoras y por los miembros de la Comisión Cooperadora que concurrieron a presenciar el atrayente programa del festival realizado con motivo de la terminación de los cursos.

El perfume de Moda

CHELA

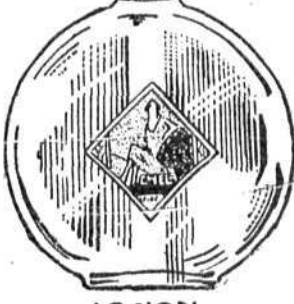
Ultima creación de





GRATIS

remitimos muestras a quienes las soliciten.



POLVO
CHELA
La caja $ 1.70

LOCION
CHELA
El frasco $ 3.90

COLONIA
CHELA
El frasco.... $ 4.70

Entre la infinidad de productos de belleza, las damas prefieren siempre este delicioso polvo de tocador, preparado en los tonos Blanco, Rosa, Rachel y Ocre.

PERFUMERIA
Griet
PRODUCTOS EXCELSIOR
LAVALLE 717 BUENOS AIRES

PERFUMES EXCELSIOR - GRIET y Cía

De Ramallo



Concurrentes al baile que con todo éxito se realizó últimamente, organizado por la sociedad "Los Colonos del Olubrí N.º 1", asistiendo las más caracterizadas familias de este partido.



La alta vida mundana culmina en estos momentos, por las ceremonias nupciales de gran resonancia, por las fiestas *íntimas* que se suceden sin interrupción y que resultan en verdad suntuosísimas recepciones... y es que las dueñas de casa, con sutil diplomacia, han de haber elegido esta fórmula — la de *fiestita íntima* para poder seleccionar sus invitados hasta la quinta esencia, y que las buenas, excelentes amigas, menos brillantes, o menos *chic*, no hallen motivo de resentimiento al verse excluídas de la aristocrática reunión...

Pero convengamos en que si es cierto que me cautiva el observar con un poquitito de ironía, pero también con espíritu pleno de indulgencia, las pequeñas debilidades de la sociedad, ha llegado hoy el caso de censurar con valentía que, al celebrar en nuestra propia casa un acontecimiento de importancia y transcendencia mundial, puedan olvidarse las leyes de estricta y elevada justicia...

Nuestra grande y prodigiosa ciudad congrega y agasaja en estos días a eminentes representantes de naciones hermanas y amigas: se suceden las asambleas en que se tratan y discuten problemas que afectan a la humanidad... En un prodigioso despertar, la entidad argentina cuyo nombre está hoy en todos los labios, ofrece brillante y alta plataforma para que en ella se revele la actuación de todas las instituciones del país, que son en verdad nobilísimo exponente de la ciencia, la caridad, la previsión social... Pero hablemos sólo de la solemne sesión de apertura, recordando ciertos antecedentes, porque la memoria femenina suele ser inexorable...

Preside como corresponde, la eminente figura femenina que a todas nosotras representa, y con ella destacadas personalidades del mundo oficial y científico, como también la distinguida dama que rige hoy los destinos de la junta femenina; junta que ha enaltecido con su actuación llena de inteligencia y perseverancia, la obra que culmina hoy merced a la mutua cooperación... Se inician, se suceden los discursos oficiales: un tanto monótonos, pero hay que tener en cuenta que los oradores tratan casi sin excepción los mismos puntos... a todos une, sin embargo, el mismo anhelo de confraternidad firme y sincera, y tal vez alguno exprese un sentimiento de gratitud hacia la legión de mujeres que viste, en la guerra como en la paz, el sagrado uniforme que tanto admira y respeta la doliente humanidad... ¡Pero sólo uno, entre tantos cultísimos oradores, recuerda que dos damas, dos figuras eminentes ocupan sitio de preferencia en esa mesa tan severa, tan solemne, que ni siquiera se han señalado los sitios de ambas Presidentas con un mazo de rosas!

Después del discurso oficial, se esperaba, y se imponía, la nota señoril, exquisitamente femenina, las palabras que habían de sintetizar, con sobria sencillez, la acción perseverante, el magnífico esfuerzo realizado por el núcleo de damas que ha enaltecido, que ha hecho culminar, en nuestro ambiente, esa obra de piedad y de previsión social. Pero no se oyeron esas palabras, porque eran muchos los caballeros que debían ocupar la tribuna, y en su apresuramiento, olvidaron el saludo ineludible a las destacadas personalidades femeninas que realzaban con su presencia la que debió ser interesantísima y solemne ceremonia...

Naturalmente, el comentario surgió severo, unánime, entre las que presenciábamos aquella reunión inicial, y como la memoria femenina suele ser inexorable, hubo quien recordara que no hace mucho tiempo parecía sumida en un profundo letargo la junta que regía los destinos de la admirable institución: sólo se la oía mentar cuando conmovía al país entero alguna catástrofe horrible, y se abrían entonces los depósitos para enviar remesas de mantas y ropas de abrigo a las regiones asoladas... Luego, se cerraban las puertas del castillo dormido, por meses, por años; pero la iniciativa femenina supo quebrantar aquel silencio, aquel letargo... Delicadas, pero enérgicas manos abrieron de par en par las rejas y ventanas enmohecidas, y el recinto tan obscuro, tan dormido, se llenó de aire y de luz, llamando a la vida, a la actividad, a los que esperaban que tocaran a rebato las campanas implorando socorro... y palpitaron como alas las tocas blancas en las aulas, en los hospitales...

La junta femenina se había reconstituído merced a la clara inteligencia, a la generosidad inagotable de un espíritu de mujer, emprendedor, entusiasta, cuyo anhelo ferviente era llevar la institución argentina a la altura de las similares del extranjero, cuyo vasto programa había decidido implantar en nuestro ambiente. A su llamado respondieron las más altas entidades de la ciencia... la propaganda se hizo amplia y fecunda; y hoy, al consagrarse ante las naciones del mundo civilizado, la eficacia y la grandeza de la obra argentina, al vibrar en el suntuoso recinto la palabra de los oradores que relataron esa grandeza, de los oradores que pudieron valorar de cerca el esfuerzo realizado por un corazón, por una clara inteligencia femenina, no logramos oír su nombre, por más que estuviera en todos los labios, por más que la viéramos muy cerca de sus colaboradores, pero sin que ocupara el sitio de honor que le correspondía en la mesa directiva, que debió elegir tan solemne oportunidad para rendirle el homenaje de gratitud de la sociedad argentina...

Estos olvidos se comentaban el otro día en un salón, y una señora refirió una anécdota del siempre lamentado «tiempo que fué».

Era en el Teatro Nacional que recién se había inaugurado en la calle Florida y que hoy ocupa una confitería no sé de qué nombre, y allí la noche de mi relato se celebraba un gran banquete político para sellar una reconciliación de partidos y los oradores que se iban a escuchar se llamaban Bartolomé Mitre, Bernardo de Irigoyen, Nicolás Avellaneda, Manuel Quintana y otros.

A las nueve la mesa estaba completa, y por primera vez en un acto político los palcos estaban ocupados por damas de nuestra alta sociedad, pues se había deseado que la fiesta tuviera la sanción y el encanto del aplauso femenino.

Y empezaron los discursos — era aquella la época de la elocuencia y de las grandes ideas, eran patriotas y pensadores que sabían lo que querían y dónde iban, y habló don Bartolo y Avellaneda y Quintana y al final el público descubrió que se hallaba también presente Juan Carlos Gómez, el temido polemista y orador de gran fama, a las que unía cualidades de un perfecto hombre de mundo, y se oyeron insistentes voces:

— ¡Qué hable Juan Carlos Gómez! ¡Qué hable!

Ante la insistencia se puso de pie, paseó la mirada por los palcos que parecían ramos de flores vivas, y cuando cesaron los aplausos, levantó su copa lentamente y, en medio de un gran silencio, porque todos, que lo sabían apasionado, esperaban sus declaraciones políticas, resonó su voz cristalina que tenía sonoridades de clarín, y:

— Señores — dijo:

— Brindo por la mujer, lo único que vale la pena de vivir.

Y en medio de atronadores aplausos se sentó orgulloso más que de su éxito, de haber rendido oportuno homenaje a las damas que habían tenido la gentileza de realzar la fiesta.

Pero... — concluyó la señora, — eso pasaba en el «tiempo que fué».

La dama duende.

Buenos Aires, noviembre 25/923

De San Fernando



Alumnas de la escuela N.º 5 que tomaron parte en la hermosa fiesta infantil que, con motivo de la clausura del año escolar, se celebró recientemente.

Vista parcial de la concurrencia que asistió a la fiesta antedicha, y que tuvo calurosos aplausos para los organizadores y para los pequeños intérpretes.

LAS ULTIMAS NOVEDADES
de los Discos Dobles "NACIONAL"

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros a $ 3.25

18083 (**Nerón.** Shimmy. Solo Gardel. Millán-Iribarne Valdez.
(**Tierrita.** Tango. Solo Gardel. Caruso-Bardi.

18085 (**La Tacuarita.** Dúo. Zamba. Peñaloza-Filiberto.
(**Mentías.** Tango. Solo C. Gardel. Mujica-Filiberto.

ROBERTO FIRPO
ORQUESTA TIPICA Y JAZZ-BAND
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.—

6217 (**Cloroformo.** Tango. Orquesta Típica. U. Toranzo.
(**Amor y Sacrificio.** Vals criollo. Orquesta Típica. A. y A. Sureda.

6224 (**¡Desdichas!...** Tango. Orq. Típica. A. Gentile.
(**Flor del Mal.** Shimmy. Jazz-Band. F. Wolter.

FRANCISCO CANARO
ORQUESTA TIPICA Y JAZZ-BAND

6938 (**Caprichosa.** Tango. Orquesta Típica. D. Salerno.
(**El Cholo.** Tango. Orquesta Típica. D. Salerno.

6942 (**Shouting.** (Gritando). Shimmy. Jazz-Band. Elio Rietti.
(**Viborita.** Tango. Orquesta Típica. P. C. Ponce.

ELEUTERIO YRIBARREN. AMERICAN JAZZ-BAND

8006 (**SONIA.** Fox Trot. Cappenberg-Partos.
(**Gitanería.** Pasodoble. A. G. del Barrio.

8011 (**Shouting.** (Gritando). Shimmy. Elio Rietti.
(**Au Pays du Lotus D'Or.** Shimmy. R. Bound.

ORQUESTA TIPICA "PACHO" (Juan Maglio)

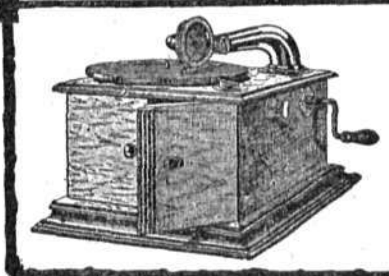
7407 (**Pobre Guacho.** Tango. J. Martínez.
(**¡Odiame!** Tango. L. Di Sipio.

LOLA MEMBRIVES
(Con acompañamiento de ORQUESTA JOVES)
Disco doble «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.25

10443 (**La Midinette.** Tango. Bourel-Morales-Jovés.
(**Mi Viejo Amor.** Canción mejicana. Bustamante-Ateo.

Nuevo catálogo de discos dobles "Nacional". Se remite gratis.





EL MEJOR REGALO **Fonógrafo sin bocina**

La máquina parlante más perfecta y sólida.

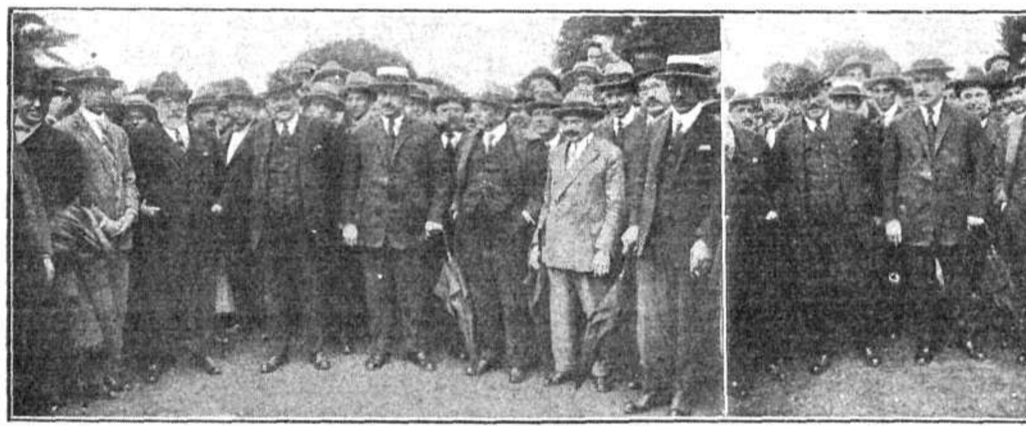
Precio $ **45.** — m/n., con 200 púas.



EN 6 HORAS
REVELACIONES Y COPIAS PARA AFICIONADOS



De Vicente López



Parte de los concurrentes al banquete ofrecido por los miembros del Centro Gallego a su ex presidente, señor Alfredo Alvarez.

El señor Alfredo Alvarez rodeado por un núcleo de amigos y consocios, a cuyo cargo, estuvo la organización de este homenaje.

FRAGMENTO

La muerte es una verdadera transfiguración. El ser más vulgar crece y se vuelve un ser sagrado en el sepulcro. Encierran los cadáveres en su ataúd sus errores, sus faltas y sus vicios, como si fueran los gusanos de la podredumbre y sólo exhalan las aromas de la virtud, como si la virtud solamente fuera el alma inmortal. No debíamos pintar la muerte como un esqueleto, con los ojos cavernosos, huecos, vacíos, y la guadaña en las huesosas manos despojadas de venas, fibras, nervios y piel; debíamos pintarla como divino ángel, sonriente, gozoso, luminosísimo, que recoge a las almas en sus blancas e inmaculadas alas, y a través de lo infinito; entre los coros de las estrellas, se las lleva para engarzarlas allá en la inmensidad de los cielos. El sepulcro vacío, obscuro, silencioso, donde todo acaba, es un océano de luz y de vida. El problema de nuestra existencia no está en vivir, sino en morir; no está en pasar por este mundo donde todos combaten, quieran o no; está en llegar al puerto seguro de la muerte, donde todos descansan. La creencia general no se engaña cuando afirma que nuestra tumba es cuna, nuestro ataúd, lecho; y el cadáver, podrido para este mundo, un recién nacido para otro mundo mejor.

EMILIO CASTELAR.

Yo he oído decir al cardenal Imperiali: «No hay hombre a quien la fortuna no llegue a visitar una vez en la vida, por lo menos; pero como no lo encuentra presto a recibirla, resulta que entra a su casa por la puerta y sale por la ventana».

MONTESQUIEU.



Los productos de tocador «ALACK»



PREMIADOS CON MEDALLA DE ORO Y DIPLOMA DE HONOR EN LA EXPOSICION INTERNACIONAL DE RIO DE JANEIRO

Pocas personas ignoran cómo impresiona agradablemente la hermosura de una dama y cuán satisfecha de ese efecto se considera la poseedora de tal belleza.

Durante la Exposición Internacional habida en Río de Janeiro el año próximo pasado con motivo del Centenario del Brasil, tuve oportunidad de constatar cuán detenidamente las damas argentinas y brasileras observaban a las americanas y europeas por la distinguida belleza que las caracterizaba, sin poder precisar el motivo de esa superioridad. Con la costumbre de anotarlo todo, formé de inmediato el propósito de ocuparme del asunto que así empezó, haciendo saber a las gentiles lectoras como pruebo luego, que es cierto que la naturaleza ha donado sus encantos a las mujeres de todas las razas, pero exige que las damas sepan cuidar de su hermosura convenientemente, perfeccionando aun aquello que la naturaleza les dió «en bruto».

He aguardado hasta hoy para escribir esto, porque deseaba dar una sorpresa que ha de halagar a mis compatriotas.

Muchos pueden ser los atractivos personales de una dama, pero ninguno como la belleza física. Ese encanto no pasa inadvertido ni por el más indiferente de los seres. Esa es la razón del egoismo muy femenino, que rara vez confía a la mejor amiga el secreto de la belleza adquirida.

Hasta ahora, naciones, razas enteras, parecían más favorecidas por la belleza que otras. Las damas sudamericanas admiraban sin duda la suave y delicada tez de la yanqui y de muchas europeas, mas no se explicaban bien la causa de la diferencia entre éstas y ellas.

Como casi toda mujer algo envidia de la belleza de otra, fácilmente se explica que las sudamericanas allí en Río de Janeiro recorrieran todos los pabellones para ver si entre los finísimos productos de tocador expuesto en gran número de escaparates, hallarían la clave del secreto de la hermosura. Entre tantos productos — la mayoría de antiguas casas europeas — un grupo de las niñas fijó su atención en unos artículos de belleza nuevos para ellas, y sin embargo, de fama casi mundial — pues en Europa y Norteamérica son conocidos desde tiempo atrás. — Esos artículos habían sido traídos a Río de Janeiro expresamente para la Exposición Internacional, y como es de rigor, ya antes de ser expuestos fueron analizados detenidamente por los Departamentos de Salud Pública de Río de Janeiro y Sao Paulo.

Pues bien; las niñas de mi narración algo habrían notado en esos productos para decidirse por probarlos. A los pocos días no les cabía duda que era buena esa crema de tocador y esa agua de belleza. Puedo afirmar que una de las muchachas «cantó» el secreto en el hotel y pronto la mayoría de las damas tenían los productos a prueba.

¿Cómo resultó la prueba? Pues, magnificamente. El Representante de esos productos — ¡asómbrense ustedes! se vió en la necesidad de pedir nuevas remesas por cable. Y se justifica ese éxito de los artículos «ALACK»; las jóvenes aquéllas pueden confirmarlo. Son desde hace meses un testimonio viviente de las bondades de las cosas que se ponen en la cara, cuello, escotes, brazos, uñas, mejillas, labios, etc.

Una de las chicas, ¡la pobre tenía pecas! — se aplicó la crema «ALACK» con constancia, de día y de noche. Era una porteñita. Antes de regresar a Buenos Aires ya se le habían ido la mayor parte de las pecas. Luego la volví a encontrar un día en Florida y por más que me fijé bien, no pude hallar en su rostro ni la menor manchita. Que me perdone si he sido indiscreto revelando su pequeño «misterio de hermosura».

Antes de clausurarse la Exposición, los productos «ALACK», después de ser sometidos a un sabio y concienzudo examen de parte de una Comisión que los comparó — creo que con cuanto producto de tocador existe en el mundo, — fueron distinguidos con *Medalla de Oro y Diploma de Honor* que se reproduce en esta página.

Como las cualidades sorprendentes de los productos «ALACK» fueron tan de pleno comprobadas por la Comisión de la Exposición Internacional y, prácticamente también por las damas cariocas, el representante instaló dos clínicas de belleza en Río de Janeiro y en Sao Paulo. A esta hora las señoras y niñas de esas dos ciudades están convencidas de que la naturaleza no hace mayores distingos en cuanto al físico, pero hay que saber modular y cuidar los encantos delicados.

Diploma de honor otorgado a los productos.

Las señoras argentinas que visitaron Río y probaron alguno de los Productos «ALACK», pidieron al representante allí que los trajera también a Buenos Aires. En aquel entonces no era posible, pues primero hubo que atender los pedidos del mismo Brasil. Pero hoy — y aquí viene la sorpresa — tengo el gusto de llevar al conocimiento de todas las amables y bellas lectoras de esta página, que los Productos «ALACK» ya están en Buenos Aires.

Allí, en la Avenida de Mayo, en el número 1156, 2.º piso, funciona desde hace pocos días el local de ventas, donde también se atienden toda clase de consultas.

A veces el muy amable señor Representante y su personal, compuesto por señoritas competentes, atienden también a algún curioso que, como el que escribe, va a hacerles preguntas que parecen ociosas.

Quería saber bien cuántos distintos Productos «ALACK» había y conocer la aplicación de cada uno. Como soy algo charlatán, en seguida contaré todo lo averiguado.

Ante todo hay una buena Crema «ALACK», algo muy superior. Tiene la virtud de hacer desaparecer completamente las pecas y manchas de la piel, alisa las arrugas, y elimina el vello que hubiere. Luego el Agua «ALACK», el producto verdaderamente indicado para obtener un cutis blanco, suave, fresco, juvenil en una palabra. Luego también esmalte para las uñas, en dos frascos de distinto contenido, lo más chic, y finalmente un líquido rojo para los labios y las mejillas, en otro frasquito muy mono, con un tapón de vidrio negro que termina en forma tal que al pasarlo perfila los labios con el rojo en forma tan perfecta que maravilla.

Sinceramente creo que los Productos «ALACK» son dignos de encontrar muchas amigas en Buenos Aires.

Todavía tendría material para seguir charlando un buen rato más, pero, como ustedes ven, la página está por terminarse y no queda más que recomendar una cosa: si ustedes quieren ser más bellas aún, más blancas, exterminar las pecas, o quieren tener lindas uñas bien brillantes, visiten a los Productos «ALACK», allá en la Avenida, o, si alguna de las lectoras vive en las Provincias, escriba a Productos «ALACK», Avenida de Mayo 1156, que, según me dijo el señor Representante, manda completamente gratis un librito con todos los detalles sobre los productos y la manera de aplicarlos.

Será hasta otra vez.

W. Rend.

El Derrotero



Cuando el aneroide señaló tres mil metros de altura nos detuvimos. Aun teníamos una buena hora de sol para prolongar la jornada, pero el encuentro de la Casa de Piedra después de aquel interminable y peligroso faldeo, daba tal impresión de seguridad y de tranquilidad al ánimo, que decidí quedarme.

—¿Haremos noche aquí?—consulté con Robledo.

— Como disponga, señor — me contestó con su habitual mansedumbre.

— ¿Y los guanacos? Todavía no he visto ni uno.

— Mañana se va a cansar de matarlos. En cuanto lleguemos a la Aguada Grande los va a ver en tropillas. ¿No vió hoy uno en aquel morrito del cerro colorado?

— ¡Pero yo he visto más de mil cerros colorados! — protesté.

— En aquel peladito, derecho a la silleta grande del Manchao. Salió uno — a campiar seguramente — pero habrá visto brillar el caño del fusil y de un brinco desapareció.

Nos apeamos.

— Linda la mula — observa Robledo mientras desensilla la mía.

— A mí me parece una cocktelera — le contesto sobándome los doloridos riñones.

— Sí, señor — me responde sin entenderme.

Con Robledo no hay modo de enojarse. Si le digo que habrá diez leguas hasta aquel cerro, me dice que sí; y si observo que tal vez no haya más que ocho, me contesta que así ha de ser cuando yo lo digo.

Para entretenerme, inspecciono la Casa de Piedra. No es muy confortable que digamos. Se trata de una oquedad en la piedra viva del cerro, que ofrece un escaso reparo contra el viento y la nieve. Algunos refugiados forzosos han distraído su ocio haciendo inscripciones en las paredes. En el fondo, tallada en el muro, hay una especie de banqueta que puede servir de cama. Enormes piedras sirven de sillas.

Comprendo que he hecho mal en venir solo, pues con esta gente no hay diálogo posible; pero, ¿quién se anima a cazar guanacos en esta época, con la perspectiva de que un temporal lo entierre por un mes en una casa de piedra? Y en el cerro se arma un temporal en media hora. Paso a paso, sin apurarse, como dormidos en sus mulas, se van arrimando los dos peones que traen mi escaso equipaje y las alforjas con las provisiones. Me arrimo al fuego.

— ¿A esta altura, ya no vivirá nadie? — le pregunto a Robledo.

— El puesto del Agua Verde no queda muy lejos de aquí, pero está algo retirado de la senda, hacia aquellas quebradas hondas — me informa.

— ¿Pero es posible que en este peladar viva gente?

— Ese puestito del Agua Verde es lo único que hay; más arriba ya no encontraremos nada, hasta la cumbre.

— ¿Y dónde haremos noche?

— Nunca falta alguna casa de piedra, como ésta, y más arriba tenemos la casa de Cubas...

— ¿Y ahí vive alguien?

— No, señor; es un refugio para cazadores. Según dicen, lo construyó el gobernador Cubas en tiempos de los federales...

— ¿Y en el puesto del Agua Verde tampoco hay nadie?

— Ahí vive Mascareños que vino por un «redotero» y ahora se lo pasa cazando...

— ¿Por un derrotero? ¿Y qué es eso?

— Según cuentan, señor, aquí en el cerro hay una mina de oro con cada pepa del tamaño de un zapallo; y uno del Rodeo, al morir, dejó el «redotero».

— ¿A Mascareños?

— No, señor; al hijo del finado, pero como el mozo no encontró nada vinieron otros con Mascareños, y éste se quedó.

— ¿Y no encontraron nada?

— ¡Nada! Y ahora, ni caso le hacen...

— ¿Y quién tiene el derrotero?

— Mascareños; pero ya no le hace caso.

— ¿Y no nos lo enseñaría a nosotros?

— ¿Y por qué no? Si dicen que no sirve. Se lo ha de regalar también si usted se lo pide.

Empecé a ponerme nervioso. A lo mejor — pensé — esta gente no entiende el derrotero, o tiene explicaciones técnicas que no han podido comprender.

Fingiendo la mayor indiferencia le dije:

— ¿Es un papel?

— Sí, señor; un papel escrito y con unos dibujos como esos que usted lleva en la alforja.

— ¡Ah! un plano entonces.

— Sí; pero rústico, como hecho por ellos.

Decididamente, el asunto empezaba a interesarme. Entre mate y mate, mientras me asaban un trozo de cabra, le dije a Robledo:

— ¿Y queda lejos el puesto?

— No, señor; por esa quebradilla, y de a pie, en un cuarto de hora, estamos.

— ¡Con tal de que esté Mascareños! A lo mejor, lo encontramos más arriba en el cerro, cazando.

Me quedé un rato callado, pensando que no me convenía manifestar demasiado interés, pero Robledo insistió.

— Si usted quiere, me llego hasta allá, a ver.

¿Qué interés tendría Robledo?

— ¿Vive solo Mascareños? — le inquirí.

— Solo.

— ¡Hum! ¿Y tiene algo que valga la pena y que nos pueda vender?

— ¡Qué va a tener! Charqui, a lo más. A no ser que tenga aloja...

— ¿Aloja de molle?

— Sí, señor; suele tener siempre.

Le brillaron los ojos a Robledo y me pareció que empezaba a comprender el motivo de su interés en llegarse al puesto. Y a mí me venía bien porque así podía disimular mi interés por el derrotero.

— No vendría mal un poco de aloja con este frío. Tome unos pesos y baje hasta allá. Si está Mascareños le compra un poco de aloja. ¡Pero vuelva pronto! ¡Ah! Este... Vea... Si le quiere prestar el derrotero, se lo trae.

— Vaya si lo traigo... Para lo que sirve...

Acurrucados al lado de la hoguera, estuvimos esperando a Robledo más de dos horas.

— Si queda lejísimos—observa uno de los peones.

Comprendí, entonces, que Robledo me había engañado; ¿pero, su interés en ir al puesto, sería por el derrotero o por la aloja? Esta bebida agrada muchísimo a los naturales y yo, que la había probado en la ciudad, compartía su opinión, y no me parecía difícil que después de tres días de marcha a Robledo se le hubiera hecho la boca agua, al pensar en echarse un trago en aquellos andurriales. Pero mi preocu-



pación era mayor al pensar en que su interés fuera por el derrotero. Tal vez el astuto baqueano preveía que conmigo le sería más fácil encontrar la mina, y yo comprendí que en ese caso no debía fiarme de nadie y menos de la fidelidad de aquella gente que había contratado al azar, hacía unos días. Instintivamente apreté con el antebrazo mi revólver. Si la cosa iba bien encaminada, podía también volver a la ciudad y regresar con otra gente.

Por fin apareció Robledo. Traía una tinajilla de aloja que puso con el mayor cuidado a mi lado.

— ¿Estaba Mascareños? — pregunté con indiferencia.

— Sí, señor, y me entregó el «redotero».

— ¿Y? ¿Lo leyó usted?

— Yo no sé leer, pero Mascareños me lo ha explicado bien porque yo conozco el lugar.

— ¿Y entonces?

— Pero me dice que llegado al lugar justo no hay ni rastro de mina ni de nada que se le parezca.

— A ver, a ver...

Tomé el papel — un papel fuerte, de barba, amarillento, con manchas rojizas del mismo papel que estaba, además, manoseado y sucio — y leí:

«Saliendo del Portizuelo de la Zanja, en derechura al Naciente, a través del río, se llega a la pirca del camino de los Indios. Siguiendo por éste, hasta debajo de la Cara de Piedra, se sube por la ladera al derrumbadero. Levantando la piedra grande blanca se verá la entrada de la mina».

— ¿Y este portezuelo?

— Cerca es — dijeron los peones.

— ¿Y el camino de los Indios?

— Todavía se conserva — dijo Robledo — aunque muy destruído.

— ¿Y esta Cara de Piedra?

— En la misma ladera del cerro hay como una figura y ese debe ser.

A la izquierda está el derrumbadero. Yo recuerdo haber mirado para arriba y lo he visto.

— ¿Y Mascareños ha ido?

— Mascareños ha ido, pero dice que no hay ninguna piedra blanca y grande, porque el cerro es allí todo rojo, como aquí; casi todo este cerro es rojo.

Impresionado, tomé unos tragos de aloja para disimular. Sobre todo no quería que mis acompañantes se percataran de la importancia que yo daba al derrotero. Me tendí con indiferencia cerca de la hoguera mirando distraído la llama para poder mejor pensar en el inesperado tesoro. De tanto en tanto, paladeaba un buche del extraño brebaje como para hacerles creer que mi pensamiento sólo giraba alrededor de la tinajilla. ¡Pero cuán lejos estaba de ella!

Si es un derrumbadero — pensaba — tal vez la piedra blanca ha rodado hasta al pie de la ladera; pero allí han de estar los pedazos y se ha de poder determinar con exactitud de donde ha caído; y juntando los pedazos se ha de poder establecer que fueron antes una sola piedra. En fin, esta gente no debe haber agotado todos los métodos de investigación y todavía queda alguna esperanza.

Pretextando frío, entré en la Casa de Piedra y me estiré sobre la banqueta de piedra del fondo, pero tuve buen cuidado de llevarme conmigo la tinaja porque no se me habían escapado las miradas ansiosas que los peones le dedicaban.

— «Machadora» (1) la aloja... se atrevió a decir Robledo.

— ¡Bah! Con este frío ni se siente — le dije.

El endiablado líquido parecía estar dulce y caliente a la vez y esto lo hacía más tentador.

Yo recordaba casualmente que en los países muy fríos, hasta es obligatoria la ración de alcohol para mantener el espíritu de los centinelas. ¡Lástima que ya iba quedando poca!...

La hoguera estaba ya moribunda y alumbraba débilmente la caverna. Tendido en la piedra, bien envuelto en mis ponchos, me adormecía mirando los extraños juegos de sombra en las paredes.

De pronto se me ocurrió que había visto antes en alguna parte la cara de Robledo; era un rostro impasible, magro, obscuro y arrugado; en seguida me acordé de que era parecido a una momia del Museo Etnográfico. Esto me dió una risa inextinguible. Y es que, como el Museo estaba instalado en un sótano, aquella oscura caverna hacía aún mayor el parecido. Me pareció que Robledo, al sentirme reir, miró con alguna preocupación la tinajilla. ¡Bah! ¡Creería ese necio que me iba a «machar» aquella miseria de aloja! Alcé el recipiente y encontré la bebida más dulce y caliente que nunca. De un par de tragos la terminé. El cacharro se me escapó de las manos y dió un sonido bronco contra la piedra.

— Es ruido a Museo — dije riéndome.

Robledo fumaba una chalita y se me ocurrió que, cuando volviera a Buenos Aires, debía hacer salir humo de la nariz de la momia para hacer mayor el parecido.

— Tal vez — pensé en alta voz, de la nariz de la Cara de Piedra donde está la mina también salga humo. — Tuve que envolverme en los ponchos para sofocar la risa que me producían tan extrañas reflexiones. Robledo me miraba inquieto y no se dormía. El debía comprender que era la alegría de encontrar el tesoro lo que producía en mí aquellas raras expansiones. De esto no me cabía la menor duda. Por otra parte yo estaba contento porque el frío ya no me molestaba. Me revolvía sin hallar acomodo en aquella banqueta hasta que por fin coloqué una enorme piedra a guisa de almohada y me fuí quedando dormido.

De pronto, sentí un roce contra el muro. Era Robledo que se acercaba.

— Señor — me dijo en voz baja, — ya amanece.

— ¿Y?

— Si le parece, podíamos ir los dos solos hasta la mina. Ellos, ¿para qué van a ir?

Yo me sentía diligente, liviano, y no le opuse reparo alguno.

La mañana estaba fresca y salimos con paso vivo y sin tomar nada. A fin de no dificultar la marcha, no llevamos sino el derrotero, una brújula y una soga por si hacía falta. Robledo se echó a la la espalda el fusil.

Bajamos y subimos quebradas y el sol empezaba a abrasarnos.

— Allí es — dijo por fin Robledo.

Una vez en el Portezuelo, salimos con rumbo Este, y en cinco minutos nos pusimos en el camino de los Indios. Era un sendero antiguo, semiderruído, construído a media ladera y sabe Dios con qué objeto.

Al poco rato alcé la cabeza a una indicación de Robledo, y vi en la falda de la montaña unas anfractuosidades producidas tal vez por derrumbes, y que bosque-

---

(1) «Machar», embriagar.

jaban groseramente con su coloración oscura la cabeza de un indio. A su izquierda brillaba la superficie lisa de un derrumbadero.



— Subamos — ordené a Robledo.

Pero no era cosa fácil. Fuimos subiendo lenta y penosamente. Más de una vez, después de haber avanzado dos o tres metros, perdíamos de un resbalón cinco o seis, con peligro de rodar hasta abajo. Yo estaba maravillado de no sentir vértigo ni miedo alguno, como me suele acontecer en laderas muy empinadas y peligrosas.

— No se ven piedras blancas — dijo Robledo con sorna.

— ¿Quién sabe? ¡Arriba! ¡Vamos arriba!

De pronto, yo, que por tener zapatos herrados corría mayor peligro que Robledo con sus ojotas, di un resbalón terrible. Me había apoyado en una piedra grande y chata que estaba algo inclinada y que con mi peso perdió el equilibrio y rodó hacia abajo, rompiéndose con estrépito en la caída. Me salvé arrojándome contra el suelo, de donde no me atrevía a moverme de miedo a rodar. Y hubiera tardado en reponerme de no llamar mi atención los desacompasados gritos de Robledo.

¿Qué demonio le pasaba?

Hice un esfuerzo, me incorporé sobre las rodillas y miré. ¡Santo Dios! ¿Qué fué lo que vieron mis ojos?

La enorme piedra chata, al desaparecer, había dejado al descubierto una aglomeración de piedras blancas, al parecer cuarzosas, y que aparecían agrupadas en forma regular, como si la mano del hombre las hubiera distribuído. Nos precipitamos a una; aunque Robledo, por respeto, se quedó algo atrás. Retiré algunas piedras y apareció una gruesa barreta de hierro, prueba evidente de que estábamos en presencia de la mina de que hablaba el derrotero. Pronto pude ver que se trataba de un grueso filón de oro en granos, mezclados con arena gruesa, pero que evidentemente podía dar un rendimiento enorme. Me di vuelta y vi que Robledo estaba pálido como un muerto.

— Rica la mina — dijo, trémulo.

— Riquísima — le aseguré; — aquí hay millones.

Arrodillado, empecé a escarbar en la arena, cuando de repente vi que Robledo, con mano silenciosa, levantó la barreta del suelo. No me atreví a darme vuelta por que no desconfiara, pero como el sol nos daba de espaldas lo espié en su sombra conteniendo la respiración y sintiendo que un sudor frío me bañaba las sienes. Fué cosa de dos segundos: vi la sombra de la barreta levantarse hacia el cielo; quise gritar pero mi garganta, reseca, no omitió sonido alguno; adelanté un pie para levantarme pero en el mismo momento bajó la barreta como un rayo. Sentí un dolor agudísimo en la nuca y rodé dando inútiles manotadas contra la piedra... que me había servido de almohada, contra la tinajilla de aloja y contra las paredes de aquella extraña caverna donde sufrí tan espantosa pesadilla.

Al alboroto despertaron Robledo y los peones, que, aunque todavía no amanecía, se fueron a preparar las mulas; media hora más tarde bajábamos hacia el valle, donde no me volverían a ilusionar más con derroteros. Y la aloja no la he vuelto a probar más en mi vida.

JOSÉ GOÑI


TORTAS
BAGLEY
Complementan dignamente
toda mesa bien servida.
Son exquisitas como postre
y para tomar con el te.
Se elaboran en los gustos
siguientes:
"GENOVA"
"GUINDA"
"FAMILIA"
"VALENCIA"
Pruébelas Vd.
TORTA
GUINDA
TORTA
BAGLEY

De Rivera

Autoridades locales y caracterizado núcleo de familias que concurrió al pic nic organizado a beneficio de la sociedad Protectora de Inmigrantes.

EMPECEMOS POR "REGALARNOS" NOSOTROS MISMOS.

La tradición quiere que la despedida de un año y el advenimiento de otro sean celebrados **en familia,** ante una buena mesa cubierta de manjares deliciosos, exquisitas golosinas y excelentes vinos generosos.

Cualquiera que sea el lugar de su residencia, o de la persona a quien deba Vd. obsequiar, nada más práctico que decidirse por una de estas dos ofertas, para obtener lo mejor por el menor costo posible.



N.º 19761 Embalado pesa Kgs. 36.

CONTENIDO:

2 Botellas vino champagnizado Johnston.
1 Botella Jerez Oloroso, Caballero y Sobrinos.
1 Botella Curaçao Garnier, double orange.
1 Torta Carpinacci.
1 Frasco ciruelas Valdés, en almíbar.
1 Caja bombones Gath & Chaves.
1 Caja turrón Alicante.
1 Caja turrón avellana.
1 Caja peladillas de Alcoy.
1 Caja frutas secas surtidas.

$ 32.50

N.º 19760 Embalado pesa Kgs. 15.

CONTENIDO:

2 Botellas sidra asturiana «Rondalla».
1 Botella Jerez Oloroso, Caballero y Sobrinos.
1 Botella Curaçao double orange, Garnier.
1 Barrilito campota de ciruelas Valdés.
1 Caja turrón avellana.
1 Caja turrón Alicante.
1 Caja peladillas de Alcoy.
1 Caja frutas secas surtidas.
1 Torta Carpinacci.

$ 18.80

Corte este cupón y remítanoslo por correo hoy mismo.

Señores Gath & Chaves, Ltd. — Buenos Aires.

Sírvanse remitir a la dirección abajo indicada un Cajón/Canasto N.º.........., conteniendo el Surtido de Navidad de $.........., cuyo valor les incluyo en un giro/cheque N.º........ contra el Correo/Banco .... de esa Capital.

El flete lo pagaré aquí, a la llegada del envío. / va incluido en mi remesa, que es $...............

Escríbase con la mayor claridad.

(Firma)...

(Dirección)..F.C.........

El envío lo efectuarán a mi nombre y dirección. / la siguiente dirección:

Sr...

avisándole que va de parte mía, y augurándole buen fin y mejor principio de año.

GATH & CHAVES L^TD.

CASA CENTRAL: FLORIDA y CANGALLO • ANEXO: Av. de MAYO, PERÚ y RIVADAVIA


Para estancias
para familias
para "tea rooms"
Enviamos directamente el Te Sol en latas grandes, especialmente acondicionado:
"Five O'Clock" (Te Sol Calidad Extra)
Lata de 11 lib. (5 Kgs. neto) $ 35.00
» » 3 » (1.362 grs. neto) » 10.50
» » 1 » (454 » ») » 3.70
Te Sol "Etiqueta Blanca".
Lata de 6 Lib. (2.724 grs. neto) $ 18.00
» » 3 » (1.362 » ») » 9.00
Dirija su pedido a Walker Hermanos Ltda., calle Tucumán, 345. Bs. Aires. (U. T. 31-0095 Retiro).
Si es para el campo, podemos enviar contra reembolso. El flete es por nuestra cuenta.
Si desea una muestra gratis, rogamos enviar 0.17 cts. en estampillas para el franqueo certificado.
OBSEQUIAMOS
con el famoso calendario de bolsillo "TE SOL" para 1924.
Pídalo a Walker Hnos. Ltda., calle Tucumán, 345, Buenos Aires.
TE SOL
A VERY CHOICE BLEND OF INDIAN & CEYLON TEAS
(FIVE O'CLOCK)
TE SOL

BUENOS AIRES, 15 DE DICIEMBRE DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1315

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EN HONOR DE LADY CURZON

RECEPCIÓN OFRECIDA EN LA LEGACIÓN BRITÁNICA

La marquesa de Curzon, esposa de lord Curzon, actual Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra; el doctor Gallardo y su señora; lady Alston, esposa del representante británico; el marqués de Amposta, Embajador de España; el Embajador de Chile, doctor Tocornal; el Introductor de Embajadores y alto personal de la Legación en la brillante fiesta dada en honor de la aristocrática dama inglesa que ahora nos visita después de haber vivido en nuestro país algunos años, y cuyas vinculaciones con la sociedad porteña se pusieron de relieve en los múltiples agasajos que nuestros círculos selectos le prodigan.

FOTO DE ARROYO

Notas sociales de Santa Fe



El Gobernador, doctor Mosca, y su señora doña Amalia Guerra; el ministro de Gobierno, doctor Coulin y señora Agustina Newell, y el doctor Josué Gollán, presidente del Lawn Tennis Club donde se celebró una hermosa fiesta primaveral.

Señoritas Isabelita y Raquel Candioti, Esmeraldina Rodríguez Galisteo, María Esther Gómez y algunos caballeros.

Stas. del Rivero, Passeggi, Grepin Galisteo y conocidos jóvenes.

Dr. Aldao, señora Astrada de Aldao y señoritas Astrada y Aldao.

Señoritas de Pinasco Zavalla, Paredes Baudin y Calvo González, alrededor de una de las mesas.

Señoritas de Loza, Ferreyra y Barraco y otras distinguidas familias que prestaron lucimiento al festival.

Un aspecto del salón durante la hora de la cena.

FOTOGRAFÍAS DE NUESTRO CORRESPONSAL

Señorita María Matilde Paats con el señor Carlos Mangudo Escalada, en la basílica de la Merced.

Enlaces

Señorita Josefina Nicholson con el señor Raúl Fitte, en la iglesia de San Miguel Arcángel.

Señorita Clara Kirk con el señor Juan Rafael Pruden, en la iglesia de San Miguel Arcángel.

Señorita Alicia Salas con el señor Ricardo Pillado Matheu, en la residencia de la novia.



ROMA. — Un grupo femenino de jóvenes fascistas desfilando por uno de los parques de la Ciudad Eterna.



MILAN. — Misa de campaña con que se celebró el fausto suceso y a la que asistieron representaciones de todas las fuerzas vivas de la región.



MILAN. — El Hon. Mussolini con miembros del Estado Mayor haciendo su entrada triunfal a caballo en la ciudad para asistir a la conmemoración de la histórica marcha de los fascistas sobre Roma, acto que revistió gran entusiasmo popular.



BOLONIA. — Enorme concurrencia congregada en la plaza Vittorio Emanuele durante la manifestación fascista.

"Caras y Caretas"

Solemnes actos conmemorativos neto y la triunfal marcha sobre





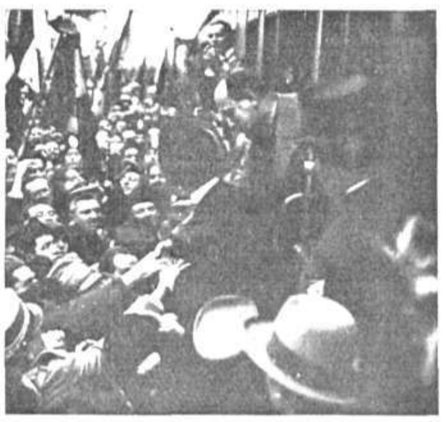
ROMA. — El Jefe del Gobierno cruzando la plaza Venecia y seguido por altos militares.



MILAN. — El Presidente del Consejo de Ministros dirigiéndose a pie con su escolta para presenciar las significativas ceremonias con que se festejaron el aniversario del triunfo fascista y la victoria de Vittorio Véneto.



MILAN. — Mussolini contempla los marciales desfiles fascistas que tuvieron lugar por las principales Avenidas.



ROMA. — Los admiradores del enérgico y activo estadista italiano tendiéndole las manos y saludándole a su partida hacia las regiones donde fué a presenciar las manifestaciones fascistas.

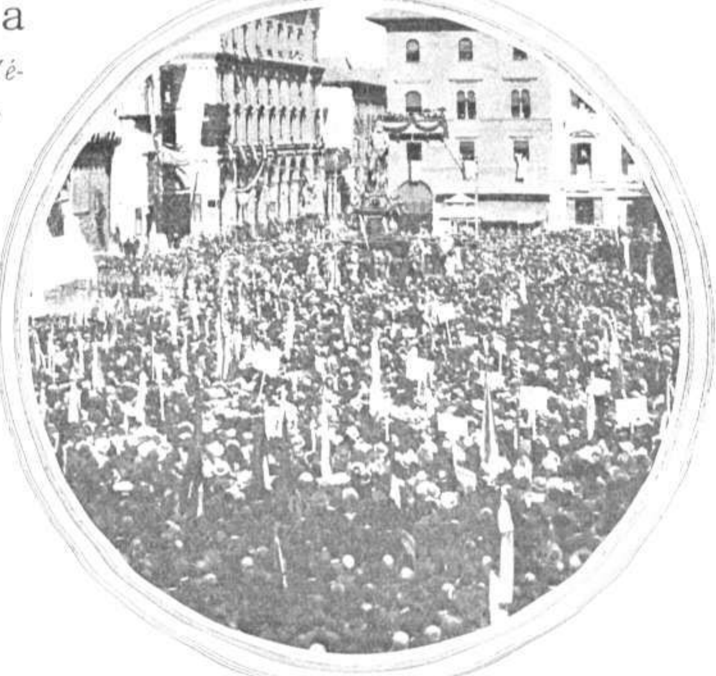
en Italia

de la victoria de Vittorio Vé-
Roma de las legiones fascistas.



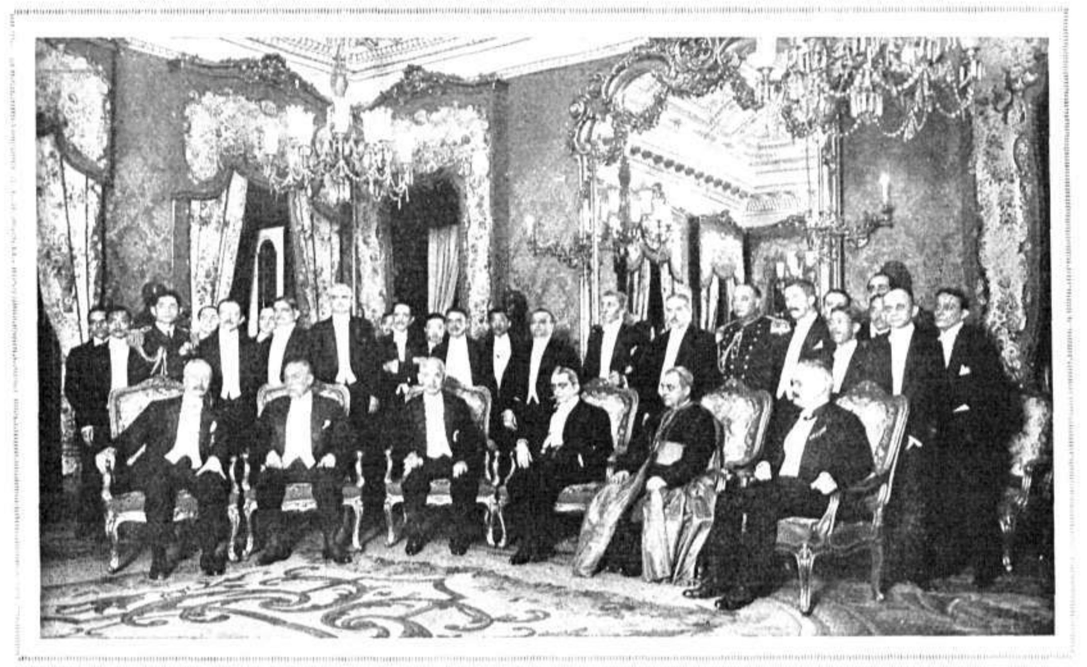


ROMA. — El famoso cuadrunvirato formado por De Bono, De Vecchi, Bianchi y Balbo, con Mussolini en el centro, encabezando el cortejo.



BOLONIA. — La grandiosa columna de fascistas en la que se destacan las banderas y los estandartes de todas las agrupaciones que integran el gran partido nacional, a su paso por las calles entre las aclamaciones de la muchedumbre.

NOTAS GRAFICAS DE BRASIL



El embajador del Japon, caracterizados diplomáticos y altos personajes que concurrieron al suntuoso banquete ofrecido al primero por el Canciller de la República, doctor Pacheco, reunión que tuvo lugar en el Palacio Itamaraty.



El doctor Jao Luiz Alves, Ministro de Justicia, rodeado de un grupo de académicos después de haber sido nombrado, por unanimidad y en gracia a sus dotes intelectuales, miembro de la Academia de Letras del Brasil, meritorio honor que se otorga para reconocer positivos merecimientos literarios.



Grupo de distinguidos comensales pertenecientes al Club dos Diarios que celebraron con un banquete y una lucida fiesta en los amplios salones de la institución, el nombramiento del Dr. Epitacio Pessoa como delegado de la Alta Corte de Justicia de La Haya.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL.



PRIMERA CONFERENCIA INTERNACIONAL DE LA CRUZ ROJA

LA ÚLTIMA SESIÓN PLENARIA

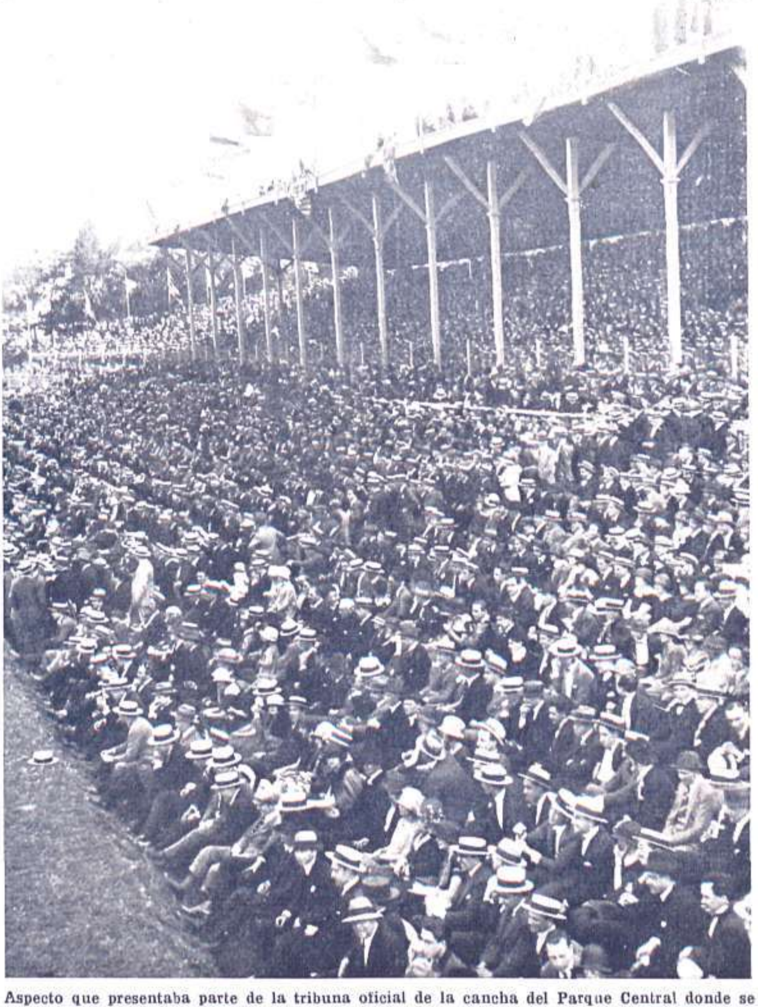
El presidente del importante Congreso, delegado argentino doctor Joaquín Llambías, y las ilustres representaciones americanas y extranjeras, posando en la escalinata de la Facultad de Ciencias Médicas por especial deferencia tenida con "Caras y Caretas", poco después de celebrarse la última sesión plenaria en la que se aprobaron varios proyectos de verdadera transcendencia para la Higiene y Asistencia social.

CAMPEONATO SUDAMERICANO DE FOOTBALL

Los uruguayos vencen a los argentinos clasificándose campeones



Los capitanes de ambos teams y el referee brasileño Juan C. Campos que dirigió el partido.



Aspecto que presentaba parte de la tribuna oficial de la cancha del Parque Central donde se llevó a cabo el gran partido ganado por los uruguayos por 2 goals a 0.



Los delanteros Miguel, argentino, y el uruguayo Somma, cambiándose amistosamente las banderitas.



La valla argentina pasando por un momento de apremio.



El Presidente de la República, Ingeniero Serrato, saludando al jugador uruguayo Pérez y haciéndole entrega de la banderita con los colores nacionales, antes de comenzar la emocionante liza que tanta expectativa había despertado en los países cuya representación intervino en el campeonato. No menos de cuarenta mil personas presenciaron el partido y alentaron con su entusiasmo tanto a uno como a otro team.



Tesorieri deteniendo a duras penas un violento tiro de Petrone.



Petrone en el instante de marcar el primer goal para su bando.



El segundo goal uruguayo. Tesorieri no puede impedir el tanto.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

GENERAL DE BRIGADA JOSÉ L. MAGLIONE

JEFE DE LA COMISIÓN DE ADQUISICIONES MILITARES

POR SIRIO

MILITAR de reconocida capacidad intelectual y técnica, el general Maglione, a quien el Poder Ejecutivo ha designado para desempeñar tan alto como delicado cargo, ocupa actualmente el puesto de Director de Arsenales de Guerra, donde desarrolló una tarea tan eficaz como brillante.



Los Últimos Modelos de la Moda

PRECIOSO TRAJE DE CRINOLINA DE GRAN ELEGANCIA Y SENCILLEZ PARA DAMAS JÓVENES, UNA DE LAS ÚLTIMAS Y MÁS ATRACTIVAS CREACIONES.

Foto de nuestro corresponsal en Viena



HOMBRES CÉLEBRES

HERNAN CORTES

Sus padres eran Martín Cortés de Monroy y doña Cristina Pizarro Altamirano. Nació en Medellín (Badajoz) el año 1485. A los catorce años ingresaba en la universidad de Salamanca para estudiar la carrera de leyes, que dos cursos después abandonó. Quería ser militar, y contra la voluntad de sus padres fuése a Sevilla donde pensaba embarcar en una flota que se dirigía a América. No pudo conseguir su propósito porque resultó herido en un accidente. Poco después de curado embarcó en Sanlúcar de Barrameda (1504) para la isla Española (hoy Santo Domingo), donde le nombraron escribano de una villa recién fundada. Allí hizo dinero y fama por su bravura y pericia. En 1511 Diego Velázquez lo nombró oficial de la Real Tesorería durante la conquista de Cuba. Pronto fué secretario de dicho conquistador, y establecido en la isla llegó a hacerse rico. Velázquez, con quien se había enemistado Cortés, creyó que éste estaba tratando de quitarle el gobierno, y lo prendió.

Fugóse Cortés de la cárcel, metiéndose en una iglesia. A esto se le llamaba acogerse a sagrado, pues la justicia civil y militar no tenía jurisdicción dentro de los templos. Velázquez aprovechó una salida de Cortés para prenderlo, pero él volvió a escapar nuevamente. Después de estas aventuras, Velázquez, en un intervalo de bondad, le dió el mando de la expedición al Yucatán. En los preparativos gastó Cortés toda su fortuna. Como Velázquez, arrepentido, trataba de quitarle el mando, el gran guerrero se dió a la vela para el Yucatán el 19 de febrero de 1519. Aquí principian las magníficas hazañas de Cortés.

Principio por decirte, niño, que la flota la componían once naves (carabelas y bergantines) tripuladas por 508 soldados y sus oficiales, y 109 marineros. Solamente 13 de los soldados eran mosqueteros, 32 ballesteros y 16 jinetes. Cuatro culebrinas y diez cañones de pequeño calibre, completaban el armamento, entonces moderno, de la expedición. Los demás soldados y oficiales llevaban solamente lanza y espada.

¡Todo esto para batirse con millares de indios valientes que defendían su patria!

El Yucatán antiguo (actualmente un Estado de la República de Méjico) no resultaba una cómoda conquista. Después de vencer en varios combates a los indígenas de Tabasco y aliarse con ellos, el conquistador fundó a Veracruz. Alióse con un cacique enemigo del emperador Moctezuma, venció a las tropas de la República de Tlascala, y degolló a 6.000 indígenas en Cholula que habían tendido una emboscada a los españoles. Los historiadores han justificado degollinas mucho más crueles. Aunque no deben admitirse la justificación de tales hechos, sírvale de excusa a Cortés la apretura en que se hallaba. Tratábase de vencer o morir, esto es, de defenderse por la tremenda. Y si algún país moderno, civilizado, creyente de doctrinas religiosas muy divinas y muy humanitarias, quiere denigrarlo, recuerde las palabras de Cristo: «El que esté libre de mancha tire la piedra el primero».

Los soldados españoles querían abandonar la terrible conquista y volver a Cuba. El jefe, entonces, quemó las naves, cortándoles así el camino. Esta hazaña bárbaramente heroica fué la que decidió el triunfo. El pequeño ejército ya diezmado por los indígenas, tuvo que proseguir la obra. Al poco tiempo las tribus vecinas a Veracruz degollaron parte de la guarnición. Cortés puso prisionero al emperador Moctezuma, y quemó a los autores del degüello.

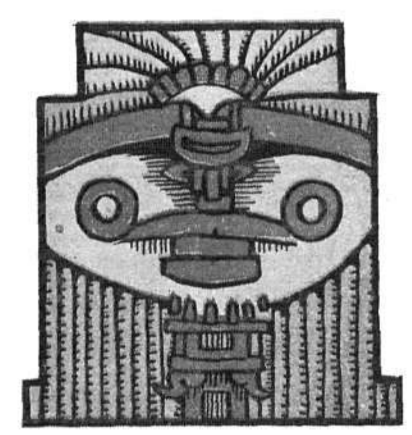
Ayudado por obreros indígenas reconstruyó Cortés su escuadra, cuando llegaron a Méjico las tropas que Velázquez enviaba para tomarle preso. El conquistador salió de Méjico marchando contra sus compatriotas, con los cuales sostuvo sangrientas batallas hasta derrotarlos. Moctezuma fué asesinado por sus súbditos que se habían sublevado contra el invasor. Después de la retirada sangrienta que la historia conoce por la «noche triste» volvieron los españoles sobre Méjico tomándole por asalto. El gran imperio quedaba en manos de las tropas peninsulares.

Carlos V medió en la enemistad de Cortés y Velázquez dando la razón al primero. Al imperio conquistado diéronle el nombre de Nueva España, bajo la autoridad de Cortés, Capitán General y Justicia Mayor de los nuevos dominios. El conquistador inició entonces un período de justicia, reedificó la capital ganándose el cariño de los nativos. Luego extendió el poder hispano a Guatemala y Honduras.

En 1522 fué substituído por Ponce de León, regresando a España. Carlos V le confirmó en su puesto. Al volver a Méjico siguió sus planes de conquista. El descubrimiento de California fué su última hazaña en América. El emperador, que le tenía gran desconfianza, nombró Capitán General de Nueva España a don Antonio de Mendoza.

Aquí principia el calvario de Cortés. En la corte española, acompañado de su hijo, estuvo reclamando sus derechos al gobierno. Nadie le llevó el apunte, ni el emperador. «¿Quién sois?», preguntóle un día. «Soy un hombre que os ha ganado más provincias que ciudades os legaron vuestros padres y abuelos».

Viejo, achacoso y pobre, Cortés comprendió que su gloria y fortuna habían terminado. Retiróse a Castilleja de la Cuesta, provincia de Sevilla, y allí murió el 2 de diciembre de 1547.



EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA



LA ESPOSA DE JOHN CHALLONER

Grace Challoner había muerto. Los terribles y extraños ritos del sepelio habían terminado y la comitiva comenzó a desparramarse. El día gris, lluvioso, parecía único complemento natural para la ceremonia, de por sí gris, que se acababa de realizar en la vieja iglesia donde la caja mortuoria estaba cubierta de flores. Los vecinos habían presenciado el cortejo fúnebre con indudables muestras de triste simpatía. Lo que más hizo sufrir a los que presenciaron el desfile, fué el paso de Dan y Rosa, los dos niños de la extinta, todavía aturdidos y con los ojos bien abiertos, sin comprender empero, la magnitud de su desdicha.

El corazón de Grace Challoner nunca había sido muy sano, nunca, pero nadie pudo prever tan rápido fin. Un día, trabajó más de lo conveniente en la huerta de la casa, e inmediatamente se puso a leer en voz alta para su marido. Había una dulce sonrisa en su rostro, y casi una constante exclamación de sorpresa amable para todo lo que veía, agregado a esto, un raro y delicado sentido del «humour». El médico declaró que ella había muerto sin sentir dolor ni por un instante, pero esto consolaba muy poco a John Challoner enloquecido por el fallecimiento de su esposa, a quien adoraba con el amor de los años mozos.

Ahora, a la entrada de la capilla del cementerio, se volvió olvidándose de mirar a las dos criaturas que estaban cogidas de sus brazos y que no dejaban de mirarlo con aire de desoladora interrogación.

En la línea de los cipreses, habían colocado la pequeña piedra blanca, tan pequeña como la caja en que yacía la muerta querida, que tanto había amado la vida, las risas llenas de bondad, los picnics y las cosas bellas de la vida. Grace, de grande y enfermo corazón, Grace, su amada, su esposa, su novia y diosa, todo a la vez... Su cara al pensarlo parecía adquirir el color de la losa que la cubría.

— Papá, papá — la pequeña y fría mano de Rosa tomó la de su padre, y John Challoner se fijó en sus hijos, con los rostros llenos de lágrimas y pálidos.

— Bien, bien, nenes, haced un esfuerzo para no llorar... Sabéis que a vuestra madre no le gustaba que lloráseis...

Su acento de voz había perdido el tono que le era habitual, y Rosa al oir sus palabras restregóse los ojos contra la manga de su vestido.

— ¡Oh, papá! — y las lágrimas fluían irresistiblemente. John Challoner levantó al menor en sus brazos.

— Querido, vuelve pronto a casa que ya arreglaremos las cosas como le gustaba a mamá, ¿queréis? Muy bien. Ahora Dan, camina solo.

El pequeño grupo desapareció después de unos pasos que conducían a Heming-Morton, el adorable hogar entre árboles que pertenecía a los familiares de John Challoner, desde tiempo inmemorial, mientras el anciano vicario sacudía su cabeza siguiendo sus pasos.

— El acontecimiento más penoso que conozco desde hace muchos años, amigo Mander. La pareja más envidiable que jamás se ha conocido en Inglaterra; realmente las decisiones del Señor son a veces incomprensibles...

Heming Morton era verdaderamente magnífica, una casa de campo de verdadero tipo inglés, al estilo antiguo, rodeada por una vasta extensión de verdor, constituyendo la mejor finca de los cuatro condados cercanos. Los niños quedaron al cuidado de la vieja gobernanta Jackie, o para decirlo mejor, Jackson, mientras John Challoner, miraba por una ventana de cedro la amplia campiña color esmeralda y los árboles que hermoseaban su propiedad.

Su faz arrugada, cambiaba por minutos de expresión y volvía a preguntarse constantemente ¿para qué fin? ¿para qué fin, Dios mío? Su acento de voz seguía siendo desconocido para él mismo y durante un segundo por su mente pasó una cantidad de revólvers y otras armas de fuego, que se podían obtener inmediatamente, pero él no estaba solo en el mundo, estaban los chiquillos. Además, Grace detestaba a los cobardes, y jamás toleraría que nadie tomara la parte más fácil en ningún asunto. Pero la vida sin Grace, sin su querida presencia, sin su risa única en el mundo, sin su simpatía rápida, no valía la pena de ser vivida.

Repentinamente sacudió desesperadamente su cabeza. Colocó su cara en las palmas de las manos, pero la levantó al momento con los ojos secos. Lo que acababa de acontecerle era demasiado fuerte para llorar. Después de toser un poco: pronunció con voz más clara y determinada,



— Grace: Sé que me esperas en alguna parte. Si es que puedes escucharme, tú eres ahora y siempre mi único y solo amor, debido a esto, haré para ti un templo de esta casa, que tú tanto querías. Tu habitación, la habitación que escogiste cuando aquí vinimos siendo novios, será clausurada para siempre, excepto cuando penetre en ella algún día para recordar de ti y meditar. Nada deberá

ser tocado o movido, nadie podrá entrar en ella, será vuestro santuario, la guardia y signo visible de mi exaltación por ti, mi amada... ¿Grace, me oís?

* *

Jackie conversaba muy interesadamente con el jardinero. Habían pasado seis meses desde el fallecimiento de Grace Challoner, y para quien no era observador, la vida en Heming-Morton tenía nuevamente su carácter normal, más o menos. Pero a pesar de esto, el rostro arrugado de la vieja Jackie parecía conturbado mientras hablaba. Era a principios de verano, y el zumbido de las abejas y el aroma de las flores llegaban hasta el lugar donde el viejo Allen manejaba el rodillo, mientras éste volvía su cabeza para ver de qué parte venía el ruido...

— Los jóvenes parecen estar muy bien. ¿Ahora están con miss Dorothy, no es así? El señor Dan y miss Rosa, son muy jóvenes para tomar las cosas como las toma míster Challoner — replicóle Jackie. — Es por este que estoy preocupada. Hace diez y siete años que estoy en Heming-Morton y conozco todas las costumbres de los amos, no agradándome nada lo que hacen ahora. Yo creo que probablemente he cometido un error cuando le dije a la señora Emmeline que viniera con miss Dorothy por un tiempo para hacerse cargo de los niños; creí hacerle al amo un favor. Siempre sentía un gran cariño por su hermana y por la hija de ésta, pero después del primer día, comprendí que esto no le reportaría a él ningún beneficio...

— ¿Qué hace él todos los días en la habitación de la finada? — preguntó Allen con marcadas muestras de curiosidad.

Jackie movió su cabeza.

— Yo no lo sé, nadie lo sabe, míster Allen. Yo creo que él sólo va todos los días, durante la hora en que miss Grace dejó de existir, y medita sobre ella, cuán felices eran, y todo... sin que un alma pueda penetrar en la estancia, ni tocar ni mover nada desde el día de su muerte. Todo está descaminado, míster Allen, pero yo no soy quién para decírselo, ni él está con humor suficiente para aguantar consejos. Sé que en una ocasión la señora Emmeline le dijo algo que no recuerdo y la hizo callar en forma poco cortés, y ella no volvió a aconsejarle más. El da vueltas interminablemente por las habitaciones haciendo cosas sin pensar en lo que hace. Se ha vuelto tan flaco, que quienes no lo han visto adelgazar les sería difícil reconocerlo. Ahora, se puede decir que lo único que hace es mantenerse en vida, aunque la vida que hace, casi no merece ese nombre...

Mientras Jackie así hablaba, John Challoner pensaba idéntica cosa. Eso no era vivir... era sólo soportar la existencia. Sin Grace, la mujer querida, cuyo asiento en ese momento ocupaba la hermana Emmeline, con su cabeza graciosa, a su costado jugando aburridamente estaban los pequeños Dan y Rosa, bajo la mirada maternal de Dorothy, de unos diez y ocho años, quienes interrumpían su meditación como oleadas que rompían inesperadamente a la monótona superficie de un mar en calma.

— ¡Tengo un dolor de cabeza, John! — le dijo su hermana, — y si me perdonas por ello me iré a acostar. Dorothy, hija, acuesta a los niños dentro de media hora, y no te quedes mucho tiempo leyendo.

La puerta se cerró suavemente detrás de ella y Challoner se dirigió nuevamente a la habitación en que acostumbraba meditar. Los ecos de las risas llegaban hasta el lugar en que se encontraba, y casi soñando lo arrullaban en medio de sus tristes pensamientos.



Un poco inconscientemente notó luego que las risas habían cesado. Se levantó de su asiento preguntándose si ya se habían acostado, y de ser así, cómo lo habían hecho sin decirle las acostumbradas buenas noches. Se volvió al comedor, donde estaba aún su sobrina y los niños absortos en algo. Cuando entró en la habitación oyó una exclamación de Rosa:

— ¡Mirad! ¡mirad! ¡se mueve!

Con vaga curiosidad, Challoner miró por encima de los hombros del trío y vió un trozo de madera en forma de paleta que se movía por sí sola entre los dedos de Dorothy, sobre un pedazo de papel.

— ¿Qué estáis haciendo? — preguntóles Challoner.

El trío se puso de pie rápidamente, y Dorothy con el rostro sonrojado, le respondió:

— Es un «onija-board», tío. Recién lo descubrí hace días — le dijo casi sin aliento. — ¿Lo habéis visto alguna vez? No hay más que colocarlo sin apretarlo entre los dedos, en esta forma, y escribe...

El ceño de John Challoner contrajóse de curiosidad.

— Escribe por sí solo. ¿Qué significa eso? ¿Es algún juego?

— Es un poco más serio que eso — respondióle Dorothy; — yo no hago que escriba, escribe por sí solo. Yo creo que alguien lo hace escribir.

El ceño de Challoner volvió a contraerse nuevamente, y su voz fué algo más aguda cuando hizo una nueva pregunta.

— ¿Escribe por sí mismo? ¡Qué cosa increíble! ¡Cómo en este mundo puede escribir por sí sola una pieza de madera! Lo debéis hacer vos misma...

— ¡Oh, tío! Yo no lo hago — protestó Dorothy, mientras enrojecían sus mejillas. Estaba un poco apabullada por el tono burlón con que Challoner había pronunciado sus últimas palabras, con el ceño arrugado y hablando irónicamente a pesar de su voluntad. — Yo no lo muevo. Usted cree que esto es descabellado, pero en realidad no lo es. Algo lo hace escribir por sí mismo. Frecuentemente lo pongo en la mano izquierda y mis ojos lo mueven. Una chica en el convento también acostumbraba hacerlo así...

Una carcajada de Challoner le interrumpió el relato. Su rostro, mientras reía, reflejaba a la vez diversión y disgusto. Tomó el trozo de madera y lo examinó breve rato.

— ¿Algo lo hace escribir? ¿En qué pensáis cuando decís eso?

— Yo no sé lo que lo hace escribir—dijo Dorothy, mientras su ceño también se arrugaba, pues encontraba dificultades para explicar el caso. — Algunas personas lo atribuyen a los espíritus, que quieren hablar con sus deudos que siguen en vida...

— Bien, bien — la voz de Challoner, de divertida hacía unos instantes, tornóse colérica. — ¿Quiere decirse que vuestra madre está de acuerdo con estas necedades? Jamás oí tan sacrílegos disparates y si Emmeline os permite hacer semejantes cosas os ruego que mientras estéis aquí no incurráis nuevamente en tales disparates, ¿me entendéis? Yo sé que Emmeline siempre sintió una gran inclinación por las sandeces espiritistas, pero ¡Santo Dios! ¿Ella os permite hacer estas cosas?

Dorothy sufría lo indecible con estas palabras, casi pronta a romper a llorar, pero se contuvo y habló:

— Sí, ella también cree en eso, ella está muy interesada por estas ideas y en realidad tío, ello no es una necedad como creéis.

— Es una cosa que desapruebo por completo, sea lo que quieras, y deberé decirle a tu madre que acabe con este asunto lo antes posible... ¿Esta mesa piensa? Qué disparate es ese. Mejor que todo, lo que puedes hacer es arrojar ese pedazo de madera al fuego.

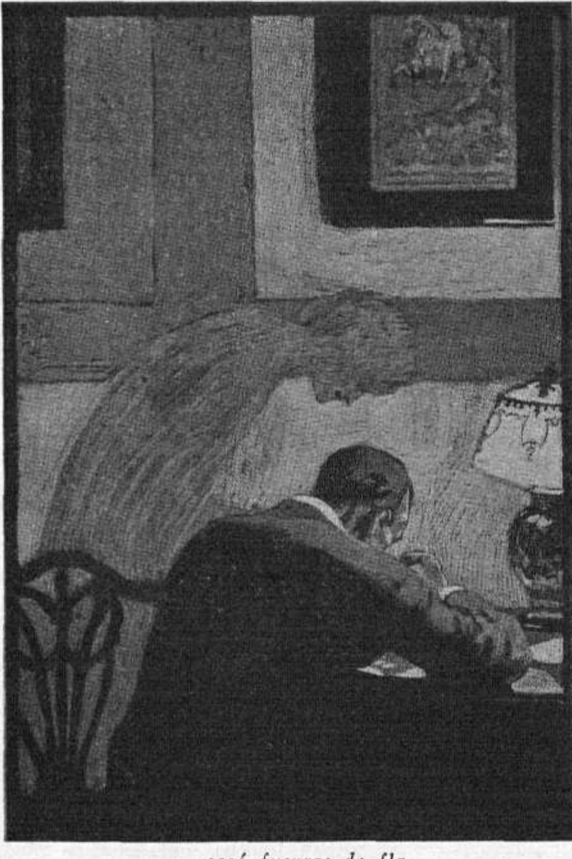
Dorothy se sintió herida, a pesar de su mirada delicada.

— Es mío — le contestó, — y no quiero quemarlo. Lo siento tío, y si no quiere que haga esto, no lo haré jamás ante los chicos.

Dan y Rosa cambiaron inteligentes miradas. Ella agregó:

— Pero yo no lo puedo quemar.

Con un movimiento de impaciencia, John Challoner tomó el trozo de madera que ella había colocado sobre una hilera de libros y lo arrojó a un rincón con un gesto de cólera.



...sacó fuerzas de flaqueza para dominarse...

— Bien, chica, es tuyo y si tu madre insiste en guardarlo yo no tengo nada que hacer. Desapruebo totalmente el uso de cualquier objeto como éste, pero confío que no permitiréis ninguna vez más que lo vean Dan y Rosa, y hasta que os marchéis puede ese trozo de madera permanecer aquí... Bien, niños, no estoy realmente enojado, buenas noches. Pero ya sabéis qué suerte de cosas son realmente descabelladas.

Dorothy había recobrado en la mañana siguiente su carácter natural, pero sus simpatías estaban en guerra con su capacidad para chocar con temperamentos agriados, tanto más, cuando se presentó su tío a tomar el desayuno con la cara completamente huraña. Challoner apartó el plato de jamón con huevos y sólo tomó media tostada.

— ¿No estás bien, John? — le preguntó solícitamente Emmeline con las manos puestas en la cafetera. Su hermano movió la cabeza.

— No muy mal. Dormí pesadamente y tuve los sueños más raros. No puedo recordar claramente todo lo que soñé.

— ¿Qué clase de sueños?—preguntó Dan, siempre ávido de historias donde figuraban fantasmas.

— No recuerdo bien — le contestó el padre. — Una infinidad de sandeces. Sólo sé que cuando desperté esta mañana me olvidé de todo.

— ¿No puede recordar nada? — preguntóle Dorothy, que estaba cerca de la ventana, mientras alimentaba al canario.

— Es un poco cómico, pero es lo único que recuerdo.



Un nombre — un nombre de mujer — que creo no haber oído nombrar nunca, pronunciaba su nombre en forma urgente y ansiosa. ¿Qué nombre era? Recuerdo que me impresionó mucho la forma en que lo dijo mientras yo andaba caminando... Esperen un minuto. Lo tengo en la punta de la lengua. Colette, o algo que terminaba así. ¿Nichette? ¡Ya lo tengo! ¡Planchette!

Dorothy y su madre cambiaron una mirada rápida. La señora Emmeline habló despaciosamente:

— ¿Planchette? Esto es una cosa rara, John. Debéis saber que éste es el nombre del «onija-board» que tan mala impresión os produjo anoche.

Challoner se paró y se volvió a sentar rápidamente. Las miradas de su hermana y su sobrina no se separaban de él.

— ¿Planchette eso? ¡Oh, señor, eso lo explica todo! Me sorprendió mucho lo que vi, y por ello estuve soñando toda la noche. ¡Plachette, por Jehová!..

— Pero tío, ¿no sabía usted que eso se llamaba «Planchette»? — y el tono de voz de Dorothy se agudizó, mientras lo seguía mirando con gran atención.

Las risas de Challoner cesaron por un momento cuando cayó en la cuenta.

— No, no sabía, pero ahora me doy cuenta de ello — admitió, «no muy conscientemente de lo que le había ocurrido.»

— Estoy segura de que ni anoche ni nunca pronuncié en esta casa el nombre de Planchette — dijo Dorothy.

Challoner encogióse de hombros mientras se levantó.

— Probablemente no, ahora mientras pienso en ello no creo que hayas sido tú quien me lo ha dicho. Pero es obvio que lo he oído en algún lado, y he soñado con ello, sin recordar donde lo oí anteriormente. Creo que ya he tenido bastante con mi famoso sueño. Así es que...

Emmeline y su hija volvieron a mirarse cuando se levantó con un chico en cada brazo y se dirigió a visitar los establos. Los ojos de Emmeline estaban llenos de tristeza, y su hija acariciola con un brazo atrayéndola hacia sí.

— Querida mamá... ¡pobre tío! Es terrible, pero es extraño, ¿no es así? Está soñando con Planchette, cuando nadie le ha dicho ese nombre, y él ¡cree que es una mujer!

— Probablemente — dijo Emmeline, con gravedad — probablemente lo sea, querida.



¿Quién lo sabe? Grace lo amaba mucho, y quizás durante el sueño su alma intentaba acercársele nuevamente. Es posible que sea así. Dios lo bendiga...

El día lo pasó Challoner caminando por los plantíos, inspeccionando los nuevos ejemplares de ganado, discutió la reparación de dos «cottages» que había dentro de la finca con su agente Eppingley, y pensando constantemente en su sueño. Había pasado la noche en la habitación que había sido de su esposa, pero lo que le maravillaba es que no pensaba en ella momentos antes de caer dormido.

Durante su sueño se despertó varias veces sobresaltado, al oir una voz aguda y desconocida y al parecer llena de urgencia para comunicarse con él, campanilleándole incesantemente en sus oídos.

Durante un segundo abrió sus ojos mirando a su alrededor con los músculos tensos, con el estado de ánimo de alguien que va a defenderse, pero John Challoner no era un cobarde. Algo lo había conturbado. ¿Pero quiénes o quién era? Una luz rara cruzaba la habitación. Aprovechóla Challoner para poder ver la hora. Era la una de la madrugada, pero aún seguía sin comprender qué género de luz era esa.

A la noche siguiente y a la misma hora, una voz urgente le llamaba, casi con imperio; insistía repetidamente en el nombre determinado. El recuerdo de este nombre hízolo levantar de la cama y buscar una luz en un rápido pasaje del sueño al caminar, y se sentó rendido.

«Planchette, Planchette, Planchette» — siguió sonando en sus oídos, y pareció entender ahora la insistencia de quién pronunciaba tan vivamente ese nombre.

... El temor lo sobrecogió, pero nerviosamente, y un poco irritado, apagó la luz, se encogió de hombros y se dispuso a dormirse nuevamente.

El estado de John Challoner era realmente raro, al despertarse ya bien entrado el día, Dorothy le dijo a su madre que las apariencias del tío le sorprendían y apenaban bastante. La señora Emmeline tenía en las manos un cestillo de frutas.

— Estaba horriblemente mudo en la hora del desayuno — díjole Dorothy. — Y usted sabe que es un hombre bastante comunicativo, no es de esa clase de gentes que acostumbra enterrarse con un periódico en las manos. No salió un momento de la casa, sino que se quedó haciendo pequeñas cosas y meditando siempre, como tratando de alejar una idea fija de su mente, sin conseguirlo. ¿Usted sabe lo que quiero decir?

Su madre no le contestó y la hija continuó hablando:

— Bien, Dan y yo estábamos entretenidos en juegos de paciencia en el salón de fumar, después del «lunch». Serían como las tres de la tarde, pero él entró. Yo le dije algo, pero él no se dió por enterado. Se encaminó hacia la ventana y quedó parado allí. Conoce usted su manera de ser.

¡Oh, lo sabía bien! Conocía esa figura solitaria y silenciosa que desde el fallecimiento de Grace, caminaba sin saber porqué y que miraba tristemente a través de las ventanas de la casa.

— Bueno, en pocos minutos, ¿qué cree usted que hizo? Volvió al centro del salón, se sentó en una butaca y miró mi «onijaboard» que estaba encima de un mueble donde él mismo lo colocó a la mañana siguiente de su enojo por verme con ello ante los niños.

Dorothy se detuvo en sus comentarios, pero la frente de la madre permanecía más ceñuda que nunca.

— Sigue hablando; — le dijo la madre secamente.

— No dijo nada, sólo le daba repetidas vueltas entre sus manos, mirándolo con gran interés, quedándose absorto por largo rato. No soy partidaria ahora de interrumpirlo en sus pensamientos. Luego lanzó una exclamación de impaciencia y arrojó el objeto con alguna violencia y se marchó con aire de hombre obsesionado por algo.

— Es realmente incomprensible todo esto, querida, — asintió la madre — pero lo que me sigue extrañando es su preocupación por lo soñado la noche en que te riñó por el «onijaboard» y su insistencia en este punto como lo demuestra lo que acabas de relatarme... Esto me hace creer que ha vuelto a soñar con lo mismo después de esa noche.

Dorothy abrió sus ojos con gran curiosidad y le acarició los brazos.

— Mamá yo había pensado exactamente lo mismo. ¿Lo suponías?

— ¿Será la tía Grace qué intenta hablar con él? ¿Por qué no intenta saberlo?

— ¡Oh, hija querida! La voz gentil de Lady Emmeline adquirió contornos de reproche, hija de mi alma ¿te has olvidado cuántas veces hemos hablado las dos de este asunto?

— Yo creo que tú sabes, que algunas veces, por un grande y raro favor, aquellos a quienes amamos, se les permite que nos hablen de sus intimidades, sea ello por vía de una extraña pieza de madera que llamamos «Planchette», o por otros medios no menos extraños y maravillosos, pero jamás debemos permitirnos que un impulso de curiosidad nos lleve al extremo de ultrapasar los límites de lo discreto.

— Creo que es posible, que otras, entre muchas, pueden ser las causas del sueño de tu tío, entre las muchas interpretaciones que pueden dársele, pero es también posible que el corazón de vuestra tía Grace, trate nuevamente de llegarse al alma, para alentarlo en su escabroso camino por la vida, sin ella, pero si es así, la cosa debe quedar entre ellos dos, y nadie tiene derecho a mezclarse en el asunto. Has usado la «Planchette» varias veces desde que hemos venido aquí, y ningún aviso de Grace ha venido por ese conducto, y sobre todo, nosotros no somos el «medium», que ella andará buscando para comunicarse. Si es ella quien intenta hablar con nosotros, aunque a lo mejor puede ser un mero producto de nuestra imaginación... lo que tiene que ocurrir ocurrirá, querida mía. Dejad que los acontecimientos sigan su propio curso.

Nunca la señora Emmeline se mostró tan preocupada, como cuando miró a su hermano, que estaba sentado a la mesa, frente a ella, callado como siempre, pero en forma excesiva.

Con su amplio mentón sostenido por una mano, sus ojos parecían mirar algo remoto...

Dorothy estaba impresionada por su forma de ser. De rato en rato, miraba disimuladamente a su tío silencioso, y a su madre, pero no decía nada. Por último Emmeline, dejó su servilleta, y posó una de sus manos sobre el hombro de su hermano, quien volvió rápidamente la cara hacia ella, con aire de temor. Ella sonriendo, le dijo:

— Vete a acostar, querido. No debes permanecer mucho tiempo así. Dan y Rosa hoy han estado muy quietos, o es que yo no los he oído. Los he mandado temprano a la cama con Jackie. Me parece que tú estás cansado, y sería mejor que te retiraras a descansar, John.

Esta era una insinuación directa o indirecta, pero su hermano evadióse de ella, intencionalmente o no, mientras sus ojos se llenaban de fuego.





— ¿Cansado, hum? No lo creo. Pero estoy con sueño esta noche. Creo que dormiré bien. y ¡no más sueños!

— Confío que ocurrirá así — dijo Emmeline, con tono algo altanero, — pero de cualquier manera, no veo cómo puedes tener sueños, a no ser que éstos sean hermosos, en esta casa en que fuiste tan feliz con Grace. Vamos Dorothy, buenas noches, querido. Sus labios besaron la frente de su hermano, mientras éste permanecía sentado con las sienes y los ojos ardientes.

El fuego de la antigua estufa enrojecía el hierro de la hornalla. A pesar que durante el día el tiempo era caluroso, las noches eran frías. Con el calor de un hogar confortable, los pensamientos de John Challoner volaban hacia el pequeño cementerio que imaginaba lleno de frío, en la pequeña piedra blanca bajo los cipreses, donde la querida Grace estaría con los dientes castañeteando de frío, ella que tanto amaba el calor y la alegría. Era imposible que ella, que tanto amaba la vida, se encontrara ahora donde menos vida había. Nada le podía hacer creer que ella estaba en esos momentos en el cielo de cristales de que hablaba el anciano vicario... Como muchas personas que creen ser realmente devotas, John Challoner, en estas amargas circunstancias recurrió a la fe con propósitos de consolación, pero en tan difícil ocasión ésta le pareció tan endeble como paja. Estaba demasiado agotado mentalmente esa noche, para analizar las cosas. Entrevió también de que su cabeza no estaba para grandes pensamientos, y que era ya tiempo de abandonar sus dudas y agonías, que su vigilia diaria en la habitación que ocupara la difunta, no aliviaba en nada su aflicción, todo parecía inútil, y él estaba tan atormentado y rendido...



Cuando entró en la habitación oyó una exclamación de Rosa. ¡Mirad! ¡Mirad! Se mueve.

Su último pensamiento antes de caer dormido, fué el recuerdo del sueño de la noche anterior, con la constante repetición de un solo nombre. Estaba demasiado soñoliento para recordar la palabra en ese momento.

Era extraño verdaderamente, jamás pudo imaginarse tal cosa... Sus sienes seguían calenturientas, y se durmió pesadamente.

Los más absurdos sueños surgieron en su mente. Al principio, soñó ver a Dorothy entre los cochinillos con Dan y Rosa, y la grave risa de Emmeline ante el grupo de éstos...

¡Cómo amaba a sus chicos y a Grace a la vez! Luego Grace vino a su mente, con un enorme sombrero, quejándose a grandes voces por la destrucción de los nidos de pájaros. Cuánto había amado todas las cosas su Grace...

Le pareció que desde una lejana distancia, algo trataba de agitarlo y llamarle la atención, le pareció en medio de su sueño que una estrella lejanísima le llamaba, con acento imperioso, cuyo tono apagábase debido a la lejanía.

Remotamente, a una distancia indescriptible, oía una voz de mujer que le era extraña, aunque ahora no tan extraña. ¿Qué palabra? ¿Dónde la había oído?... Y lejos, más lejos aún, le parecía percibir gritos desde la estrella lejana, una voz querida, que seguía llamando, sin ser entendida, por su mente, su cerebro ardía cuando John Challoner despertóse, apretando sus manos en una silla, sus ojos bien abiertos mientras oía el último llamado imperioso en sus oídos. Ya iba a tener la palabra en los labios...

Durante un segundo se sentó, tratando de dominar sus sentidos, pensando, analizando, sacó una tabla delgada de madera, colocada encima de un mueble, en forma de un tablero de ajedrez. La puerta se movió silenciosamente mientras él salió con el tablero en la mano, de la habitación.

No se oyó un sonido, mientras subía' suavemente la escalera hasta el primer piso, donde estaba la habitación donde viviera su querida mujer. Los corredores estaban cubiertos de gruesas carpetas; las criadas hacía mucho rato que se habían ido a acostar. John Challoner, movió con su fuerte mano el picaporte de la puerta y abrióla con violencia, y habló ante la habitación sin una persona en ella é iluminada a media luz.

— ¡Grace querida! ¿Estás aquí?

Le respondió un silencio completo, aunque no le pareció el silencio de una habitación que hacía tiempo estaba deshabitada, sino el silencio de algo o alguien que espera la ocasión de hablar...

Las ventanas estaban completamente cerradas, los pesados cortinajes estaban en su acostumbrado lugar, el polvo llenaba todos los muebles y rincones... polvo, polvo por todos lados. Dos zapatos pequeños estaban en la habitación, aunque no se sabe a qué objeto... y por todos lados polvo y más pol-

vo, en todo lugar con excepción del marco del retrato de ella, ante el cual hallábase un florero con rosas blancas. Ante el retrato, John Challoner permanecía con las manos apretadas y su labio inferior entre los dientes, mientras los dos grandes ojos azules lo miraban cual si fueren animados.

—¡Grace! La palabra fué pronunciada lenta, pero firmemente.

—¡Grace, si me equivoco perdóname, pero debo intentarlo. Tres veces me ha parecido que me habéis llamado, pero debo estar seguro de que no es producto de mis sueños. Pero si tú quieres conocer mi atribulada desolación, en la forma que podéis, si lo podéis, enviadme alguna palabra a esta terrible soledad para iluminar algo mi pobre vida. ¡Oh Grace, Grace! He intentado ponerme en contacto contigo día por día y he fracasado. Estáis tan lejos de mí, como siempre. Por nuestro amor, trata de acercarte a mí... hazme alguna señal... Dios, mi Dios, permitidla que me haga una señal...

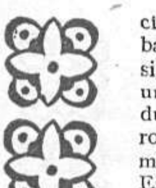
Sus manos sostenían su atormentada cabeza, e inconscientemente se sentó en una butaca con gran sorpresa para él mismo, puesto que no pasó por su mente el propósito de sentarse. Seguramente que en todos los anales del amor este espectáculo era de los más extraños. Este hombre sencillo, de hábitos casi rurales, muy hombruno, despectivo para todo lo que llamaban «espiritualismo», estaba esperando ansiosamente una señal de ultratumba. Un viento frío hizo mover las cortinas o a Challoner le pareció así. Se oyó el ruido que producía un ratón royendo madera, quien sin duda atrevióse a tanto debido al prolongado silencio que reinaba en la habitación.

Sus ojos hundidos miraban una hoja de papel, y las sombras íbanse esfumando... pero el blanco trozo de papel empezó a marcarse con su lápiz que tenía en la mano, sin darse cuenta cómo. Respirando corta y fuertemente pudo sostener su lápiz en un supremo esfuerzo y leyó luego para sorpresa suya que había escrito estas palabras: «¡Grace, Grace, trata de hablar!» Lenta y débilmente, como un bebé que intenta aprender a caminar, el tablero empezó a moverse suavemente. Líneas incomprensibles, movimientos estupefacientes, signos raros, marcó con movimientos pausados una línea hacia adelante, una línea de retroceso y vuelta a hacer lo mismo durante un buen rato, mientras los ojos paralizados de Challoner miraban con aterrada esperanza de saber algo. Casi desmayado, como obedeciendo a una fuerza superior que lo impelía, percibió un mensaje.

—«John... Jhon... John...» —modeló el tablero moviente sobre la hoja de papel, haciendo una suerte de líneas que pudo Challoner entender así:

—No pienses... no pienses... no pienses...

Aquí se hizo una pausa, mientras que el lápiz hacía, con ayuda de su mano, inconscientemente de su parte, vagos



círculos en el papel, y Challoner se devanaba los sesos vanamente para adivinarles un significado, y repentinamente acordóse de unas palabras de Emmeline, pronunciadas durante una discusión que ambos tuvieron... «Nunca es bueno usar su propia mente cuando se quiere recibir mensajes. Eso llena de niebla los conductos.»

¿Algo de esto es lo que Grace quería decir? Sin duda debería ser Grace, sólo Grace podía hablarle a él. La presencia querida de Grace lo rodeaba y la respiraba, densas sombras azules parecían moverse ante sus ojos como nubes. Trató desesperadamente de unificar sus pensamientos.

Sacó fuerzas de su flaqueza para dominarse en lo posible y aquietar la tormenta de sensaciones que lo conmovía. El tablero comenzó nuevamente a realizar sus movimientos y hacer signos sobre el papel...

Las sombras pasaban sobre él en forma abrumadora. Challoner estaba sentado silenciosamente y con gran serenidad, la serenidad que sólo podría traerle la proximidad de Grace. Fluía su sangre plácidamente por sus venas, como si fuere sangre nueva, dispersando todos sus fatídicos pensamientos. sus dudas que tan horriblemente le habían atormentado la existencia. Era como si Grace, que estaba sentada a su lado, reprochándole cariñosamente y con un poco de sorpresa:

—¡Por qué, John *querido*! —¡Cuán querida era su voz llena de extrañeza! —Por qué lamentarse si yo puedo olvidarme, o ser algo diferente a lo que fuí... Como si Dios lo permitiría si fuera una necedad... Porque sólo estoy esperando por ti... en la próxima habitación...»

—John... John querido... déjame partir. Abre las ventanas, querido... ¡Déjame partir! Tú me guardas en el corazón de esta manera... No me mantengas encerrada, queridito... déjame partir, déjame ir donde tanto me necesitan... No te aflijas jamás, y pasea con los niños. Déjame partir, déjame partir, John mío, hasta que llegue la ocasión. Pero ten valor y déjame partir... Sólo hasta la próxima habitación...

....

Emmeline se levantó temprano para el desayuno esa mañana, pero se sorprendió no poco al saber que su hermano había madrugado más que ella, y quedóse más sorprendida aún al notar el cambio que se había operado en su rostro. No había en él sombras de tristeza. Exactamente igual que después de las grandes tormentas surge el sol esplendente y el aire suave. Se levantó bruscamente de su asiento y lo besó al entrar.

—¿A qué se debe, John, vuestro semblante tan apacible? ¿Qué has hecho en bien de ti mismo?

La entrada de los niños alegró aun más la escena. John, simplemente, repuso:

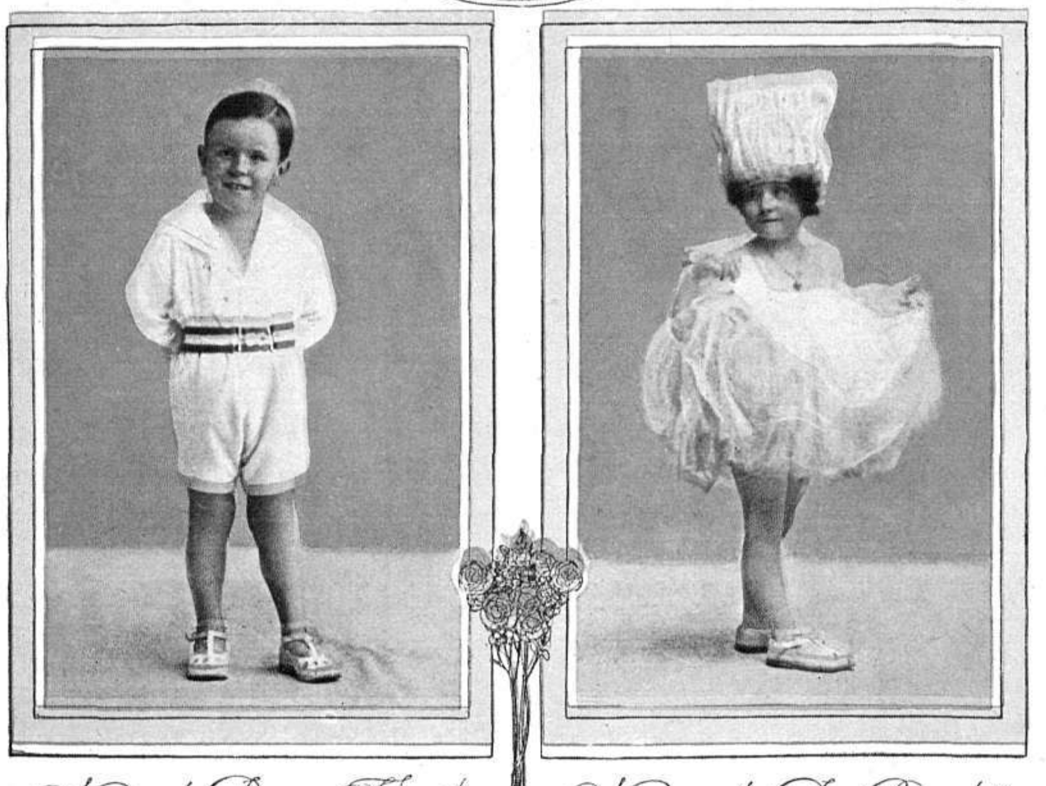
—Las nubes han pasado. He abierto las ventanas de la habitación de Grace y he dejado que se llenara de sol.



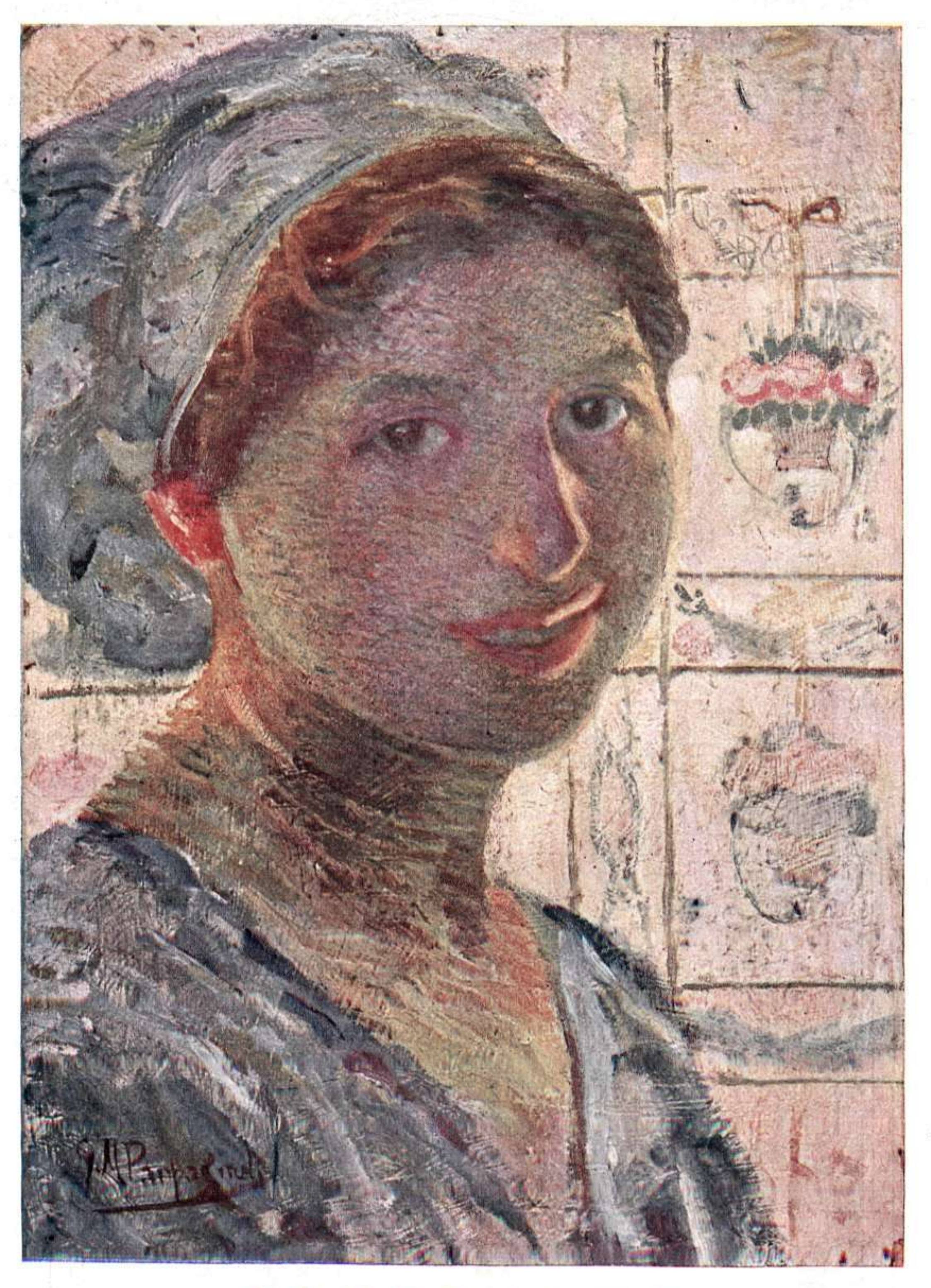
MARGE Y LAURENCE

Página Infantil

Elena Martínez



Niño de Pe…   N… De Cusatis



CONTRALUZ

ÓLEO DE G. M. PARPAGNOLI

EL CORSO DE LAS FLORES

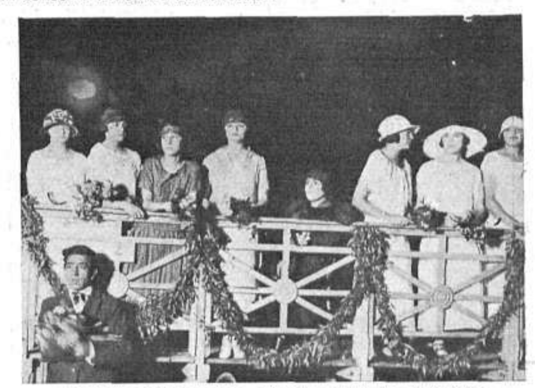


Señoritas de Aliaga, Cano y Leguizamón, ocupando uno de los palcos.

Familias de Avellaneda, Prins Llobet, Beltrán, Echagüe y Olmedo en una parte del palco oficial durante la primera noche de la tradicional fiesta auspiciada por la Sociedad de Beneficencia de la Capital. Como en años anteriores, la hermosa avenida de las Palmeras fué centro de reunión de cuanto más conocido tiene nuestra sociedad.



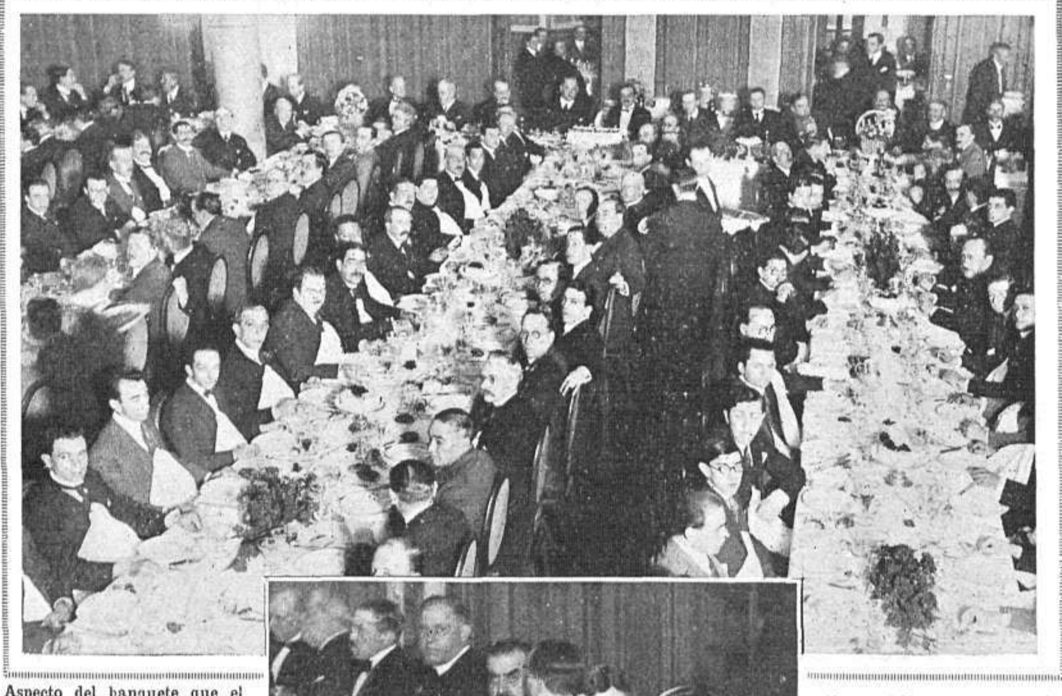
Señoritas Basena, Fusoni y Bernasconi.



Señoritas Barrenechea, Urquiza, Rocha y Gramajo.

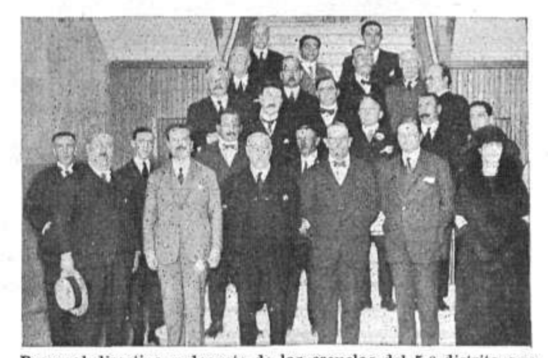
Fotos de Arroyo.

En honor de los directores de nuestro colega "La Razón"



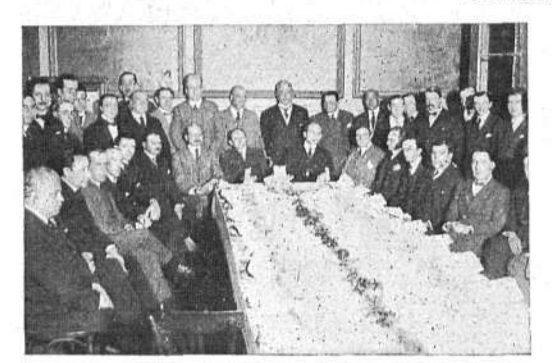
Aspecto del banquete que el personal del difundido diario y un crecido núcleo de amigos ofreció al doctor Angel L. Sojo y don Gaspar Cornille.

LA inteligente labor periodística desarrollada por la dirección del popular vespertino en favor del proyecto de jubilaciones de los empleados de comercio, industrias, marina mercante, periodistas y anexos, dió margen a esta simpática reunión en que se exteriorizaron los sentimientos de adhesión y reconocimiento con que la feliz iniciativa ha sido acogida por significativos elementos nacionales.

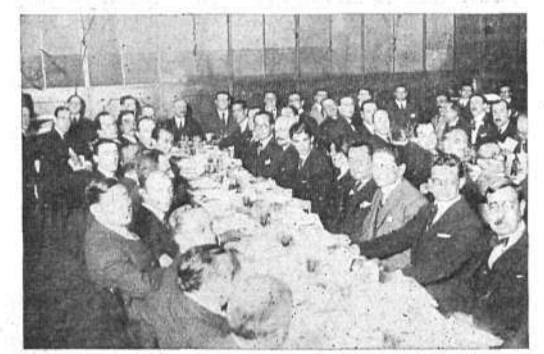


Cabecera de la mesa ocupada por el presidente de la Liga Patriótica Argentina, doctor Manuel Carlés, los directores de "La Razón" y otras caracterizadas personas.

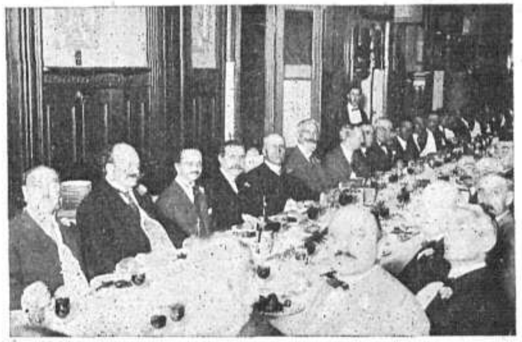
Demostraciones



Comensales al banquete con que fué obsequiado el Director general de Puentes y Caminos, ingeniero Pedro Bazán, por su nombramiento para vocal del Directorio de las Obras de Salubridad.



Personal directivo y docente de las escuelas del 5.º distrito que tributaron una cordial demostración al Inspector técnico general de las escuelas de la capital que acaba de jubilarse de su alto cargo.



Grupo de amigos y compañeros que ofrecieron una comida al doctor César Lorente Solá despidiéndolo en ocasión de su próximo viaje de placer y estudio a Europa.

Empleados de la Compañía Primitiva de Gas obsequiando con un banquete al señor Alejandro Harismendy por su nombramiento de Contador general de dicha empresa.

En la residencia del agregado militar a la legación de Francia



Doña Regina Pacini de Alvear, esposa del Presidente de la República, y el ministro de Francia, señor Roger de Clausse, que fueron padrinos en la ceremonia del bautizo del niño Regis Torcuato, hijo del barón y de la baronesa de Lamarzelle, impartida por monseñor Duprat, y la selecta concurrencia invitada a la recepción que siguió a aquel acto.

Liga de Profilaxis Social



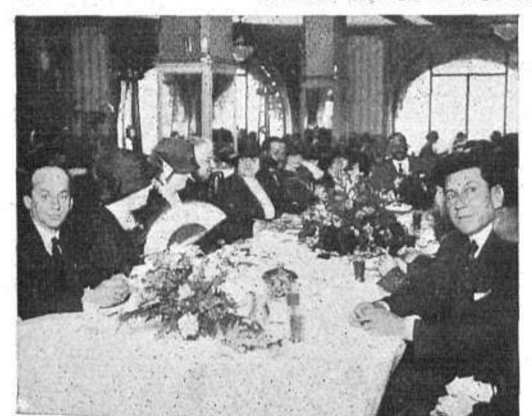
El doctor Celesia y otros profesionales rodeando al presidente de la Liga, doctor Alfredo Fernández Verano, que en el Salón de actos públicos del Colegio Nacional Mariano Moreno desarrolló una interesante conferencia titulada "Educación Moral de la Juventud"

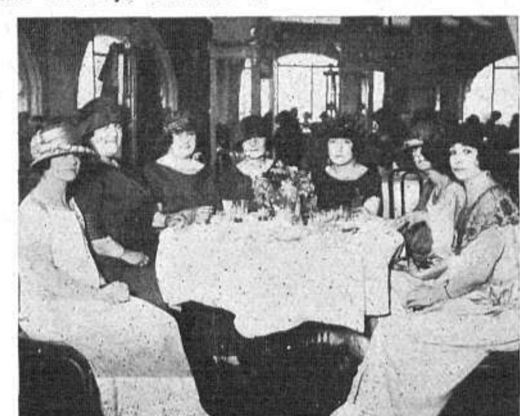
En la escuela General Lamadrid



La directora del establecimiento, profesoras y el general Martínez Urquiza, presidente de la Sociedad Cooperadora que funciona en el mismo, con algunos de los concurrentes a la fiesta dada con motivo de la notable exposición de manualidades.

Fiesta de los maestros del Consejo Escolar II





Aspectos que presentaba el festival organizado por los profesores de las escuelas de ese consejo para festejar la terminación del curso escolar del presente periodo. En una de las mesas se halla el Presidente del Consejo Nacional de Educación, Dr. Celesia.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

DEMOSTRACION OFRECIDA AL Dr. BERNARDO A. HOUSSAY

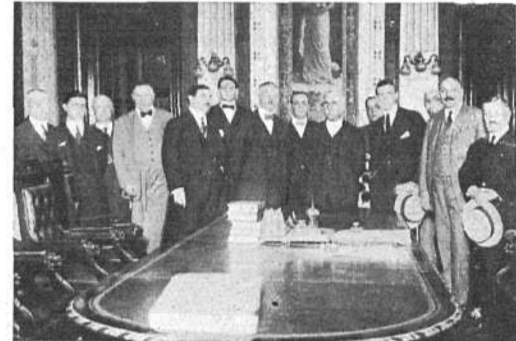


Colegas, amigos, admiradores e intelectuales que se adhirieron al banquete servido en honor del distinguido facultativo por haber obtenido el Premio Nacional de Ciencias, importante distinción a que se hizo acreedor por una de sus notables obras, habiendo ofrecido la demostración el doctor José Arce, rector de la Universidad de Buenos Aires.

DE MONTEVIDEO



La delegación de Escribanos argentinos que fueron cordialmente recibidos en la Alta Corte de Justicia.



Los delegados visitando la Universidad, en cuya casa se les dispensó la mas amable acogida.



Niñas de la sociedad que dieron animado brillantez a la kermesse del Bazar Colón, realizada con fines benéficos y en la que tomaron parte valiosos elementos, constituyendo un franco éxito.

EN EL TENNIS CLUB ARGENTINO

Torneo a beneficio de la Liga Argentina contra la Tuberculosis


Señorita Juliette Luro.


Señorita Lucrecia Travers.


Señorita Méndez Casariego.


Señorita M. N. Tolla.


Señorita Clara Mercado Narbondo.

GRAN CONCURSO LITERARIO DE "CARAS Y CARETAS"

El Jurado aconseja la adjudicación de los primeros premios en esta forma:

PRIMER PREMIO: 2.000 pesos y medalla de oro al señor V. Ruiz de Galarreta por su cuento titulado: "El Rengo". Lema: Pro Ars et eruditio.

SEGUNDO PREMIO: 1.000 pesos y medalla de oro al señor Jorge Farías Gómez por su cuento titulado: "Alila". Lema Sacha Huan.

TERCER PREMIO: 500 pesos y medalla de oro al señor Manuel Rojas por su cuento titulado: "Leyendas de la Patagonia: El hombre de los ojos azules". Lema: Diez.

Y recomienda la publicación de las siguientes novelas cortas:

Thalo. — Lema: Lucio Apuleyo.
Clotilde Camarra. — Lema: Viejo Vizcacha.
Mariquita Sánchez. — Lema: Joseph de Gómara.
La venganza de la vida. — Lema: El indeciso.
Memorias de un rejuvenecido. — Lema: Guía.
Sancho hijo, al palacio...
Un burócrata. — Lema: A bocca chiusa.
Idilio lejano. — Lema: Despiértanme las aves.
El desquite. — Lema: Ars lunga, vita brevis.
El amor de Sancho. — Lema: Don Galaor el hispanista.
Espirita. — Lema: Alma.
La dicha del propio amor. — Lema: Mitona.
Sol de estío. — Lema: Vocales.
Idilio serrano. — Lema: Jocunditas.
Cigüeña. — Lema: Hasta la hacienda baguala...
Apuntes de un hombre sencillo. — Lema: Aprendiz.
El herbolario. — Lema: Américus.
Pájaro de tormenta. — Lema: Sic itur ad astra.
El almohadón. — Lema: Juan el arriero.
El hombre que no volvió. — Lema: Esculapio.
El abogado. — Lema: Te ganarás el pan...

Buenos Aires, 7 de diciembre de 1923.

Enrique Larreta, Carlos Ibarguren, Luis Pardo.


Señorita E. Rocha Bosch.

Señorita Juliette Luro y su compañero de juego.

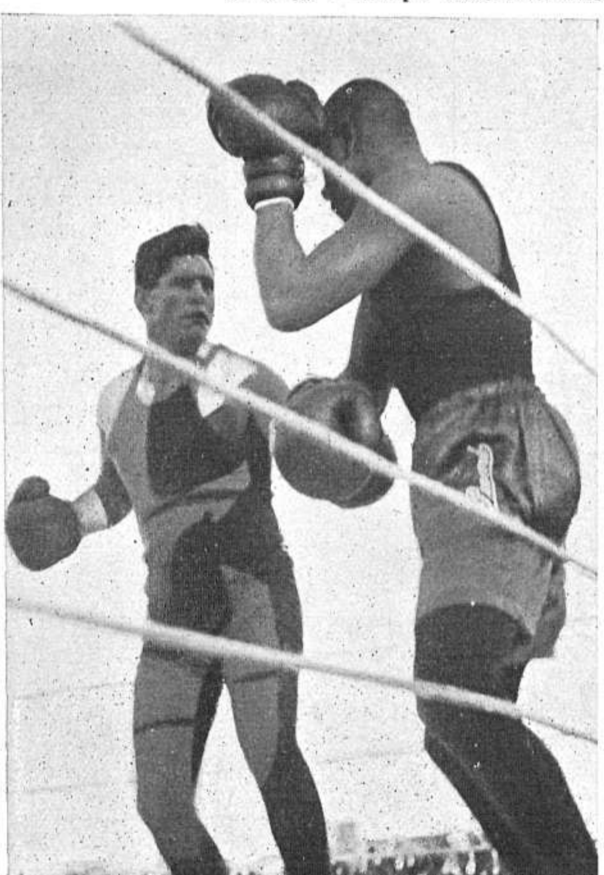

Señorita Nélida Mercado y señor Emilio Maurette.


Señoritas Celia Martínez Seeber y Mercedes Cabrera.

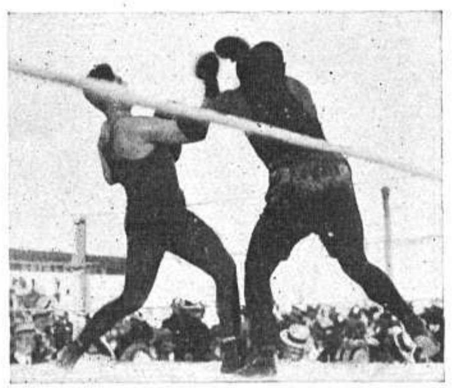

Señoritas Juliette Luro, Lola Echagüe y Lucrecia Travers y señores Emilio Lamarca, Jorge y Alberto Lavalle Cobo.


Señoritas Adela Woodgate Stegmann y Arminda Méndez Casariego

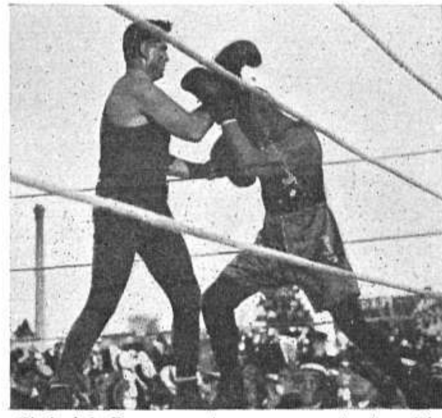
B O X. — Firpo hace una exhibición con Boykin



Luis Angel Firpo y Joe Boykin en los precisos momentos de comenzar su demostración pugilística a 4 rounds de 2 minutos, en el field del River Plate donde se realizó un festival a beneficio de la escuela-taller del Divino Rostro.

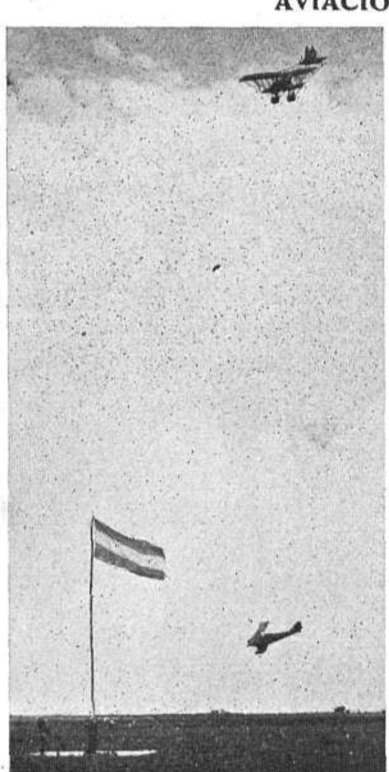


El campeon sudamericano, que fué ovacionado por la numerosa multitud a su aparición en el ring, pone de relieve sus cualidades de boxeador ante las rudas acometidas de su rival.



El rival de Dempsey arrincona a su contrario valiéndose de ambos puños y de un juego de piernas en que se advirtieron sus positivos progresos.

AVIACION. — Carrera aérea de La Plata



Dos de los aeroplanos que tomaron parte en las interesantes pruebas, volando en torno de una de las banderas de control.



Sidney Holland, segundo premio de $ 1.000. — 67 minutos y 44 segundos.



Osvaldo Fresedo, primer premio de $ 2.000. — 62 minutos y 45 segundos.



Lawrence León, tercer premio de $ 500. — 68 minutos.



El Gobernador de la provincia de Buenos Aires y el presidente del Aero Club, señor Jorge A. Mitre, rodeados por algunos de los pilotos, por los jueces y el público que se congregó para presenciar la largada de los aviadores en la gran carrera.

FOOTBALL. — Brasilleños v. Argentinos



Equipo de la Asociación Argentina que ganó el partido disputado con los brasileños por la Copa Roca, en la cancha del Club Sportivo Barracas, detentándole por segunda vez.

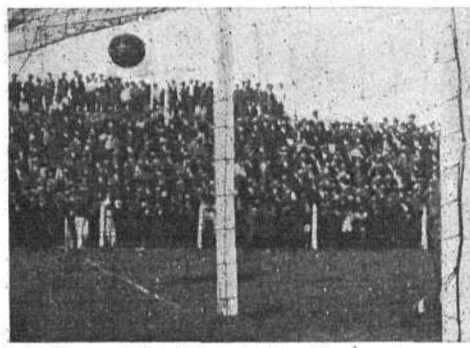






Tres interesantes instantáneas obtenidas durante el reñido match. Un público numeroso siguió con evidente entusiasmo las incidencias del encuentro que terminó por 2 goals a 0.

Uruguayos v. Argentinos





Los uruguayos, después de un bonito y bien combinado avance, vencen la valla argentina por intermedio de Castro, produciéndose el primer empate.



Los jugadores de la Federación Uruguaya que vencieron a los argentinos por 3 goals a 2, adjudicándose por primera vez la Copa Ministerio de Relaciones Exteriores.



Team de la Asociación de Amateurs, derrotado por los uruguayos en el match jugado en la cancha de Racing.

FOTOS DE ARROYO, BELL Y MOLINELI.



Damas y caballeros que representaron el cuadro vivo "Recuerdos de Antaño — Salón 1823 — Minueto", en la fiesta celebrada en el teatro Colón para festejar el Centenario de la Ilustre y fiel villa y la Jura Patronal del Rosario.



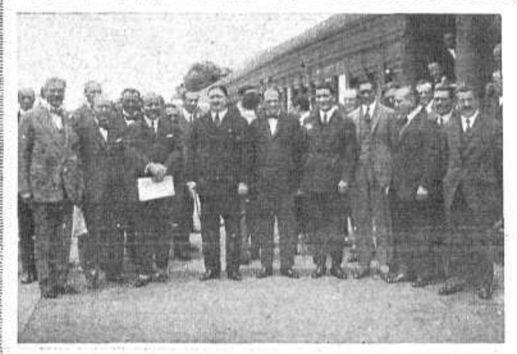
Distinguida concurrencia reunida en la Municipalidad en la recepción dada por el doctor E. Cardarelli en honor de las señoras de la sociedad con ocasión de las fiestas patronales.



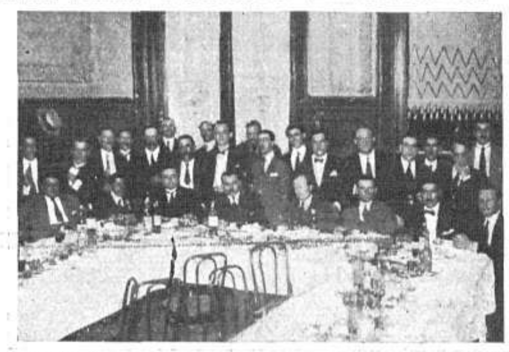
Señoras de Paz, Mayer y Doncel y otras destacadas familias, que dieron realce al lucido festival conmemorativo, acto social que constituyó un magnífico acontecimiento regional.



El Intendente Municipal en medio de un grupo de damas durante el te danzante celebrado con gran brillantez en los salones del Municipio, profusamente adornados con cestos de rosas y claveles, que daban una preciosa nota primaveral a la fiesta.



Los miembros del Directorio y el personal superior de la Empresa del F. C. C. A. que ofrecieron un banquete a las autoridades locales y directores de diarios.



Demostración en honor del Dr. J. L. Ferrarotti, organizada por la Federación Agraria Argentina con motivo de haber sido nombrado aquél juez de 1.ª instancia de la capital federal.

CON EL DE LA COSECHA NUEVA TERMINÓ LA ESCASEZ



La cosecha olivarera de este año en la zona del Bau es de calidad inmejorable, por lo tanto, la exportación abundante de aceite Bau queda restablecida desde la fecha.

El aceite Bau es UNA SOLA CALIDAD SIEMPRE.

Las latas Bau se llenan en Tortosa y únicamente con la calidad flor que cada cosecha del Bau produce.

Siguiendo este sistema hemos dejado de vender muchas veces y ha escaseado tanto el aceite Bau de la cosecha vieja.

Esta conducta es el crédito de la marca Bau.

FREIXAS & Cía.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

ELIMINADOR DE DESCARGAS ATMOSFÉRICAS

Para los aficionados amantes de la experimentación, el presente artículo será de gran interés, pues les permitirá iniciar experiencias de una naturaleza distinta a todas aquellas que hasta ahora pueden haber realizado.

Se trata del *eliminador* de descargas atmosféricas que actualmente es objeto de experiencias finales en los laboratorios del ejército norteamericano y cuyos primeros resultados han sido verdaderamente extraordinarios.

En la República Argentina, en que este enemigo de las comunicaciones a distancia es poderoso, el empleo de este filtro eliminador de descargas debe ser de gran utilidad para los aficionados, a los cuales les corresponde perfeccionarlo hasta obtener de él, el máximo de rendimiento que es posible obtener.

Su funcionamiento es muy sencillo, pero para que el aficionado conozca perfectamente el origen de las experiencias que dieron por resultado este descubrimiento, para tener una base sólida para experimentar, se indica a continuación la descripción de todas ellas.

Supongamos que en el circuito de antena intercalamos una bobina de alambre fino de unos 15 ó 20 centímetros de largo y sobre la misma colocamos un anillo de bronce que no esté cerrado o sea que entre sus bordes queda un espacio de medio centímetro. Si este anillo lo conectamos a la reja de un circuito de audión, aunque este circuito no esté conectado a la antena directamente, notaremos en los teléfonos que la recepción se hace en igual forma y que desplazando el anillo de cobre sobre la bobina, encontramos un punto en que la recepción es máxima.

Cuando una bobina como la que hemos supuesto, está conectada en el circuito de antena y la bobina está sintonizada para una onda determinada que es la que corresponde a la frecuencia a que está oscilando la antena, en la extremidad más próxima a la antena, tendremos una tensión igual a cero y en la extremidad opuesta una tensión máxima. Como esto es imposible de obtener y, por otra parte, no sería práctico, resulta que la frecuencia de las oscilaciones del circuito de antena tierra, no es la misma que la que correspondería a la oscilación propia de la bobina, de manera que la variación de tensión a lo largo de la misma no es ya una línea continua, como se indicó en el caso anterior, en que los valores de la tensión aumentaban progresivamente desde cero hasta un valor máximo, sino que, a lo largo de la bobina se encuentran partes en que la tensión es mayor que en otras, pudiendo representarse este fenómeno como se indica en la figura N.º 1.

Se comprende que haciendo correr el anillo y colocándolo en el punto en que la diferencia de tensión es máxima, se obtiene un sonido intenso en los teléfonos. Por consiguiente se da por aceptado que la recepción no varía en nada por el hecho de utilizar este sistema. Tanto las señales telegráficas, telefónicas, descargas atmosféricas o cualquier otro parásito que se oye comúnmente, se oyen con igual intensidad.

Es lógico suponer que si este anillo fuera de una superficie interna mayor y lo conectáramos a tierra, la corriente oscilante del circuito pasaría directamente por esta vía y si se empleara otro anillo conjuntamente, conectado al receptor, en los teléfonos no se oirá absolutamente ningún sonido.

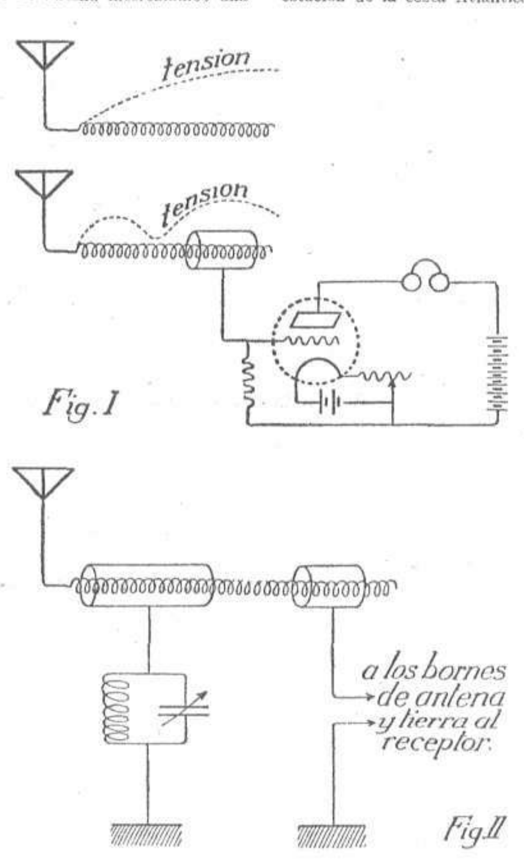
Ya que disponemos de un sistema para que todas las variaciones de tensión producidas en el circuito de antena tierra desaparezcan completamente, ¿qué ocurriría si dispusiéramos el circuito en forma de que una determinada onda no circulara por el anillo?

Sabemos que un circuito oscilante formado por una bobina y un condensador conectado en paralelo, constituyen una resistencia infinita cuando están intercalados en un circuito recorrido por corriente alterna, siempre que la *frecuencia* del circuito oscilante sea la misma que la de la corriente que recorre el circuito.

Por consiguiente, si en serie con el contacto de tierra conectamos un circuito oscilante, de acuerdo con lo que hemos explicado, al sintonizar ese circuito para una onda de 375 metros, por ejemplo, resultará que por el contacto de tierra circulará cualquier corriente, siempre que la frecuencia de la misma no sea la que corresponde a 375 metros de onda. En una palabra, todas las corrientes, tanto de estaciones telegráficas, telefónicas, de descargas atmosféricas o ruidos parásitos, pasarán a tierra y quedarán eliminadas sin actuar en lo más mínimo sobre la reja del audión, a excepción de una sola, que es la onda que deseamos escuchar, en este caso 375 metros.

Efectivamente, estas variaciones de tensión al no poder circular por el conductor que las llevaría a tierra, lo hacen por la bobina, dando origen a diferencias de tensión distribuídas en toda longitud de la bobina, como se explicó anteriormente, y se representa en la figura N.º 1, y corriendo el anillo de cobre sobre la bobina, se encuentra el punto en que esas variaciones de tensión se aplican con intensidad máxima sobre la reja, dando lugar a una corriente intensa en los teléfonos.

El sistema funciona perfectamente, prácticamente y el inventor, que es el doctor Luis Cohen, ha conseguido recibir en una estación de la costa Atlántica, estaciones de la costa Pacífica en días en que las descargas atmosféricas eran capaces de inutilizar los teléfonos empleándolos con un receptor común.



En general, el sistema ha sido experimentado para ondas largas desde 600 metros hasta 24.000 metros, no habiéndose experimentado aun en las ondas de los aficionados, para las cuales se aconseja realizar los bobinados en la forma que se indica a continuación.

El circuito final es el que está representado en la figura número 2.

La bobina B se llama «Bobina de Resonancia» y sobre la misma se encuentran dos anillos de cobre: uno «eliminador» y el otro «recolector». En serie con la línea que une el anillo «eliminador» a tierra, se encuentra un circuito oscilante formado por una bobina B' y un condensador C. Es importante que esta bobina sea construída cuidadosamente, cuidando de que la aislación sea máxima, procurando también que el condensador sea de la mejor calidad, aconsejándose emplear aquellos que están montados sobre ebonita, desechándose los que lo están sobre bakelita u otros materiales que son de propiedades aisladoras inferiores.

Para ondas cortas de 200 metros, por ejemplo, el tubo B deberá medir 25 centímetros de largo y 10 de diámetro, bobinando todo con alambre de 0.25 milímetros de diámetro, aislado con dos capas de algodón o seda y en dos capas. Para ondas de 200 a 600 metros, empléese una bobina de 45 centímetros de largo, de 10 de diámetro y bobínese todo con el mismo alambre en una sola capa.

La bobina B' para todos los casos se hará sobre un tubo de 8,5 centímetros de diámetro, debiendo contar 55 espiras de alambre de 1.5 milímetros de diámetro, aislado con dos capas de algodón o de seda y bobinado en una sola capa. El condensador C será de 43 placas, pudiéndose utilizar un «vernier» para facilitar la sintonización.

El tubo «eliminador» tendrá un diámetro ligeramente mayor que el del tubo de la bobina de resonancia y su longitud será de un tercio de la bobina, o sea de 15 centímetros. El anillo «recolector», de igual diámetro que el anterior, será de una longitud igual a la cuarta parte de la bobina de resonancia.

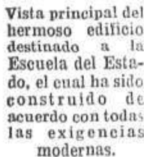
Para proteger la aislación del alambre de esta bobina, será conveniente cubrirla con una vuelta de cartón fino antes de colocar los dos anillos.

La reacción en el circuito del audión, se obtiene en la forma común, por medio de las dos bobinas B'' y B''' cuyas características son comunes.

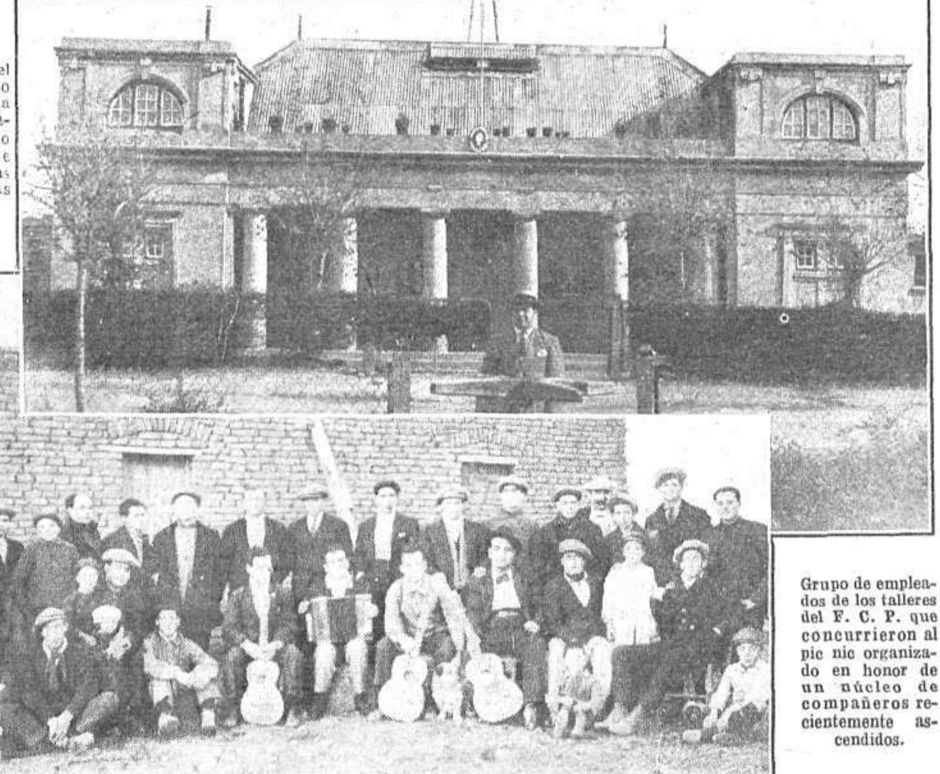
Para que el sistema funcione correctamente debe encerrarse todo el receptor y circuito oscilante, asimismo como las baterías, dentro de una caja metálica para evitar los efectos inductivos directamente sobre las bobinas del receptor. La bobina de resonancia y los dos tubos pueden quedar fuera de la caja.



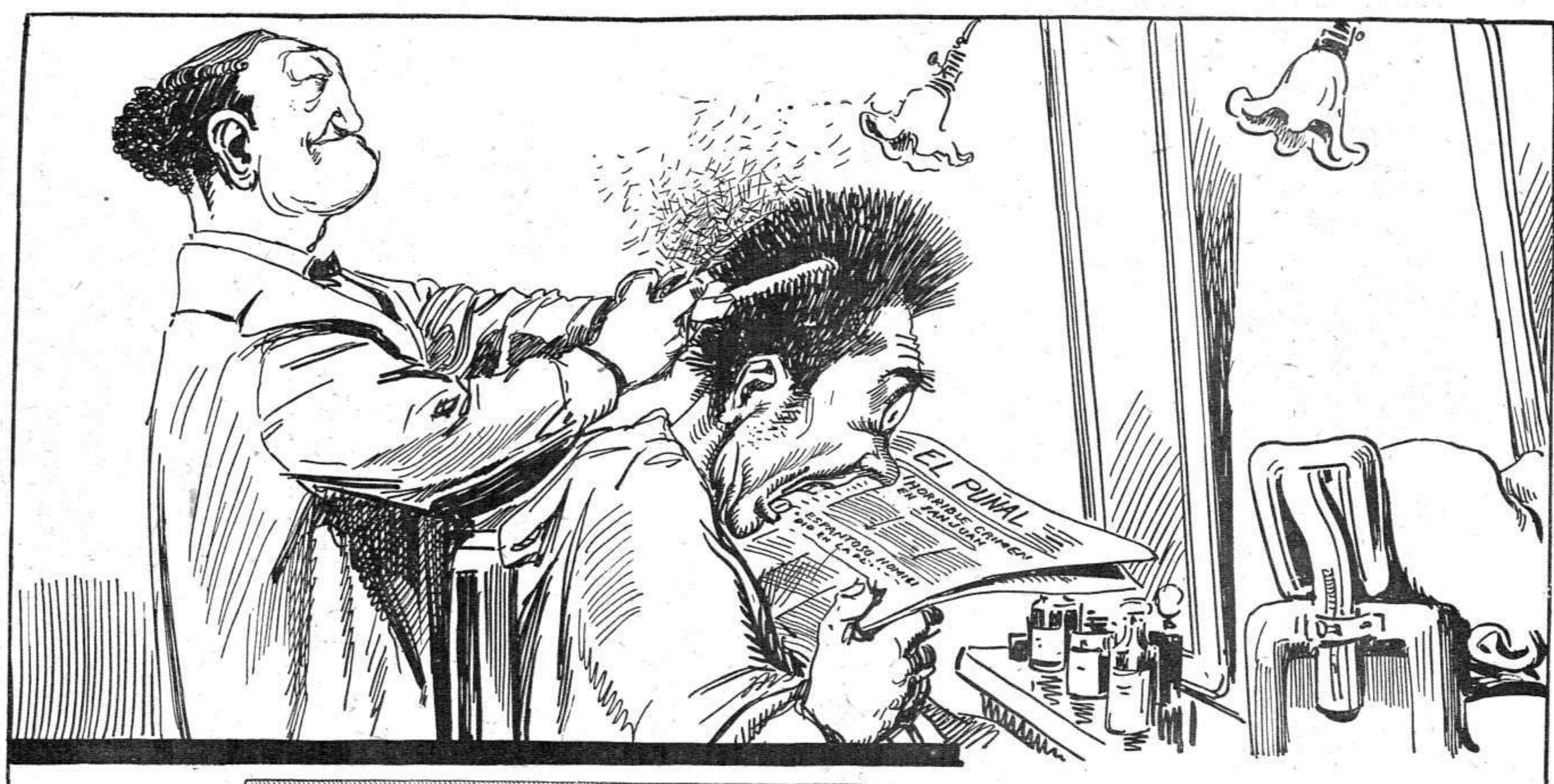
De Darragueira



Vista principal del hermoso edificio destinado a la Escuela del Estado, el cual ha sido construido de acuerdo con todas las exigencias modernas.



Grupo de empleados de los talleres del F. C. P. que concurrieron al pic nic organizado en honor de un núcleo de compañeros recientemente ascendidos.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—¡Por Dios! ¡Deme Vd. otro diario, porque este con tanto crimen, pone los pelos de punta!

—Precisamente lo tengo para eso, porque así me es más fácil cortar el cabello...

De Salliqueló (F. C. O.)



Miembros de la colectividad lusitana que presidieron los festejos realizados el día de la colocación de la piedra fundamental del edificio destinado a la Sociedad Portuguesa de S. M.

Equipo del Club Atlético Jorge Newbery que obtuvo un brillante triunfo en el partido de foot ball jugado con el Club A. Everton Pellegrini, adjudicándose la copa "Intendencia".



EL BRINDIS DEL CADAVER



UN día, todos esos señores más o menos despreocupados, que habían imaginado las escuelas sin Dios, esos señores experimentaron la necesidad de banquetear para celebrar su triunfo.

Comieron mucho. Bebieron más. Y al fin del banquete, los más intensamente atracados sintieron el deseo de brindar.

Servidas a discreción las botellas de *champagne*, los vasos fueron levantados por todos y cada uno, por el presente, por el porvenir, por las generaciones futuras, crecidas a la sombra de los derechos del hombre, con los brazos tendidos hacia la grande, la pura, la sublime libertad.

— ¡Os saludamos, viejos ciudadanos y ciudadanas puras... ¡Os saludamos, generaciones del presente que también nos habéis comprendido ... que habéis sacudido de vuestros hombros esa túnica de Nessus, hilada en los subsuelos de las sacristías; que practicáis el precepto del inmortal Lucrecio; que holláis con vuestros pies los terrores ridículos del más allá... *Strepitumque Acherontis avari*... y que, con los ojos fijos en el hoy, en las cosas *precisas*, *positivas*, *prácticas*, pedís a la vida las satisfacciones, las dichas, las arrogancias que ella sola puede dar!...

Bravos... ¡¡hipp!! ¡¡¡hipp!!! ¡hurra!... Triple salva de aplausos.

□

MOZO: *champagne*.

El orador se enjuga la frente prueba el vino y recomienza muy reconfortado:

— Yo bebo a vuestra aura, generaciones del porvenir, que partiréis al asalto hacia el ideal de posiciones mejores que las nuestras, que desde nuestra aparición aquí abajo seréis bautizados en la libertad, la cual, unida a la fraternidad, engendra la igualdad...

De todos lados: — ¡Bravo! ¡Hipp!...

— Nosotros reivindicamos de la Liga de la enseñanza laica, reivindicamos el honor de esta posición conquistada... ¡Instruid! ¡Instruid! gritaba Víctor Hugo. ¡Edificad escuelas!... ¡Cada escuela que construyáis es una cárcel que cerraréis!... ¡En consecuencia, hemos levantado escuelas, ¿qué digo?, ¡palacios!

Hubo entonces un ruido enorme en la sala. El presidente se levantó con gesto indignado.

— ¿Quién había causado la nota discordante, el grito de faccioso? ¿Cuál era el gañán de tan mala educación para?...

Y mientras lo buscaban, distinguieron, como en Macbeth, una forma al punto indecisa, precisándose más y más pavorosa al lado derecho del presidente, que acababa de sentarse.

Era una especie de guillotinado que se erguía, amarillo y siniestro, bajo la claridad intensa de las lámparas eléctricas... La cabeza había sido puesta sobre las bombas, y alrededor del cuello le babeaba, horrible y sangrienta, la herida de la cuchilla...

Tenía sangre por todas partes... En los hombros... en las ropas... en las manos...

Y he aquí que en medio del silencio caído sobre el banquete, sobre los fracs negros y los hombros descotados, en el seno de toda esta Liga laica de la enseñanza, el ajusticiado quiere



El sastre. — ¡No encuentro nada malo a ese traje! Le viene como un guante.
El cliente, furioso. — Sí... ¡Como un guante de boxeo!



LOS CHICOS MODERNOS

La nena. — ¡He pasado un rato delicioso y espero que ustedes vendrán a verme y a tomar el te conmigo!

PIERRE L'ERMITE

tomar la palabra. Sus labios exangües se entreabren agitando los labios mal pegados de las arterias.

— Ustedes no me han invitado, señoras y señores, y, no obstante, soy suyo y les pertenezco. Me llamo... ¡Poco importa!... Lo mismo puedo ser Ravachol, que Frisé, que Gamahut, y si hay sangre en mi nombre y sobre mi cuerpo, esa sangre son ustedes los que la han hecho correr y ella viene a salpicarles...

Ustedes, la Liga de la enseñanza laica, son los que me han enseñado que Dios es una hipótesis, y siendo Dios una hipótesis, todo se ha derrumbado.

El bien, el mal, el vicio, la virtud, no son sino palabras si el cielo está vacío, palabras que no engañan más que a los imbéciles...

Nosotros hemos practicado su brindis... nosotros nos hemos instruído, y en las bandas actuales de jóvenes pillos que roban y asesinan, hay bachilleres y aun licenciados con menciones honrosas, y doctores estimables... sin contar los certificados de estudios que gravitan sobre Mazas, ya albergue insuficiente.

Ustedes se han olvidado de este apotegma: de que la instrucción por sí sola no hace más que perfeccionar al bruto humano para el mal, sin enseñar a saber sufrir, a resignarse, a aguardar, con la esperanza en el corazón, el día de las eternas justicias y de las supremas compensaciones.

Por otra parte, ¡para qué esperar ese día, puesto que dejan arrancar los emblemas del que ha dicho: «¡Venid a mí cuantos sufrís!»

Entonces han querido ustedes gozar, y en seguida, porque la vida es corta.

¡Ustedes han bebido hace un instante por los que han triunfado, por los que triunfarán! ¡Y si yo tomo la palabra en medio de ustedes, es porque he compulsado que se han olvidado de los que han fallido... de los que fallarán, como yo un día, porque las circunstancias y los gendarmes lo tuvieron a bien!...

¡Bebo, pues, por la juventud sin Dios, por la que ha visto el Crucifijo arrancado de las escuelas!... ¡Bebo por los desequilibrados que se suicidan, por los laicos educados sin religión!... ¡Bebo por los descreídos de diez y seis y diez y siete años!... ¡Bebo por las escuelas ruinosas y las cárceles estrechas!... ¡Bebo por las jóvenes revalidadas que buscan, sin encontrarlas, plazas de doncellas!...

¡Bebo por los innominados, por el ejercicio del crimen que reina sobre ustedes, que ha subido de diez y seis mil a diez y siete mil, y que muy pronto llegará a los cien mil, y que es la verdadera nota de la exposición que acaban de celebrar!

¡Bebo por todos los que han buscado en sus libros escolares las palabras *Inmortalidad*, *Religión*, *Oración*, y que, no habiéndolas encontrado, fueron arrojados en la vida obrera sin apoyo y sin brújula!...

¡Bebo por Ravachol, diciendo al pie del patíbulo: «¡Si me hubieran enseñado religión, no me vería ahora aquí!» ¡Bebo por el socialismo y la anarquía, la flor sangrienta y lógica de su enseñanza, por la anarquía, que les hará pedazos un día, ¡oh, parisienses! como yo estrello este vaso!

Y levantando su mano lívida, en la que los coágulos de sangre ponían por todas partes negras salpicaduras, la aparición hizo trizas contra el pavimento la copa de *champagne*, y se desvaneció en la noche.



— Sé muy bien, yerno mío, que no me lleva usted en el corazón.
— Oh, mamá... Como es usted un poco pesada...



— ¿A qué hora volvió el señor anoche, Juana?
— No sé, señora, pero a las seis de la mañana estaban sus zapatos todavía calientes.

De Roque Pérez


Concurrentes a la tradicional fiesta campestre que celebran los innumerables Rafaeles que hay en esta localidad; fiesta en la que se derrocha entusiasmo y alegría.

RESULTADOS DE LA "LEY SECA"

Al implantarse la *ley seca* que pretendía convertir en abstenios a todos los ciudadanos norteamericanos, se convino en que pasados cuarenta meses de ensayo se verificaría un estudio informativo, resumen general de los resultados obtenidos en dicho período bajo el régimen del *Wolstead-Act*. El estudio informativo acaba de hacerlo míster Daguherty, *attorney* general de la Unión, quien lo ha presentado al presidente Coohdge con los comprobantes pertinentes, y a continuación publicamos algunos párrafos del concienzudo y elocuente informe:

«El período de aplicación de la *Wolstead-Act* ha sido el más trágico que registra la historia de los Estados Unidos, y el más nefasto para la pública moralidad.

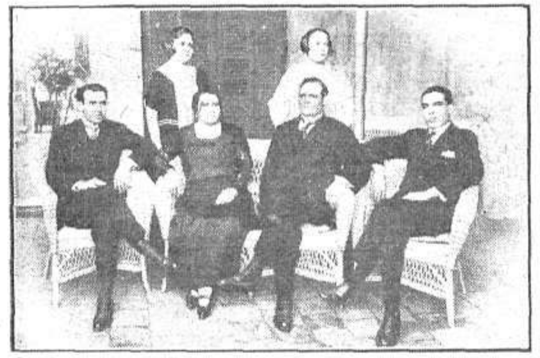
En tres años hemos contado 90.000 atentados contra la *ley*, y consecuencia de ellos han sido preciso instruír 76.000 procedimientos judiciales. Jamás como ahora los correccionales se han visto tan poblados, ni tan solicitados los socorros de las instituciones filantrópicas.

Una racha de crímenes sopla sobre el país, y no es exagerado decir que se vive bajo un verdadero régimen de terror, lo que ha dado lugar a que muchos ciudadanos se provean de armas defensivas, vista la notoria insuficiencia de la policía. Desde la instauración de la *ley seca* el promedio de la cifra de asesinatos cometidos en Nueva York es 226 y 3.360 en Chicago, en tanto que en Londres donde no existe tal ley el promedio es de 10 a 12 asesinatos por año.

La cárcel de New Jersey que antes del régimen seco recibía ochocientos presos por año, recibe ahora de 1.200 a 1.500... Y es que en lugar de beber buena cerveza o buen whisky, las gentes consumen a espaldas de la ley, brebajes como la famosa *White Mule* (mula blanca), preparados con alcoholes tóxicos, capaces de producir locuras momentáneas y hasta la muerte, pues se ha podido comprobar el fallecimiento de 2.000 personas por haber bebido *White Mule*. Además, aumentó extraordinariamente el consumo de los alcaloides...

De nada, pues, ha servido, por el contrario, ha sido perjudicial la draconiana *ley* y ello prueba una vez más que las tiranías no consiguen por la fuerza guiar a los pueblos, y que como decía Giner de los Ríos, el único freno eficaz para la humanidad es la *educación*.

Bodas de Plata



El señor Alejandro Segura y señora, cuyas bodas de plata han celebrado recientemente. — San Nicolás.



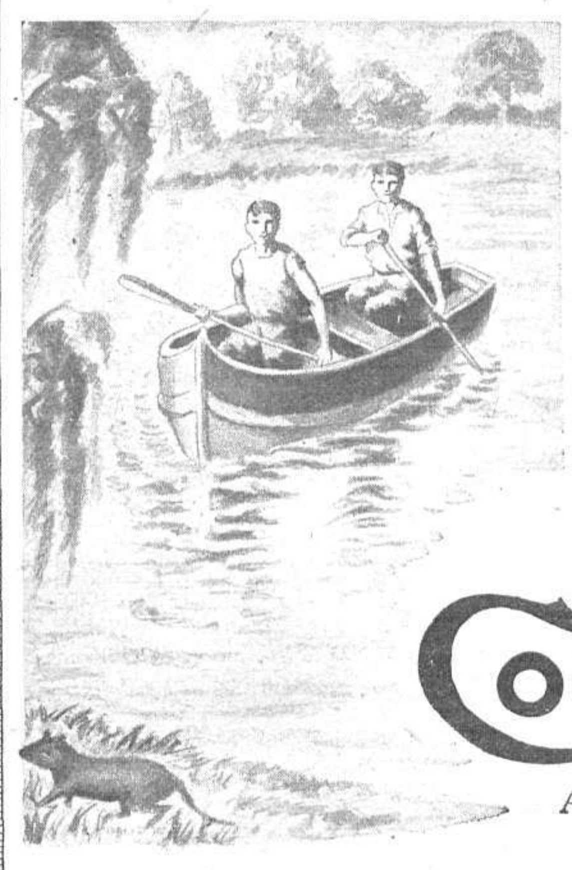
Núcleo de familias que concurrieron a la fiesta realizada en el domicilio de los esposos Pusso Aráoz, en conmemoración de sus bodas de plata.



El señor Amadeo Juárez y su esposa señora Zoila Luna rodeados por sus hijos el día en que celebraron el 25.º aniversario de su enlace.



El señor Juan Acciardi y su esposa, la señora Elena Aserio, rodeados por sus descendientes en el vigésimo quinto aniversario de sus bodas matrimoniales.



Cuando la inesperada oportunidad se presenta...

ese es precisamente el instante en que más se desea poseer un Revólver o una Pistola automática COLT. Ese es el momento en que se experimenta en toda su intensidad el placer que proviene de la posesión de un arma tan perfecta, todo lo posiblemente perfecta.

COLT

ARMAS DE FUEGO



Pistola Automática COLT

Calibre 22. - Modelo "Tiro al blanco". Capacidad: 10 tiros. - Largo del cañón: 16 centímetros. - Largo total: 26 centímetros. - Peso 800 gramos.

LA siempre creciente popularidad de que este modelo goza entre los sportman, tiradores, cazadores y demás personas que aman la vida al aire libre, es el resultado de la indiscutida precisión de esta arma, de la absoluta confianza que en ella puede depositarse y de lo económico que su uso resulta. Con ella se han batido verdaderos records mundiales.

Colt's Patent Fire Arms Mfg. Co.

Hartford, Connecticut, EE. UU. de A.

De Salta



ROSARIO DE LA FRONTERA. — La directora de la Escuela Nacional N.° 92, señorita Laura Torres, rodeada por los numerosos alumnos que concurren a dicho establecimiento, los cuales festejaron con una hermosa fiesta la finalización de los estudios.

QUE TU AMOR JUEGE CON MI VOZ...

Que tu amor juegue con mi voz; que descanse como debe formar en mi silencio.

Que pase a todos mis movimientos, por mi corazón.

Que brille, lo mismo que las estrellas, en la obscuridad de mi sueño, y amanezca en mi despertar.

Que arda en la hoguera de mi deseo, y fluya en todas las corrientes de mi propio amor.

¡Que yo lo lleve en mi vida, como un arpa su música, y te lo devuelva, al fin, como mi vida!

El primer paso que da el hombre por la senda del fracaso es cuando permite que en su cerebro haya alguna duda acerca de su éxito. El que quiera llegar a la cumbre del éxito, debe abrigar constantemente la idea de que ha sido hecho para el triunfo y de que lo conquistará a pesar de todas las dificultades que se le presenten en el camino. Nunca permitáis que la más leve duda se posesione de vuestra mente y disminuya vuestro valor. Considerad todas las ideas de fracaso como si se tratase de un traidor y arrojadlas de vuestro ser como lo haríais con un malhechor.

El orgullo es un vicio insociable hasta en relación con los demás vicios. — BACÓN.

FRIVOLITÉ

POR

LUZ Y SOMBRA

Vestido hecho de cintas de taffetas rosa sobre tul blanco bordado. Grande moño de cinta negra.



Dos moños de cinta negra y rosas de cinta amarilla sobre lamé plateado, adornan este vestido de vermeil amarillo.



Vestido de vermeil azul guarnecido con motivos de Valenciennes plateada. Cinta de satin en la terminación del escote.



Vestido para joven señorita en roumecla "bouton d'or". Un ancho encaje de Irlanda ocre, en la pollera, transparenta sobre crepé marrocain marfil.



Manga de crepé forrada de encaje.

Por más que los nuevos tiempos impongan a la mujer un papel en la vida que le da mucha afinidad con el otro sexo, no puede ni podrá nunca dejar de ser mujer, pues los hombres mismos — aquellos que a la mujer piden cooperación varonil — no han renunciado a ver en ella la divina muñeca, origen y fin de todos los placeres terrenales.

Hay horas en que la mujer tiene que ser solamente mujer, y es en esta hora que viste su alma y su cuerpo con todas las frivolidades más suntuosas: chismes, mentirillas de salón, rubores y risitas, encajes, flores y cintas.

En los vestidos de fiesta el encaje de seda ha surgido hasta el máximo de la suntuosidad. Sobre los fondos de crepé se abren preciosas túnicas de encaje, y volados del mismo se alternan con el taffetas en las polleras de estilo.

He visto un original modelo de vestido en encaje de seda ecrue sobre un fondo de crepé romain anaranjado. La originalidad consistía en el cinturón, la sombrilla y las rosas del sombrero, todos en naranjado, haciendo juego.

Otro modelo en encaje de seda crema tenía una pollera abierta atrás formando como un ancho delantal, todo bordeado por un volado de tul blanco. Del mismo tul era el cinturón haciendo moño atrás, y las manguitas de volado fruncidas sobre el hombro.

Sobre un vestido de 5 volados en muselina de seda mauve, caía una «dalmatique» de encaje plateado, sujetada en el talle por dos cocardas de rositas color rubí.

El encaje se usa mucho formando pelerina sobre batas lisas. Generalmente está colocado muy corto de delante, y más largo de atrás, llegando a veces hasta debajo del talle. Así he visto, sobre un vestido de crepé blanco con cinturón de cinta ancha en terciopelo mandarina y bata lisa ablusada, una pelerina de chantilly llegando de adelante hasta mitad del antebrazo, y atrás hasta debajo del talle. Dos grandes rosas una blanca y otra mandarina, estaban colocadas sobre el cinturón, hacia la izquierda.

La puntillita plateada es un bonito adorno para los vestidos de taffetas y de crepé, formando pequeñas manguitas y cocardas ovaladas para el talle. Otras veces estos voladitos están hechos de valencienne, ahora en gran favor. Sobre una chemise de crepé chine azul claro, las ruches de valenciennes forman lindos arabescos y cocardas. Otro vestido de tarde en crepé satín verde almendra tiene la pollera y las manguitas todas bordadas de ruche velanciennes ocre. A veces estas ruches dan aspecto de pollera a voladitos a un vestido derecho. La valencienne rivaliza con la cinta en adorno de vestidos. Pequeñas flores enteramente hechas de cinta-cometa cubren todo el ruedo de una pollera, cocardas de cintas de terciopelo de colores vivos mezcladas con cintas de metal sobre un vestido blanco o negro. Cuellos enteramente de cinta picot, grandes moños de cinta y bouclettes de cinta colocados en forma de racimos, a la terminación de un fichú de encaje.



Un original detalle hecho con cinta en el escote de un vestido sencillo.



Fichú de encaje marfil con racimos de cintita.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



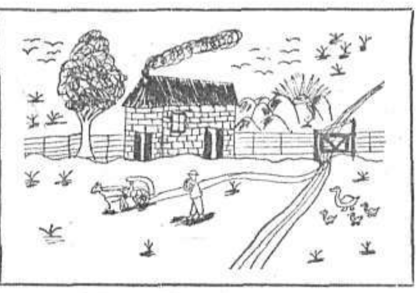
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



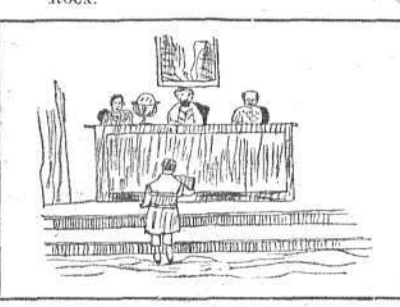
1577 — Dictado. JOSÉ PAREDES ROCA.



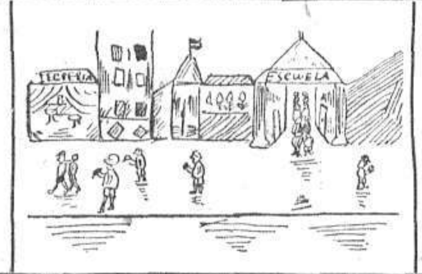
1578 — La captura de un evadido. ERNESTO GAUDIN.



1579 — Una salida del sol. ISIDRO A. TALAY.



1580 — En el examen. EMILIO LÓPEZ.



1581 — Al terminar las clases. FEDERICO L. VIÑAS.



1582 — Una orquesta criolla. JUAN MARÍN.



SEÑORA: ¿por qué quitarle el pecho a su hijito antes de los dos años? Todo médico le confirmará que ese período es necesario para asegurarle a su hijo un desarrollo normal y una constitución robusta. Si la leche disminuye o si es mucho el esfuerzo para usted, recurra a la Malta Palermo y le será fácil satisfacer al bebé más exigente, sin desmedro alguno para su salud.

Muchos distinguidos profesionales atestiguan que la Malta Palermo, producto genuíno de la industria nacional, es más eficaz que sus similares extranjeros.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

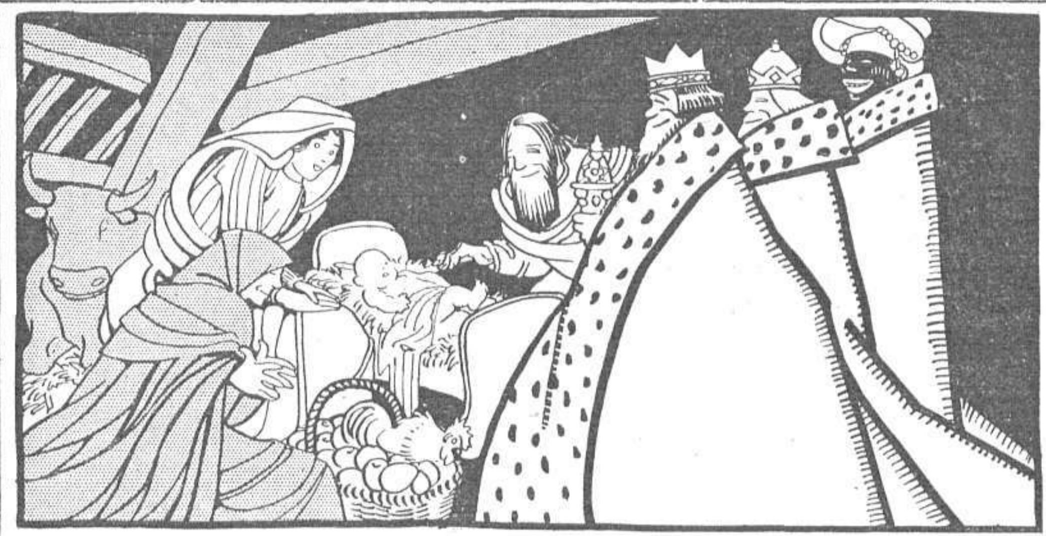
CERVECERIA PALERMO S. A.—BUENOS AIRES



CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: *Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.*

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 161

Nombre y dirección...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



EL ABUELO

¿Quién llamaba así tan despacio? Ella no había entrado en la cama todavía. Estaba frente al espejo, acomodándose el cabello bajo la cofia. Parecía estar dentro de una nube de batista azul.

—¡Victorina!

¿Quién llamaba? Tuvo miedo. No podía ser Tulio. No podía ser la madre de Tulio, pues hubiera entrado sin cumplimientos. Y, después, esa voz, esa voz...

¿La reconocía? ¿Una voz de hombre?

Se volvió para mirar a su pequeño Alberto que dormía en la cuna cerca de la gran cama en que había nacido; se oía la dulcísima respiración atravesar apenas la suave penumbra de aquel querido ángulo del dormitorio, y era como si el corazoncito latiese con alegría en el sueño.

Victorina, pausadamente, se movió; fué hasta la puerta, y se puso a escuchar, temblando un poco, con la mano en la manija de la puerta, sin abrir. Abrió, después, tímidamente, pero apenas, muy poco; y entonces vió pasar a través de la zona visual una pobre mano sarmentosa, rugosa, nerviosa, unos pobres dedos de viejo paralítico, empeñados en alcanzar en la sombra un apoyo cualquiera.

—¡Abuelo! ¡oh, el abuelo!

Conmovida, Victorina cogió entre las suyas aquella mano tan fría como cosa seca; hizo entrar al viejo en el nido tibio y casto, lo cubrió con el manto de su afecto de muchacha cariñosa, lo obligó a sentarse en la *dormeuse* de raso amarillo, se sentó ella a su lado abrazándole las rodillas, que temblaban de inquietud y de frío, y por fin le dejó su mano, su pequeña mano tersa y dulce, que quedó entre aquellas rugosas, frías, casi muertas.

—¿El nene? —preguntó él mirando hacia la cuna.

—Duerme.

Victorina miraba al abuelo de Tulio con piedad. Esa vida que se iba gastando, que no tenía paz, que no tenía sueños, deseos, esperanzas, que aguardaba acaso a la Muerte, yendo por la casa como una larva, por la casa que ya no podía ser suya, por las habitaciones donde otros eran felices viviendo con sus costumbres y sus necesidades; aquella vida que nadie podía comprender o consolar o animar, le producía a ella una opresión tan dolorosa y amorosa que hubiera besado esas manos que oprimían a la suya, en demostración de amor y de despedida.

—¡Abuelo, abuelo! ¿No puede dormir? ¿Está mal?

—No.

—¿Quiere que lo ayude a ponerse en cama?

—No.

—¿Cecilia se olvidó de alguna cosa?

—No.

Hablaban despacio, por el nene. Pero Victorina, de improviso, asustada de sus propias palabras que le salían débiles y bajas de sus labios, se puso de pie, casi provocadora, y habló fuerte.

—¡Abuelo, abuelo! ¿Qué cosa, qué cosa tiene que decirme?

—¿Te asustas, Victorina? ¡Eh, Victorina! ¿Qué cosa temes?

—¿Por Tulio, por Tulio? ¿Debo temer por Tulio? ¿Qué hay?

—No, no. No hay que temer ni por Tulio ni por Andrea. Tú sabes dónde están Tulio y Andrea... No hay que temer por nadie... ¡Es ella, ella! ¿Entiendes, Victorina? ¡Es ella... ella... ella!...

—¿Quién es *ella?* —preguntó Victorina, temblando y en voz baja.

—Eloísa —respondió el viejo casi con calma, aunque sus ojos pareciesen despedir rayos.

Victorina calló; comprendía a medias. La madre de Tulio no había amado a su suegro; lo había burlado, lo había temido, y ahora esperaba con impaciencia su muerte. La madre de Tulio —Eloísa— era todavía joven, era todavía casi bella, era aún una mujer que podía engañar a su marido. Andrea tenía diez años más que ella; era un hombre débil, un hombre que se complacía de estar viejo, de tener en su casa un hijo casado, una hermosa nuera y un lindo y travieso nietecito.

—¿Entiendes, Victorina? ¿Has entendido ahora?

Ella, inocentemente, hizo un signo de negación; que no había comprendido.

—Hay alguno ¿entiendes?... hay alguien... allá!...

—Allá... ¿dónde?

—En la habitación de Andrea...

—¿Quién, quién hay?...

—¡Pero, Victorina! En fin: hay un hombre...

Victorina hizo un maquinal gesto de asombrada desesperación; después, para sustraerse a la mirada

del viejo que ella sospechaba terrible y escrutadora, se aproximó a la cuna y quedó mirando la carita del pequeño dormido.

— Oye, Victorina — la llamó el viejo con dulzura.

Volvió a su lado, casi tímida.

— Oye, Victorina: ¿qué debemos hacer?

— ¿Nosotros? ¿Qué debemos hacer nosotros, abuelo?

— Sí, nosotros. Hay un hombre en la casa, un extraño... un ladrón... y lo sabemos. Yo lo siento hasta respirar. ¿Quieres callar? ¿Debemos callar? ¡No se puede, no se puede callar! Andrea y Tulio están en Milán por el asunto de la granja. Di tú, Victorina, di tú... ¿Qué se debe hacer?

— ¿Yo? ¿Yo debo decirlo?

— Sí — respondió el viejo. — Pongámonos de acuerdo.

— ¡Oh, abuelo, abuelo! — exclamó Victorina casi con desdén. — ¡Yo soy la nuera, abuelo, casi como una hija! ¡Tengo veintidós años!

El movió la cabeza.

— Tienes razón. Eres demasiado joven. Yo soy demasiado viejo. No se puede hacer nada. Ni siquiera se puede hablar a Andrea. Ni a Tulio. La paz se acabaría... Hasta entre ustedes, entre Tulio y tú, la paz se acabaría. Siéntate, Victorina.

Ella se sentó y aún le entregó una mano. Callaron por un rato largo. El viejo parecía estar avizorando algo, escuchando algo; miraba la puerta continuamente. Se oía solamente la dulcísima respiración del nene atravesar la suave penumbra de aquel amado rincón de cámara nupcial. Una sola lamparilla eléctrica, pálida y discreta, iluminaba tenuemente la habitación.

— Muchacha — dijo el viejo de improviso. — Muchacha, yo creo que alguna cosa puede hacerse.

— No, no... Nada... — imploró Victorina con un sollozo, sin tener el coraje de retirar su mano. — Y después... y después... abueló... puede ser que usted se haya equivocado... ¿No es posible que usted se haya podido equivocar?

Ella le miró de un modo como reprochando.

— ¿Qué dices? ¡Lo he oído en el corredor, en la obscuridad; sé cómo ha entrado, cómo ha sido esperado, en la obscuridad, siempre en la obscuridad! ¡Estuve tanto tiempo en la obscuridad antes de verte a ti! No quería... ¿He hecho mal?

Victorina no respondió.

— He hecho mal. No importa. Tulio está seguro de ti. Tú eres buena, eras paciente, Victorina, pero... pero creo que se puede hacer algo!

Ella retiró su mano, casi aterrada de la resuelta voluntad del viejo que siempre le había parecido tan dulce y tan tolerante.

— No, no; no se puede hacer nada; no se debe hacer nada. Vaya a su cama, abuelo, esté tranquilo, piense en Tulio, piense un poquito en el nene y en mí... Ea, Abuelo, ea, debo yo también acostarme... ya es hora...

El no se movió; solamente levantó la vista; tenía los ojos serenos, un tanto fríos, pero no ya ojos de viejo, sino de hombre sano y fuerte, de hombre reservado, cerrado, capaz de escrutar, de velar. No respondió, no habló, no se preocupó siquiera de hablar ni de levantarse. Bajó la vista, giró la vista por la habitación, la detuvo sobre la cuna un largo rato; no volvió a mirar a Victorina; pareció olvidarse de ella.

— Es tarde. ¡Qué tarde! — dijo todavía Victorina angustiada en medio de la habitación.

— ¡Victorina, siéntate, pues! ¿Por qué no te sientas?

Ella se sentó; no ya en la *dormeuse* al lado del viejo, sino en una silla, una silla próxima al ropero.

Transcurrió otra larguísima pausa; media hora acaso transcurriese; acaso una hora. Ninguno habló más; ni la joven ni el viejo; no se miraron; escucharon la respiración dulce, calma, triste, del nene dormido como se escucha la voz del silencio en la obscuridad de una noche de insomnio. Uno y otro se sintieron alejados entre sí, acaso hostiles. El viejo callaba y pensaba. ¿Qué cosa pensaba? ¿Era un soplo de locura que le atravesaba el cerebro? ¿Qué venganzas meditaba ese viejo que era abuelo y aún bisabuelo?

Se levantó. También se levantó Victorina.

— ¿Se va a acostar?

— Sí.

— Se lo ruego, vaya de veras a su cama, ¿eh?

— Buenas noches, muchacha.

— Buenas noches, abuelo.

El viejo se movió lentamente, más fatigado, más encorvado; se dirigió hacia la puerta; estuvo por abrir la puerta; se detuvo de improviso, se volvió de improviso.

— ¡Victorina!

— ¡Abuelo!

— ¿El sillón del nene está en el comedor?

— ¿El sillón? ¿Qué sillón?

— Aquel... aquel sillón donde ponen al nene cuando estamos en el comedor...

— Sí... está en el comedor.

— ¿Entre la otomana y el cristalero?

— Eso es.

— Buenas noches, Victorina.

— Buenas noches.

El viejo salió; la puerta tornó a cerrarse. Ella quedó sola. Hubiera querido dormir. No pudo. Tenía frío. Estaba inquieta. Oía algún vago rumor. Pero su corazón, no; no lo oía más. Tampoco oía más la respiración dulce, serena, un poco triste, de su nene que dormía, que seguía durmiendo, que no se despertaba esa noche. Se aproximó a la cuna, se sentó al lado de la cuna, y observó el rostro de su hijito dormido. ¿Qué hora era? Le pareció que podían ser las once de la noche. Acaso las cuatro de la mañana. O si no las dos. Quizás el viejo volviese a torturarla. ¿Sería necesario cerrar la puerta? No; no se atrevió. Escuchó.

De improviso oyó un gran estrépito, un gran tumulto, un gran ruido en el corredor. Miró a su nene. «Eso es, eso es; se despierta también el nene; se despiertan todos; todos oyen; pero ninguno acude: es necesario que no acuda ninguno. ¿Y si hubiera sido un tiro de revólver? No, no; no puede ser un tiro de revólver. No sé que pueda ser. Seguramente un gran golpe, un gran ruido... Eso... Eso...»

Levantó la cabeza, miró hacia la puerta, con ánimo valiente, afinó su oído, y oyó... Oyó, en efecto,

algo: un ruido... el ruido parecía sofocar una blasfemia... ruidos, otros débiles ruidos de pasos... ¿Dónde? En el corredor, en la obscuridad. Tenía la impresión de alguna cosa que se hubiese caído; de que alguno, en la obscuridad, hubiese tropezado contra algo y caído; tropezado, caído, vuelto a incorporar, y huído apresuradamente. Eso; ya se habría salvado, ya estaría en la calle, mirando el estrellado cielo. A esta consideración, Victorina suspiró aliviada; sintió que su corazón se le aquietaba y las sienes no latían más.

El nene continuaba durmiendo en su cuna, a la cual se aproximó ella, vigilante aún. Escuchó en el silencio. El silencio en la casa se prolongaba, ilógico, impresionante; el silencio que siguió al gran tumulto, continuaba aún... Y hubiese seguido todavía, todavía, hasta la madrugada. ¡El viejo! ¡El viejo! ¡El abuelo! «¡Aquí está, aquí está, ya está aquí!» — decía su corazón a cada latido. Y helo aquí al fin. He aquí la manija que giraba, he aquí la puerta que se abría y se volvía a cerrar en seguida, he aquí la persona fatigada y encorvada que avanzaba hacia la cuna, como una larva, como vieja figura de un sueño pesado e incoherente.

— Victorina, Victorina...

— ¡Abuelo, abuelo! ¿Qué sucedió? ¿Qué fué?

— Nada, muchacha. Cayó. Se habrá hecho un poco de daño; tropezó.

— ¿En la obscuridad?

— En la obscuridad.

— ¿Quién lo hizo caer?

— Tropezó con el sillón del nene.

— ¿El sillón del nene? Pero, ¿qué es lo que usted dice, abuelo?

El respondió con una sonrisa; con una sonrisa satisfecha y maligna.

— Tú has tenido miedo, ¿no es verdad? ¿De qué tuviste miedo? Lo he hecho caer. Todos lo han oído, todos, todos los de la casa. Todos oyeron: yo, tú, ella, los criados, las sirvientas... Todos... menos el nene... ¡Y todos hemos permanecido callados! ¿Por qué? Porque sabemos, porque sabíamos... ¿No es verdad, no es verdad, Victorina?

Pero Victorina no respondía.

— ¿No crees que se haya podido hacer daño, al caer sobre el sillón del nene? El sillón estaba en el comedor; yo lo arrastré despacito hasta el corredor obscuro. Yo creo que él debe haberse hecho mal. Y, además, hay que tener en cuenta la rabia, el grito que no pudo contener, la blasfemia sofrenada, el espanto, la carrera loca... el temor de haber sido, de ser sorprendido... el miedo de ser perseguido como un ladrón... y la inquietud de no saberse explicar el misterio... el misterio de un sillón en medio del corredor... Buenas noches, Victorina... Ahora me voy a acostar.

— Buenas noches, abuelo.

MARINO MORETTI

TRADUCCIÓN DE ROBERTO MARIANI

"El hombre no muere, se mata"

Séneca.

Profunda expresión, cuyo alcance se comprende cuando se piensa en las causas del desgaste vital que el hombre podría evitar y a las cuales se expone, sin embargo, ya inconscientemente, ya (con excesiva frecuencia) con pleno conocimiento de su temeridad.

Las infracciones diarias a las leyes de higiene, el abuso de la buena mesa, del alcohol, la fatiga que se impone sin medir sus esfuerzos, etc., suelen concluir en la "herrumbre de la vida", o sea la arterioesclerosis, cuyas primeras causas "patológicas" son la gota, artritismo, reumatismo crónico, auto-intoxicación, y otras.

Siendo el orgnismo un receptáculo, un laboratorio de venenos, provenientes del tubo digestivo o aportado por los alimentos; el estancamiento del sistema, que generalmente está caracterizado por determinado grado de auto-intoxicación; lo mismo que la retención de más o menos ácido úrico debido a un insuficiente funcionamiento del riñón, dan origen a dolores periódicos de cabeza y a las enfermedades antes citadas.

Para evitar consecuencias tan funestas como la arterioesclerosis, deben los reumáticos y los que padezcan de enfermedades de la nutrición en general, recurrir, sin pérdida de tiempo, al uso diario de la "Salvitae", que regulariza el trabajo digestivo y evita la formación del ácido úrico y de las concreciones uráticas, aumentando la alcalinidad de la sangre, razones por las que resulta de inapreciable valor como preventivo de un mal tan grave, y para llegar a recobrar la salud perdida.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



RUFINO. — Banquete realizado en el local de la Sociedad Italiana, celebrando la reciente visita del monarca español a Italia.

Concurrentes al banquete organizado en homenaje a la confraternidad Italo-Española, realizado en el local de la Sociedad Española.

CONTRA EL DOLOR

Cualquiera que sea la enfermedad que nos ataque, el dolor es el síntoma que más nos inquieta, y si es intenso es indispensable calmarlo cuanto antes, para lo cual los médicos no vacilan en emplear analgésicos y narcóticos potentes; pero como el uso continuado de estas drogas resulta siempre perjudicial, conviene no recurrir a ellas sin prescripción facultativa, especialmente si los dolores son, como los de cabeza, de los que se repiten con frecuencia.

En estos casos debemos averiguar la causa y casi siempre descubriremos que la cabeza duele porque el intestino está ocupado, lo que da lugar a que entren en la sangre los productos nocivos que contienen los residuos de los alimentos ingeridos. Hay medicamentos que adormecen y paralizan los centros nerviosos, de manera que no sentimos el dolor; pero ¿no es más lógico y más prudente eliminar la causa del mal arrojando del organismo los venenos que lo producen e impidiendo la acumulación de estos venenos? Este resultado se consigue con las

Pildoritas de Reuter



pues mueven suavemente el vientre, sin dolor ni irritación, y activan la función del hígado, que es el órgano neutralizador de las toxinas que se forman en el proceso de la digestión. No es extraña, por lo tanto, la eficacia de estas pildoritas en aliviar y evitar los dolores de cabeza, así como en corregir otras perturbaciones que tienen el mismo origen, como ser: dispepsias, malas digestiones, acedías, biliosidad, urticaria, granos en la cara, etc. Su precio es módico. Se venden en todas las farmacias.

Unicos Importadores: **ILLA & Cía.**
MAIPU, 73 BUENOS AIRES

El Whisky para beber con soda

El Whisky Peter Dawson tiene la rara cualidad de no perder su exquisito sabor cuando se le mezcla con agua o con soda.

Pruebe un Peter Dawson Whisky Escocés con soda (helada, si prefiere), y notará la gran diferencia que tiene con respecto a cualquier Whisky común.

PETER DAWSON
Scotch Whisky



Tiene un gusto particular que lo caracteriza y lo hace inconfundible.


CAÑADA DE GOMEZ. — Concurrentes al banquete de confraternidad organizado por los miembros de las colectividades italiana y española

LOS MICROBIOS

¿Quién no ha oido hablar de los microbios? Todo el mundo ha oido hablar de ellos como seres muy pequeños que no se pueden ver sino con el auxilio del microscopio, y que son la causa de la mayor parte de las enfermedades que matan al hombre.

Hay microbios que necesitan como todo ser vivo del oxigeno del aire para vivir, y se llaman éstos *aerobios*, y otros que por lo contrario los mata el oxigeno, éstos son los *anaerobios*. La superficie de la tierra está poblada de un sinnúmero de microbios, disminuyendo su número a medida que aumenta la profundidad del suelo; estos microbios son como los demás, propagadores de un gran número de enfermedades. El agua también está preñada de microbios.

La forma de los microbios es variada; pero los más peligrosos son los que tienen la forma de bastoncitos, que en microbiologia se designan con el nombre de *Bacillus*, como el microbio de la tuberculosis y del tétanos. Todos nosotros, sanos y enfermos, llevamos constantemente millares de microbios en la piel, en la boca, en el estómago y en otros órganos, en un estado que parecen inofensivos; pero que por cualquier fatiga o desgaste de nuestras fuerzas, se convierten en dañinos, y nos producen enfermedades graves. Hay microbios que se transmiten por el aire, como el de la gripe, otros por el agua, como el de la fiebre tifoidea, otros por la tierra, como el del tétanos. Los del paludismo y la fiebre amarilla los transmiten los zancudos; y el de la peste bubónica lo transmiten las pulgas de las ratas; si no fuera porque nuestro organismo lucha contra esos microbios perjudiciales, ya hubiera desaparecido la humanidad.



El Edificio de la General Motors en Detroit (EE. UU.), es, en su clase, el mayor del mundo. En él están las oficinas principales de la General Motors Corporation. Las fábricas de la General Motors, donde se hace desde el más diminuto cojinete de bolas hasta la más elegante limosina, están en 35 ciudades y emplean más de 90,000 personas.

¿Qué es la General Motors?

La respuesta a esta pregunta interesa a cuantos sean o piensen ser dueños de automóviles

EL BUICK, el Cadillac, el Chevrolet, el Oakland y el Oldsmobile son automóviles conocidos y usados en todo país del mundo. Ellos y los camiones GMC transportan pasajeros y mercancías dondequiera se ha introducido el automóvil.

El hecho de que estos seis vehículos sean construidos por compañías subsidiarias de la General Motors es para el comprador una garantía adicional, y una razón más para confiar en que cada uno de ellos representa el valor máximo que puede obtenerse por el precio pagado.

La General Motors es una corporación directriz y administrativa, dueña de los talleres, propiedades y demás bienes de las compañías que fabrican los vehículos susodichos, y de más de venite compañías fabricantes de piezas y accesorios corrientes para toda clase de automóviles finos. Es la mayor empresa de automóviles del mundo, y sus sucursales encargadas de ventas, servicios técnicos y financieros se hallan en todo país civilizado.

Mediante su Cuerpo de Consultores allega los conocimientos y datos obtenidos por la experiencia y habilidad técnica de sus subsidiarias, centraliza los elementos y operaciones de todas ellas, y logra así que cada una pueda servirse de los recursos aunados de las demás.

La General Motors ayuda a mejorar de continuo sus productos, al mismo tiempo disminuyendo los precios mediante sus operaciones en grande escala, la estandarización y la fabricación en serie. Por eso la frase "Producto de la General Motors" se reconoce mundialmente como marca de excelencia a precios módicos.

Para más detalles relativos a la General Motors, escríbase a la General Motors Export Company, Casilla de Correo 745, Buenos Aires

GENERAL MOTORS

FABRICANTES DE AUTOMÓVILES, CAMIONES, EQUIPOS Y ACCESORIOS

BUICK · CADILLAC · CHEVROLET · OAKLAND · OLDSMOBILE · CAMIONES GMC

Nueva York . Londres . París . Copenhague . Soerabaia . Bombay . Calcuta . Shangai . Yokohama . Honolulu
Sydney . Melbourne . Wéllington . Constantinopla . Johannesburgo . México . Río de Janeiro . Buenos Aires



AGRICVLTVRA



LA GRAN TAREA DEL AÑO: LA SIEGA

Ha empezado ya en este mes la tarea mayor del año: «la siega»; que es el primer acto de la gran obra intitulada «la cosecha»; lo es el segundo «el emparve», y el último, que es el epílogo también, lo constituye «la trilla».

En el último acto, el chacarero rinde cuenta detallada y documentada de todos sus procederes cultivativos del año agrícola, y es así que de las aradas livianas y al trote, de la semilla inferior y sucia empleada, de la falta de sulfataje, de la siembra a destiempo o tupida, de las malezas que ha sembrado y dejado crecer, del corte anticipado o retardado en exceso, de la maquinaria empleada en la siega, de los montones malhechos, de las parvas húmedas, mojadas e inestables y, en fin, de todas sus negligencias, de todas las rutinas, de todos sus olvidos, de todos sus desdenes para la ciencia, de todo esto y aquéllo recibe el merecido castigo de Ceres que apenas le llena algunas bolsas con liviano y pobre grano, falto de peso, de color y de gluten.

Con la espigadora-atadora: el trabajo más perfecto.

En cambio, al chacarero inteligente, activo, abierta su mente al progreso de la Ciencia, amigo de la lectura, que escucha sumiso y deferente los consejos de la experiencia, que observa, que estudia, que provee, que ensaya, que trabaja con entusiasmo y buena fe, que no especula, que no juega, como a una lotería, con su industria; a ese chacarero la buena diosa vuelca toda entera su cornucopia llenándole muchas bolsas de dorados granos, hinchados, pesados, ricos de gluten y materias alimenticias, y todos sus anhelos, todas sus esperanzas, todos sus cálculos son satisfechos y premiados como una bendición, como una gloria.



Con la espigadora-trilladora: el trabajo más económico.

Pero todavía no hemos llegado a ese epílogo triste o risueño, tétrico o alegre, que se resuelve en drama o en apoteosis; aun estamos en el primer acto, en la siega, y todavía, por suerte, podemos hacer algo para aminorar las consecuencias de la mala obra o para perfeccionar y multiplicar los resultados del buen cultivo; esto es, efectuando una buena siega y emparvando las benditas mieses como Dios manda.

Ahora, si fuéramos a tratar todos y cada uno de los detalles de la operación del corte y emparve, tendríamos materia para escribir un libro; lo que, por otra parte, hemos vulgarizado ya en otras ocasiones; en esta página queremos, en cambio, recordar una cuestión previa y fundamental, a la que quizás no siempre se le concede la importancia que tiene; nos referimos a la máquina que se emplea en la siega o recolección de los cereales de invierno.

Tres tipos de máquinas generalmente se emplean en nuestro país para el corte: las espigadoras-atadoras, las espigadoras y las cosechadoras (segadoras-trilladoras).

El empleo de las primeras constituye, a no dudarlo, el sistema de recolección más perfecto, porque permite el corte anticipado del trigo; la recolección de las espigas es completa y puede efectuarse durante todo el día; su desecación es rápida; el emparve es fácil y seguro, y en fin, el grano cosechado resulta siempre más rico en gluten. Pero, a pesar de su mayor perfección resulta también el sistema más caro por el hilo sisal necesario para atar las gavillas y por el mayor tiempo y mano de obra que exige el emparve.

El empleo de las segundas, las espigadoras., que cortan el trigo suelto y se emparva de inmediato, viene en segundo término, en cuanto a perfección de trabajo, porque exigen el trigo bastante maduro, hay algún desperdicio de espigas en el rastrojo y la desecación del grano y de las espigas se efectúa en parva; el trigo cortado y emparvado en seguida resulta siempre menos rico en gluten; pero, en cambio, la operación es mucho más barata que con el anterior sistema.

Y en fin, las cosechadoras, que cortan el trigo, lo trillan en marcha y lo embolsan simultáneamente, ejecutan menos el trabajo perfecto, en comparación a los demás sistemas, por los desperdicios que dejan en el campo y por la clase del producto; pero, en cambio, resulta la cosecha más barata que se pueda imaginar; estas máquinas representan una obra sintética, porque exhiben el primer y el último acto solamente y en breves instantes.

De modo que, por las singulares o especiales condiciones que caracterizan nuestra agricultura, el chacarero se encuentra, en este detalle de su industria, ante este dilema: o efectuar una operación perfecta, pero cara, o menos perfecta y barata. Y desgraciadamente, la dura ley económica que, muchas veces, impera y predomina, resuelve la cuestión y le obliga, aunque no siempre a infringir los dictados de la Ciencia y a preferir lo más barato, aun a costa de la imperfección más evidente. Pero como la Ciencia progresa en todas sus ramas, cada día más, hemos de llegar pronto al resultado apetecido de que las tareas más perfectas sean también las menos costosas y entonces será sólida y duradera la alianza de la Ciencia, la Práctica y la Economía.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO



CORRIENTES 1172-80

BUENOS - AIRES

Extraordinarias rebajas de precios.

La construcción de nuestros locales de venta nos obliga a reducir nuestro stock de MUEBLES; por cuyo motivo ofrecemos fuertes descuentos sobre los precios indicados en nuestro reciente catálogo general, edición N.º 9.

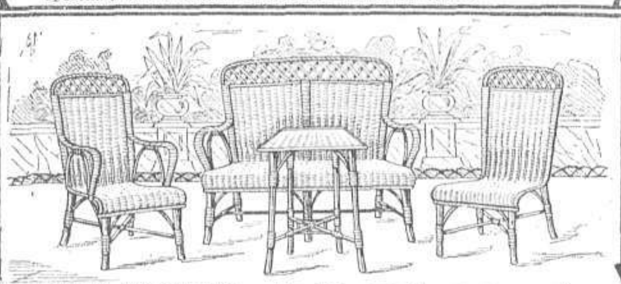
Para el interior embalaje y acarreo gratis.



JUEGO DE DORMITORIO, formato 3 cuerpos, en roble norteamericano lustrado a muñeca, mármoles color seleccionado, herrajes y aplicaciones de bronce, lunas biseladas. Compuesto de: 1 ropero 3 puertas, división en un costado, 1 «toilette», cómoda, 2 mesas de luz con repisa, 1 cama matrimonial con elástico patentado, percha y toallero. Juego completo, **precio de oportunidad**........................ $ **380.-**



GUARDARROPA en nogalina maciza, imitación roble, puertas corredizas, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 ctms., ancho 143 ctms. **Precio de gran reclame**.... $ **85.-**

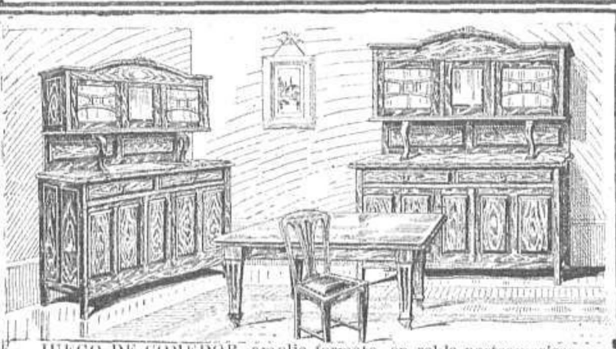


JUEGO DE MIMBRE modelo 1401, especial para campo; reforzado, en color natural. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas y 1 mesa. El juego completo, precio de reclame.................................. $ **38.-**

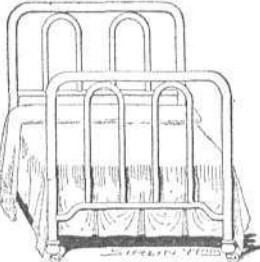


HELADERA importada, norteamericana, en roble finamente lustrado, de alta refrigeración; tamaños:

N.º 303 - 105×54×37.. $ **75.—**
» 304 - 107×58×42.. $ **85.—**
» 305 - 110×60×44.. $ **115.—**



JUEGO DE COMEDOR, amplio formato, en roble norteamericano lustrado a muñeca, mármoles color seleccionados, herrajes y aplicaciones de bronce, cristales y lunas biseladas. Compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas, 1 mesa con tabla de agregar. Completo, **precio de oportunidad** pesos **375.—**. Las dos piezas solamente........... $ **265.-**



CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico Imperial reforzado a doble tejido, toda en hierro; 2 plazas, $ **45.—**; 1 ½ plazas, pesos **35.—**, y 1 plaza.... $ **25.-**

Catálogos
General de MUEBLES edic. N.º 9
CAMAS de BRONCE » » N.º 2
CAMAS de HIERRO esmalt. N.º 1
JUEGOS de MIMBRE edic. N.º 3.

Solicite catálogo del artículo que le interese.

El señor Vicente Pinasco, director de la cárcel, rodeado por un grupo de universitarios que efectuaron una visita a ese establecimiento, siendo saludados en nombre de los presos por el penado Diego Fishmann.



Grupo de penados que han obtenido su libertad por el reciente decreto promulgado por el P. E. en ocasión de celebrarse el 350º aniversario de esta provincia.



DESDE ITALIA

LA CIUDAD DEL DIVINO POETA

POR EL

Dr. A. VACCARI

¡SI habré visto hoteles en mi vida! Sin embargo, a pesar de la práctica indiscutible de dichos ambientes, siempre doy algún tropezón, de aquellos que me hacen reir a mí mismo.

El otro día no más... Llego a Florencia en el tren de las 24 proveniente de Bolonia y subo al auto del «Stella d'Italia y San Marco», un hotel ubicado en la calle Calzaioli, la calle Florida de esta ciudad.

Reverencias, sonrisas por parte del personal:

—¿Su nombre y apellido? ¿Profesión? ¿Edad? ¿Domicilio?... ¿Solo o acompañado? Muy bien, señor... Número 60.

Vamos al número 60. El mozo me precede con los equipajes, prende la luz:

—¿Necesita algo?

—Nada.

—¿Desea que se le llame mañana temprano?

—No.

—Entonces, que pase una buena noche.

—Buena noche.

¡Al fin solo!

Saco a relucir mis prendas, coloco sobre el lavatorio los instrumentos del tocador, me lavo y me dispongo a acostarme. Doy una vuelta a la llavecita de la lámpara central, vuelvo a prender la luz y luego contemplo un par de peritas que cuelgas de la cabecera de la cama.

—¿Cuál de estas dos prenderá la lamparilla de la mesita de luz?

Hay tal entrevero de cordones eléctricos, que no se comprende nada. Debe ser la más corta y aprieto el botón, pero la luz no se enciende. Entonces es la otra. Efectivamente.

Transcurrido un ratito golpean discretamente a la puerta.

—¡Adelante!...

—¿Qué deseaba, señor?

No deseaba absolutamente nada, pero el mozo se había molestado y no quería hacer el papel ridículo del que se ha equivocado.

Reflexioné un poco:

—Hágame el favor... Tráigame una copa de agua y limón, ¿quiere?

—En seguida, señor.

Vino el agua y limón y tuve que manifestarme muy satisfecho del refresco forzado, que tomé con el entusiasmo que es de imaginarse.

He aquí una ciudad realmente hermosa y que no se aprovecha del forastero, ni tampoco de los ciudadanos que han tenido la suerte de nacer y vivir en ella.

La vida en Florencia es barata y se vive bien.

Hay vida material fácil, vida intelectual intensa y goces artísticos de los más variados.

Quien sienta el arte, puede extasiarse tanto en los espectáculos que ofrece la naturaleza como en las obras del hombre.

No hay una casa que no lleve una lápida en recuerdo de tal o cual otro personaje, cuyo nombre es familiar a los que conocen la historia, y leerlas todas sería cuestión de quedarse horas y horas con la nariz al aire.

Yo hice un pequeño sacrificio en homenaje a Salvino degli Armati.

—¿Ustedes no saben quien fué Salvino degli Armati?

Yo también lo ignoraba, pero cuando leí que fué el inventor de los anteojos nada menos que en el siglo XIII, sentí un profundo agradecimiento hacia el hombre a quien la humanidad debería tributar mucho más que un simple recuerdo marmóreo en la casa donde nació.

¿Qué sería de mí si no llevara anteojos? ¿Habría tantos sabios en el mundo moderno si los anteojos no hubieran venido en ayuda de las vistas cansadas, de los que sufren de miopía, astigmatismo y demás?

Y, sin embargo, todos llevan lentes, pero bien pocos saben que deben dar las gracias a Salvino degli Armati, cuya modesta casita se conserva en una callejuela, por la que a duras penas puede pasar un hombre de proporciones análogas a las mías.

Y a propósito de callejuelas.

Los antiguos vivían bien modestamente... Hay que ver la casa de Dante Alighieri, situada en la calle del mismo nombre, que sigue a la de los Tavolini...

Un hombre tan eminente en una casita tan humilde, mientras hoy en día un escribano cualquiera, un procurador, para no hablar de los abogados y facultativos, gozan de mansiones regias.

Una pareja de forasteros que pasaba en coche por delante de la casa de los Alighieri, se quedó escandalizada.

—¿Esta la casa de Dante? ¿Del que escribió la «Divina Comedia?» ¿Será posible?

Y el cochero insistía que sí:

—Miren la lápida. Lo dice... Está escrito. Es aquí donde acostumbraba verse con Beatriz Portinari, en esta misma esquina... Compre usted una tarjeta ilustrada y verá usted. Están fotografiados los dos, Dante y Beatriz, haciéndose el amor, al ladito mismo de la fuente esa... ¡Si todo el mundo lo sabe en Florencia!...

Por mi parte, no me asombro de la modestia de los antiguos hogares; lo que no me explico es cómo hombres de esa talla pudieron aprender todo lo que sabían.

En aquellos tiempos no existía enseñanza obligatoria; los que sabían algo estaban encerrados en los conventos, los demás eran legos.

Los religiosos muy viejos pasaban por monumentos de sabiduría. Bueno: ¿cómo se explica que un Alighieri a los treinta años, edad en que escribió la «Divina Comedia», conociera todo lo que se conocía en sus tiempos en las diferentes ramas del saber?

He aquí una incógnita bastante difícil de resolver con los conocimientos comunes, que llamaremos científicos.

Y hay más. Resulta que los antiguos escultores, pintores y sabios, a pesar de que deberían ser casi ingenuos en las expresiones de su arte o en la manifestación y naturaleza de sus conocimientos, son al contrario verdaderos maestros, algunos insuperados y tal vez insuperables.

Los grandes artistas, las águilas de sabiduría, deberían existir ahora, después que el arte y la ciencia han salido de la infancia, evolucionando más y más.

¿Cómo es, entonces, que los antiguos mantienen inconmovible su lugar eminente y sirven de modelos a los contemporáneos?

¿Cómo se explica que la ciencia de hoy empiece a creer que los despreciados alquimistas, los filósofos de antaño, fueran menos locos de lo que hasta ayer se creyó, al punto de que sus teorías encuentran confirmación en la ciencia positiva?

Esto puede significar que los grandes hombres de antaño hayan nacido con una gran parte de sus conocimientos; pero, si es así ¿cuándo y dónde los aprendieron?

No quiero meterme en camisa de once varas y hacer disquisiciones sobre un tema que a muchos lectores puede resultar antipático, pero algo sobre la materia podría decir el señor C. Jinarajadasa, vicepresidente de la Sociedad Teosófica, que se encuentra de paso en Florencia para seguir viaje a Venecia, Trieste y luego al Cairo.

Las conferencias que ha dado el señor Jinarajadasa han llamado poderosamente la atención del selecto, numerosísimo público que ha concurrido a oírlas.

Parece que un soplo de espiritualidad haya venido a despertar el espíritu de muchos indiferentes en lo que se refiere a los problemas de la evolución humana.

Y sobre todo, ha llamado la atención la benevo-

lencia con que este adelantado y poderoso pensador ha encarado el materialismo que predomina en la actualidad.

«Es una consecuencia lógica de la imposibilidad de »creer en las doctrinas manifestadas por las religiones »tal como se enseñan. No es cierto que religión y cien»cia no anden de acuerdo. La cosa es investigar el »sentido profundo de las enseñanzas religiosas, en»contrarlo, y entonces la razón se tranquiliza, el in»telecto se convence. Dado el nivel intelectual de los »hombres de hoy día, es preciso dar a los hombres »convencimientos y no creencias; explicarles el porqué »de la vida y de la llamada muerte, hacerles com»prender cómo cada »nacimiento no es »otra cosa que una «reprise» de nuestra »actividad en la Tie»rra, después de un »descanso «que sirve »para transformar en »potencialidades las »facultades adquiri»das en existencias »anteriores.»

Podrá haber quien se horrorice solamente a la idea de tomar en consideración las teorías expuestas por el vicepresidente de la Sociedad Teos fica, pero es un hecho que servirían admirablemente para explicar los admirables fenómenos humanos que se llamaron Alighieri, Beethoven, Leonardo Da Vinci, etc.

Pero sigamos por Vía del Tavolini, dejando atrás la casita de Dante.

Al anochecer un carrito repleto de tripa hervida hace alto en la plazoleta Cimatori, en espera de la clientela.

Poco a poco se acercan los consumidores y aumentan que es un contento.

Casi todos empiezan con sesenta céntimos de tripa caliente, pero casi todos repiten y a veces insisten otra vez más.

El que despacha corta un trozo de esa «delikatessen» y lo alcanza «brevi manu» al cliente, que lo revuelve en una taza llena de sal para hincarle en seguida los dientes, como si se tratara de un masita.

Y como Via Calzaioli queda ahí a dos pasos, dobla la esquina y se va muy campante por la Florida florentina, como si mascara chocolate o «marrons glacé».

Para conocer a una ciudad, lo más conveniente es visitar aquellos lugares que a la mayoría no les llaman la atención.

A pesar de que me había hospedado en un Hotel de los más confortables de la ciudad, cuando se trataba de almorzar o cenar entraba en las cuevas menos simpáticas, por lo menos en apariencia.

Y fué así que una mañana me senté al Paoli, bodegón histórico, tradicional, que exteriormente no tiene nada de particular; se parece a un restaurante de la Boca. Hay que cruzar un almacén donde predominan los embutidos para luego pasar por una portezuela que se diría la entrada de una cripta.

Es la puerta de acceso al salón comedor, existe una cueva baja en la que la humedad ha dejado largos rastros, echando a perder parte de las pinturas del techo y de las paredes.

Alrededor de las paredes corre una faja de baldosas en la que están pintados escudos quién sabe de quién, mientras que las inscripciones más raras se leen acá y allá... Unas elogian el arte de tejer como fuente de riqueza, otras hablan de la costumbre florentina de comer porotos: «Fiorentini mangia fagiuoli...»

Por último figura un refrán muy equivocado, pero que se repite como si fuera la verdad misma: «Chi va a letto senza cena tutta la notte si dimena». El que se acuesta sin cenar, toda la noche se ha de revolcar.

Lo que es absolutamente inexacto, pues para dormir bien no hay como abstenerse de la comida.

El servicio es democrático. El mozo coloca sobre la mesa una servilletita, trae un frasco de agua, cubiertos, y pide órdenes. Nada de servilletas y lujos por el estilo.

La clientela aumenta de una manera impresionante, y como todos están sentados alrededor de largas mesas como en los comedores de un convento, cada cual empieza a pensar que es inminente el momento en que tendrá que hacerse chiquito para dar lugar a otros.

Los habituales dan ellos mismos, sin más trámites, la orden de hacer lugar. Un viejo de barba entera, encrespada, hombre de malas pulgas al parecer, se viene derecho hacia mi asiento:

—Arrímese más para allá...

Es uno de aquellos caballeros que se sienten dueños del mundo, que en los restaurantes tienen al trote a los mozos y los premian con veinte céntesimos de propina. Y ahora que la propina no es voluntaria sino obligatoria, y viene incluída en la cuenta y representa el diez por ciento del gasto, ahora estos tipos se vuelven terribles, no perdonan al que sirve... las ganancias excesivas.

¿Hay fideos secos al tomate? Pues los quieren a la manteca, manteca a parte, se la quieren derretir ellos mismos...

Ni una vez por equivocación han de comer como los demás, y en la mesa van haciendo manipulaciones de cocineros, como si tuvieran interés en llamar la atención de los vecinos.

El viejo oso nos traía al trote a nosotros también y había que ver con qué modales de autócrata:

—¡A ver el aceite!, ¡el agua!, ¡un poco más de pimienta!

Nos mirábamos unos a otros, nos atrevíamos a unas medias sonrisitas y se le hacía el gusto. ¡Un hombre viejo!

Pero lo emocionante fué cuando el anciano señor inició una serie de ejercicios malabáricos.

—¡Venga una «buseca»! — ordenó con tono que no admitía réplica.

Y la buseca vino en una cacerolita de barro, donde humeaba entre un jugo que levantaba burbujas de aire que se esforzaban en romper las capas de queso parmesano esparcidas por encima.

El viejo miró, husmeó, luego agarró un plato hondo y tapó el otro plato sobre el que estaba la cacerolita, que quedaba así encerrada como una tajada de jamón en un sandwich. Hizo un rápido movimiento con las manos para imprimir un movimiento de rotación a esa enorme ostra artificial, con el objeto de vaciar la cacerolita sin quemarse los dedos.

Pero por ley centrífuga el jugo salió por la tangente, irradiando alrededor, así que por poco no salimos beneficiados con jinetes de sargentos al tomate.

Pegamos un brinco todos, pero no se le ocurrió siquiera al oso anciano pedirnos disculpa.

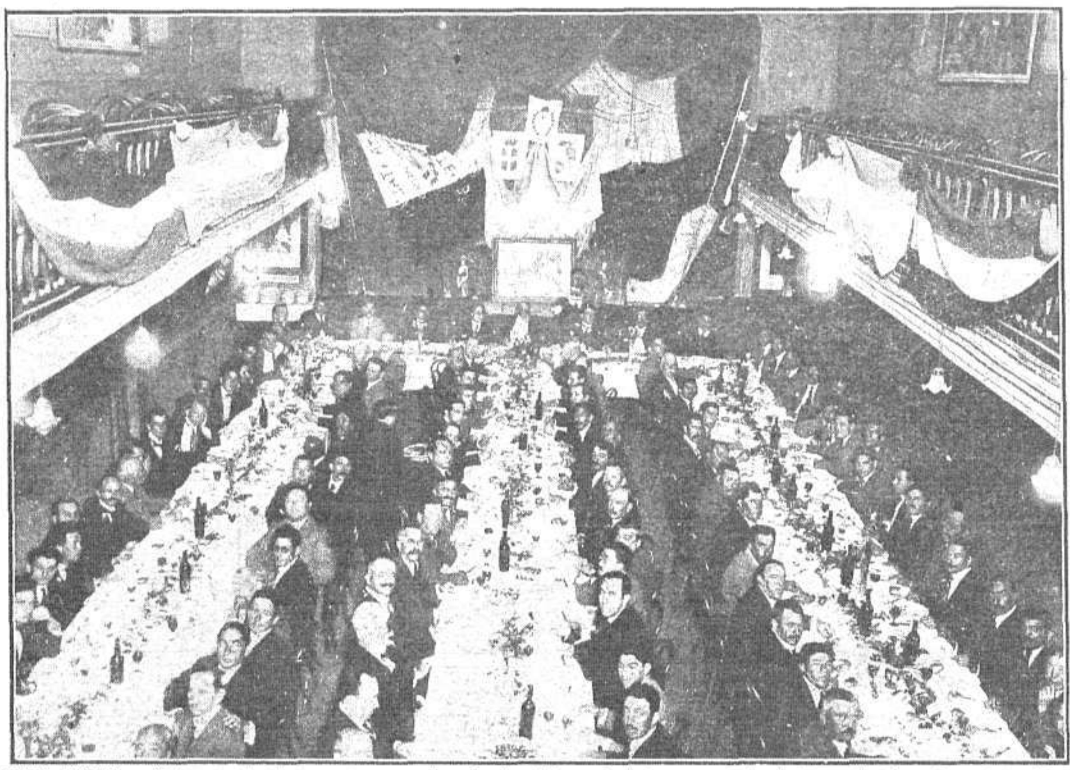
Me apuré en terminar mi almuerzo para disparar pronto de aquella «gargotte», pero me encontré bloqueado por diez ó doce ciudadanos sentados a la izquierda y a la derecha.

¿Quién iba a molestar a tantos caballeros? No tuve más remedio que atrincherarme lo mejor posible para evitar los efectos de aquellos accesos de vitalidad senil, comentando con el vecino de enfrente la aventura con miraditas discretas.

Por la noche me abstuve de entrar en ambientes democráticos y me senté a una mesa de gente que por lo menos conocía el respeto que se debe a los demás.

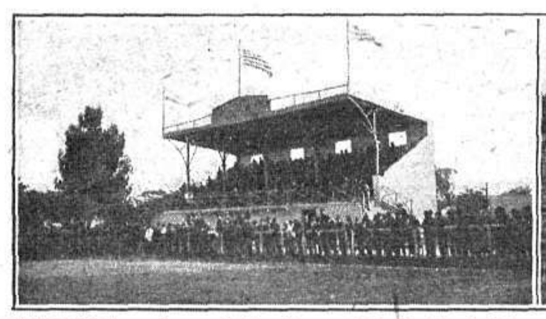
Y lo hice también para evitar poner en práctica lo que vi escrito en el comedor del Paoli: «Bis dat qui cito dat», lo que traducido corresponde al nuestro: ¡El que pega primero pega dos veces!

Florencia, octubre de 1923.

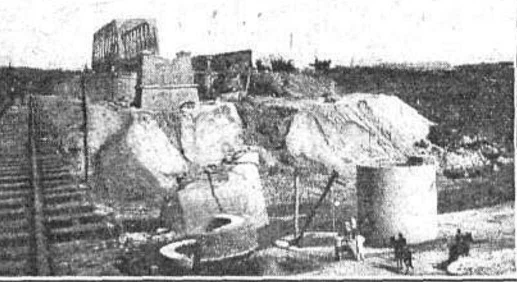


BELL VILLE. — Vista parcial del banquete con que los miembros de las colectividades española e italiana, festejaron la confraternidad que existe entre ambos reinos.

De Entre Ríos



CONCORDIA. — Aspecto de la tribuna oficial del Club Atlético Libertad, cuya reciente construcción marca un adelanto más en el hermoso campo de deportes de esta entidad deportiva.



DIAMANTE. — Vista general de las obras que se realizan sobre el arroyo Ensenada, para la construcción de un sólido puente ferroviario.

EL TRABAJO MANUAL EN LAS ESCUELAS

Esta enseñanza desempeña en la educación del niño un papel de grande transcendencia, cual es el desarrollo de los centros motores del cerebro que dependen en alto grado de los movimientos y ejercicios de la mano, y que crean la capacidad industrial de los pueblos, siendo la época más favorable para el desarrollo de dichos centros motores, según opinión de un distinguido pedagogo, la que media entre los cuatro y los quince años, pues transcurrida esta edad los centros referidos resultan relativamente fijos, deduciéndose de esto, que si el niño llega a los quince años sin haber hecho la educación de la mano, después no será apto para el trabajo manual

Por otra parte, estudiando este asunto desde el punto de vista psicológico, veremos que es indispensable para el desarrollo armónico de las facultades del niño, cultivar en él el poder de expresión por medio del dibujo, del modelado, de la pintura y del tallado en madera, pues nadie ignora que al niño se hace muchísimo más fácil representar en madera, barro u otra materia cualquiera, algún objeto, que entender la definición que se le haga sobre el objeto mismo.

Cristo auxiliador apenas dirige la vista al paciente, al enfermo; no tiene ningún interés profundo por su individualidad; apenas le mira de soslayo y después se vuelve de espaldas a él; su vista está siempre dirigida hacia arriba, hacia los cielos, hacia Dios, en cuyo nombre ocurre todo, lo bueno como lo malo...

Ahora sabremos resolver el aparente enigma: cómo es que una y la misma disposición cristiana produjo las grandes acciones de caridad como también los grandes crímenes. No se trata del bien de los hombres como tales, sino de la sumisión a un Dios: lo que El ordene eso se hará.

¡Qué abominable hipótesis de DIOS FILOS es la de la paternidad de Dios! Sólo así concebimos cómo es posible que cristianos, que se dicen piadosos, y dotados por la naturaleza de sentimientos y cualidades humanas, puedan ser los hombres más sanguinarios.

POPPER.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



Estudiando uno de nuestros cursos profesionales.

Mande su dirección y recibirá gratis *un Manual para aprender a escribir a máquina*, y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por *correspondencia*.

TENEDOR DE LIBROS
TAQUIGRAFIA
ORTOGRAFIA
ARITMETICA
ELECTRICISTA
DIBUJO ARTISTICO
CONSTRUCTOR
CONTADOR MERCANTIL
CORRESPONDENCIA
CALIGRAFIA
MECANICO
DIBUJO MECANICO
CHAUFFEUR
MAQUINISTA

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

Escuelas Sudamericanas

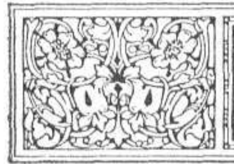
1059, LAVALLE, 1059. — BUENOS AIRES

....
Nombre

....
Dirección

....
Localidad

C C.



La Huaca de Guairañañuy



Huaca, entre los incas, pronunciando la última sílaba «en lo alto del paladar» como dice el Inca Garcilaso de la Vega, quería decir ídolo. Esta es su más importante significación; pero tiene otras muchas: huaca quiere decir también cosa sagrada, peñas, piedras, árboles, las ofrendas que en forma de aves y otros animales hacían al sol en oro y plata. A los templos mismos llamábanlos huacas; a toda cosa que se hiciese digna de atención por su hermosura: flores o frutos mayores que los naturales de su especie, como también lo que llamase la atención por su fealdad: las grandes culebras de los Antis recibían tal nombre. Todo aquello que se salía del orden natural de las cosas: a una mujer que paría mellizos, por ejemplo, se la llamaba huaca, o el huevo con dos yemas, las fuentes caudalosas... La gran cordillera de los Andes también llevó tal nombre, dada su elevación, su imponencia y su longitud... De esta costumbre de denominar huaca a todo lo que les impresionase, dedujeron algunos historiadores hispanos que los incas, tan espirituales que llegaron a concebir a Pachacamac, dios invisible, mantenían el culto idolátrico hacia las cosas inanimadas. Torpe error.

Natural era que si a todo lo que les llamase viva atención denominaban así, huaca llamasen a las minas de oro y plata que constituyeron su riqueza y la exteriorización de su poderío. Más tarde, y ya cuando los españoles se habían adueñado del que fuera el imperio de Huáscar o Atahualpa, los indígenas perseguidos por la codicia de los conquistadores, enterraban sus tesoros; a estos enterramientos también se les llamó huacas, nombre que más tarde castellanizóse por el de *guacas* y que agauchóse después por el de *tapaos* o tapados entre los criollos cultos.

Huacas se llamaron también a una especie de montículos en donde se enterraban a los caciques y parte de sus tesoros para que al nacer de nuevo a la vida carnal, los utilizasen. Para los tales montículos se buscaban lugares ocultos; y sabedores los soldados de España de la existencia de tal costumbre, diéronse a buscarles con ahincado empeño. De ahí nació otra creencia, harto popularizada, de que esos enterratorios estaban custodiados por serpientes.

No fué difícil creer en tales cosas a los españoles, no sólo por ser una raza de caliente imaginación y ágil fantasía, sino también porque en la misma España existía la tradición de la existencia de enterratorios dejados por los árabes en su huída. Wáshington Irving en sus *Cuentos de la Alhambra* los cita: «Se ha descubierto casualmente algún que otro dinero, después de pasados algunos siglos, entre las ruinas de fortalezas y casas moriscas; habiendo bastado algunos cuantos hechos aislados de esta clase para dar pie a un sinnúmero de relaciones fabulosas sobre tesoros ocultos. Las historias que de aquí brotan tienen generalmente cierto tinte oriental, y participan de esa mezcla de árabe y cristiano que parece característico en las cosas de España, especialmente en las provincias del mediodía. Las riquezas escondidas han de estar casi siempre bajo la influencia mágica, o guardadas por encantamiento y talismanes, y algunas veces, defendidas por horribles monstruos o fieros dragones o bien por moros encantados que se hallan maravillosamente vestidos, con sus férreas armaduras y desnudas las espadas, pero inmóviles como estatuas y haciendo una desvelada guardia durante muchos siglos.»

Justo era que los españoles, pues, creyesen en los enterratorios aborígenes y los transmitieran a sus descendientes. Hasta muchos años después de la independencia de las provincias del Plata, creyeron y buscaron los campesinos guacas o tapados a fin de enriquecerse. El tapado o guaca es una de las más arraigadas tradiciones del pasado de estas provincias, tan rico en leyendas misteriosas. La introducción del clero católico se nota en modificaciones ulteriores que tuvo esta creencia quíchua: El que sabía de la existencia de un enterratorio estaba obligado, antes de morir, de participar a alguien el sitio en que se le ocultaba, so pena de pagar penando su alma por la tierra, hasta que un cristiano no lo descubriese. No escapa a nadie que en el momento de la muerte, y en el terror de la agonía, el muriente comunicase a su confesor el lugar del enterratorio.

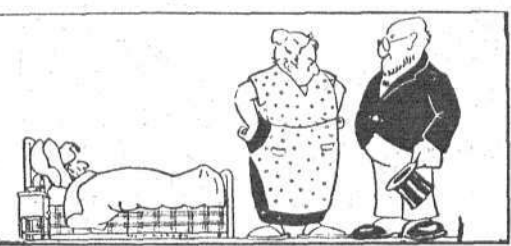
* *

Curioso es consignar, por su más cercana época, el «tapado de Beresford» como se le llamó en Buenos Aires.

Narra la tradición porteña que el general inglés Beresford, antes de su rendición en el Fuerte, enterró los seis millones de duros que el virrey Sobremonte abandonó al huir hacia Córdoba. Entre las lavanderas y boteros del río, corría la creencia de que dentro del Fuerte habían quedado. En 1815 se hicieron, por última vez, trabajos de excavación a fin de hallar el famoso tapado, e inútilmente. Pero antes Liniers, ocultándose con el pretexto de construír un pozo que abasteciera de agua potable a la guarnición del Fuerte, había emprendido serios trabajos de búsqueda. El virrey personalmente los había dirigido, y se trabajó infructuosamente muchos días. ¡Adiós ilusiones vanas! Y Liniers estuvo en la picota de la habladuría por largo tiempo.



—Y ¡qué! ¿No han visto señoras con pijama en los catálogos?
Los Nenes:—Sí mamá... pero eran muy lindas...



El médico:—¿Le ha hecho la cataplasma que le dije?
La dama:—Sí, doctor... pero apenas se comió la mitad.

Innumerables son las narraciones que acerca de las huacas corren por los valles andinos, sobre todo en las comarcas hasta donde llegó el poderío de los descendientes de Manco Cápac. Veraces unas, adulteradas las otras, forjadas las más en la fantasía de algún crédulo narrador anónimo, lo cierto es que contribuyeron a perpetuar la tradición de las huacas incas hasta muchos años después que el dominio de los conquistadores hispanos fuera reconquistado a su vez por los nativos. He aquí una:

Se llamaba la Huaca de Guairañañuy por llamarse así el indio, descendiente de los incas, que supo el lugar de su maravillosa y real existencia.

Guairañañuy (Erial) era un indio de natural grave y triste; diríase que en su tristeza y gravedad simbolizábase la pena de su raza vencida y que en él hubiera encarnado el espíritu de los suyos, muertos ya. Más grave y triste de lo que de natural era lo tornó el amor, y entonces aquel indio de ancho tórax y ágiles piernas, dado a respirar el aire libre de las serranías y a escalar los más empinados cerros en busca del guanaco y del cóndor, trocóse en una sombra vagante.

Guairañañuy amaba a Luz, la hermosa blanca y rubia hija del capitán Nuño de Alvarado, hombre soberbio y duro.

Y la quena del indio, confidente de un amor que él creyó imposible, dióse a echar a los vientos las notas más plañideras, las más quejumbrosas melodías, que ellas eran la voz sin palabras de su ánimo caído. Sombra vagante que sólo con sonidos se expresaba, tal era Guairañañuy el enamorado; y no desdecía de su nombre: Erial, porque el alma de un amador sin ventura en erial se torna, que el amor, si es inasible, es como ese viento cálido de los Andes que se llama el *sonda* y que, enemigo de la vida, es mensajero funesto que corta la carcajada de júbilo del humado y quema la verde clorófila de los árboles.

Mas llegó una noche venturosa en la que Luz comprendió el amor del indio, hondo amor sólo expresado por sonidos de quena; y Luz, la hermosa, correspondió al amor del triste Guairañañuy. Tuvo éste varios días de regocijo; pronto habían de nublarse...

Comprendieron los enamorados que el padre de ella, el soberbio y duro capitán, no había de permitir que su hija casase con aquel indio, descendiente de salvajes, como mal se llamaron a los bondadosos incas de los tiempos de guerra.

Guairañañuy, empero, intentó la aventura y se presentó a Nuño de Alvarado. Negóse éste. Expuso el indio, para doblar su negativa, las dos razones convincentes que él guardaba; una: Guairañañuy era descendiente directo de los hijos del sol. los incas soberanos del imperio. Cuando Atahualpa, vencedor de Háscaru, su hermano, llevó a fin sus crueles tropelías conducentes a exterminar varias ramas de la imperial familia, el padre de Guairañañuy había sido de los pocos que pudieron ocultarse y huir a tierras de los calchaquíes; y nombre por nombre demostró el indio que descendía del fabuloso Manco Cápac.

No convenció al soberbio capitán español el argumento de nobleza que le presentaba aquel descendiente de vencidos; y se negó también.

Guairañañuy dióle la razón postrera, la que convenció al codicioso capitán que había venido a tierras de América más en busca de tesoros que de gloria.

—Soy rico — aseguró el pretendiente — inmensamente rico. Poseo una huaca y te la doy entera si accedes a que tu hija me ame.

El capitán, desconfiado, quiso ver la huaca; pero prometió:

—Si eres rico, si como dices, posees una huaca, te daré mi hija.

Y una noche, cautelosamente, Nuño de Alvarado y Guairañañuy partieron solos. Atravesaron valles, cruzaron selvas, escalaron serranías, hasta que, semicubierta por las marañas espinosas del bosque, dieron con la entrada de una vieja mina en abandono. Entró el indio y lo siguió el capitán; así recorrieron los subterráneos que se entrecruzaban hasta formar una red laberíntica, y llegaron a un lugar recóndito donde, después de apartar unas piedras, mostró el indio a su asombrado acompañante un inaudito tesoro: barras de plata apilábanse allí hasta formar una gruesa columna alta como un hombre. Brilláronle los ojos al capitán, y tocó el codiciado metal, entrecerrándolos como si viese ya todo el poderío y la dicha que con él habría de procurarse. Extendió la diestra al indio.

—Muy bien, vamos. Mi hija será tuya.

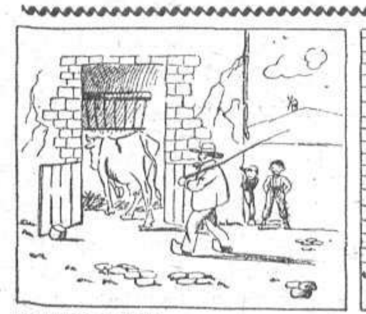
Y echaron a andar: el indio delante, jubiloso; detrás el capitán, ceñudo. Y de pronto, desnudando éste su sigiloso acero, lo hundió por la espalda del enamorado que en aquel instante vagaba por las floridas sendas del ensueño. Cayó Guairañañuy fulminado y el capitán, saltando sobre su cuerpo, siguió adelante. Ya era dueño del tesoro y no tendría que dar a su hija a un descendiente de una raza despreciada: su soberbia y su codicia quedaban satisfechas.

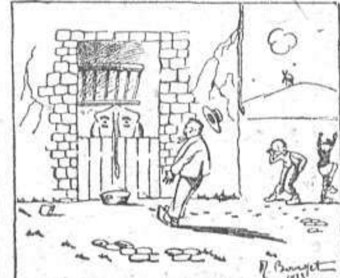
Mas, en vano buscó el modo de salir de aquella vieja mina, y desesperadamente, buscando la entrada, trató de inquirir huellas. ¡Nada! A sus gritos el eco respondiole multiplicándose. Aguardó inútilmente a que el día entrara por algún resquicio; siempre la obscuridad y el silencio lo acompañaron. Y desesperóse y enronqueció clamando por auxilio y extenuóse corriendo y tropezando por las subterráneas galerías, mordido por el hambre, roído por la desesperación, quemado por la sed...

* *

Luz, que viera salir a su padre y a su amado, los aguardó en vela hasta que el día vino a confirmar sus presentimientos: Nunca más vió ni al uno ni al otro. Misteriosamente se los había devorado la tragedia, voraz monstruo, que de amor y de codicia se nutre.

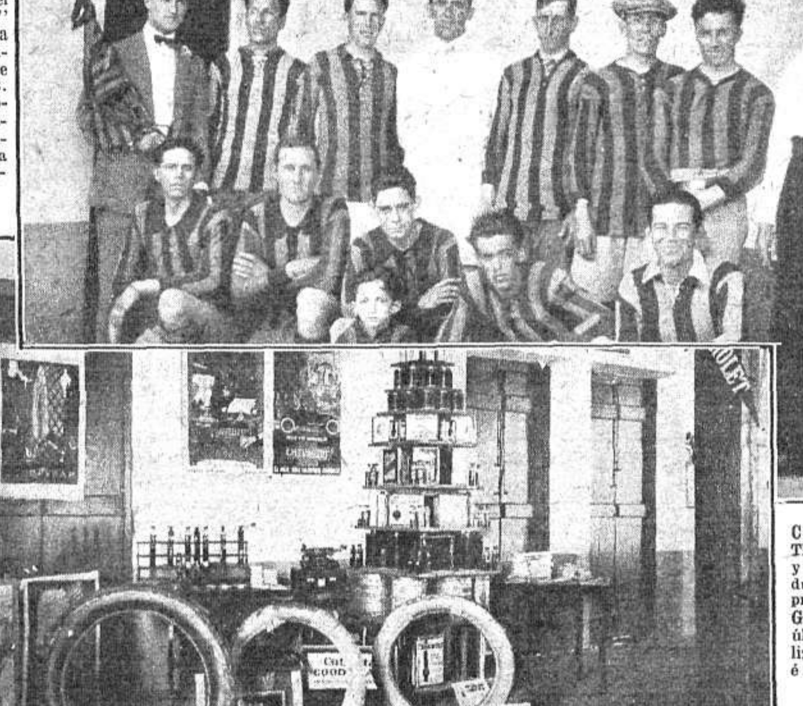
Ernesto Morales



METAMORFOSIS — DE VACA A ELEFANTE

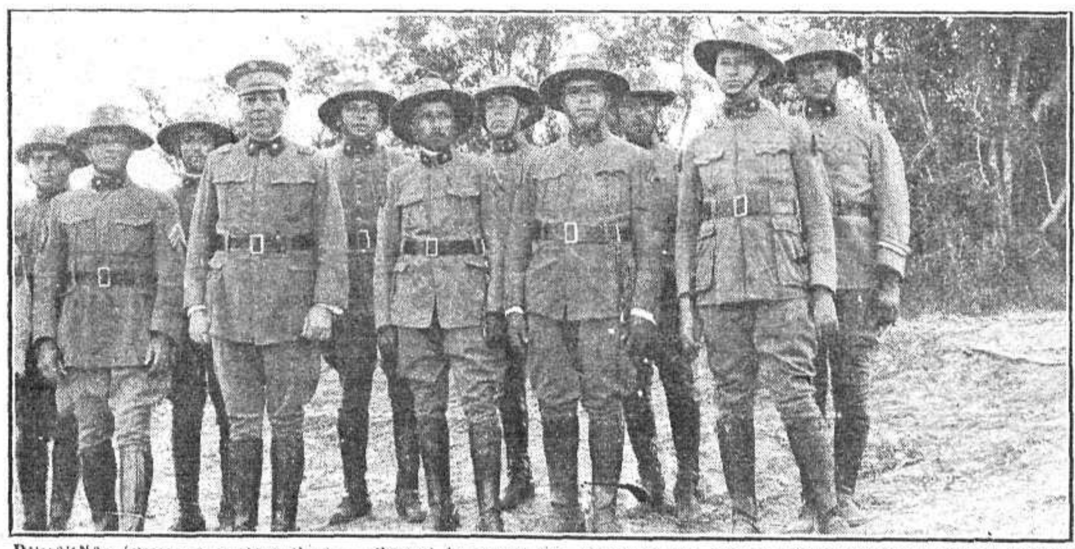
De Corrientes



CURUZU-CUATIA. — Equipo de 1.ª división del "Club Belgrano" que por segunda vez se ha clasificado campeón de la Liga de F.B. del Sud de Corrientes, no habiendo sido vencido hasta ahora por ningún contendiente.

CURUZU-CUATIA. — Afiches y diversos productosindustriales presentados en la Gran Exposición últimamente realizada con todo éxito en esta ciudad.

De Entre Ríos



DURAZNAL (Provincia de Entre Ríos). — General de brigada don Pascual Quirós, jefe del Estado Mayor del Ejército; sargento ayudante Ruiz, sargento 1.º Rojo, sargentos Rivero, Salinas, Flores y Felizola; cabos 1.º Poisegur, García, Domínguez y cabo Alderete. En el viaje de instrucción del Estado Mayor del Ejército y Escuela Superior de Guerra.

UN PROBLEMA TRANSCENDENTAL

El problema de salvar el cargamento de un buque, sobre todo el que se refiere a substancias alimenticias y de primera necesidad, que por tantos miles de toneladas se perdían durante la guerra por los constantes torpedeamientos, ha sido resuelto, según parece, por W. G. Durant, de Jacksonville, Estados Unidos. Propone que la carga más preciosa se cierre en grandes tubos de hierro galvanizado herméticamente cerrados, los cuales al hundirse el buque torpedeado saldrán a la superficie y quedarán flotando por tiempo indefinido, pudiendo ser fácilmente recogidos.

Estos tubos, impermeables al agua y al aire, serán suficientemente grandes para ontener una buena cantidad de toneladas de carga; de cinco a quince, y cada uno de ellos va provisto de una cámara de aire comprimido que les asegura la flotación. Además lleva cada uno un gancho y una cadena de manera que pueden unirse unos a otros y ser remolcados con facilidad hasta la orilla o hasta el buque o buques de salvamento. Sirven además estos flotadores de boyas y lugar seguro donde salvarse la tripulación y el pasaje del buque torpedeado.



No más **TOS, DOLOR DE GARGANTA, GRIPE, ASMA, BRONQUITIS**

tomando las

TABLETAS OXYMENTHOL PERRAUDIN

(al oxígeno puro naciente)

el más

PODEROSO ANTISEPTICO

conocido.

EXIJANSE las verdaderas tabletas que llevan sobre cada caja la mención **TABLETAS OXYMENTHOL PERRAUDIN.**

De venta en todas las Farmacias.

Laboratorios de los Prodouits Scientia

10, rue Fromentin - Paris



SE FUE—Para eliminar los vellos molestos. Es una necesidad en todo tocador; no pida depilatorio, pida Se Fué. Precio $ m/n 7.80.

SON ROSAS—Color natural para las mejillas y labios. Inofensivo, Vegetal. Líquido. No pierde por la transpiración ni cambia de color con el agua de mar. Pida siempre Son Rosas. Precio $ m/n 4.60.

También hay polvos y cremas de nuestra marca.

Pida folletos, **"PARA LA BELLEZA DE LA MUJER"**

Cía. SANDEN (Sección Belleza).

Carlos Pellegrini 105 - Buenos Aires

Esta sección es atendida por Señoras.

¡ENDERÉCESE!

Esto lo haría nuestra "ESPALDERA HERCULEX", pues le obligaría a echar los hombros para atrás y sacar bien el pecho.

El precio de la "ESPALDERA HERCULEX" es de $ m/n 2.80 c/l.

Para envío por encomienda postal, agregar $ m/n 0.20 c/l.

Cía. SANDEN (Sección Salud).

Carlos Pellegrini 105 - Buenos Aires.

HERCULEX ELECTRICO



Del Dr. SANDEN

Con el HERCULEX hay Salud para el Enfermo.

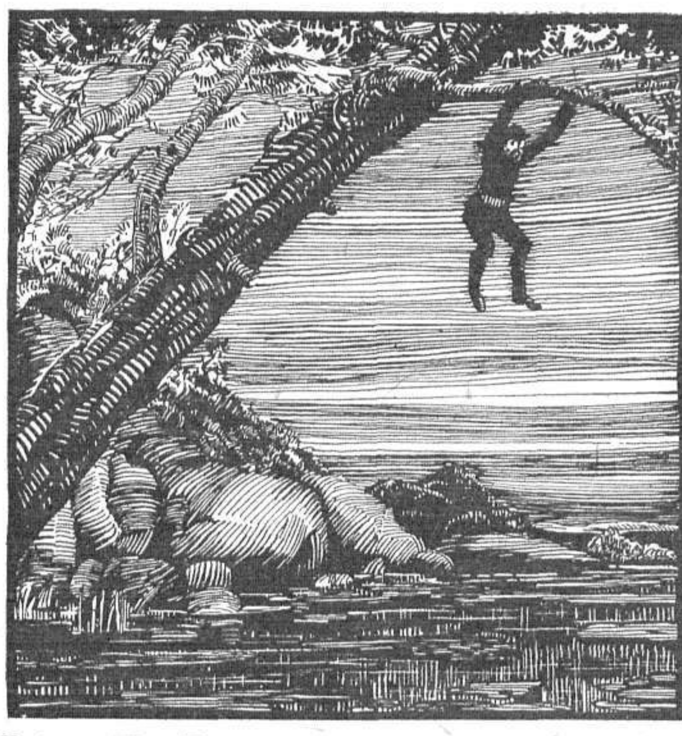
El cómo y el porqué de ello, está explicado en el folletito Salud. Pídalo hoy mismo. Es gratis.

REFERIMOS A ALGUNOS EX ENFERMOS

Señor Luis Acchetti, Andalgalá, Catamarca.
» Juan B. Mosna, Santa Ana, Entre Ríos.
» Guillermo Albrecht, General Roca, Río Negro.
» Antolín Gorelillo, Crespo, Santa Fe.
» José Iglesias, Atreuco, Pampa.
» Ricardo G. Ortega, Las Cejas, Tucumán.
» Carlos Mirino, La Reducción, Mendoza.
» Vicente Devalle, Bulnes, Córdoba.
» Pedro Peyruc, Mercedes, Buenos Aires.
» Adonis D. Caldera, Nueva Esperanza, Sgo. del Estero.
» Pastor Jaimes, General Pinedo, Chaco.
» Agustín Madronal, Goya, Corrientes.
» Juan V. Eylenstein, Camarones, Chubut.
» Juan Paredes, Bartolomé Mitre, 1251, San Juan.
» Francisco Ruano, Mocoretá, 843, Capital.

Cía. "SANDEN" - Carlos Pellegrini, 105

Horas de oficina: de 9 a 18.



VNA VENGANZA



Ahora que Saturín, el segador de faz rojiza, ha desaparecido de la comarca — dijo Louberat con voz misteriosa — ya puedo contaros cómo se desembarazó de su rival Lencouaq, el cazador, a quien sorprendió con su mujer.

Durante toda la temporada de 1894 yo cacé con el pobre Paloumayre, en los alrededores de Sansuerce. Ustedes conocen ese pantano negro y profundo que rodea desde el Este al Mediodía las dunas de pinos y los altos breñales. Sólo queda desnudo al Norte un llano erial de brezales que se extiende hasta la garganta del arroyo. Es por allí por donde se ven llegar las palomas en busca de lugar propicio para sus arrullos.

Alrededor del pantano, viejos caballos enflaquecidos mordisquean las hierbas ralas. Se les hacía entrar en el agua todos los días y salían doblegados, tropezando en la arena, con las piernas y el vientre cubiertos de sanguijuelas que luego echaban en agua de hierro; inspiraban pena con sus ojos melancólicos, su esqueleto lamentable, su pecho lleno de sangre...

Esa mañana, yo silbaba despacio para avisar a Paloumayre que se había adelantado y esperé inmóvil al pie de un pino a que me respondiera. Convinimos en que si él gritaba, yo me iría derecho a su lado, sin temor de destrozar las ramas; y si, por el contrario, silbaba, yo debía ocultarme sigilosamente entre la maleza para no espantar el vuelo.

Silbó. Entonces, ¿había palomas a la vista?

Me volví a la cabaña; estaba sobre la orilla opuesta confundida entre el follaje detrás de los cuatro pinos grandes que miran al Norte.

De pronto oí rumor de alas. Las palomas debían estar cerca. Levanté los ojos. Enfrente, al borde del agua negra, el más alto de los pinos se destacaba en la claridad del sol, y un hombre se balanceaba al extremo de sus ramas teniendo entre los dientes la cuerda y la percha donde se debatía una torcaz azul.

Ahora el cazador me ocultaba el sol; le reconocí: era Paloumayre que colocaba un señuelo. Le vi asirse con una mano y volver la cabeza con esfuerzo, como buscándome. Su gorra se había deslizado hasta la nuca.

Silbé de nuevo. No me respondió, pero me hizo señas con la mano. Yo creí que debía callarme porque había peligro de asustar a algún pájaro.

Entonces, ¿por qué no bajaba? ¿No comprende que las palomas se asustarán al verle? ¡Vaya un señuelo! — me dije.

El viento del Norte se levantaba. Soplaba en los brezales y ya los árboles zumbaban a la orilla del bosque. Buen tiempo de caza. El sol mostrábase rojo entre las nubes.

Un grito brutal me desgarró los tímpanos. Fué tan instantáneo, tan inesperado, que lo sentí como un cuchillo. Enfrente, sobre la otra orilla, el árbol donde estaba Lencouaq oscilaba crujiendo; yo me quedé mirando estúpidamente, sin comprender.

¡El pino iba a caer!... Yo miraba al hombre creyendo soñar; nada debía turbar el silencio y ahora él gritaba, él, que hablaba de sacar a culatazos al que dijera una palabra durante la caza.

— ¡Louberat!... ¡Louberat!...

Esta vez comprendí, salté de mata en mata a ras del agua, pero había que dar vuelta al estanque. El lodazal se extendía a la izquierda, formando un golfo medio seco y lleno de hierbas muertas. Yo estaba jadeante. Mi fusil me golpeaba las piernas fuertemente. Con mis zuecos en la mano iba hundiéndome en el remolino.

Sobre la otra orilla una ráfaga de arena me cegó. El pino crujía cada vez más fuerte, balanceando al hombre en el vacío.

Paloumayre, con sus dos manos anudadas a una rama, apretando las corvas a la corteza escamosa, no se movió más, dejándose mecer sobre ese agujero de muerte.

¡Louberat!... ¡Loube!...

El pino crujió fúnebremente. Serrado al ras de la arena, fué soltándose poco a poco, destrozando las plantas que impedían su caída. Quedó un instante muy inclinado y luego se desplomó. Un ruido ensordecedor y una salpicadura del agua que flagelaba su cima. Los otros tres pinos sacudidos cayeron a su vez. Estaban todos serrados en su base

del lado opuesto a la charca adonde el viento debía hundirlos.

Y comprendí de golpe cómo Saturín el segador se vengaba de Paloumayre.

Este salió del agujero negro de légamo. Una rama arrancada le sostenía a flote.

¡Las sanguijuelas!... ¡Las sanguijuelas!... — aullaba.

Me sentí helado de horror.

— ¡Espera!... ¡Agárrate bien a la rama! ¿Dónde están las cuerdas?... Yo las anudaba febrilmente y las volvía a anudar en vez de desatarlas, sentía que no... que yo no podría jamás... eso era muy lento... y aquél hombre se moría...

Entonces perdí la cabeza. Ya no le vi más flotar sobre el agua. Se había arrastrado gracias a su agilidad prodigiosa hasta un montón de juncos y de hierbas secas que se hundían bajo su peso.

Uno de los caballos ramoneaba a veinte pasos en la maleza. A golpes de culata le llevé hacia la orilla. El caballo se resistía sobre sus cuatro patas y rehusaba entrar en las aguas muertas. Tomé mi cuchillo y con furor herí sus flancos. Coceó y trató de morder. Le empujé hacia el agua. Se hundió en el agujero, resoplando lleno de terror. ¡Por fin!...

— ¡Agárrate de la crín! — le grité.

Se izó hasta el caballo. Herido en la frente, el pecho agujureado por una astilla, su cara estaba negra por las sanguijuelas que le picaban, chupándole la sangre. Tenía un hipo ronco y me miraba con ojos de loco, pero no podía hablar. Un instante quiso abrir la boca y las sanguijuelas se prendieron de sus labios. Toda su sangre corría a hilos por su rostro y sus brazos.

¡Jamás en la vida podré olvidarme de esto! Sus manos anudadas ansiosamente a las crines se desataron al llegar al borde. ¡Y cayó! ¡Las sanguijuelas se desprendían repletas de sangre, y yo quedé largo rato ante aquel muerto acostado sobre su vientre sin atreverme a darlo vuelta, cara al sol!...

E. DELBOUSQUET

TRADUCCIÓN DE MARÍA SALGADO

EL RUEGO

Transmítime, Señor,
la alegría del pájaro que canta
sobre la débil rama del espino...
¡La que ofrecen las flautas
eternas de los vientos que en la noche
llevan las hojas mustias de las parras!
Ofrecéme, Señor, esa alegría
de las rosas que esmaltan
los solitarios huertos... Que ese vaso
de mi alma
sólo llene la esencia de las flores...
Como la roca impávida
que es duro pecho para el golpe rudo
de la ola que brama,
como la enhiesta roca, haz mi existencia
fuerte; ¡dále la santa
serenidad del árbol del camino
que no teme si pasa la borrasca!
¡Que mis pupilas copien
el azul de los cielos que me encanta
e invada a mis oídos
la música exquisita de la alas
de la paloma blanca, que se abisma
en lo insondable, en tardes y mañanas!
¡Haz que mis labios beban,
cuando la sed me abrasa
en estos arenales de la vida,
el agua de la fe, de la esperanza!

¡Transmíteme, Señor, esa alegría
que las cosas creadas
ofrecen al viajero silencioso
que lleva triste el alma!

FÉLIX B. VISILLAC

ENCUENTRO

Como dos marinas aves
que se cruzan en el viento
en el líquido elemento
se encontraron nuestras naves.

La vi al través de la bruma,
en el puente, pensativa,
como una encarnación viva
de las hijas de la espuma.

Adiviné, que no vi,
su esbeltez y su belleza;
se alejó, y honda tristeza
dentro del alma sentí.

Quedé inmóvil en la popa:
hacia América volaba
su barco; el mío bogaba
rumbo a las playas de Europa.

Estaba nublado el cielo,
mas cuando, no sé porqué,
yo mi pañuelo agité,
vi agitarse su pañuelo.

Después, se borró la estela
que dejó el barco al pasar,
y tras el confín del mar
se ocultó la última vela...

Si aquella ignota mujer
era ajena a mi destino,
¿por qué una lágrima vino
mi pupila a humedecer?

La insensible eternidad
guarda el secreto. ¿Quién sabe,
oh Dios, si en aquella nave
huyó mi felicidad!

MANUEL PUGA Y ACAL


Alumnas del Instituto Musical que tomaron parte en la segunda audición de la temporada que realiza la Sociedad Sarmiento.

LOS MARIDOS JUZGADOS POR SUS MUJERES

Poned juntas a tres mujeres entre las cuales haya un poco de confianza y hallaréis que entre discusiones sobre la forma de los sombreros y sobre la extensión de las mangas, andan mezclados los maridos. Y entonces, con raras excepciones ¡Dios mío! vienen los lamentos interminables, las requisitorias feroces, los desahogos dramáticos, los propósitos trágicos. Vistos a través de tales prismas, los maridos parecen monstruos de crueldad, tanto que a su lado Barba Azul es un ángel de consuelo. Sin embargo, encontraron mujeres que no sólo consintieron en dividir con ellos su vida, sino que en cierta época los desearon como el ideal, los miraron como semidioses al lado de los otros hombres. ¿Por qué? Porque entonces estaban enamoradas — responden las mujeres — eran novios y ahora son maridos. Apenas el hombre se convierte en marido, entra en una categoría especial; puede ser el poeta más célebre, el hombre político más eminente; puede realizar actos magnánimos y obras buenas; puede despertar entusiasmos y simpatías, pero no podrá nunca librarse de aquellas faltas, de aquellos defectos especiales inherentes a su estado de marido y que lo hace aparecer a los ojos de la mujer diferente que a los del mundo

Un marido es siempre impaciente, egoísta, avaro, muchas veces regañón, violento, irrazonable; y hasta infiel el noventa por ciento de las veces. La mujer conoce además, sus pequeñas debilidades, y aquél lado cómico que descubre el ridículo que todo carácter lleva en sí. Y frecuentemente este lado sin poesía, sólo se ha revelado — ¡esto es lo peor! — al día siguiente de la boda. Así la mujer, cuando oye elogiar al marido, ensalzar su carácter, la finura de los modales, la generosidad, la bondad, sonríe y calla; aquella sonrisa y aquél silencio son, para quien lo comprende, un comentario elocuentísimo.

La superstición no se arrepiente de su crueldad; es para ella el deber. — VOLTAIRE.

EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA




Por FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)

(Continuación)

BAQUEANO

En algunos trabajos lexicográficos se censura esta voz por suponerse que, caso que se requiera el término, sería «baquiano» y no «baqueano», ya que el vocablo derivaría de «baquía» que vale, entre nosotros, habilidad o destreza para determinado fin. Esto ha movido a autores de narraciones nacionales y aun de libros de texto a calificar ambos términos de «argentinismos», sin parar mientes en que el último diccionario de la Academia los trae con acepciones semejantes a las que tienen en América. Por lo demás, nuestros escritores han empleado a «baqueano» con bastante frecuencia: «No puede seguir adelante la pequeña caravana porque los *baqueanos* han perdido los rumbos y el viento ha borrado la senda». (J. V. González, *Mis Montañas*). «Los dos empleados que deben en primer lugar nombrarse son el piloto (baqueano) y el capitán». (Domingo F. Sarmiento, *Estados Unidos*).

De paso recordaremos que «baquía» no figura en el vocabulario oficial, donde se hace derivar a «baquiano» del bajo latín «vacanius», que equivale a habituado, práctico.

BAR

Se ha alojado en nuestra casa con mejores títulos quizá que «biftec», «club», «milord», «rosbif», los cuales, sin otro mérito que un uso más o menos generalizado, han ingresado en el Diccionario de la Academia.

«Bar», de igual procedencia que las anteriores voces y con título de larga data, debe ser legitimada, pues su exclusión del léxico oficial es sensible; al menos para nosotros, los argentinos.

La voz anotada se aplica a la casa o sitio público donde se expenden bebidas.

BARQUINAZO

Acostumbramos nombrar con esta palabra los vaivenes violentos de un vehículo cualquiera; así decimos: «Estos barquinazos son extremadamente molestos». ¿Será porque «barquinazo» nos recuerda a un barco en su incómodo balanceo?

La Real Academia hace a «barquinazo» sinónimo de «batacazo», el cual, a la vez, define así: golpe fuerte y con estruendo que da alguna persona cuando cae.

BÁSICO

Hace varias décadas de años la Real Academia hizo pública su decisión de no incluir en el vocabulario oficial términos empleados únicamente en las ciencias, por estimar que ninguno de ellos podría convenir en un diccionario destinado al común de los lectores, «para quienes la definición científica de una voz sería tan obscura e ininteligible como la voz misma».

«Básico» tiene significaciones características en la ciencia química y en medicina, que no figuran en el léxico oficial, de conformidad quizá con lo dispuesto por la docta Corporación. Pero corresponde señalar aquí que «básico» también es de frecuente uso en el habla común, si bien con una acepción distinta de aquéllas y deducida probablemente de «base» en cuanto ésta denota el fundamento o apoyo de una cosa. De esta manera suele decirse: «El culto de los antepasados es el elemento *básico* de la nacionalidad».

(Continuará.)



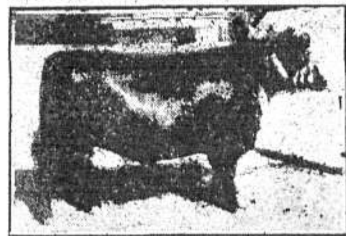
Alumnas del Colegio del Huerto que han finalizado sus estudios con brillantes clasificaciones.

La inspectora del Consejo de Educación, señora Inés A. de Field rodeada por el personal docente y alumnas egresadas de la Escuela Fábrica.

GANADERIA

EL ULTIMO CONCURSO DE GANADO GORDO EN PALERMO

UN GRAN FRACASO EN TODO SENTIDO



Novillo Aberdeen-Angus, ganador de primer premio, campeón de la raza, gran campeón de todas razas y las copas "La Blanca" y Aberdeen-Angus Cattle Society: Criadores y expositores: Enrique Brown y Hnas.

Hace dos años que el que suscriba abogó tenazmente por la interrupción de los Concursos anuales de ganado gordo en Palermo, y en aquél tiempo hizo indiscutibles comparaciones entre los resultados obtenidos en los de 1920 y 1921 y en los de 1914 y 1915, poniendo de manifiesto no solamente que los registros y la competencia disminuyeran en una proporción grandísima, sino también que la calidad de la hacienda no representaba como es debido los rebaños ni los criaderos del país, con la excepción de los vacunos de la raza Aberdeen-Angus, los carneros de la raza Lincoln y los porcinos, lo cual no redundaba, ni mucho menos, en beneficio del crédito de los productores.

En aquella misma época tuvimos la oportunidad de sugerir que si cualquier Concurso anual de ganado gordo fuera organizado con carácter de feria en el centro de los distritos productores de la república, con un programa incluyendo a todos los animales engordados a pasto y en cantidad tal que coincidiera con la capacidad de los grandes y pequeños vagones de varias líneas de ferrocarriles, entonces, en este caso, habría muchas más grandes probabilidades de éxito y se trabajaría bastante mejor en provecho del desarrollo de la industria ganadera nacional.

Es bien fácil afirmar, y nadie puede contradecirnos, que las Exposiciones de vacunos, porcinos y ovinos engordados con propósitos de demostrar lo que el país puede producir y al mismo tiempo lo que puede abastecer para las necesidades de los carniceros y frigoríficos, resultan de alto carácter educacional y significan una positiva ayuda para los criadores e invernadores como nunca antes se había acordado en beneficio de los mismos en la Argentina.



Novillo Aberdeen-Angus, ganador de primer premio y reservado campeón de la raza. Criado y expuesto por Enrique Brown y Hermanas.

El que esto escribe sinceramente confía en que el movimiento iniciado por una sociedad local de criadores para reanimar el interés hacia la organización de una feria en el mercado de Liniers, alcanzará tan buen éxito, que los organizadores se verán correspondidos cuando concierten otras y establezcan Concursos anuales de esta índole en diversas partes del país.

Muchos prominentes criadores, después de haber preparado animales para la Exposición, los han acarreado hasta Buenos Aires y luego los han vendido directamente a los frigoríficos, prefiriendo esta operación a competir en los premios de Palermo, y los productos de estos animales así vendidos figurarán más tarde en el gran mercado de Smithfield, en Londres, la víspera de Navidad, resultando una gran exhibición para la Argentina.

Es de justicia hacer mención ahora que los buenos éxitos obtenidos en las Exposiciones de Palermo durante los catorce últimos años, debiéronse casi enteramente a la gran ayuda prestada por los frigoríficos Swift de la Plata, La Blanca, Sansinena (La Negra), Armour y Wilson

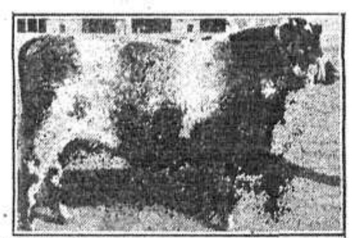


Señor W. Atchison (izquierda) jefe sección compras de haciendas, y señor H. Godfrey Hughes, gerente del Frigorífico "La Blanca" compradores de la gran mayoria de los novillos.

desde su comienzo. Los dos primeros mencionados fueron grandes y buenos sostenedores e impulsadores, dando meritorios premios y pagando los más altos precios mundiales por novillos y capones.

Cierto es que no se registraron precios fabulosos este año, pero también deberá comprenderse que la fecha de la Exposición última colocó a los frigoríficos en difícil situación, considerando que las reses adquiridas en tal fecha tenían muy remota probabilidad de arribar a Inglaterra en tiempo para el mercado de Navidad, lo que en años anteriores siempre se hacía con el objeto de presentar allá un buen mercado de carnes argentinas, a cuyo fin las Compañías concurrían y competían en los remates de Palermo para adquirir los animales que fueran mejores.

Además, este año no hubo competencia en pruebas de «block test», y la ausencia de este educacional de-



Novillo Shorthorn, primer premio, campeón de la raza y reservado gran campeón. Expositor: L. Casey.

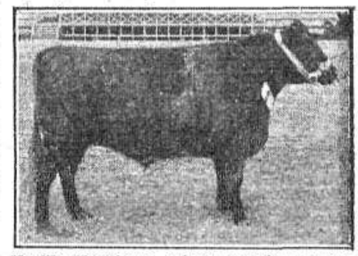
talle causó bastante decepción entre criadores e invernadores; y, considerada en cantidad, fué la más pequeña en concurrencia de animales. En cuanto a la calidad de las razas registradas, la Aberdeen-Angus fué, con mucha ventaja, muy superior a todas.

Primera división. Shorthorns. — Esta división se estableció para criadores e invernadores. El señor Guillermo A. Brown ganó la categoria para novillos de 5 y 6 dientes y luego el reservado de campeón con un espléndido animal de gran calidad, no muy bien acabado de sus cuartos traseros. La segunda categoría fué adjudicada a un novillo de gran calidad un poco escaso de peso, de la cabaña del señor Edelmiro Castro, y el señor L. Casey se llevó el primer premio para novillos de 1 a 2 dientes con un novillo de gran clase y gordura, pero poseyendo carnes de toque muy blando. Este mismo novillo se ganó luego el campeonato de la raza Shorthorn y el reservado de gran campeón de todas las razas, siendo muy afortunado con la adjudicación de este último premio. El señor Edelmiro Castro fué el segundo en la categoría con una rosilla de gran calidad, pero poco liviana en sus cuartos traseros.

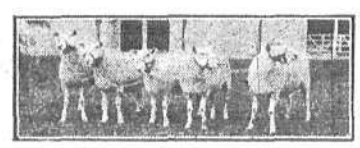
En la categoría para novillos de dientes de leche se registraron tres competidores, y el primero y el segundo premios correspondieron al señor Castro, llevándose el tercero un buen novillo de «La Central», del señor G. A. Brown.

Herefords. — Resultó un lote muy pobre con la excepción del novillo campeón, de la propiedad del señor L. Casey.

Aberdeen Angus. — Esta raza estuvo magníficamente representada en calidad, y en cuanto a cantidad excedió a las otras dos razas juntas. La categoría para novillos de 5 a 6 dientes presentó cuatro animales de gran clase y gordura, pero el gran tipo y las magníficas carnes de un



Novillo Shorthorn, primer premio y reservado campeón de la raza. Criado y expuesto por Guillermo A. Brown.



Capones Lincoln, primer premio, campeones y ganadores de la copa Ettrick Shepherd. Criadores y expositores: Bartolomé Ginocchio e hijos.

novillo de «La Escondida», de los señores Enrique Brown y Hnas., ganó sobre todos el primer premio y luego el campeonato de la raza, el premio gran campeón de todas las razas y la Copa La Blanca para el mejor novillo de la Exposición. El señor B. M. Barreto se llevó el segundo premio en esta categoría, en tanto que el tercer lugar y además una mención honorífica correspondieron a novillos de gran calidad de «La Escondida».

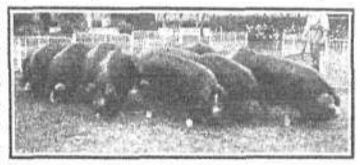
Para la categoría de 3 y 4 dientes se presentaron cinco novillos, y el primero, segundo y tercer premios fueron adjudicados a animales de gran calidad de «La Escondida», siendo el ganador un novillo de mucho peso y gran manta de carnes de excelente toque.

Ocho ejemplares se registraron en la categoría para novillos de 1 y 2 dientes, y otra vez la gran calidad y la gordura de los expuestos por los señores Enrique Brown y Hnas. derrotó a todos los demás. El novillo ganador fué un animal de «La Escondida» poseedor de calidad de raza y de carnes excelentes para la exportación, el que ganó el primer premio y fué campeón en General Villegas en agosto próximo pasado. El Jurado de Palermo le adjudicó el reservado campeón de la raza, aunque, en opinión de muchos espectadores, incluso el que esto escribe, debió concedérsele la roseta de reservado gran campeón y acaso resultara mejor animal para carne de exportación que el gran campeón.

El segundo premio en esta categoría correspondió a un muy hermoso novillo de la estancia «Tatay», de los señores S. B. Hale y Cía., animal cargando gran cantidad de carne de gran toque en las partes principales; y el tercer y cuarto premios fueron ganados por los señores Enrique Brown y Hnas. con muy buenos novillos. Los señores B. M. Barreto y Carlos Guerrero e hijo se llevaron menciones honoríficas.

La categoría para novillos de dientes de leche presentó ocho competidores de tres establecimientos. La competencia que se estableció fué muy ruda, y de nuevo la calidad, la gordura y lo bien formado de los animales de «La Escondida» se sobrepuso a la de todos los demás, ganándose el primero, segundo y tercer premios. El cuarto lugar correspondió a un novillo de muy buenas carnes y gordura de «El Central» del señor G. A. Brown, y los señores Carlos Guerrero e hijo ganaron una mención honorífica con un buen novillo.

Razas cruzadas. — Hubo dos categorías representada cada una por un solo novillo. El señor B. M. Barreto se llevó el primer premio y el campeonato con un animal muy alto de remos, Aberdeen-Angus-Shorthorn, pero siendo un novillo de una gran manta de carne y de gran toque que probablemente dará un buen rendimiento para la carnicería. El señor L. Casey se llevó el primer premio y el reservado de campeón



Capones porcinos Poland China, ganadores de campeón y gran campeón y la copa Armour. Criados y expuestos por Juan C. Campión.



Capones Lincoln, primer premio y reservado de campeón. Criador y expositor: Edelmiro Castro.

con un novillo cruzado de Galloway y Shorthorn, y aunque un tanto mezquino a la vista, este animal seguramente llegará al matadero con buenas carnes.

Premios especiales. — Copa La Blanca de nuevo fué ganada por los señores Enrique Brown y Hnas. con un novillo Aberdeen-Angus, y los mismos criadores ganaron también las Copas de la Compañía Swift y del Frigorífico Armour, con novillos Aberdeen-Angus en grupos de tres y cinco respectivamente. El gran premio ofrecido por la Sociedad Ganadera Aberdeen-Angus para el criador y expositor del mejor novillo de la Exposición, correspondió asimismo a los señores Enrique Brown y Hnas.

Ovinos. Primera división. — La sección Lincoln estuvo muy escasa de ejemplares. Los exhibidores que alcanzaron mayor éxito fueron los señores Bartolomé Ginocchio e Hijos, los que ganaron el primer premio y la Copa Ettrick Shepherd con un grupo de capones de gran calidad y gordura, correspondiéndoles además los premios gran campeón de la raza y gran campeón de la Exposición. El señor Edelmiro Castro se llevó el segundo honor y el reservado campeón con un grupo de expléndidos capones que eran de excelente calidad, pero no tan pesados como los capones de «Santa Aurelia».

GMO. ST. J. PETERS.

Smith Silenciosa



Es la máquina de escribir cuyas barras de tipos están montadas sobre 15 municiones de acero cada una, lo que significa tener la más alta eficiencia y el más perfecto servicio.

La SMITH SILENCIOSA, es la máquina que han adoptado desde hace más de 15 años las principales Casas e Instituciones Comerciales, Bancos, Compañías de Seguros, Oficinas Nacionales, diarios, etc.

Solicítenos folletos explicativos que enviamos gratis. En la capital, una demostración práctica en sus propias oficinas.

Agentes exclusivos:

Pratt & Cía.

626 - SARMIENTO - 636. BUENOS AIRES
Rosario y Córdoba.

A TODO COMERCIANTE

le interesa conocer las muchas ventajas que le reportaría a su casa de comercio un mimeógrafo

EDISON - DICK

El EDISON - DICK economiza tiempo y dinero, pues reproduce copias exactas a las escritas a mano o a máquina, circulares, cotizaciones de precios, catálogos, folletos, etc.

El EDISON - DICK es usado hoy día en millares de casas de comercio en la Argentina, lo que prueba que sus resultados son altamente satisfactorios. Su manejo es sumamente sencillo, puede estar a cargo de cualquier empleado de su oficina.

Solicítenos folletos explicativos que enviamos gratis y en la capital, una demostración práctica en sus propias oficinas.



ALEGRIA PAR

GRANDES OFERT

LOS OBSEQUIOS MAS INDICADOS PARA

NAVIDAD y AÑO NUEVO

N.º 3005. — **Regia Guitarra VALENCIANA**, legítima, construída con todo esmero en nogal de los Pirineos, tapa armónica con cuádruple filete alrededor. Con método AMERICA para aprender sin maestro y embalaje gratis........................ $ **39.—**

Otros modelos de Guitarras Españolas, Nacionales e Italianas, desde pesos 9.50 hasta $ 500.—. Solicite catálogo N.º 23 enviando $ 0.20 en estampillas.

VIOLINES FINOS modelos STRADIVARIUS

N.º 4100 bis. — **VIOLIN** Tipo Conservatorio. Completo con estuche, arco, pez y embalaje gratis.................. $ **33.—**

N.º 4101 bis. — **VIOLIN de Orquesta.** Completo con estuche, arco, pez y embalaje gratis...................... $ **38.—**

N.º 4102 bis. — **VIOLIN de Salón.** Completo con estuche, arco, pez y embalaje gratis...................... $ **45.50**

N.º 4103 bis. — **VIOLIN de Gran Orquesta.** Completo con estuche, arco, pez y embalaje gratis.................. $ **53.—**

Otros modelos de Violines, desde $ 25.— hasta $ 2.500.—. Solicite catálogo N.º 24 enviando $ 0.20 en estampillas.

MANDOLINES MODELOS DE CATANIA

N.º 5613. — **Precioso MANDOLIN** construído en maderas finas, escudo calado y triple filete alrededor de la tapa armónica, incrustaciones de nácar en la boca. Precio con una bonita FUNDA de regalo, método para aprender sin maestro y embalaje gratis.... $ **25.—**

Otros modelos desde $ 11.— hasta $ 350.—. Solicite catálogo N.º 25 enviando $ 0.20 en estampillas.

ACORDEONES de las afamadas marcas "AMERICA" y "PIEMONTE"

La superioridad y conveniencia de estos instrumentos, se manifiesta elocuentemente en el sonido fuerte, vibrante y armonioso, construcción esmerada en todo sentido y precios verdaderamente reducidos y al alcance de todos.

N.º 6012. — **Acordeón AMERICA**, 8 bajos y 19 voces, con método para aprender sin maestro...................... $ **21.—**

N.º 6014. — **Acordeón AMERICA**, 8 bajos y 19 voces, con método para aprender sin maestro...................... $ **26.—**

N.º 6015. — **Acordeón PIEMONTE**, 8 bajos y 19 voces de acero, método para aprender sin maestro............ $ **30.—**

N.º 6017. — **Regio Acordeón PIEMONTE**, 8 bajos y 21 voces de acero. Con método.............................. $ **67.50**

N.º 6013. — **Acordeón PIEMONTE**, 12 bajos y 21 voces de acero.. $ **62.50**

N.º 6001. — **Acordeón PIEMONTE**, 16 bajos y 31 voces de acero.. $ **85.—**

N.º 6037. — **Acordeón PIEMONTE** a PIANO, 36 bajos y 34 voces. Con sólido estuche....................... $ **170.—**

N.º 6038. — **Acordeón PIEMONTE** a PIANO, 48 bajos y 34 voces. Con sólido estuche....................... $ **185.—**

Grandioso surtido en Acordeones a Piano, Semitonados, Cromáticos y Bandoneones. Solicite gran catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

Av. de Mayo
979
Buenos Aires

CASA A
STAHLBERG



A LAS FIESTAS

'AS AGUINALDO

OBSEQUIOS Utiles y Agradables Siempre Preferidos

CONCERTOLA

es el instrumento musical que debe usted comprar para obsequiar a su familia en el día de NAVIDAD, es la máquina parlante perfecta que toca clase de discos CON y SIN PUA y que alegrará su hogar con las notas alegres de la música de su predilección.

N.º 451 bis. — **Bonita CONCERTOLA**, mueble en roble con persianitas delanteras. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a.......... $ **55.—**

N.º 341. — **Rica CONCERTOLA** para mesa, mueble en nogal de Italia o terminación caoba, tapa con cerradura. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **99.50**

N.º 4. — **Hermosa CONCERTOLA** para mesa, mueble en madera de roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **125.—**

N.º 4 bis. — **Espléndida CONCERTOLA** para mesa, mueble fino en roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **150.—**

N.º 5. — **Regia CONCERTOLA** de salón, mueble fino en roble o terminación caoba, con armario guarda discos. Poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis, a.......... $ **250.—**

N.º 5 bis. — **Magnífica CONCERTOLA** de salón, mueble en roble o caoba con finos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.......... $ **330.—**

N.º 9. — **Gran CONCERTOLA** de lujo, estilo Luis XV, regio mueble en roble o caoba, membrana, brazo y demás accesorios dorados a fuego. Regio motor Suizo de dos cuerdas de amplio desarrollo. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.......... $ **380.—**

Otros modelos de CONCERTOLAS y GRAFOFONOS "AMERICA" con corneta amplificadora, desde $ 45.—. Solicite gran catálogo ilustrado N.º 21 enviando $ 0.20 en estampillas.

DISCOS

El surtido más extenso y selecto en todas las mejores marcas del mundo. Agentes de los afamados discos PATHE "SIN PUA". Solicite catálogo general de discos N.º 22 enviando $ 0.20 en estampillas.

Ya apareció el Suplemento de NAVIDAD incluyendo los discos de música y canto tradicionales de estas fiestas, más las últimas novedades en bailables nacionales y extranjeros. Solicítelo. Se remite gratis.



NO TENEMOS SUCURSALES

NO CERRAMOS LOS SABADOS

EL RUIDOSO PROCESO SEGUI

Nota gráfica de la reconstrucción en la famosa cabaña de Villa Elisa

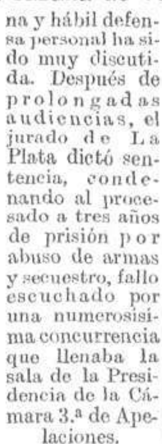


Patricio Bolland, el peón de la cabaña martirizado y secuestrado por Seguí, que de nuevo acusó a éste violentamente.

El ruidoso proceso seguido contra el acusado Carlos T. Seguí, en el que han intervenido diversas personas de ambos sexos, logró atraer la más intensa curiosidad del público por las incidencias judiciales a que ha dado lugar, por las inesperadas complicaciones que se suscitaron y además por la calidad social del presunto culpable, cuya sere-



Juana Suburu, la ex-amante del procesado, víctima de grandes torturas inferidas, por supuestas infidelidades con el subcomisario de Policía Fontana y varios otros.



na y hábil defensa personal ha sido muy discutida. Después de prolongadas audiencias, el jurado de La Plata dictó sentencia, condenando al procesado a tres años de prisión por abuso de armas y secuestro, fallo escuchado por una numerosísima concurrencia que llenaba la sala de la Presidencia de la Cámara 3.ª de Apelaciones.



El subcomisario Fontana, que fuera herido de bala por el procesado cuando ordenó la detención de éste.



Seguí dando minuciosos detalles de cómo ocurrieron los sucesos, diligencias judiciales que tuvieron lugar en la cabaña de Villa Elisa ante el juez doctor Machado y sus ayudantes y en cuya reconstrucción mostró el acusado un perfecto dominio de sí mismo mientras algunos de los declarantes se exaltaban.



El procesado, gorra en mano, dirigiéndose a su famosa finca para reconstruir los hechos de que fuera actor.



Una escena de la reconstrucción, que fué abundante en incidentes suscitados por las interrupciones y vehemencias del peón Patricio Bolland y el subcomisario Fontana, a quienes hubo de amonestar la autoridad, profiriendo el primero fuertes amenazas contra Seguí mientras su madre le gritaba que dijera toda la verdad.



Seguí, en los alrededores de su finca, aparece tranquilo, sin perder su característica sangre fría.



Policía montada penetrando en la cabaña de Villa Elisa para asistir a las diligencias reconstructivas en que tomaron parte numerosas personas relacionadas con el sumario.

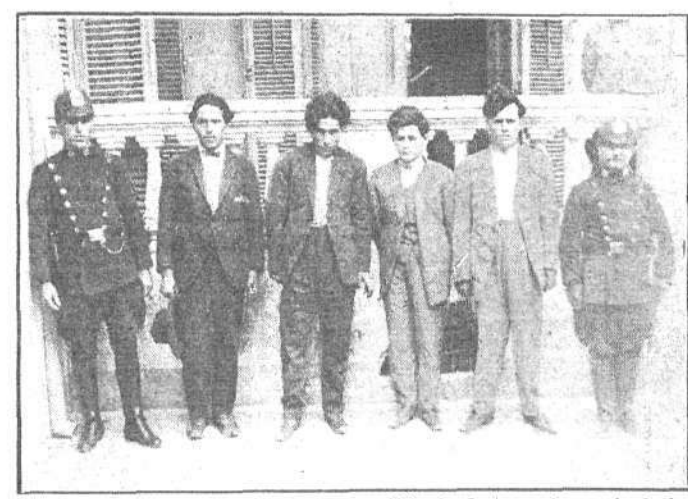


La sirvienta Clelia Girardelli, llegando con su padre a la finca en donde fuera cocinera y cuyas declaraciones resultaron de gran importancia por su carácter explícito.

Asesinato del sargento de Bomberos Elías Minena

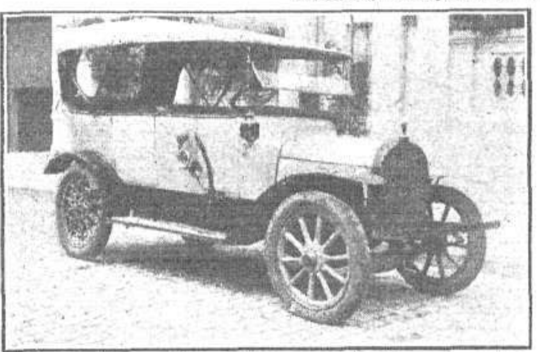


Hortensia López, a quien su amante Minena sorprendió con Germán Bustos.



Los hermanos Fidel, Germán y Alberto Bustos y Alejandro Santana, el segundo de los cuales asestó una cuchillada en el corazón a Minena cuando éste, al sorprender a Hortensia, la arrojara hacia la puerta.

Un sargento distinguido de bomberos muere trágicamente a consecuencia de dos mortales heridas de arma blanca que le infirieran Alejandro Santana y Germán Bustos, este último sorprendido por la víctima abrazado a su amante Hortensia López, a la que Minena, tratando sin duda de llevársela consigo, empujara bruscamente hacia la puerta del domicilio de la casa de San Eduardo donde se desarrolló el drama, siendo en tales momentos cuando fué agredido por los citados, los que inmediatamente se dieron a la fuga, capturados no mucho después por agentes de la policía.



El autómovil en que huyeron los agresores de Minena y que fué abandonado en los primeros momentos por el chófer Hilario Martínez, que luego se presentó en la comisaría.

Parece ser, según se desprende de las declaraciones prestadas por los detenidos y algunos testigos, que la amistad entre Hortensia y Germán se inició durante un paseo que dieron en el automóvil conducido por el chófer Hilario Martínez, a invitación de éste, en tanto el después mortalmente agredido se ausentara y cuyo regreso inesperado provocó la tragedia.

Sangriento drama entre esposos



Rosa Testa, herida de dos balazos por su esposo.

Un anciano, padre de familia, hiere a su esposa de dos balazos y luego se suicida, después de haber sostenido con ella un fuerte altercado por asuntos íntimos relacionados con el pago de una deuda familiar a la que los hijos se negaban.



Antonio Messina, el anciano heridor y suicida.

Brutal agresión



José Bonifacio, herido de gravedad en la cabeza.

En un acceso de ira senil, el anciano Hilario Islagaray golpeó con un hacha a su vecino el maquinista José Bonifacio, produciéndole una grave herida en la cabeza que lo derribó en los precisos momentos en que el agresor fué sujetado por un vecino.



El anciano agresor Hilario Islagaray.

Hallazgo de restos humanos en la Penitenciaría



El jardinero de la cárcel en el sitio en que fueron hallados los huesos humanos que, según todas las suposiciones, han sido enterrados allí antes de haberse construido el edificio de la Penitenciaría.

De Mendoza

Alumnas del Colegio Industrial que concurrieron a la fiesta realizada, celebrando el fin del año escolar.



El maestro Otero y dos de sus discípulas

CARMEN EN ESTOCOLMO

POR J. MUÑOZ SAN ROMÁN

Con vuestro compatriota el ilustre Rodolfo Francos vino a Sevilla, desde Buenos Aires, Gustavo Bacarisas. Entrambos supieron conquistar, en poco tiempo, la simpatía y la admiración de cuantas personas les trataron en la animosa Sección de Bellas Artes del Ateneo, y bien pronto fueron consagrados en públicas exposiciones.

Rodolfo grabó, con su arte maravilloso, en su estudio de la calle Nuevo Mundo de Triana, peregrinas obras inspiradas en el célebre café cantante de *Novedades*, y en el misterio de las callejas entre las sombras de la noche.

Más inquieto con aquellos impulsos de vuelo de su joven corazón, dejó nuestra Sevilla tornando a esa hospitalaria ciudad del Plata, compendio y síntesis de todos sus amores.

No sucedió lo propio con Bacarisas. Andaluz de Gibraltar, como a sí propio se llama, arraigó de tal manera entre nosotros, se adueñó de tal modo de nuestro espíritu y se aficionó tanto a nuestras costumbres, que aun vive aquí después de los largos años pasados, y sin que le mueva ni el más leve deseo de abandonarnos.

El supo reproducir nuestra luz y original ambiente de modo tan perfecto; prestar tales servicios artísticos a la municipalidad y enaltecernos y afamarnos de tan bella manera, que no sólo el Ateneo lo ha elevado a sus más prestigiosos cargos sino que el Concejo edilicio le ha nombrado hijo adoptivo de la ciudad.

Toda una pléyade de artistas jóvenes sigue el norte a que la orienta el arte fastuoso del gran maestro, y su fama del más fièl intérprete del gesto de Sevilla ha cundido por doquiera.

He aquí el porqué haya sido elegido por el empresario del teatro Real de Estocolmo para presentar con la mayor propiedad de lujo y detalles en aquella escena la celebrada ópera de Bizet, nuestra cálida y bravía Carmen.

El insigne Zuloaga ha sido el presentador de Bacarisas, y con ello se dice todo.

Y allá, a la tierra fría, ha ido el andaluz de Gibraltar, después de llevarse de Sevilla los tesoros de su sol y de sus colores aprisionados en su luminosa paleta; telas para los vistosos trajes de las mujeres, mantillas de blondas blancas y negras y de madroños; abanicos y *palillos;* zapatos y joyas, y trajes de toreros y uniformes de la soldadesca. Todo de lo más rico, de lo más apropiado a la reproducción del gusto de la época, de lo más brillante y atrayente.

Además, lleva pintadas cinco magníficas decoraciones, copiadas del natural, porque aun subsisten los vivos modelos: el cuerpo de guardias en la Fábrica de Tabacos, las cuevas de Sierra Morena, una taberna de Triana, la Plaza de toros de la Maestranza, una plazoleta de la vecindad.

Y con todo ello y de más valor que todas las pinturas y encajes y joyas, lleva guardado en su fantasía todo el espíritu de esta maga ciudad de la Giralda, para plasmarlo en la escena de *Carmen,* con todo el profundo amor que por ella siente su corazón de sevillano.

Con Bacarisas ha ido también el maestro Otero, para enseñar y dirigir los bailes. Damos por seguro que habréis oído hablar con ponderaciones de este bolero famoso. Del oficio de carpintero pasó en sus mocedades al arte de bailador, llegando a ser el maestro indiscutible. En su *escuela de bailes* aprendieron las más bellas danzas andaluzas Anita Delgado, la hoy princesa de Kapurthala, la Macarrona, la Amalia Molina, la Imperio, en fin. También ha sido maestro de *sevillanas,* en los Reales Alcázares, de las lindas princesas y de nuestra gentil y augusta reina Victoria. El ha bailado con su gente — lo más gracioso y flamenco entre cuantos se ejercitan en las danzas por esta tierra — ante todos los jefes de Estado que pasaron por Sevilla, y ya estuvo en Londres cuando las fiestas de la coronación de Jorge V.

Su mayor autoridad en el arte del baile sevillano es acatada por todos.

Las danzas que se ofrezcan, pues, a la admiración del público en el escenario del teatro Real de Estocolmo, serán una maravilla de arte verdadero.

Y con *Carmen* triunfará una vez más el genio de Sevilla, este genio luminoso y jocundo, como de la juventud y de la gracia, a semejanza de la ciudad que lo inspira, dechado de alegría, como una eterna Primavera y como un eterno amor.

Bodas de Plata



Francisco Costarelli y señora cuyas bodas de plata han cleebrado recientemente. — Elortondo.



Los esposos Manuel Iranzo y Rosalía Aznar, rodeados por sus hijos el día en que conmemoraron el 25 aniversario de su enlace. — Ciudad.

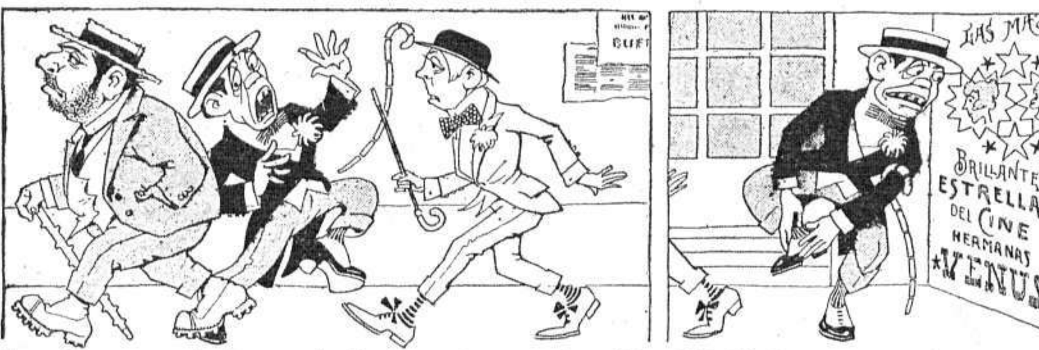


Los esposos Odena-Monasterio, presidiendo el banquete con que celebraron en el seno de su familia sus bodas de plata.



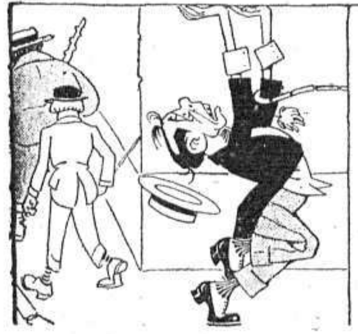
El señor José María Domingo y señora que han festejado recientemente sus bodas de plata.

UNA VENGANZA DE SARRASQUETA

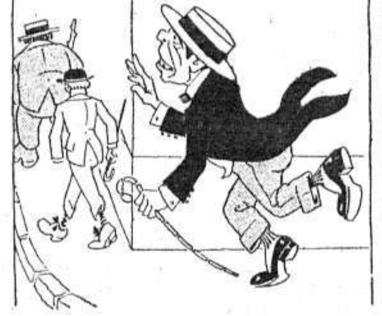


Sarrasqueta, que posee dos hermosos ojos de gallo, camina con mucho cuidado para que no se los toquen; pero un torpe y distraído transeunte le da un tremendo pisotón, dejándole tuerto de un ojo.

El terrible dolor le hace abrir sus ojos, bailar el tango y ver las estrellas en el firmamento en pleno día.



La desesperación que le causan los agudos dolores le hace tocar el cielo con las manos, y jura vengarse del pisoteador.



Emprende veloz carrera para alcanzarle y exigirle una reparación por las armas, y si no, le va a pisotear hasta los intestinos.



Lo alcanza y agarrándole por el cuello le exige una indemnización para ir al pedicuro, a lo que se niega el otro, diciendo: — ¡yo no he sido!



Exasperado por la negativa, le revolea en el aire, amenazándole con convertirse en apisonadora mecánica para hacerle polvo.



Y derribándole en el suelo, le aplica una pateadura con redoble sobre su tambor, dejándole todo el frente averiado.



Luego le da vuelta como a los trajes usados, y le deja la columna vertebral convertida en pequeñas partículas.



Hasta dejarlo como los tratados internacionales, transformado en un simple guiñapo de papel, y sonríe satisfecho de su venganza cumplida.



Cuando un grosero transeunte le grita: — ¡Perdone a su pobre víctima, que es inocente! ¡El que le pisó soy yo! ¿Quiere algo?



Y Sarrasqueta, confundido y temeroso, dice a su víctima: —¡Perdone, señor, me he equivocado, le confundí con otro! ¡Si quiere le mandaré planchar el traje!

LOS LIBROS

LOS HIJOS DEL SOL

POR ARTURO CAPDEVILA

Pronto hará cuatro siglos que el Imperio de los Incas empezó a ser una de las grandes preocupaciones de la Humanidad. La Conquista le rodeó de una aureola de dolor y martirio, noblemente intensificada por la propaganda indianista de Las Casas; después fueron conocidos los relatos de los primeros cronistas y lo que éstos, no siempre bien informados, contaron acerca de lo que el Imperio había sido antes de la Conquista, despertó la curiosidad inteligente de los sabios y de los artistas, que desde entonces no han cesado de intentar la interpretación exacta del misterio conocido con el nombre de civilización incásica, al cual no tardó en agregarse el misterio de las civilizaciones preincásicas, misterios todos que son, indudablemente, de los más importantes que América ofrece a la investigación e industria de arqueólogos, etnólogos, etc. Y lejos de debilitarse, el interés por todo lo incásico no hace sino aumentar. En los últimos años han aparecido en el Perú y fuera de él algunos libros importantes que lo atestiguan, tales, entre otros, en el Perú, las obras de Urqueaga y Tello, directores de las nuevas revistas *Arqueología* e *Inca*, y los libros de Perrone (*Il Perù*) y de Bingham (*Incaland*) en otros países; y simultáneamente se anuncia la próxima publicación en Londres y París de obras muy importantes sobre el arte, la cerámica, los tapices del viejo Perú, que interesa, según parece, más que el nuevo y sus tribulaciones, lo que no dejará de causar cierta justificada desazón a los peruanos actuales. En nuestro país las cuestiones incásicas—para emplear un término de alcance general—fueron siempre tema predilecto de los estudios de hombres como Mitre, López, Lafone Quevedo, Adán Quiroga y muchos otros que sería largo enumerar, predilección que se explica, aparte lo atrayente del tema en sí mismo, por los rastros dejados en ciertas regiones argentinas por la dominación, o la penetración incásica. El señor Capdevila, dueño de una curiosidad intelectual que nada desdeña, se ha sentido también atraído por la sirena cuzqueña, y ha dedicado buena parte de su tiempo a estudiar el Perú antiguo, siendo resultado de sus estudios este libro, que aparece en momento oportunísimo, cuando las representaciones de la compañía peruana que ha funcionado en el Colón, ha avivado intensamente la curiosidad de las gentes porteñas por el asunto. No es cosa fácil, como ya se insinuó, dar con la clave verdadera del misterio incásico — y es probable que nunca se dé con ella, — por la sencilla razón de que de la civilización peruana anterior a la Conquista no quedaron trazas escritas, de suerte que los primeros cronistas, ora oficiales, ora espontáneos, tuvieron que limitarse a repetir lo que ciertos indios les habían contado, en muchos casos mediante intérpretes que no siempre daban garantías suficientes ni de saber ni de seriedad; y cuando algunos españoles, especialmente frailes y curas, aprendieron bien el quichua, habían pasado algunos años desde la Conquista y la mentalidad indígena se hallaba influída por la mentalidad española, particularmente en las cuestiones de carácter religioso. Además, conviene recordar que no todos los indios del Imperio de los Incas, ni siquiera todos los de las regiones menos alejadas del Cuzco, hablaban la misma lengua, y en cuanto al quichua mismo, ocurre que los cronistas difieren hasta cuando dan los nombres indígenas de los meses del año. Bien es verdad que aun en los momentos actuales pasa que no todos los quicuaizantes están de acuerdo. El primer traductor de *Ollantay*, el famoso drama que el señor Capdevila, de acuerdo con la decisiva opinión del general Mitre, considera muy posterior a la Conquista, fué Barranca, a quien acusó de no conocer bien el quichua Pacheco Zegarra, segundo traductor, acusado a su vez de igual pecado por el padre Mossi, que sostenía también que el verdadero quichua, tal como lo hablaban los indios antes de la Conquista, es menester buscarlo en los indios que pueblan los valles meridionales de Bolivia y septentrionales de nuestro país, pues el que se habla en el Cuzco está demasiado castellanizado. Mas la dificultad esencial del empeño está, como se decía, en la falta de trazas escritas, que no se han encontrado — o, si se han encontrado, como algunos sostienen, no se han entendido, — y esa falta no puede ser completamente suplida por los relatos de los cronistas, los cuales solían ser, además, tendenciosos, los unos por su religiosidad, los otros por su amor o su odio desordenados a los indios, y no pocos por el deseo de halagar a sus superiores por este o aquel motivo. De ahí, entonces, que se haya avanzado en realidad poco desde que se conocieron las obras de los primeros cronistas. Con todo, la dificultad de la tarea no arredró al señor Capdevila, y cuenta ahora la bibliografía incásica argentina con un libro de valor, que completa, en cierto modo, otra obra argentina publicada hace algunos años: *La Monarquía Peruana*, de don Jorge Cabral. Ocioso parece decir que los especialistas encontrarán en la obra del señor Capdevila más de un punto que reparar; es la eterna fatalidad de esta clase de libros, ya que es poco menos que imposible que el autor pueda saberlo todo y estar en todo de acuerdo con las opiniones de los demás. Sobre todo, dada la amplitud del título, podría hacerse al autor el cargo de no haber tomado en cuenta, sino en pequeña proporción, la fatiga de los arqueólogos que en los últimos tiempos han obtenido tan halagüeños resultados. Dada la falta de documentos escritos y las deficiencias y excesos de los cronistas e historiadores primeros del imperio de los Hijos del Sol, la arqueología adquiere en este caso una importancia superior, naturalmente, a la que tiene para el estudio de la historia de los pueblos antiguos, de civilización desaparecida o transformada, que dejaron, de uno u otro modo, tales documentos. Una buena descripción de las ruinas de Macchu Pichu, por ejemplo, o un inteligente estudio de la cerámica de Nazca, o una exposición científica de los métodos agrícolas de los indios peruanos, suelen dar mucho mejor y más completa idea de su civilización que disertaciones un poco fantásticas sobre los atributos de los dioses en que creían o acerca de sus métodos de gobierno, sin más informaciones que las que una diligencia inteligente pueda escarmenar en las obras de los cronistas, entendiéndose este término con una amplitud de significación tal vez exagerada pero justificada por las exigencias de la brevedad, en apuntes innocuos como estos. También podría algún crítico demasiado riguroso encontrar fuera de lugar un libro de las intenciones de éste, ciertos arranques que merecerían quizás el calificativo de líricos, y que demuestran que el poeta casi nunca pierde su condición de tal, ni aun cuando alterna seriamente con la severa Clío. Mas habría sido verdadero milagro que *Los Hijos del Sol* no fuese la obra que es, es decir, una bella obra de historia escrita por un erudito que es al propio tiempo un poeta. Por lo demás, queda por averiguar si no serán los poetas los que mejor interpretan la historia; ya de los arqueólogos se ha dicho que sus mejores triunfos los deben a su condición — de que ellos mismos suelen no darse cuenta — de poetas. Está bien, pues, que nuestros poetas escriban historias, sobre todo desde que no son incompatibles, como el presente caso lo prueba, la inspiración poética y el profundo saber. Por nuestra parte, debemos confesar que hemos leído la obra del señor Capdevila no solamente con creciente interés sino con constante provecho. No siempre se da con tan singularmente preciosas ocasiones de ponerse en contacto con civilizaciones idas y sin embargo de tanta importancia para todo americano. Una de las peores plagas que ha sufrido la literatura hispanoamericana, es el que se ha llamado indianismo literario, que consiste en divagar largo y tendido, con melancólico tono y aires de duelo, sobre las civilizaciones americanas que los españoles destruyeron, sin que ello corresponda a conocimientos positivos ni, lo que es peor, a sentimientos sinceros para con los indios actuales, descendientes de aquellos cuyo triste destino — ¡y tan triste! — se lamenta literariamente tanto. El señor Capdevila no cultiva ese género; sabe mucho, por lo pronto, y la misma circunstancia de que a las veces el poeta inspira al historiador, acredita sobradamente su sinceridad. Cerramos, pues, *Los Hijos del Sol* con firme ánimo de volverlo a leer.

Necrología


Señor Carlos Raúl Morteo. — Ciudad.


Señora Ana María Sarti de Mendoza. — Capital.


Señora Julieta Levalle de Pech. — San Juan.


Señor Héctor M. Tellería. — Rosario.


Señor José Rossi. — Santa Fe.

EL GENIO Y LA ENVIDIA

Caía la noche. Polvo de oro tamizaba la luna por entre el sombrío follaje. Parpadeaban los astros pletóricos de luz.

Esparcían las florecillas tenues perfumes de su aliento.

Posado sobre la rama de un abedul, un ruiseñor humilde rompió el silencio de aquellas soledades, dejando escuchar los trinos de su garganta privilegiada. En aquellos cantos se retorcían como sierpes moribundas los dolores humanos en toda la desnudez; todas las tristezas trágicas y todas las melancolías resignadas. Aquella voz tenía acíbar; aquella voz tenía sangre; aquella voz tenía hieles; aquella voz tenía lágrimas.

A la vera de un árbol, en el hueco de una peña, dormitaba una víbora.

El canto del ruiseñor la despertó. Asomó la triangular cabeza. Vió cómo la Naturaleza entera estaba suspendida de la voz del ruiseñor. Un chispazo eléctrico recorrió su ser. Quiso imitar al bardo de la selva y lanzó un silbido que retumbó en el valle como la carcajada de un demonio.

Viendo su impotencia salió del antro, deslizándose artera por entre la hojarasca, trepó al árbol, y cuando el ruiseñor desgranaba sus más dulces armonías, le clavó en el pecho su aguijón envenenado.

El pájaro cayó del árbol, replegándose en las sombras de la noche. La luna había ocultado su faz despavorida tras un jirón de nubes.

VÍCTOR HUGO.

Siempre trabajad en que si escribiéreis alguna carta mensajera, que los renglones sean derechos, las letras juntas, las razones apartadas, la letra buena, el papel limpio, la nema sutil, la plegadura igual y el sello claro; porque es ley de corte, que en lo que se escribe se muestra la prudencia, y en la manera de escribir la crianza.

ANTONIO DE GUEVARA.

SECRETAS

(AMBOS SEXOS)

El tratamiento verdaderamente eficaz y rápido para enfermedades secretas de las vías urinarias.

INYECCION 918

No tiene similar. Es electroactiva. No ataca el canal urinario y NUNCA PRODUCE ESTRECHEZ.

Dos inyecciones diarias durante 8 a 15 días bastan para casos recientes de **gonorrea, blenorragia, uretritis, orquitis, prostatitis, vaginitis, catarro vesical, flujos varios, etc.** Casos crónicos necesitarán algo más tiempo, pero el resultado es seguro en todos los casos.

Empleo sencillo y cómodo; no necesita régimen especial.

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Si su farmacéutico no la tiene, pídalo directamente a los

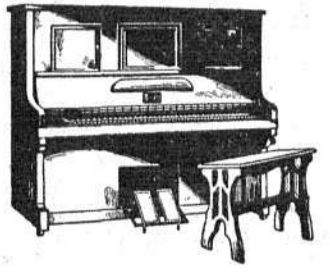
Laboratorios Farmacéuticos D'Inzeo, Lda.

Departamento de distribución: GARAY 339 - Bs. Aires.

SOLICITE FOLLETO EXPLICATIVO



Precio del frasco $ 5.50 m/n. franco de porte



Primer premio.

Un Concurso cuyas bases aseguran su absoluta corrección.

Se trata de acertar qué día, de los comprendidos entre el 20 y el 31 de Enero de 1924, será el de mayor temperatura en la Capital federal.

Para tomar parte en este concurso, es necesario solicitar el formulario especial que BIXIO & CASTIGLIONI entregan a sus favorecedores. Y en ese formulario deberá anotarse la solución que se desee.

La apertura de los sobres y la verificación del resultado, se realizarán en acto público el día 3 de Febrero de 1924; y como es lógico, tratándose de la temperatura atmosférica, nadie puede prever lo que ocurrirá y nadie puede alterarlo.



Segundo premio.

PRIMER PREMIO: Gran Piano "Augusto Roth" de concierto, con autonola de la casa Breyer Hnos. con 20 rollos a elección. Valor $ 2.600.—.

SEGUNDO PREMIO: Gran Concertola de lujo, con 12 piezas, de la casa "América". Valor $ 380.—.

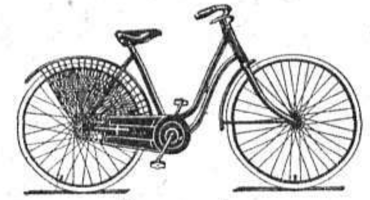
TERCER PREMIO: Bicicleta para niña o niño a elección, marca "Exquisite" de la casa M. Pacheco & Cía. Valor $ 135.—.

FOTOGRAFIA

Bixio & Castiglioni

SOLICITE BASES.

C. Pellegrini 760



Tercer premio.

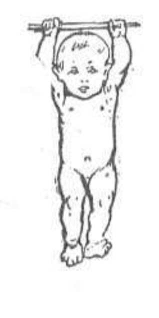
DEPARTAMENTO NACIONAL DE HIGIENE

PROTECCION Y ASISTENCIA DE LA INFANCIA

LOS PELIGROS DEL VERANO PARA LOS NIÑOS

CONSEJOS PARA EVITARLOS





Los niños menores de dos años pagan durante los meses de calor, especialmente en las provincias y territorios del norte, un gran tributo a las enfermedades del APARATO DIGESTIVO (enteritis, gastro-enteritis, disenterías, «empacho», etc.) y mueren en gran número.

La mitad y más aún, de esas muertes, son debidas a las enfermedades ya mencionadas, *enfermedades que son evitables en la gran mayoría de los casos, pues son debidas a falta de cuidado y especialmente a la mala alimentación.*

Todos los habitantes del país, y particularmente los padres y madres de familia, deben, pues, conocer los cuidados y precauciones que han de adoptar para que los niños no se enfermen y para que, si llegaran a enfermar, curen cuanto antes.

He aquí las principales prescripciones:

1.º — Ante todo, CRIAR LOS NIÑOS AL SENO DE LA MADRE, DANDOLES SOLO LA LECHE DEL PECHO POR LO MENOS HASTA LOS SEIS MESES CUMPLIDOS.

(Si las madres temen o creen no poder criar con sólo el pecho a sus hijos, DEBEN CONSULTAR A UN MEDICO, especialista, de preferencia en los CONSULTORIOS DE HOSPITAL, GOTAS DE LECHE Y DISPENSARIOS DE LACTANTES).



2.º — EN TODOS LOS CASOS EN QUE SE DE LECHE DE VACA U OTROS ALIMENTOS, DEBE CONSULTARSE PREVIAMENTE AL MEDICO SOBRE LA CANTIDAD Y FORMA EN QUE TALES ALIMENTOS DEBAN DARSE AL NIÑO.

Además, hay que procurar que LA LECHE SEA FRESCA, que sea HERVIDA o ESTERILIZADA en seguida de recibida, y CONSERVADA DESPUES EN FRIO.

Donde sea posible, DEBE SER ORDEÑADA DOS VECES POR DIA, para no tener que conservarla muchas horas aun después de hervida, y debe procurarse que antes de ordeñarla SE LAVEN LAS TETAS DE LA VACA Y LAS MANOS DEL QUE ORDEÑE.



3.º — Las personas que preparan los alimentos o los dan a los niños, DEBEN LAVARSE PROLIJAMENTE LAS MANOS con agua y jabón, y si fuera posible, pasarlas por agua hervida cada vez que hayan de tomar los alimentos o los biberones.

4.º — Hay que evitar que los niños SE LLEVEN A LA BOCA los dedos, chupones u otros objetos, y con mayor razón, tierra, hojas, frutas verdes, etc.

5.º — Evitar cuidadosamente que LAS MOSCAS, LOS MOSQUITOS Y LOS ZANCUDOS se posen sobre el niño o le piquen. Cuando esté dormido, debe estar siempre PROTEJIDO POR UN MOSQUITERO o por un pedazo de tul.

HAY QUE COMBATIR POR TODOS LOS MEDIOS POSIBLES A LAS MOSCAS, que transportan continuamente microbios de las basuras, y otros gérmenes sucios a los alimentos, la boca y las manos del niño.

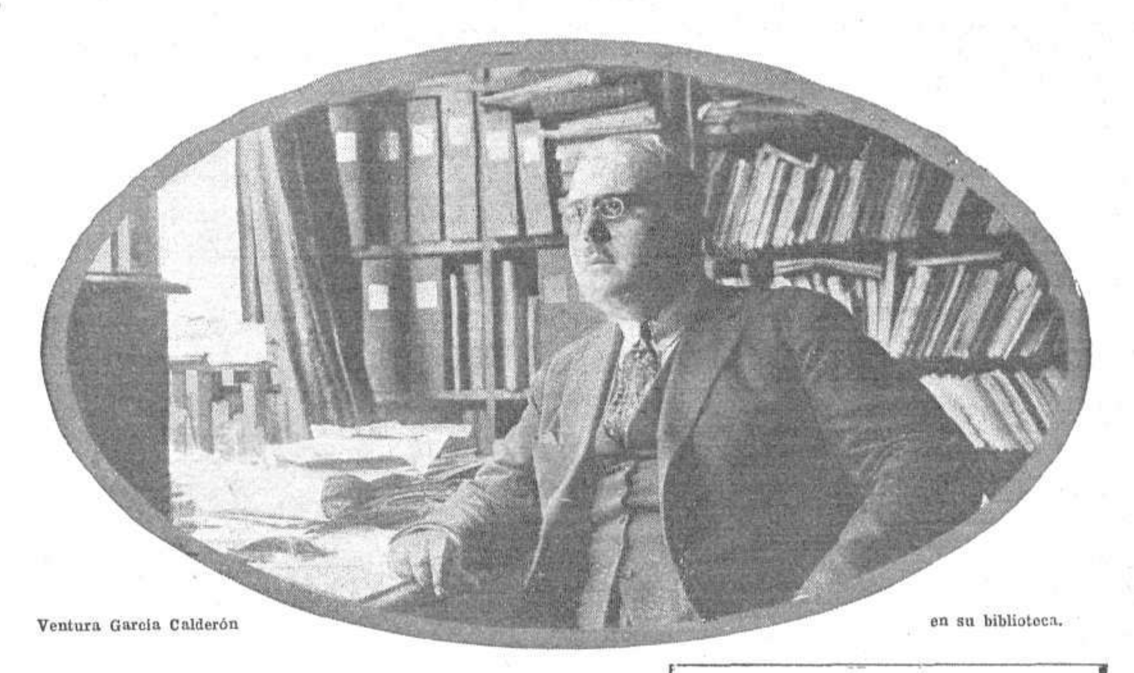
Los alimentos del niño, los biberones, tazas, cucharas, etcétera, deben ser especialmente protegidos por rejillas de alambre, tules u otros medios, contra las moscas.



6.º — HAY QUE PRESERVAR A LOS NIÑOS PEQUEÑOS DEL CALOR EXCESIVO que, por sí sólo, puede producirles accidentes serios, y HASTA LA MUERTE. Evitarles las piezas cerradas o caldeadas. Tenerlos con ropa muy fresca, protegidos del sol, lo más posible al aire libre, bajo los árboles, en parques o plazas. Bañarlos en agua templada una vez por día. Darles agua a menudo en verano, (aun a los niños de pecho) agua templada o fresca, haciéndola hervir antes y dejándola enfriar, si no se tiene agua filtrada.

7.º — Si LOS NIÑOS SE ENFERMAN CON FIEBRE, VOMITOS O DIARREA, DEBE SUSPENDERSE TODO ALIMENTO, incluso la leche misma del pecho, durante 12, 24 o más horas, DANDO SOLAMENTE AGUA FILTRADA (o hervida) hasta la visita del médico. Si hay mucha fiebre, lo mejor es dar un baño templado, con agua fresca a la cabeza, de 8 a 10 minutos de duración.

GREGORIO ARAOZ ALFARO.



Ventura García Calderón en su biblioteca.

Nuevos colaboradores de "Caras y Caretas"

VENTURA GARCIA CALDERON

Es Ventura García Calderón algo así como el ministro plenipotenciario de la literatura hispanoamericana en París. Nuestras letras han hallado en él un amigo y un defensor. La potente personalidad del escritor peruano traduce en la escena cotidiana el entusiasmo viril de Michelet con la desenvoltura elegante de Barbey d'Aurevilly. Así ama y así odia. Pero sobre todo, defiende, protege, apadrina. Director de publicaciones en varias casas editoras, crítico, cronista, redactor principal de la «Revue de l'Amerique Latine», encargado de la sección sudamericana en diarios y revistas franceses, traductor al francés de nuestra joven literatura, en ese largo puesto de combate, hace quince años que pelea desinteresadamente por extender el prestigio del cerebro de América bajo el cielo privilegiado de París. Si hay una parcela de gloria a dar en Francia que no sea para los de la casa, Ventura García Calderón quiere que ese gajo sea para los escritores de la América del Sud. De cualesquier república. En su gran corazón no hacen mella las fronteras. Contiene todo el continente. Y así como acaba de defender a Mármol, autor de «Amalia», ha lanzado un guante al escritor Chadourne, que en su último libro se ha sonreído de las costumbres de Venezuela, sin comprenderlas.

He ido a verle en nombre de CARAS Y CARETAS a su casa, donde, por razones de política peruana, que son públicas, y por un gesto que habla largo sobre su hombría de bien, conoce, lo mismo que su hermano Francisco, las durezas del ostracismo. Los libros han salido a recibirme antes que el dueño de casa. Los hay suyos, «Bajo el amor de las sirenas», «En la verbena de Madrid», «Cantilena», sus múltiples volúmenes, en prosa y verso; pero los ha traspapelado tras los muchos que componen la biblioteca de este hombre enteramente consagrado al triunfo de la obra americana.

Con ese calor y color que da la zona tórrida maternal al literato peruano, me ha expuesto el programa de sus días. Todos llevan el nombre de un amigo, el título de un libro o de un poema de alguien, de uno de esos desconocidos que, desde el continente colombiano, ha fiado su destino literario en manos de este espadachín ágil, nervioso. Su exaltación es constante y a un mismo ritmo vibra la idea y el sentimiento sobre sus labios, en sus manos, y se agita en sus brazos fraternales. García Calderón se desborda habitualmente de bondad.

Fué así, que al solicitarle su colaboración para CARAS Y CARETAS, le oí evocar el paisaje de la literatura argentina en un párrafo florido y sensible que le pedí me fijara en un autógrafo. Es una página de álbum que recorto para placer de los lectores de esta Revista donde aparecerán con frecuencia los cuentos del bravo temperamento de escritor y de hidalgo que campea en la fuerte persona física de Ventura García Calderón, ministro de las letras sudamericanas ante la muy noble literatura francesa.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

Siempre sentí afición cordial por esa literatura argentina que comienza como un grabado romántico: un poeta a caballo con la guitarra a cuestas como una caja de muerto. A menudo os vi reír injustamente, camaradas, del payador antiguo, del poeta candoroso y feudal que cazaba sus rimas con el lazo en la mano, clavando a veces, en el mismo corazón de la Musa, su facón imprudente...

Pero todo provino de allí, amigos míos: y algún día os veré elevar estatuas al nuevo mito, pues tienen ya su equivalente argentino el Pegaso y la lira. Más antigua, más útil que el abecedario de Sarmiento, fué esta guitarra de los pagos que enseñó a los hombres rudos el platónico deliquio de los Petrarcas y el arte de mirar las flores y los astros para hallarle comparaciones desesperadas al garbo de una Musa morocha...

VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

De Mendoza

GUAYMALLEN. — Placa colocada por las autoridades provinciales con motivo de la inauguración de un puente en el paso denominado "La Muerte".



Parte de los concurrentes al acto de la inauguración del puente antes citado.



De Santiago del Estero



Estado en que quedó el aeroplano "Kakuy" después de su violenta caída, en la que tanto el piloto como su acompañante resultaron milagrosamente ilesos.

NADA ES NUEVO SOBRE LA TIERRA

Notas de un médico francés: Hemos visto el Museo del Vaticano, que es admirable por su riqueza histórica.

Hemos recorrido salón por salón, aun el «Museo Secreto» que en tiempo de Pío IX, fué cerrado y sellado.

Las estatuas en mármol y bronce de la más remota antigüedad encontradas en Pompeya y Herculano, los grupos soberbios de escultura que adornaron las Termas de Caracalla: los objetos que guardan las vitrinas; los mosaicos y las pinturas murales; las alhajas y los adornos femeninos de refinado gusto, etc., etc., revelan una civilización.

Pero hay una vitrina, donde, como médico, me detuve un gran rato.

En esa vitrina están los instrumentos de cirugía encontrados entre las ruinas de Pompeya.

Allí nada falta de un arsenal quirúrgico moderno.

Las patentes de invención que hemos dado, debemos romperlas. Ya esos instrumentos estaban inventados y se practicaban operaciones de alta cirugía hace dos mil años.

En esa vitrina encontramos espéculum, fórceps, sondas acanaladas, valvas separadoras, bisturís, piezas de forcipresión, beniquen metálicos e instrumentos para la talla, etc.; todo ese instrumental indica sin lugar a duda, que en Pompeya la cirugía estaba a gran altura.

El alcance de tiro de un cañón asciende a lo sumo a dos horas; el alcance de una idea llega hasta las futuras generaciones. — PEPPER.

UN ORGULLOSO

Todos los internados quedamos mudos por unos instantes al escuchar el triste relato del «niño vestido de luto», que tildábamos de orgulloso porque jamás quiso tomar parte en nuestros juegos.

* * *

— Durante la tarde — dijo — mis padres habían reñido, pues mamá no podía tolerar la visita de la señora Celia, y hasta la noche quedó llorando. La cena fué muy triste, solo mamá y yo estuvimos en la mesa; luego, abrazándome con ternura, ordenó acostarme.

«Repercuten aún en mis oídos los fuertes latidos de su corazón; parecían martillazos, y mientras murmuraba palabras incomprensibles, humedecía mi rostro con los lagrimones que vertía.

«Nunca lo olvidaré, y cuando vosotros jugáis y yo, solo, contemplo vuestros alegres pasatiempos, me parece sentir con más fuerza aquellos latidos que me persiguen día y noche.

Hubo una pausa, y secándose los ojos continuó:

— No sé explicarme por qué no pude entonces hablar, a pesar de que, en mi memoria, hilvanaba muchas lindas palabras para consolar a mi santa madre. Cuando me creyó dormido, se acercó a su secreter y de un escondrijo sacó una carta.

«Sus manos temblaban, parecía indecisa, pero bien pronto, con energía, rompe el sobre, desdobla el papel y lee nerviosamente. Pasa de una carilla a la otra, vuelve al principio, se interrumpe, repite algunas frases y estruja el papel mientras llora ahogándose en sollozos. Luego, se pasea por la habitación, como si meditara algo muy grave; se detiene, parece haber encontrado la solución. Viene hacia mi cama, se inclina y besa mi frente con ansia extrema. Sus labios son fríos, parecen de mármol, y mi cuerpo se estremece ante beso tan extraño, pues nunca lo había hecho así.

«La sombra de su cuerpo se dibujaba enorme sobre la pared, llegaba casi hasta el techo, temblando lo mismo que la llama de la vela. Aquella sombra me da miedo, cierro los ojos para no verla y me acurruco en la cama con temor. Pero la sombra me persigue, parece que se apodera de mí y me devora; quisiera gritar, abrazarme al cuello de mi madre, pedirle protección... abro los ojos con cautela, uno después de otro, temo que algo malo me suceda, pero ya nada veo, la sombra ha desaparecido.

«Mi madre sentada escribe, parece equivocarse a menudo, porque rompe las hojas de papel después de leerlas. Ya ha roto muchas, pero al fin pone en un sobre su escrito. Vuelve a sacarlo, está a punto de romperlo lo mismo que los otros; cambiando en seguida de opinión, cierra el sobre y con paso enérgico sale del cuarto. Oigo cómo pasa de una habitación a la otra, cómo vuelve, se detiene; el rumor se hace cada vez más imperceptible y el sueño se apodera de mí.

* * *

«Asustado, salto de la cama, creo escuchar la voz gruesa de mi padre que se enoja, luego suplica, implora, corriendo de un lado para otro, con la carta que poco antes había escrito mi madre, mientras ésta, con débil voz, le recomienda me cuide con cariño.

«Te juro que todo ha terminado, que a ti sola adoro — dice mi padre. — Consultaré al médico, diré que se trata del niño, hay que evitar un escándalo.

«Y sale corriendo a la calle, sin sombrero, a pesar del frío intenso de la noche. Yo miro pegando mi cara a los cristales y le veo desaparecer en la sombra.

«Yo nada comprendía; mi padre regresa pálido y tembloroso, me acuesto; él cae abatido en un sillón con la cabeza entre las manos.

«Se oyen pasos... — Es el médico, todo se arreglará — dice mi padre. Y se presenta ante mí un señor alto, muy serio, de mirada fija, ceñuda, imposible de sostener.

«El niño ha bebido el contenido de este frasco, creyendo ser una golosina — le dice, enseñándole un frasco de etiqueta roja donde está dibujada una calavera.

«Yo deseaba hablar, hubiera querido protestar, decir a mi padre que estaba en un error, pero un nudo ata mi garganta y me impide articular palabra.

«El médico abre los ojos con esparto, mueve la cabeza pesadamente de un lado para otro, estira los labios con marcado disgusto y escribe algo con premura en un papel que entrega a papá.

— ¿Has bebido mucho? — me pregunta.

«Yo intento decir que nada comprendo, pero a una mirada de mi padre bajo la cabeza en señal afirmativa.

«¿Por qué me obligará a mentir si siempre me lo ha prohibido?

— Es necesario hacer el tratamiento en seguida, es un caso grave.

«A estas palabras del médico, mi padre cae como desvanecido en un sillón, pero rápidamente se reanima y sale en compañía del doctor.

* * *

«Todo vuelve a sumirse en el silencio. Yo no puedo conciliar el sueño; aquéllo me parece tan raro como si fuera una pesadilla horrible. Los quejidos de mi madre que con marcado esfuerzo quiere retener, me impulsan a correr hacia su lecho para consolarla. Se retuerce a causa del dolor, sus manos se crispan, toma mi cabeza, quiere besarme, mas no puede; sus ojos se abren grandes... muy grandes... parecen salir de las órbitas, se revuelve en contorsiones horribles, yo prorrumpo en llanto, su cara ha cambiado, no parece la misma.

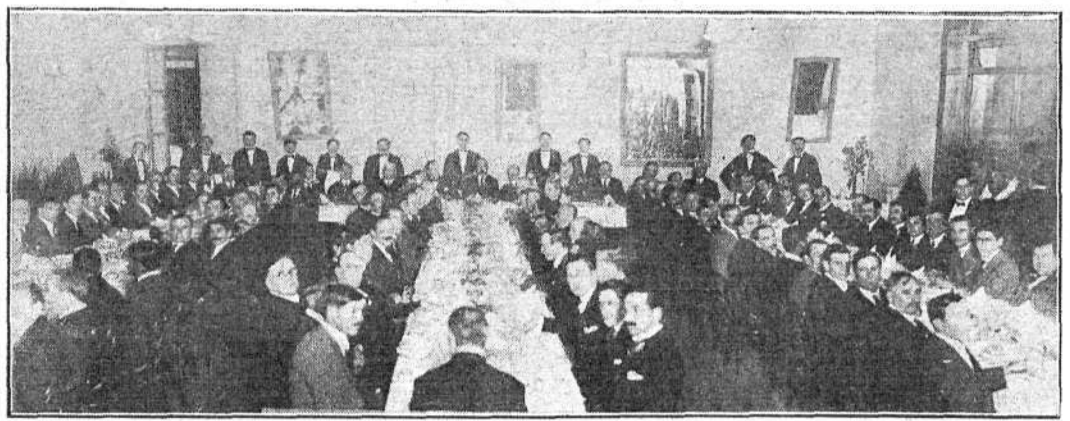
«Grito, pido socorro; nadie acude, y cubro de besos a mi madre, único medio a mi alcance para reanimarla.

«Parece que mis caricias le dan aliento, creo verla revivir, se incorpora, su mirada se hace más dulce y la esperanza renace en mí. Su cara se llena de dulzura, pero cuando creo que el mal ha terminado, cae pesadamente en su lecho, para no volver a mirarme nunca más, en el preciso instante que mi padre, sin respiración y tembloroso, llega cargado de medicamentos, pero muy tarde para impedir la catástrofe»...

— ¿Quieres jugar, orgulloso? — dijo en esto un chico que no había oído el relato.

— No es un orgulloso — dijimos todos, y se nos llenaron los ojos de lágrimas.

PEDRO HEREDIA



GENERAL PICO (Pampa). — Concurrentes al banquete que, como un hermoso exponente de la confraternidad italohispánica, se realizó en esta localidad.

FRAGMENTOS

Las trompetas de plata resonaron bajo la cúpula. Arrodillóse el pueblo con un respeto religioso y vi transportado en hombros de aquellos hombres, semejante a alguna gran divinidad, al santo dueño de Roma.

Como un sacerdote llevaba una vestidura blanca como la espuma; como un rey iba ceñido de púrpura real. Tres coronas de oro se alzaban en lo alto de su cabeza. Rodeado de luz y de esplendor el Papa entró en su morada.

Y mi corazón huyó muy lejos al pasado, a través del desierto de los años, hacia un hombre que vagaba a la orilla de un solitario mar y que buscaba en vano un sitio donde descansar.

Los lobos — decía — tienen su madriguera y toda ave su nido y yo, sólo yo, tengo que errar sin reposo, destrozados los pies y que beber, a un mismo tiempo, con el vino, la amargura de mis lágrimas. — OSCAR WILDE.

PENSAMIENTO

La sociedad no puede vivir sin la desigualdad de las fortunas, y ésta no puede subsistir sin la religión. Cuando un hombre muere de hambre junto a otro indigesto, le es imposible hacerse la idea de que aquello puede ser así, si no tiene una autoridad que le diga: «Así lo quiere Dios, es preciso que en el mundo haya ricos y pobres; luego, en la eternidad, la repartición de goces se hará de otra manera. — NAPOLEÓN.

Discos Victor

Correspondientes al Mes de DICIEMBRE

Discos VICTOR doble faz de 25 ctms., a $ 3 c/uno.

RECITADOS

77094
- **Marcha Triunfal.** Rubén Darío. Señora Berta Singerman.
- **Una hora de alegría y de locura.** Walt Whitman, *traducido por A. Vasseur.* Señora Berta Singerman.

77095
- **Pastoril.** Joaquín Dicenta (hijo). Señora Berta Singerman.
- **Canción de la primavera.** Pablo Piferrer. Señora Berta Singerman.

PARA BAILE

77096
- **No interesa.** Tango. A. P. Berto. Orquesta típica Berto.
- **Papa en puerta.** Tango. A. P. Berto. Orquesta típica Berto.

77097
- **Manantial.** Tango. Pascual Mazzeo. Orquesta típica Fresedo.
- **Mi criollita.** Tango. Francisco Esmella. Orquesta típica Fresedo.

77101
- **La Garçonne.** Tango. A. A. Cipolla. Orquesta típica Fresedo.
- **Vida cruel.** Tango. Vicente de Cicco. Orquesta típica Fresedo.

77102
- **Tristeza gaucha.** Tango. José M. Rizzuti. Orquesta típica Fresedo.
- **Alma mía.** Tango. Emilio Ferrer. Orquesta típica Fresedo.

77103
- **Uvita.** Tango. Lorenzo F. Oliveri. Orquesta típica Cobian.
- **Cantos rodados.** Tango. N. Ferrazano. Orquesta típica Cobian.

77104
- **¡Yaya! Fructa de Conde.** Maxixa. (Noir. Arreglo del maestro Berto). Orquesta típica Berto.
- **Papagaio come milho...** Samba-Maxixa. Francisco A. de Rocha. (Arreglo del maestro Berto). Orquesta típica Berto.

CANTADOS

77098
- **Recordando.** Gato. N. Netto y J. Aguilar. Rosita Quiroga (sólo). Guitarristas Aguilar y Maciel.
- **A mi Oscuro.** Milonga. C. Guiol y J. Aguilar. Quiroga-del Carril (dúo). Guitarristas Aguilar y Maciel.

77099
- **La tardecita.** Estilo. Guiol y F. Polonio. Rosita del Carril (sólo). Guitarristas Polonio y Maciel.

77099
- **La alegría del paisano.** Zamba. J. M. Velich y F. Polonio. Quiroga-del Carril (dúo). Guitarristas Polonio y Maciel.

GUITARRISTAS

77100
- **Trozos de los manuscritos.** Falla. Arreglo de J. Aguilar. José Aguilar (sólo).
- **El Volcán.** Vals. J. Aguilar. José Aguilar (sólo). Con acompañamiento Maciel.

REPERTORIO INTERNACIONAL

19140
- **La Tristeza del Glotón.** (Wolverine Blues). Fox Trot. Orquesta Benson de Chicago.
- **La Casa de David.** (The House of David Blues). *Fox Trot.* The Virginians.

19139
- **Entre las Sombras del Porche.** (Last-Night on the Back Porch.) Fox Trot. Paul Whiteman y su orquesta.
- **Si la que Quiero me desprecia.** (If I Can't Get the Sweetie I Want). Fox Trot. P. Whiteman y su orquesta.

19117
- **Rosas de Picardy.** (Roses of Picardy). Vals. The Troubadours.
- **Marchita.** (Marcheta) Vals. Orquesta Green Arden.

19147
- **Melodía Fácil.** (Easy Melody). Fox Trot. Orquesta Benson de Chicago.
- **En Galera y Contigo.** (In a Covered Wagon with you). Orquesta Benson de Chicago.

19145
- **Mary. ¿Qué haces en Domingo?** (What do you do Sunday, Mary). Fox Trot. P. Whiteman y su orquesta.
- **Chansonette.** Fox Trot. *Paul* Whiteman y su orquesta.

19148
- **Dile a la Gente en Kentucky.** (Tell All the Folks in Kentucky). Fox Trot. Charles Dornberger y su orquesta.
- **Rosa de Media Noche.** (Midnight Rose). Fox Trot. Orquesta Benson de Chicago.

19136
- **Tontuela.** (Foolish Child). Fox Trot. Orquesta Benson de Chicago.
- **Aquella Pandilla Mía.** (That Old Gang of Mine). Fox Trot. Orq. Benson de Chicago.

19138
- **¡Qué Ardor, Hermana, qué Ardor!** (Oh! Sister a'int that hot). Fox Trot. Charles Dornberger y su orquesta.
- **¡Mala, Mala Mamá!** (Mean, Mean Mamma) Fox Trot. Orquesta Benson de Chicago.

73936
- **La Chula Tanguista.** Fox Trot. Orquesta Internacional.
- **Flores Aztecas.** Fox Trot. Orquesta Internacional.

19125
- **¡Oh! Susana.** Medley. Fox Trot. Orquesta the Great White Way.
- **Melodías del Sur.** (Southern Melodies). Vals. The Troubadours.

19130
- **Esa Tamañasa Mamá Rubia.** (That Big Blond Mamma). Fox Trot. Tennessee Ten.
- **Sollozando.** (Sobbin Blues). Orquesta Benson de Chicago.

INSTRUMENTADOS

Discos VICTOR doble faz de 25 ctms., a $ 5.40 c/u.

55200
- **Natoma.** Drager Dance (Herbert). Orquesta Victor Herbert.
- **Indian Summer.** (Herbert). Orquesta Victor Herbert.

Victrola

"LA VOZ DEL AMO" REG. U.S. PAT. OFF. MDE F. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Importante: Busque siempre estas marcas de fabrica debajo de la tapa y en las etiquetas

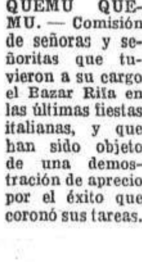
Victor Talking Machine Company, Camden, N.J. E.U. de A.

Revendedores Victor en todas las ciudades importantes de la Argentina y Uruguay.

UNICOS MAYORISTAS:

PRATT & Cía.
626 Sarmiento, 636. — Buenos Aires.

DELLAZOPPA & MORIXE
Plaza Independencia, 733 — Montevideo.



QUEMU QUEMU. — Comisión de señoras y señoritas que tuvieron a su cargo el Bazar Rifa en las últimas fiestas italianas, y que han sido objeto de una demostración de aprecio por el éxito que coronó sus tareas.

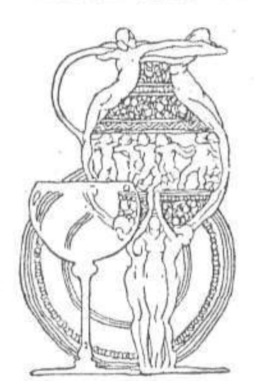


Miembros de la colectividad italiana que celebraron con un banquete el aniversario de Vittorio Véneto.



Escena de vendimia en una finca mendocina.

LA DULCE VENDIMIA



Jugosos e incitantes asoman entre joyeles de pámpanos millares de racimos. La tierra cordillerana que acaba de sentir en su entraña el retorcimiento fecundante de los rayos del sol parece ahora iniciar el cántico ritual de sus abundosas cepas. ¡Qué prodigio! Alguien de valía — ya lo tengo dicho en otro artículo — ha tenido que dar escape a su admiración al encontrarse con estos inmensos predios en que la herencia de Noé centuplícase de una manera verdaderamente providencial.

Han alegrado su soledad todos los campos, y las negruras del valle se iluminan de centenares de luces que ambulan en la inquietud de gentes venidas al pie de los majuelos requiriendo el resarcimiento de las penurias a que la temporada de holganza les ha tenido sometidas. Y es de oirse, a través de los corrillos, el pintoresco parloteo de mujeres ahuecadas en años y jactancias, bosquejándose a pura reciprocidad los más halagüeños augurios porque la ganancia cunda bastante y llegue a desenterrar las modestillas comodidades de casa, hoy empotradas en alguna deuda o endosadas a cualquier acomodo pignoraticio.

Los hombres aparentan descansar en sus íntimas convicciones, y ofrecen escaso colorido al conjunto. Puede que la misma seguridad del éxito les abotargue las ideas, o se las haga dulcificar sintiéndose tan hermanos con el terruño y la cepa. Más gusto causa al sentido estético la vista de la niñez y de las mujeres llevando canastas, atiborrando «canecas», no sin abandonar el deleite que puedan dar a sus bocas algunos ricos racimos que chorrean jugo, y parecen canturrear un leve guitarreo de querencia serrana.

Vienen por millares a laborar en estas horas y días de alegría los seres nacidos bajo el pértigo del trabajo. Llegan desde los páramos del sur, andando por caminos cruentos y enredados. Bajan de la meseta que apenas consiente una que otra revelación del poderío humano.

Desde tierras hambrentonas y hostiles corren seres enjutos, magrísimos, como sombras, que al verse rodeados por la lozanía de tamaña prosperidad siéntense renacer con los halagos del bravo sol mendocino.

Se recogen los racimos de una manera rítmica. Por hileras, al compás del tijereteo tan típico de la vendimia, engarzado el eco en los varios estribillos que las añoranzas o el fanatismo regional cantan con una música que exalta el recuerdo de las primitivas libertades de tribu.

Es vasto el espectáculo: un mar de hojas en perpetuo balanceo, una cálida brisa de heno y álamos, una formidable sensación de inmensidad inacabable, algo así como el renovado convencimiento de que estas tierras va a juntarse con el firmamento en una remota sutura, que se van a confundir con él para formar la teoría de lo eterno. Y allá en los depósitos de la bodega van cayendo millones de millones de granos, todos ellos jocundos y promisores cual una sonrisa. Ocurrirá luego la maravillosa obra del mecanismo ductilizado y hecho al dominio del hombre para que aquellas uvas escurran su néctar, dejen ahí sus esencias, sus jarabes, el alma incomprensible de la vid que hasta de sus ollejos (despojo de un trofeo) nos brinda los tartáricos y abonos combustibles.

Toda esa gente que presta su brazo a esta legendaria transformación quizás no comprenda en todo su aquilatamiento el deleite del poema en que es actora. Es probable que su hambre de ganar les atiborre de cifras el sentimiento. No importa. La vida, sabia preceptora de los hombres, les ha colocado a ellos en el gran camino de los triunfadores, de los poetas, de los estetas y de los mártires, como un emblema que dice de alegrías, de lágrimas felices, de carcajadas y de la muerte suprema en alas del ensueño.

Por eso la vendimia, desde Job, fué la fiesta de los pueblos.

SANTIAGO FUSTER CASTRESOY

PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

Veinte minutos después, a todo correr de su máquina, entrevistábase con la señora Lesoeur, la cual aún ignoraba el paradero de su esposo. Ruth la consoló como mejor pudo, anunciándole que a Mr. Doyle le había sido imposible disponer de tiempo para verla aquel mismo día, pero que era segura su visita. Y regresó a Beaulieu tan ligero como a la ida.

Apenas se apeaba frente al garage, la voz del chófer Michael sonó para anunciarle mientras le abría la portezuela respetuoso:

— El señor Reverly ha llegado, señora.

Ruth mal reprimió un grito de grata sorpresa; corrió hacia el interior de la casa, y en cuanto puso los pies en la sala llamó a voces a su marido.

Oyó la fuerte y varonil contestación que desde arriba le daba él y subió las escaleras en un aliento, cayendo en sus brazos emocionada.

Las lágrimas, espontáneas y sinceras, acudieron abundantes a sus ojos, denunciadoras del cariño que le tenía.

Con todo el poder de su voluntad consiguió serenarse. Las cosas que iba a contarle requerían calma; y después de preguntarle cómo regresaba antes de lo anunciado, comenzó a contarle sin precipitación todo lo ocurrido durante su ausencia; todo menos el hallazgo del trozo de gemelo.

Este detalle, que tanto y tan horriblemente preocupara su cerebro, dando lugar a horribles sospechas que su razón se apresuraba a rechazar, se lo diría después a su marido... después de explicarse con él y de contarle todo lo demás.

Reverly la escuchó atento y silencioso hasta que ella terminó.

— ¿Con que investigándome, eh? ¿Y también murmurando del vecino Sam Overholt?

Sus labios y lo mismo sus ojos tomaban cierto aspecto ceñudo, casi torvo. Pero en seguida la mirada se normalizó para decirle como comentario:

— Doyle es un brillante mozo, pero ha sido muy bruto al contarte que yo aparecía sospechoso.

— Pero, a los pocos instantes, me aseguraba que eras inocente — se apresuró a repetirle ella con ánimo de que se le pasara su momentánea irritación.

— Ha sido muy bondadoso — contestó el hombre. — ¿Necesitas seguridades de mi conducta, Ruth?

Un cálido rubor afluyó a las mejillas de la mujer

— Por supuesto que no, Bent.

Luego, para su fuero interno, se avergonzó, tuvo como remordimientos, sintió como horror de haber siquiera dudado nada más que durante fracciones de tiempo que casi no alcanzaban la creación de una idea fugaz.

— No, claro que no — repitió — pero, Bent: cuando yo encontré... no lo creía; claro que estaba segura de tus explicaciones. Y ahora ya no quiero... no necesito que me digas si te tengo confianza. Y yo hice todo lo que hice porque procedí tan mal, que deseaba que conocieras tú qué clase de persona soy yo.

Y lo miró con mirada de triste reproche.

— ¡Por Dios vivo, Ruth! ¿Es que te estás volviendo histérica? — preguntóle Bent sorprendido.

Parpadeó ella para hacer firme su mirada, pero sintió que el rostro denunciaba su confusión.

— Ya te dije — habló muy despacio, dominándose — que ayer en la mañana estuve en la cima del precipicio y que después, al tropezarme por segunda vez con Lacy, éste me dijo que andaba buscando la «evidencia» del asesinato.

— ¿Y qué? — dijo Reverly.

— Cuando regresé a casa me di cuenta de que la piececita de oro que encontrara en el césped de Dyce's Head y que daba ya por perdida, cayó al suelo al entrar yo en el salón. Sin duda se había quedado prendida en algún pliegue de la falda. Pocos minutos después, revolviendo en busca de algo, entre las cosas de la cajita de botones tuya, me encontré con otro trozo de botón igual al otro, y entonces comprobé que se correspondían, siendo una misma pieza. Bent; perdóname, pero te confieso que por espacio de un minuto tuve miedo. Recordaba que Doyle hablara de lucha y...

Calló, como si le fuera imposible dar salida a sus temerosos pensamientos.

Su marido, encarándose con ella, afirmó:

— No tengo gemelos de camisa rotos.

Ruth, sin dejar de mirarle, sintió que a sus ojos acudía la sensación de miedo, de duda, que la atenazara el día anterior.

— Pero, Bent, si yo misma lo vi — exclamó.

Y como él la contemplara con aire de incredulidad todavía, ella se desprendió de sus brazos entre los cuales, semi-abrazados los dos, permaneciera desde el primer momento, y se dirigió a la pieza. Sobre la mesa hallábase la cajita de botones y alfileres. Se apoderó de ella y la abrió, removiendo con sus dedos entre las pequeñas joyas. Las dos piezas de oro complementarias del botón de camisa no estaban en la caja.

Despacio, como aturdida, se volvió, avanzó hacia su esposo y se lo quedó viendo con ojos «miserables».

El, tranquilo en apariencia, aparecía lo más limpio y honrado del mundo; era honrado, debía ser honrado. Ella lo amaba tanto que no debía abrigar la menor duda. ¿Pero quién, entonces, tomó, quién pudo haber sido el que sustrajo de la cajita las dos partes correspondientes del gemelo? ¿Quién? ¿Quiénes? ¿Constituían una evidencia las dos piecitas en la misteriosa muerte de Armstrong? ¿Supo de algún modo Bent la rápida investigación que se estaba llevando a cabo acerca del asunto? ¿Fué ello la causa de su regreso anticipado?

La razón le decía a ella que si el botón de camisa partido en dos pedazos hubiera constituído una evidencia, su marido habría hecho desaparecer con anticipación el que guardaba en la caja. Pero también había oído que, algunas veces, ciertas personas se traicionan a sí mismas, dejando rastros de sus crímenes.

¿Era incredulidad y extrañeza lo que demostraban los ojos de él o bien significaban un cinismo y una astucia increíbles?

Esto, y todo lo demás que se relacionaba con tan subterráneo problema, torturaban la mente de Ruth cuando de nuevo contemplaba el rostro varonil de Bent.

CAPITULO X

UNA ENTREVISTA ENTRE BENT, RUTH Y DOYLE QUE TODAVIA NO ACLARA NADA EN EL TENEBROSO ASUNTO

Una incredulidad, un sentimiento de extrañeza y también los resquemores de una desconfianza se apoderó, a su vez, del ánimo de ella, y estas angustiosas perplejidades asomaban a sus ojos de un modo harto visible.

—No me agrada tu manera de ser, Ruth —habló Bent.

Su voz era tranquila en apariencia, pero en los oídos de ella, por un extraño fenómeno, resonaba estruendosamente, como tratando de volverla sorda. Cierto que, entre ambos, no había nada más que amor con todas sus consecuencias de cortesías, halagos y mimos recíprocos, cierto también que tal sentimiento prevalecía en ellos, aun en aquellos momentos excepcionales.

Ruth le advirtió colérico, pero bien sabía que se trataba de un impulsivo controlable. La apacible imaginación de ella, penetrante y cultivada, femenina y sutil, adivinaba sus pensamientos de ahora, substituyéndolos, en rápido cotejo, con los pertenecientes al pasado y los que pudieran surgir en el futuro; y tales ideas encendían extrañas fosforescencias en su imaginación y agregaban nuevos encantos de celosa inquietud a su aire de fragilidad, que constituía uno de sus mayores atractivos.

Bent, su esposo, convirtióse repentinamente, en el vertiginoso rodar de sus cerebraciones, en una especie de sacerdote de un mito antiguo, algo como un fetiche que iba desdibujándose, empequeñeciéndose, convirtiéndose en arcilla, en humano y defectuoso. No quería, no sabía, no podía destruír así, a desgarrones violentos, un personaje tan íntimo y tan suyo; dolíale en el alma tener que dudar de su marido, centro de su felicidad y de su existencia. Y con un poderoso esfuerzo imaginativo, su pensamiento se retrotrajo. Mirábale ahora con los ojos plenos de una deliciosa claridad. Apreciaba su nariz varonil, los ojos de recto mirar, sus labios delicados y a la par firmes, su amplia frente, acusadora de inteligencia, los anchos hombros y la estatura atlética. Todo él le pertenecía; era él una parte de sí misma, siendo su esencia, y ella acababa de despertar, sin esperarlo ni quererlo, un grado de emoción en su marido capaz de tornarse rápidamente en cólera, en resignación y acaso en desvío.

Orgullosa por naturaleza, consciente de ello, jamás se imaginara en circunstancias de doblegarse ante nadie, de pedir disculpas, de verse obligada a implorar algo de alguien con los ojos húmedos.

Enlazando con los brazos a Bent, Ruth, después de una intensa pausa, díjole:

—No me hables así, por favor, Bent. Me hieres en lo más íntimo.

—¿Pero te crees que no me hiere a mí también regresar a casa y encontrarme a mi mujer llena de estúpidas suspicacias? ¿Te crees que me agrada que mi esposa me diga que soy embustero?

—¡Oh, no es cierto, no es cierto! —exclamó ella verdaderamente impresionada por lo que acababa de oir.

Bent se encogió de hombros con gesto indefinido.

—Claro que no me lo dijiste directamente, pero era fácil inferirlo de tus palabras —respondió.

—No he querido significar eso —confesó Ruth.

—¿Entonces qué es lo que has querido significar?

La pregunta desconcertóla de momento. Una honda tristeza se reflejaba en sus ojos, una decepción dolorosísima. La seguridad que abrigara de que Bent, cuando llegara al hogar, le desvanecería en el acto todas sus dudas y temores, trocábase ahora en nuevas y más agudas sospechas, en nuevos motivos de angustia que le hacían la vida insoportable.

El gemelo roto, que encontrara en la base del precipicio de Dyce's Head, constituía el hallazgo inquietante a partir del cual no disfrutara de un momento de reposo.

Fluctuando entre el temor y la confianza, cruzaban por su mente las conversaciones sostenidas con Patrick H. Doyle, el desconcertante y extravagante detective, y a tales recuerdos, como rebotando insidioso y maligno, aparecíasele el gemelo acusador, ese pedacito de oro que se completaba tan perfectamente con el otro que «existiera» en la cajita de joyas de su marido. Sus nervios, en tensión progresiva, mortificábanla hasta la neuralgia.

Esa era la «evidencia», la evidencia maldita sobre la que no cabía prescindir. Sin embargo, el asunto bien pudiera resolverse con explicaciones simples. ¿Por qué no? Reverly, sin duda alguna, podía declarar que, en efecto, bastante tiempo hacía, perdiera la mitad de un botón del puño de su camisa, lo que resultaba sencillo y natural. ¿Por qué él no intentara dar semejante explicación?

Su honradez innata, su ingenio y sus ansias inducíanla a desalojar de su mente las más nimias sospechas. Por otra parte, no juzgaba correcto que él siguiera atormentando su alma cuando tan poco le costaría desvanecer sus temores con muy pocas palabras.

Ahora bien; ¿y si esas pocas palabras fueran una mentira? No era difícil suponerlo. Hasta la persona más lista, cuando se la enfrenta por sorpresa y se le acusa de un delito, es natural que no acierte a utilizar, para su descargo, la más feliz de las falsedades. El embustero debe hablar con rapidez, con firmeza y al mismo tiempo aparentar una naturalidad perfecta si es que ha de ser creído, y ella temía que la excitación de aquellos momentos

pudieran servir para confirmar la sospecha de embuste.

Con muchas probabilidades, Bent soltó la primera mentira que se le vino a los labios, y para encubrirla se vería obligado a soltar otras, acabando por enredarse, lo que significaba una torpeza bien deplorable. Pero antes de proferir su primer embuste resultaba indudable que se apresuró a revolver en la cajita de las joyas, apoderándose de los dos trozos del gemelo. Asimismo deducíase que tales pedazos no le habían preocupado hasta entonces. Pedacitos insignificantes ayer, que al presente se le representaban a ella grandes como montañas que llegaban a las nubes y que luego, estirándose en prolongados lingotes, llegaban hasta el asiento de una silla eléctrica...

Unicamente la más desesperada alarma, la más aguda y fatal sorpresa pudo impulsar a Reverly hacia una conducta tan necia, a una acción que, por sí sola, lo denunciaba y lo desacreditaba a los ojos de todo el mundo.

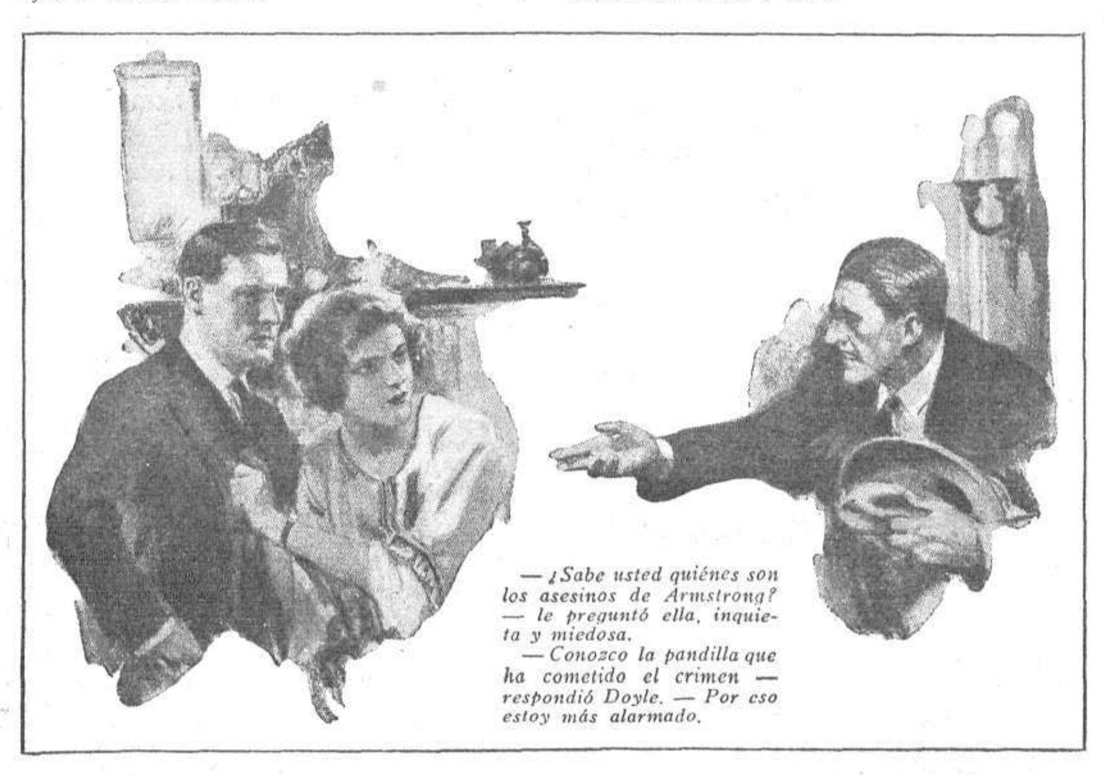
atractivos, ignorados por ella hasta entonces. Y en cuanto a su alma, la veía limpia, diáfana y sin un solo repliegue que indujera a la duda.

No, no; él no había mentido; él no pudo mentirle a ella, gritábale su amor, y su innatabondad, mientras que su sentido común, en pugna abierta con tal pensamiento, asegurábale que sí, que su marido era un falsario notorio que tratara de conjurar, con su primer embuste, toda una serie de pecados y de desvergüenzas inconfesables.

—Bent, una vez más, perdóname. No tuve la menor intención de molestarte y mucho menos de ofenderte. Estaba preocupada y el susto me entorpecía mi buen discurso, Bent, amigo mío, te amo.

Se sintió desfallecer al decir esto, e incapaz de pronunciar nuevas frases de nuevo se arrojó en los brazos del hombre apenas balbuceando algunas palabras entre sollozos entrecortados.

Súbitamente, transcurridos algunos minutos, hubieron de separarse al escuchar ruido. Abajo se escuchaban pasos y voces.



—¿Sabe usted quiénes son los asesinos de Armstrong? —le preguntó ella, inquieta y miedosa.
—Conozco la pandilla que ha cometido el crimen —respondió Doyle. —Por eso estoy más alarmado.

Siguió con su monólogo interior.

¿Denunciado él? ¿Pero porqué? ¿De qué crimen?

Las lágrimas se desprendieron de sus ojos para resbalar por sus mejillas. A través de ellas sentía el fenómeno extraño de que se le aclaraba la visión, como si cada una fuera un cristalino microscopio que magnificara el motivo de sus tribulaciones.

Ahora veía a su marido tal como lo conociera años atrás, notándole aspectos y rasgos que hasta la fecha le pasaran inadvertidos. Le pareció que su mentón pronunciábase enormemente, que una de sus cejas era ridícula y que se le torcían los labios con fea mueca.

Pero sus lágrimas no se limitaban a magnificar tales aspectos físicos: ayudábanla — así a ella le parecía — a escudriñar en el alma de su marido, sin que lograra notar el menor signo de falsedad en sus reconditeces. El cuerpo de Bent, según lo observaba a través de sus lágrimas, poseía defectos muchos defectos que lo hacían simpático, que lo embellecían, añadiéndole, por así decirlo, nuevos

Doyle y Dick acababan de penetrar en la sala

Bajaron en silencio. Ruth sintió una marcada depresión, algo parecido a náuseas de carácter nervioso. Habíase formado el propósito interior de creer a su marido, confiando en que, cuanto más creyera en él, más aprisa se desvanecerían sus torturadoras dudas. Un minuto se tomó en su tocador para enjugar sus párpados y empolvar sus mejillas.

Cuando aparecieron ante los visitantes, Doyle la miró con aquella su particular atención perforante en tanto que ella miraba a su marido, muy interesada en sorprender el efecto que en él haría la presencia del original investigador.

Bent pestañeó nerviosamente al encararse con el personaje, pero apenas si duró ello medio segundo.

El levitón de Doyle, aquella mañana, hallábase completamente abotonado mientras que ahora, con las solapas echadas atrás, ofrecía a la vista un nuevo chaleco de fuertes colores vivos, predominando el verde botella. Seguía usando los zapatos con

arabescos y por supuesto el gran anillo de la piedra descomunal. Su sombrero flexible de color gris perla descansaba medio abollado sobre una silla.

Reverly supo contener a tiempo sus deseos de reirse ante tales fachas, y al saludarle por primera vez, presentado por Dick, Doyle no supo o no quiso decir las frases de cordial vulgaridad que se cambian en tales casos.

El primo de Ruth reprochóle:

— Hombre; todo el mundo sabe decir «cómo está usted» — dijo. — ¿Por qué no se muestran los dos más expansivos? A ver, pruébenlo sobre el terreno.

Reverly sonrió de buen humor ante la confianzuda salida de su pariente político. Pero, no sin sorpresa, advirtió que Doyle no demostraba haber oído a su compañero o bien no se dignaba hacerle caso.

— Hablas como un idiota, Dick — se limitó a decir. — Yo soy Patrick H. Doyle y no necesito consejos.

Y con un brusco pero muy natural cambio de entonación, preguntó a quemarropa a Reverly, sin quitarle los ojos de encima.

— ¿Le cree usted a ella? Ya supondrá lo que significa mi pregunta. A primera vista le juzgo a usted por un hombre de sentido común, que sabe muy bien cómo impresionarme; mas si yo tengo que hablar como un primer ministro, lo haré. Vamos a ver: cuando su esposa le contó a usted lo que no me contó a mí, ¿creyó ella en sus explicaciones?

No fué una exclamación, ni menos una palabra en tono agudo la que, sin ella quererlo, se escapó de la garganta de Ruth; fué un grito, algo como un chirrido estridente de primitiva sonoridad; de esos sonidos sin clasificación que sin duda alguna proferían nuestros antecesores cuando se encontraban en situaciones de peligro y de asombro.

Doyle se contentó con mirarla de soslayo. Aquel chillido penetrante y sin articulación humana significaba una inconsciente y terminante capitulación ante él, y el hombre sintió su vanidad satisfecha.

— ¿Con seguridad, señora Reverly, pudo usted pensar en que fuera engañado Patrick H. Doyle? — dijo.

Ruth, agitando las manos nerviosamente y moviendo los labios hasta dejar paso a la palabra que le hacía falta, contestó:

— No me agrada la palabra «engañado», Mr. Doyle.

— Lo que a mí me disgusta es la acción en sí — replicó éste.

— No sé a qué se refiere usted — arguyó ella recobrando el dominio de sí misma.

Patrick H. Doyle se puso a contemplarse en uno de los vidrios de la ventana, pero no le resultó buen espejo, y entonces, torciendo el pescuezo, posó sus brillantes ojos en Ruth.

— Esta mañana, señora Reverly, hemos estado discutiendo con la señora Overholt, y usted se manifestó sorprendida cuando ella dijo que a cualquier costa y en todo caso defendería a su propio marido, tratárase de lo que se tratara. Acuérdese que yo le pregunté a usted lo que haría en el lugar de ella. Usted se puso lívida y no me respondió, intentando en el acto cambiar el tema de la conversación. Bueno. Yo no soy un policía vulgar, señora Reverly. Yo soy Patrick H. Doyle y usted tampoco es una mujer vulgar para alarmarse por cualquier cosa. Cuando usted hace alguna cosa es que algún motivo tendrá, ¿no? Por lo demás, es obvio que usted no me dice todo lo que sabe, ni antes ni ahora.

Calló, entregándose a la delicada operación de restregar la piedra amarilla de su anillo contra la manga del saco. Parecía esperar a que alguien refutara su dialéctica, y como nadie lo hizo continuó diciendo:

— Es también obvio que usted se entregó al llanto esta media hora última, y existen muchas clases de lágrimas: las hay de alegría como las hay de pena, por no referirme más que a dos contrastes sentimentales. Yo no pretendo saber siempre las causas que motivan las lágrimas de una mujer; prácticamente hablando, siempre hay razones para llorar cuando un marido regresa a su casa, pero, en este caso concreto, existe la mera posibilidad de que sus lágrimas se deban a que las explicaciones que le ha dado su marido sobre alguna cosa o acontecimiento que usted no me ha confesado, no han sido convincentes.

Reverly le miró con fijeza taladrante. El grotesco hombrecillo de los chispeantes ojos hundidos nada de particular ofrecía a la vista, como no fuera su extravagante físico. Era necesario fijarse despacio en su rostro para sorprender en él algo que no era común a muchos prójimos. La tranquila penetración de su mente acaso fuera su cualidad más visible para el sagaz observador.

— Mr. Doyle — habló el esposo de Ruth con un tono singular: — es usted un hombre verdaderamente notable.

— Ya lo sé — contestó el aludido; — y probablemente usted querrá ser más franco conmigo que su señora.

— Lo soy — aseguró el primero.

Y ahora que su marido hablaba tranquilamente del gemelo roto, negando en absoluto haberlo conocido, Ruth, primero, sintió aversión contra sí misma por haber dudado de su marido, conceptuándole inocente; y luego su desconcierto tomó nuevos vuelos y sobresaltos al oirle decir estas palabras con que remató sus explicaciones:

— Ruth encontró una parte del gemelo roto en mi cajita, el que correspondía al otro pedacito hallado por ella en Dyce's Head. No lo entiendo.

— No tiene importancia — dijo Doyle.

Ruth clavó sus ojos inquisitivos en los del detective, tratando de descifrar el sentido de su respuesta. Ella presumía que su esposo era inocente, pero ¿tal presunción o tal certeza estaría en la cabeza de Doyle? ¿Tendría éste la convicción de que Bent en nada participara en el asesinato de Armstrong?

No logró desentrañar esta interrogación. Lo que su experiencia de aquellos dos días le iba enseñando pudiera resumirse así: Doyle le infundía alternativamente confianza, dudas, esperanza y despego. La confusión y el asombro también se mezclaban a tales sentimientos.

Con todo, la inocencia triunfa siempre contra todas las maquinaciones más hábiles, y lo importante era que su marido lo fuera.

Esta convicción, que fué apoderándose de su ánimo con fuerza, comunicóle cierta paz interior, cierta fortaleza que no tardaría en ponerse a prueba; y dió gracias a Dios, desde muy adentro, de que tal convicción no la hubiera invadido por los procedimientos materiales de las demostraciones evidentes, sino por medio del más profundo y seguro conocimiento del corazón.

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

Comentarios

— Gallo — piensa el vice — tiene buen criterio
y es hombre que admiro por su ilustración.
Todos mis amigos van al ministerio.
¡Qué satisfacción!

* * *

Cuando su holgazanería
a Ramón le echan en cara
ingenuamente declara:
— ¿Y qué? La culpa no es mía.
En mí siempre igual despego
por el trabajo verán,
pues he nacido holgazán
como pude nacer ciego.

* * *



— Es de los más notables
tipos que pueda haber.
Colecciona recibos incobrables.
Quiero decir recibos de alquiler.
— ¿Es propietario?
— No.
— ¿Y por qué hace tal cosa?
— ¡Qué se yo!
Un día le presentan a cualquiera
y ya extiende el recibo a la carrera.
— ¿Y lo cobra?
— Jamás.
Quiere coleccionarlos, nada más.

* * *



— Antes era un muchacho inteligente,
pero hoy es un bodoque.
— No me parece nada sorprendente.
Le habrán hecho un injerto de alcornoque.

* * *

Pensaba un tinterillo:
— El ministerio
parece, por lo triste, un cementerio.
Nadie la voz levanta.
Todo el mundo se aburre.
Pero, ¿qué es lo que ocurre?
Amanece, sin duda. Un Gallo canta.

* * *

— Tartamudea ¡qué horror!
— Y es solemne y campanudo.
— Sería un gran tartamudo
si fuese más orador.

El más latoso
y el más ripioso
de los copleros de la ciudad,
al intendente
tranquilamente,
le dice:
— Hablemos con seriedad.
¿Vas a juzgarme?
¿Vas a premiarme?
¿Qué es lo que piensas hacer de mí?
¡Mucho cuidado
con el jurado!
Si no me premias, ¡pobre de ti!

* * *



— ¡Es muy feo!
— Pues su esposa
no debe haberlo notado.
Le adora y ha resultado
terriblemente celosa.
Al notar ¡qué desatino!
en visitas y paseos
que están de moda los feos
entre el sexo femenino.

* * *

Exclama un senador:
— Estoy con un terrible mal humor.
Estoy muy fastidiado.
Han cerrado el Senado
y no debo asistir a las sesiones.
En esas condiciones
faltar no es un placer.
¿Cómo diablos me voy a entretener?

* * *

— Va a renunciar. ¡Qué grave error!
Pero, aunque Gondra se atolondra,
aun sigue siendo interventor.
¡Qué buenas cuñas tiene Gondra!
(Esto lo dice un buen señor
más inocente que una alondra).

* * *

— Como es público y notorio
no hay nadie que silbe hoy día
tan bien.
— Creo que debía
fundar un conservatorio.

B I B L I O G R A F I A

LIBROS:

El Alba y otras cosas, por Ramón Gómez de la Serna. Biblioteca Calleja. Madrid.

Búcaro, poesías por Emilio Sevilla Richart. Imprenta Claraso. Barcelona.

Castillos en el aire, poemas breves por Carlos María de Vallejo. Editorial «Agencia Novidades». Santos (Brasil).

El árbol, el pájaro y la fuente, poesías por C. Córdova Iturburu. Manuel Gleizer, editor. Buenos Aires.

Khantutas (cuentos bolivianos), por Antonio Díaz Villamil. Librería Renacimiento. La Paz. Bolivia.

Pedrín (brochazos porteños), por Félix Lima. Librería Editorial Argentina. Buenos Aires.

La que no perdonó, novela por Hugo Wast. Agencia General de Publicaciones. Buenos Aires.

Los egoístas y otros cuentos, por Guillermo Estrella. Editorial Babel. Buenos Aires.

Acervos del surco, poesías por Alfredo C. Rossi Denevi. Baggiani y Paganini. Buenos Aires.

A la vera del camino, novela por Guillermo Súllivan. Arnoldo Mohen. Librería Mohen. Buenos Aires.

FOLLETOS:

Comercio de carnes. Sección de propaganda e informes del Ministerio de Agricultura. Talleres gráficos del mismo. Buenos Aires.

Sociedad de Beneficencia de la Capital. Memoria del año 1922. Talleres Gráficos del Asilo de Huérfanos. Buenos Aires.

El poema de los ojos (canto de Vida y Esperanza), por León Iarará. Comodoro Rivadavia.

Elogio del doctor don Estanislao Severo Zeballos en ocasión de su fallecimiento, oración leída en el Instituto Popular de Conferencias, por el doctor Rodolfo Rivarola.

REVISTAS:

Revista do Brasil. Número 95. Año VII. Noviembre 1923. Montero Lobato y Cía., editores. San Paulo.